

Lo que
LO QUE
dicen las
DICEN LAS
tormentas
TORMENTAS

LORENA MURIÉN

© 2026 Lorena Murién
SafeCreative © **2607046288713**
[instagram.com/lorenamurien_](https://www.instagram.com/lorenamurien_)
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>19</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>22</u>
<u>23</u>
<u>24</u>
<u>25</u>
<u>26</u>
<u>27</u>

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

*“En medio de la tormenta
siempre se encuentra una grieta
por la que florecer.”*

Birdsong Hills, Australia.

Verano de 2026.

Camila

Nunca pensé que volvería a ver el color dorado de estos prados, ni las sombras que se mueven al son de la brisa, ni este maldito camino directo a las colinas. Un paraje que he llevado tatuado en los recuerdos —y en alguna que otra pesadilla— durante los últimos diez años. Ha pasado una eternidad, la suficiente como para que se me hubiera olvidado el aroma a naturaleza y tierra mojada. Pero no. Ha sido bajar la ventanilla de mi Toyota Land Cruiser —cariñosamente bautizado como Viento, aunque ahora mismo parezca más bien un monstruo de barro— y el olor me ha golpeado de frente.

Las ruedas van hasta arriba de fango por culpa de la última tormenta —la mismísima razón de mi «deshonroso» regreso—, y las vistas que se abren ante mí me dan una bofetada de realidad: parece que no me hubiera marchado nunca.

—Sigue igual de bonito... —murmuro para mí misma.

Gajes del oficio: a veces paso tanto tiempo sola que ya hablo hasta con el salpicadero. Trago saliva al tomar la última curva que enfila la hacienda. Este es el lugar donde me crie y donde se suponía que iba a pasar el resto de mi vida. Pero ahora que mis padres se han retirado a tocarse las narices a su espectacular casa de Nueva Gales del Sur, tengo la ridícula sensación de que a este sitio ya no le queda ni un gramo de la esencia de los Bennet.

Al menos, hasta que diviso los tejados a lo lejos. Las cuadras, las caballerizas, las zonas de pasto... Y, ipam!, los recuerdos me

arrollan uno tras otro y sin piedad. De repente, un escalofrío me recorre los brazos con tanta fuerza que piso el freno de golpe.

—¡Joder! —protesto, recolocándome las tetas después de casi comerme el volante.

Observo cómo las manos me tiemblan. Respiro hondo porque noto que el aire empieza a faltarme. A mi alrededor, el paisaje idílico empieza a teñirse de un gris tormentoso en mi cabeza, como si el cielo fuera a desplomarse otra vez sobre Viento. Cojo aire, cuento hasta diez y me meto una bofetada mental.

«A ver, reacciona. No ha sido mala idea volver. Eres la puta ama de la meteorología y la única que puede averiguar qué demonios está pasando aquí», me autoengaño con orgullo. Respiro tres veces y hundo el pie en el acelerador.

Atravieso las colinas en menos que canta un gallo y cruzo la entrada vallada. El cartel enorme que me recibe canta «Birdsong Hills». Lo han pintado de un verde cazador precioso, y eso me hace sonreír. Sobre todo, al pensar en el culpable de esa maravillosa idea decorativa.

Pero la sonrisa me dura menos que un caramelo a la puerta de un colegio. Porque pensar en la familia Calloway —y concretamente en Elijah; el que fue mi marido— me trae un subidón de culpa y arrepentimiento que me acompaña todo el camino hasta las casas de huéspedes. «Madre mía, qué espectáculo». Antes aquí solo había vacas, moscas y pasto, y ahora parece un hotel rural de cinco estrellas. Todo un imperio que quedó en manos de la tía y de la hija menor de la familia tras la repentina muerte de Elijah.

Pensar en la racha de tragedias de los Calloway me encoge el corazón.

«Y tú, no hiciste más que echarle sal a la herida», me reprocho.

Ya verás tú cómo me reciben.

La primera cara que me da la bienvenida al aparcar es la de Albert, el capataz. Está más arrugado que una pasa, pero mantiene esos ojos azules que parecen radiografiarte el alma. Su lealtad a los Calloway es casi una religión. Y teniendo en cuenta lo que hice... bueno, lo último que espero es que me reciba con confeti y un tequila. Menos aun cuando el Instituto de Meteorología les avisó a última hora de que era yo la que venía.

—Camila Bennet. Nunca hubiera jurado que volvería a verla por aquí —suelta en cuanto apago el motor y planto la bota en la tierra.

—Tutéame, Bert. Que me conoces desde que llevaba pañales —le pido con mi mejor sonrisa de «no me odies, por favor».

Ni un músculo de su cara se mueve. De hecho, se pone más rígido que un poste. Está cabreado. Vale, ¿quién no lo está en este código postal? Trago saliva, expulso todo el aire de mis pulmones y decido ponerme la máscara de tía profesional y empoderada.

—¿El instituto os ha puesto al día?

—Sí, llamaron a primera hora. Una de las cabañas ya está lista para que deje sus bártulos. —Echa un vistazo a mi coche, arruga los labios y asiente—. Veo que todavía usa ese viejo cacharro.

—Viento es el vehículo más fiable del país —defiendo, dándole una palmadita cariñosa al capó lleno de barro.

—Sí... Es curioso que algunas lealtades sí se mantengan con el tiempo.

Zasca. Directo a la yugular.

«Vaya, pues sí que empezamos bien», pienso, aguantando el tipo. Tendré que acostumbrarme a que me miren como a la villana de una telenovela barata. Para todo el mundo aquí, soy Camila Bennet, la desalmada que dejó tirado al bendito de Elijah.

Abro la puerta trasera, agarro mi bolsa de lona y me encasqueto el sombrero de vaquero que heredé de mi madre. Me

pongo las gafas de sol me coloco dos mechones rebeldes tras las orejas y le planto cara. Si quiere frialdad, va a tener la Antártida.

—En el maletero está el equipo de medición. Necesito que alguien me ayude a bajarlo para empezar a instalarlo. Mi técnico y mi ayudante van a tardar un poco más en llegar —le informo sin más.

—De acuerdo. Avisaré a Ricky para que se encargue con los chicos.

—Y que tengan cuidado, por favor. Ese equipo vale más que mi vida y no tenemos tiempo que perder.

Le lanzo las llaves de mi todoterreno y echo a andar hacia la cabaña. Taconeó con las botas contra el suelo con una seguridad falsa que ya le gustaría a las modelos de pasarela, disimulando que el corazón me va a mil revoluciones desde que salí esta mañana de la gran ciudad.

El cielo está azul y despejado, un día de verano idílico, pero sé perfectamente que esta calma es mentira. Las anomalías atmosféricas no dejan de subir y las tormentas de esta zona se están volviendo locas.

Pronto tendré que empezar a trabajar el desastre.

—¡Bennet! —trueno la voz de Albert a mis espaldas.

Vaya, ya hemos pasado del «Camila» al apellido. Mal asunto.

Me giro y me encuentro con una expresión en su rostro que me deja clavada en el sitio. Está aterrorizado.

—¿Va a pasar lo mismo que aquella vez?

Miro a mi alrededor. El lugar está precioso con respecto al que yo conocí cuando era una niña; mejorado, lleno de vida, con las caballerizas nuevas al fondo. Echo un vistazo al cielo, a esas nubes blancas e inocentes que parecen algodones pero que huelen a peligro inminente.

Miro a Albert, me encojo de hombros y le dedico una sonrisa.

—Eso es lo que he venido a averiguar, Bert.

Camila

El sombrero me mira desde la cama con cara de pocos amigos. Lo juro, si ese trozo de fieltro pudiera hablar, me estaría cantando las cuarenta. Llevo quince minutos girando sobre mí misma como una peonza, asomándome a la ventana cada dos por tres por si veía aparecer a alguien cerca de la casa. Pero qué va. El único movimiento ahí fuera es el de los trabajadores, que se mueven por la parcela como si hoy fuera un día más en su bendita rutina. Aunque bueno, en realidad lo es, ¿no? Tampoco podía esperar que el mapa de Australia se detuviera por el glorioso y triunfal regreso de Camila Bennet.

«Bájate de la parra, bonita».

—Qué soberana tontería —pienso en voz alta, pegándome un bufido a mí misma.

Niego con la cabeza y clavo la vista en las cajas con el equipo científico que se acumulan al lado derecho de la entrada. Ojo, siempre al derecho, que al izquierdo me da urticaria. Hay una esquina rebelde que no encaja en la torre que han montado los chicos; la muevo con cuidado hasta que queda una columna perfecta, digna de un premio de arquitectura. «Así sí». Me llevo las manos a la nuca y empiezo a pasearme por la estancia con los codos abiertos, como si hiciera el baile del pollo para soltar tensiones. Pero ni por esas consigo que el corazón me deje de zapatear en el pecho.

—Necesito un café. Urgentemente. O un sedante para caballos. Lo que esté más a mano.

En realidad, meterle cafeína a mi sistema nervioso ahora mismo es una idea nefasta, pero el ritual y el ruidito de la cafetera tienen un efecto casi hipnótico en mí. Me dispongo a saquear los

armarios de la cocina, uno a uno, solo para descubrir que están más vacíos que mi lista de citas de los últimos dos años. Vaya por Dios. Cierro el último mueble de golpe y me apoyo contra la pequeña encimera. Hay que reconocer que la cocina, aunque básica, es bastante chic para estar en mitad de la nada salvaje. Supongo que esta combinación de rústico y postureo es la razón por la que Birdsong Hills se ha vuelto tan famoso en Australia. No es que yo haya estado espiando sus redes sociales en plan psicópata, faltaría más, pero las noticias vuelan... y mi curiosidad, también.

Saco el móvil, busco el número de Ricky y marco antes de que la cordura me lo impida.

—Tengo la cocina más vacía que el desierto del Outback, no hay ni para hacerse un mísero café —le suelto a bocajarro en cuanto descuelga, sin darle margen ni a respirar. Sí, lo reconozco, a veces soy una mandona insoportable y no debería extrañarme que la gente me tenga por un ogro—. ¿No os habían avisado de nuestra llegada con días de antelación?

—Verá... Solo teníamos agendada una de las cabañas, no sabíamos que vendría más gente —se defiende el pobre chaval.

Me tengo que morder la lengua para no soltarle una bordería de las mías. Vamos a ver, ¿cómo se creen que se estudian las supercélulas y las anomalías atmosféricas? ¿Con un anemómetro y un poquito de ganas? En ese momento, recuerdo los sabios consejos de mi última psicóloga —esa santa que me costaba cien dólares la hora— y aspiro una bocanada de aire para no perder los papeles. Calma, Camila, respira.

—¿Quiere que vaya yo a comprar algo al pueblo? —pregunta Ricky, rompiendo el silencio—. Los servicios básicos y los víveres corren a cargo del presupuesto, por eso no se preocupe.

Se le nota la incomodidad desde aquí hasta la otra punta del estado.

—No, mira, no hace falta. Ya me acerco yo —contesto—. Soy un poquito especial con mis cosas. —Menos mal que el proceso de

aceptación de mis propias taras va viento en popa—. Hasta la tarde no vamos a poder meterle mano a la instalación del equipo, así que aprovecharé para darme un paseo por los alrededores y ver qué ha cambiado. De paso estudio el terreno, que buena falta me hace.

—Vale, perfecto... Pero si necesita cualquier otra cosa...

—Tranquilo, Ricky. Tú solo asegúrate de que cuando lleguen mis compañeros tengan la despensa hasta arriba —le pido, echando la cabeza hacia atrás con un suspiro—. No quiero que perdamos el día en tonterías domésticas.

—Así se hará. Descuide.

Cuelgo la llamada y pego un bufo contra la pantalla. Madre mía, qué borde he sonado. Es que tengo la horrible sensación de que, nada más poner un pie en esta tierra, el universo entero se ha confabulado en mi contra. Todo el mundo me mira de reojo. Todo el mundo menos... «¿Sabrá ella que he vuelto ya?», me asalta la duda de pronto. Sacudo la cabeza con fuerza para espantar el pensamiento como si fuera una mosca pesada.

Me acerco a la bolsa de lona que descansa sobre la colcha, saco una camiseta de tirantes limpia y me cambio la que llevo puesta. Después hago lo mismo con el sombrero, repito mi coreografía habitual de colocarme el pelo frente al espejo de cuerpo entero y me examino de arriba abajo.

La Camila que me devuelve la mirada no tiene absolutamente nada que ver con la joven asustada de veinticuatro años que huyó de este lugar por la puerta de atrás, apenas unos meses después de casarse con Elijah. Esa vida nómada persiguiendo tormentas me ha enseñado, a base de palos, que algunas personas estamos hechas para estar de paso, y que a veces me entiendo muchísimo mejor con los rayos y los truenos que con los seres humanos. Sin embargo, si rasco un poco la superficie, todavía quedan destellos de la chica que se crio aquí; la hija de los agricultores estrella de la comarca y de la ama de llaves del rancho. Esa niña que se conocía los nombres de todos los vecinos y sus secretos.

Para mis padres, mi huida de aquí también lo cambió todo. Los empujó a marcharse, a sentir que su hogar ya no era su hogar, a arrancar sus raíces para buscar un futuro con menos fantasmas. O bueno, a lo mejor esa fue la excusa que yo me vendí para no confesar que me negaba en rotundo a pasar el resto de mis días cultivando la tierra como ellos querían.

Me ajusto la camiseta por dentro de la cinturilla del vaquero y, de pronto, mis dedos rozan la hebilla del cinturón. Es de plata labrada, preciosa. Me la regaló Elijah en nuestra segunda... cita, por llamarla de alguna manera. Conservo poquísimas cosas de mi vida anterior, pero le tengo un cariño desgarrador a esta pieza de cuero.

Me saca una sonrisa boba a la vez que noto cómo una lágrima traicionera amenaza con asomar.

—De eso nada, ni se te ocurra llorar, guapa —le ordeno a mi reflejo. Sonríe con fuerza para tragarme el nudo de la garganta y me doy la vuelta—. Vamos a por esa comida, o no sobrevivirás ni al primer asalto.

Al salir, el porche de madera cruje bajo mi peso de una manera que me resulta extrañamente familiar. Avanzo hacia Viento intentando convencerme de que puedo con esto. He vuelto para hacer bien mi trabajo, para proteger a la gente de este lugar, a las familias y a los futuros turistas de lo que se avecina en el cielo. Esa es la única semilla que debo dejar crecer en mi cabeza.

Claro que, las circunstancias en este pueblo, siempre tienen la maldita costumbre de llevarme la contraria.

. . .

Giro el volante de mi Toyota con parsimonia, paseando la mirada por la calle principal del pueblo —tampoco es que haya muchas calles, pero esta es la reina de todas—. Intento memorizar los locales nuevos, modernos y con pretensiones, que se camuflan entre las

fachadas de madera desgastada de los negocios de toda la vida. Al final de la avenida principal distingo el cartel enorme del super que lleva aquí unos siete años. Hay un trasiego constante de lugareños saliendo con bolsas de papel y barras de pan bajo el brazo. Al verlos, no puedo evitar preguntarme qué habrá sido de la vieja panadería de Rosemarie y si seguirá horneando aquellas hogazas crujientes que te hacían tocar el cielo con cada tostada.

El estómago me ruge reclamando su tributo, recordándome que solo llevo un café rancio en el cuerpo. Y por eso, detengo a Viento justo enfrente de El Colibrí, la cafetería más famosa de la comarca, por no decir la única donde no te sirven agua de fregar los platos.

Es un localito encantador, con ese rollo *vintage* de paredes color crema que te abraza nada más entrar. Se nota a la legua que le han lavado la cara con un par de reformas y que la pintura está impecable, pero al empujar la puerta y escuchar el tintineo del cascabel, el mismo golpe de nostalgia me da de lleno en el pecho.

El aire está saturado de una mezcla gloriosa: granos de café recién molidos, el murmullo de las tazas y ese aroma celestial a beicon crujendo en la parrilla que Christian ha manejado con maestría desde que el mundo es mundo.

De hecho, es él quien levanta la vista primero. En cuanto me ve, la espátula se le resbala de las manos, y se le cae al suelo a la vez que la mandíbula se le desencaja. Veo un brillo de emoción genuina en sus ojos y a mí se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

«Vaya, pues parece que no todo el mundo me quiere linchar. Esto sí es volver a casa.»

—Dime que sigues preparando esos cruasanes gigantes con queso fundido y beicon que me salvaban la vida, por favor —le suelto, acomodándome en la barra con chulería.

Christian reacciona, se limpia las manos a toda prisa en el delantal y sale disparado de la barra. Salva la distancia que nos

separa en dos zancadas y me estruja en un abrazo que me deja sin aire.

—Pero... pero bueno... —balbucea, separándose un poco para agarrarme por los hombros y escanearme la cara. Parece que esté viendo a un espectro—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí? ¿Y por qué tus padres no me han soltado ni media de que venías, pedazo de sinvergüenza?

—Principalmente, porque ellos no tienen ni la más remota idea de que estoy aquí. Últimamente no hemos hablado mucho —confieso con una risita culpable—. No te imaginas la falta que me hacía uno de tus cafés mágicos.

—¡Pues ahora es Lily la que lleva esa magia! —me suelta con orgullo, dándome otro apretón—. ¡Lily! ¡Mueve el trasero y ven aquí ahora mismo!

El grito retumba en el local. Varios parroquianos que estaban ensimismados con sus desayunos levantan la cabeza como suricatos y se me quedan mirando. Estoy convencida de que más de uno y de dos me han reconocido, porque apartan la mirada de golpe, carraspean con incomodidad y se ponen a cuchichear. Tendría que hacer memoria para recordar quién es quién, pero ahora mismo no me da la vida —ni tengo las ganas— para ponerme a descifrar con qué vecino me llevaba bien y a cuál le caigo como una patada en el culo.

—¿Se puede saber por qué berreas de esa manera, papá? Te he dicho que estaba organizando las cajas del almacén —protesta esa voz femenina que conozco de sobra.

Una mujer alta, de piel aceitunada espectacular, con el pelo castaño recogido en una coleta alta impecable y unos ojos color verde de los que te atrapan y no te sueltan, aparece por la puerta trasera del local. Al principio camina mirando unas notas y no repara en mí. Al menos hasta que me quito el sombrero y le hago un saludo con la mano, guiñándole un ojo.

—Mira qué joyita tenemos de vuelta —anuncia su padre con una sonrisa enorme.

Lily se queda petrificada en el sitio, como si le hubiera caído un rayo. Cuento mentalmente cinco segundos de reloj hasta que reacciona, tira los papeles, se abalanza sobre mí y me planta también un abrazo, dándome un beso sonoro en la mejilla.

—¡Maldita seas, Camila Bennet! —grita, zarandeándome—. ¿Por qué coño no me avisaste de que venías? ¡Y te mato!

—Señorita, ese lenguaje delante de los clientes... —la reprende Christian sin ninguna fuerza, porque a los dos segundos nos estamos riendo a carcajadas.

—¿Sorpresa? —suelto yo, encogiéndome de hombros con mi mejor cara de niña buena.

—Tía, no te haces una idea de lo aburrido y soberano que ha estado este pueblo sin ti. Y que te quede claro: me debes una ruta de copas histórica por haberme mentido. Me prometiste que intentarías venir a verme más a menudo, pedazo de embustera.

—A ver, que sí lo intenté, te lo juro, pero ya sabes cómo es mi trabajo de esclava de la ciencia —explico, adornando un poquito la verdad, y oye, ni un remordimiento me da—. Supongo que las tormentas me han traído exactamente a donde más me necesitan.

—Bueno... Las cosas por aquí tampoco es que hayan cambiado una barbaridad —deja caer Lily con un tono de voz que capto al vuelo.

Sé perfectamente por dónde va. Hace diez años dejé una mancha enorme en el apellido de mi familia, y en este bendito lugar esas cosas se heredan de generación en generación. Porque Birdsong Hills y concretamente, el pueblo de Willow Creek, puede tener paisajes idílicos, pero tiene una memoria histórica para el rencor que ya la querría un elefante.

Mi sonrisa flaquea un segundo y mi semblante cambia, pero Lily lo nota al instante y me regala una caricia cariñosa en el brazo,

mientras su padre me guiña un ojo para quitarle hierro al asunto y espantar los malos rollos.

—¿Qué te parece si marcho ya ese cruasán especial? Con una ración extra de beicon, como a ti te gusta —interviene Christian, salvándome del bache emocional. Asiento con los ojos brillantes.

—Y tú, guapa, te vas a sentar ahí —me apunta Lily con el dedo—. Porque no pienso dejar que cruces esa puerta hasta que me cuentes con pelos y señales todo lo que has hecho con tu vida en estos diez años.

—Claro que sí —le aseguro, plantándole un beso enorme y ruidoso en el pómulos.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor, por encima del hombro. Y aunque todavía noto el peso de un par de miradas hostiles clavándoseme en la nuca, sonrío. Porque al menos sé que todavía queda una parte buena, dulce y con olor a café por la que merece la pena haber regresado a casa.

Darana

—¿Qué has dicho? —Dejo la taza de café sobre la encimera con un golpe tan seco que por un poco no me la cargo.

Cuando me vuelvo hacia Ricky, el pobre chaval tiene toda la pinta de querer fundirse con el suelo o irse por donde ha venido. El chico no tiene la culpa de nada, pobrecito mío, pero necesito que repita cada una de esas malditas palabras. Y lo necesito ya, antes de que me dé un ataque al corazón.

—Que... que el Instituto de Meteorología ha decidido a última hora enviar a Camila Bennet para estudiar los fenómenos que están azotando la zona —repite, y noto cómo el miedo le tiembla en los labios.

La verdad es que no lo culpo. Mi primer impulso ha sido el de estamparle la taza en la cara por darme semejante noticia de mierda después de estar rodeada de más mierda. Miro de reojo el reloj de pared que cuelga en la columna principal de la cocina. Bueno, vale, técnicamente son las doce, lo que significa que Camila Bennet —nada más y nada menos que la traicionera, egoísta y zorra de Camila Bennet— ya llevará un par de horas vagando por mi rancho. Sin supervisión. Y, sobre todo, sin mi puto permiso.

—¿Se puede saber por qué demonios no me has avisado en cuanto te has enterado? —le rujo, cruzándome de brazos.

—Estabas en las caballerizas con Byron, jefa, y no te gusta que te molesten cuando estás entrenándolo —se escuda él, encogiéndose de hombros.

Buen punto. Ahí me ha pillado. No le puedo reprochar que sea un profesional de los pies a la cabeza.

—¿Y Bert ya lo sabe?

—Ha sido él quien le ha abierto la cabaña de huéspedes, aunque con las prisas no nos ha dado tiempo a llenarle la despensa —anuncia Ricky con cara de pena.

Por mí como si la hubieran alojado en el establo más viejo, rancio y lleno de telarañas de todo este lugar, fíjate lo que te digo.

—En principio el equipo de científicos iba a ser de dos personas, pero ahora... como son tres, ella se ha ido al pueblo en su coche a comprar provisiones mientras llegan sus compañeros. O algo así nos ha dicho. Pero ya ha pedido los permisos para empezar a instalar los cacharros de medición en las diferentes zonas.

Te prometo que no me he quedado ni con la última parte de su discurso. Mi cerebro se ha desconectado. «Seguro que la mosquita muerta ha ido directa a ver a Lily», pienso con una punzada de rabia. Lily siempre ha sido de su bando, pasara lo que pasara. Se nota que no tiene ni la más remota idea del infierno que Camila le hizo pasar a mi hermano. Aprieto los labios con tanta fuerza que me duelen, echo la cabeza hacia atrás estirando el cuello hacia un hombro y luego hacia el otro, y me trago de un solo trago lo que queda de café.

Necesito gasolina en el cuerpo para lo que se me viene encima.

—¿Puedes reorganizar los turnos? Necesito ocuparme de esta tipa personalmente. No pienso permitir que se mueva por mis tierras a su santo antojo.

—Claro, jefa. De todas formas, hoy no tenemos agendada ninguna ruta, así que Maddie y yo podremos apañarnos con el ganado y las clases sin problema —carraspea, mirándome de reojo.

Todavía veo el destello de incomodidad y pánico en los ojos de Ricky.

Intento regalarle una sonrisa forzada para que no se piense que me he convertido en el monstruo de las cavernas —un tierno

apodo que me gané hace un tiempo entre los peones por culpa de mi seriedad— y no tardo ni medio segundo en encasquetarme el sombrero y salir de la casa principal como un miura en dirección a mi Ford Ranger.

La casa principal está construida en una elevación del terreno que me regala una vista privilegiada de toda la propiedad: la inmensidad de los pastos, las pistas de entrenamiento y esa bifurcación de caminos de tierra que lleva a las diferentes caballerizas y establos. Antes de abrir la puerta del vehículo, me quedo clavada un momento en el sitio. Observo el contraste de colores de mi tierra, los cambios en el relieve y cómo el horizonte se funde a lo lejos con las colinas bajo un cielo azul tan perfecto que parece mentira. «No sé a santo de qué tiene que venir la listilla de Camila a estudiar tormentas aquí», me digo a mí misma. Y en cuanto mi mente pronuncia su nombre, un torbellino de malestar y rencor me revuelve las tripas sin que pueda controlarlo ni un poco.

En cuanto me meto en el vehículo, cierro la puerta con un viaje que hace temblar las ventanillas. Tiro el sombrero en el asiento del copiloto y meto la llave en el contacto, pero no la giro. Me quedo quieta, echo la cabeza hacia atrás, aprieto el volante y decido ponerme el cinturón... a la tercera, porque el muy maldito ha decidido tocarme los ovarios y atascarse en contra de mi voluntad. ¡Lo que me faltaba! Parece mentira que, por mucho que pasen los años, Camila Bennet siga teniendo este efecto extraordinario en mí. Y en el peor de los sentidos posibles. Es una cosa muy grave, de verdad. Demasiado grave para mi salud mental.

Todavía recuerdo como si fuera ayer la última vez que nos vimos las caras. Fue el día del entierro de Elijah, después de meses enteros de peleas para que firmara los papeles del divorcio que mi pobre hermano jamás llegó a entregarle. Camila renunció a cualquier parte de la herencia que le correspondía —al menos en eso tuvo un arranque de dignidad— y volvió a largarse por donde había venido sin mirar atrás. Sin un mísero «lo siento», sin un «ya sé que fue mi culpa» o un «perdón por joderos la vida». Nada.

—Y ahora... se digna a aparecer aquí como si fuera la reina de Saba —farfullo entre dientes.

Joder, es que esto no puede estar pasándome a mí.

Apoyo la espalda en el asiento, conecto el móvil al manos libres del coche —gracias a la red de Telstra— y arranco el motor, que ruge como una bestia. Piso el acelerador como si estuviera en mitad de una persecución de ganado desbocado y recorro el camino de tierra que lleva a la zona de huéspedes a toda pastilla, levantando una polvareda de campeonato.

Si soy sincera, no sé muy bien qué pretendo presentándome allí. Aunque, pensándolo bien, podría echarla a patadas de mi propiedad y quedarme tan ancha. De no ser, claro, porque el puñetero Instituto de Meteorología ha dejado muy claro que tenemos que cooperar para prepararnos ante las futuras tormentas y que, de lo contrario, podríamos sufrir consecuencias mucho más catastróficas que las que nos asolaron hace años.

Recordar ese desastre me pone los pelos de punta y me hiela la sangre, pero es que no puedo evitar sentir este odio visceral hacia una mujer que...

—Mierda. ¿Y ahora qué pasa? —le pregunto al universo en voz alta cuando veo el nombre de mi tía Elizabeth parpadeando en la pantalla del salpicadero. Rozó el botón de aceptar—. Dime, tía.

—¿Te has enterado ya? —se apresura a soltar, sin preliminares.

—¿Es que no lo sabe ya todo el maldito pueblo? Todo el mundo menos yo, claro está, que siempre soy la última de la lista —le contesto, y tengo que morderte la lengua para no soltar una barbaridad por esta boquita—. No me puedo creer que nos hayan clavado este puñal por la espalda, de verdad. Es increíble.

—Bueno, Darana... A su favor hay que decir que Camila es la mejor del país investigando esta clase de fenómenos atmosféricos. Tienes que reconocérselo, cariño.

¿Perdona? ¿Eso que acabo de escuchar ha sido un halago? ¿Mi propia tía está alabando a la zorra de Camila Bennet después de lo que le hizo pasar a su sobrino? Es que me pinchan y no sangro.

—Y, por lo que más quieras, no te me vayas a poner ahora como Angus —me suplica.

Angus es nuestro burro máspreciado, el mimado del rancho, y también el bicho más cabezota, testarudo y con peor humor de todo Birdsong Hills. Un animal de proporciones medianas, pero con el espíritu y los cojones de un toro.

Escucho a mi tía soltar un suspiro hondo a través del altavoz.

—Sé perfectamente que las cosas con ella nunca han sido fáciles después de todo lo que pasó, de verdad que lo sé, pero no te olvides de que en una relación nunca existe una sola parte de la historia, Darana. Creo que deberías darle, al menos, la oportunidad de explicarse, de arreglar las cosas del pasado y de que haga bien su trabajo. Nos va la vida en ello.

¿Me está regañando? ¿Me está echando a mí la puta bronca del siglo? Increíble. Doy un volantazo tremendo llenando el aire de tierra. Varios peones se me quedan mirando con los ojos como platos cuando paso a toda velocidad cerca de ellos, y tengo que hacer de tripas corazón para no soltarles un grito del que pueda arrepentirme más tarde.

«El clima cambia, y algún día tendremos que empezar a entender las tormentas si queremos seguir adelante y sobrevivir». Recuerdo de golpe una de las tantísimas frases que me dijo papá antes de morir. Un consejo que llevaba el mensaje oculto de «deberías dejar el maldito pasado donde está, enterrado y bien sellado», pero yo no estoy nada segura de ser tan generosa. No puedo. Y conforme hundo más el pie en el acelerador, me doy cuenta de que este giro de los acontecimientos va a traer consecuencias muy gordas de cara al futuro.

—Está bien, tú ganas —refunfuño, tragándome el orgullo—. Intentaré comportarme y no arrancarle la cabeza.

Camila

No era realmente consciente de lo muchísimo que había echado de menos a Lily hasta que nos hemos plantado una hora de reloj hablando por los codos. Hemos rajado de los viejos tiempos, de los cotilleos del pueblo y de la cantidad de cosas que nos hemos perdido la una de la otra por el camino. Aunque, si digo la verdad, por mi parte tampoco había gran cosa que rascar. En los últimos tres años —que se suman a los siete anteriores de mi espantada— no he hecho más que hincar los codos para formarme, ir de acá para allá con la maleta a cuestas y aprender a comprender los caprichos de las tormentas. El resumen exprés de mi vida es sencillito: prefiero mil veces la soledad de mi presente nómada a bordo de Viento que tener que aguantar los celos, las escenas y las neuras de otra persona.

De golpe, el recuerdo de Elijah me asalta. Me viene a la memoria uno de los tantos momentos en los que su expresión se transformaba por completo, poniéndose hecho un basilisco cada vez que yo sacaba el tema de buscarme una vida mejor y con más futuro fuera de las fronteras de este este lugar.

En fin, tampoco puedo ponerme a darle vueltas al pasado ahora, sobre todo porque la cafetera por fin ha terminado de dar lo suyo. Me sirvo la que ya es mi cuarta taza del día —hola taquicardia— y me dispongo a meterme entre pecho y espalda una buena ración de cafeína acompañada por un par de cruasanes que le habían sobrado a Christian en la cafetería y que Lily me ha metido en la bolsa con todo el cariño del mundo.

—Ay, por favor... Esto sí que es vida —murmuro para mis adentros, dejándome caer en una silla de madera que acompaña a la mesa rústica del salón.

Tengo que admitir que la cabaña está muy currada. Jamás en la vida me habría imaginado Birdsong Hills reformado con tanto gusto. Estoy a punto de hincarle el diente al primer cruasán, cuando de repente escucho un derrape brutal fuera de la casa, seguido del sonido seco y chirriante de un frenazo.

Ese frenazo lo conozco. Vaya si lo conozco. Sé perfectamente de quién es. Y también sé cómo suena ese portazo. De hecho, reconozco al instante los pasos firmes y cabreados que se arrastran a toda prisa por el porche, levantando la tierra a su paso. Me levanto de la silla de un impulso, abro la puerta y me encuentro de frente con el puño cerrado de Darana Calloway, que se ha quedado a un milímetro de estampar sus nudillos contra la madera. O contra mi nariz.

—Vaya, vaya... Veo que sigues llamando la atención allá por donde pasas —ironizo, mirándola de arriba abajo antes de darle la espalda con toda la parsimonia del mundo para regresar al salón. Que se note que no me intimida, aunque por dentro me tiemble hasta el carné de identidad.

—¿Se puede saber a qué estás jugando, Bennet? Porque te recuerdo que nunca me han gustado tus putas bromitas —me escupe desde el umbral, entrando detrás de mí.

—En general, Darana, a ti no te gustan las bromas de absolutamente nadie —le respondo sin mirarla, clavando los ojos en mi taza de café.

Joder, es que ha bastado una sola frase para que me ponga los nervios a flor de piel. Giro sobre mis talones y la encaro con todo el propósito del mundo de mantener la compostura, poner mi cara más serena y evitar a toda costa soltarle las cuatro verdades que se merece.

—Pero ya que lo preguntas con tanta amabilidad, no, no estoy jugando contigo. Y no, tampoco he venido aquí por placer, créeme. Estoy exactamente igual de encantada de verte que tú a mí, que es más bien nada.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué demonios no rechazaste el contrato en cuanto viste a dónde venías? —me espeta, cruzándose de brazos y clavándome unos ojos que echan chispas—. Hay miles de meteorólogos en este país que podrían haber hecho el trabajo en tu lugar.

—Ya, qué pena. Terminé mi último trabajo antes. Y además, es que resulta que ninguno de esos miles de meteorólogos entiende las tormentas de esta zona ni la mitad de bien que yo —le suelto, dándome un toque de tía empoderada—. Así que, si de verdad quieres mantener tu hacienda a salvo y que no acabe todo reducido a cenizas, te recomiendo que me facilites las cosas. A mí y a mi equipo.

Darana entrecierra esos ojos color miel, fulminándome con la mirada, y luego desvía la atención hacia las cajas del equipo científico que se apilan a su espalda. En un segundo, sus neuronas hacen *clic* y entiende perfectamente cuáles son mis planes inmediatos.

—De eso nada. No vas a poner todos esos cacharros para estorbarnos e impedir que la gente pueda hacer su trabajo diario —me advierte, dando un paso intimidante hacia mí.

—Pues sí, lamento comunicarte que voy a hacerlo, porque te repito que es la única manera que tienes de salvar este sitio —le rebato, plantándole cara.

Ella se me acerca todavía más, acortando las distancias de una forma que me corta la respiración. Está tan sumamente cabreada que va levantando el polvo del suelo con cada pisada de sus botas. Puedo ver perfectamente cómo la rabia se escapa a través de sus fosas nasales, como si fuera un caballo salvaje a punto de encabritarse. Cuando se planta a escasos milímetros de mi rostro, la tensión es tan bestia que casi se puede cortar con un cuchillo. En su mirada leo, con total y absoluta nitidez, el odio que me sigue teniendo.

—Mira, Ran...

—Para ti soy Darana o mejor, señorita Calloway. Ya no soy absolutamente nada tuyo, así que haz el favor de no volver a llamarme así en tu puta vida —me espeta con una frialdad que me hiel a la sangre.

Levanto las manos en son de paz, dando medio paso atrás para que no note el efecto que tiene su cercanía en mi cuerpo.

—Está bien, de acuerdo..., señorita Calloway —le digo, sabiendo perfectamente que me la estoy jugando—. Creo que eres plenamente consciente de lo salvajes que han sido los temporales por aquí en los últimos años, ¿verdad? Porque las evidencias científicas están ahí, no mienten. Durante estos meses mi departamento ha detectado varios patrones completamente inusuales de tormentas en esta región exacta. El año pasado fue idéntico, y vamos, no hay que ser ningún genio para entender que o encontramos una solución rápido y descubrimos qué demonios las está empeorando, o esto va a acabar muy mal.

Me guardo las manos en los bolsillos de los vaqueros e intento esbozar una sonrisa profesional, pero lo único que consigo es ponerme más nerviosa que un flan.

—Solo quiero ayudar, Darana. Quiero mejorar la seguridad de tus trabajadores y la de los turistas que se dejan el dinero aquí. No quiero que vuelva a repetirse jamás lo de...

De golpe, siento una punzada espantosa en mitad del pecho que me obliga a callarme. El maldito recuerdo del granero envuelto en llamas gigantescas y de cómo Elijah salió de entre el humo negro cargando a Darana en brazos justo frente a nuestros ojos me estremece el cuerpo entero.

—Solo quiero ayudar —repito, incapaz de articular una sola palabra más.

Darana me clava una mirada analítica, escrutando cada milímetro de mi cara. No está para nada convencida, se le nota a la legua, y estoy segura de que en su cabeza se está debatiendo seriamente entre mandarme a tomar por saco ahora mismo o llamar

al instituto para exigir que le den las riendas de este asunto a cualquier otro científico. Se gira sobre sus talones, dándome la espalda, y vuelve a inspeccionar las cajas del equipo. Me fijo en que el pelo le ha crecido muchísimo en todo este tiempo. Lleva una trenza rubia espectacular, algo desordenada, que le llega a más de la mitad de su espalda. Varios mechones rebeldes se le escapan detrás de las orejas, acariciándole unas mejillas encendidas por la rabia, salpicadas por las mismas pecas de siempre que tanto brillaban bajo el sol abrasador del verano australiano.

Sacudo la cabeza, dándome una bofetada mental para desterrar esos recuerdos de mi mente. «Nunca volveremos a ser aquellas dos grandes amigas inseparables que subían corriendo a las colinas y se bañaban en cueros en las aguas de las pozas de agua», me recuerdo. Y muchísimo menos seremos esas dos chiquillas que jugaban a esquivar a las gallinas al recoger los huevos o que alimentaban a la colonia de gatos que campaba a sus anchas por los cobertizos. Ese pasado murió y está bien enterrado.

—Está bien —accede, volviéndose hacia mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

Al segundo, adopta ese gesto de advertencia tan suyo, el mismo que empezó a poner cuando se enteró de mi noviazgo con Elijah. Justo el punto de inflexión donde nuestra verdadera amistad saltó por los aires.

—Pero te voy a poner una condición: no quiero que tú ni tu equipo de científicos interrumpáis lo más mínimo la actividad diaria. Ahora mismo vivimos del ganado y de las visitas, y tenemos el cupo de turismo rural de los fines de semana hasta arriba. No tenemos la suerte de ser una gran extensión como Undoolya. Así que nada de ser un estorbo.

—No te preocupes por eso, de verdad —le aclaro, sintiendo cómo por fin mis hombros se relajan y puedo soltar el aire—. Te prometo que Ethan, Kira y yo no vamos a darte ni el más mínimo quebradero de cabeza. Es más, va a parecer que ni siquiera estamos aquí. Seremos como fantasmas.

—Lo dudo muchísimo, la verdad, pero gracias —suelta ella.

Darana se recoloca el sombrero con un toque de dedos y asiente con la cabeza, dando por zanjada la discusión. El aire en el salón se vuelve tan denso e incómodo que casi cuesta respirar. Ella se da la vuelta dispuesta a cruzar el umbral de la puerta y largarse, pero las palabras me salen antes de que mi cerebro pueda detenerlas.

—¿Puedo pedirte un favor?

Se detiene en seco, como si hubiera pisado una mina, y se gira lentamente. Ay, madre. No sé si esto va a funcionar o si me va a soltar un puñetazo, pero le planto mi mejor sonrisa. Esa sonrisa que intenta decir de manera desesperada: «Oye, te prometo que en el fondo sigo siendo la misma chica con la que te perdías por las colinas hasta las tantas de la madrugada». Pero, evidentemente, la mirada que me devuelve ella no tiene absolutamente nada de nostalgia.

—He estado observando desde la ventana que habéis cambiado bastante la distribución y que tenéis zonas completamente nuevas para el pasto y el ganado —le explico, intentando sonar técnica y profesional—. Me gustaría echarle un vistazo a toda la extensión de la propiedad antes de ponerme a colocar el instrumental de medición. Así tendré una lectura de terreno mucho más clara.

Lo que realmente estoy queriendo decirle, de la manera más sutil posible, es que quiero que sea ella misma la que me dé esa vuelta en su flamante Ford Ranger mientras yo tomo notas a la espera de que lleguen los chicos.

Su semblante no cambia ni un ápice, sigue rígido como una estatua, pero vamos, no me hace falta que me haga una mueca de asco o que ruede los ojos para darme cuenta de que la idea de pasar un rato conmigo encerrada en un coche le apetece lo mismo que una colonoscopia. Sin embargo, sé que lo va a hacer. Como solía

decir siempre su padre: «Cuanto antes se empiecen las cosas desagradables, antes se acaban y nos las quitamos de encima».

—Cuanto antes te pongas con el dichoso trabajo, antes os largaréis todos de aquí, ¿no?

Casi se me escapa una sonrisa de oreja a oreja al comprobar la tremenda cantidad de gestos y cosas que tiene en común con el viejo Richard. Que en paz descanse.

—Claro —le respondo, sosteniéndole la mirada—. Esa es la idea principal.

Aunque es una pequeña mentira.

Doy un paso largo hacia la mesa de madera, agarro la taza de café y me la bebo de un solo trago. Acto seguido, en un ataque de pánico por la tensión, agarro uno de los cruasanes y me meto la mitad en la boca, de un solo viaje. Me lleno los carrillos hasta el punto de ahogarme, pareciendo un hámster con sombrero vaquero.

Al menos, si me voy a morir asfixiada delante de mi ex mejor amiga, que sea saboreando la gloria de la mantequilla.

Darana abre la boca, completamente estupefacta ante el dantesco espectáculo que estoy dando. Me pongo el sombrero mientras sigo masticando como puedo y veo perfectamente el destello de diversión resignada en sus ojos.

—Joder... Hay cosas que no van a cambiar ni en un millón de años, Bennet —suelta, negando con la cabeza.

Yo simplemente me encojo de hombros con la boca llena, le dedico una mirada inocente y paso por su lado en dirección al vehículo sin decir ni mu.

Camila

Jamás en la vida pensé que la jornada iba a dar este giro tan radical. Y cuando digo «giro», me refiero a tener a Darana Calloway —la mujer que más me odia de toda Australia, del planeta Tierra y de las galaxias colindantes— sentada en el asiento del conductor, a escasos centímetros de mí.

El silencio dentro de la Ford Ranger es pleno. Yo me mantengo pegada a la ventanilla del copiloto, con el sombrero haciendo sombra —qué abierta de vocabulario estoy hoy— para que no note que la miro de reojo, mientras mi pie derecho no para de dar un repiqueteo frenético contra el suelo. Un tic nervioso de toda la vida, mientras intento convencerme de que todo va a salir bien. Al fin y al cabo, ella solo me está haciendo el favor de guiarme por las veintisiete hectáreas del Birdsong Hills para mi inspección visual previa. No tiene nada de malo compartir un poco de oxígeno, ¿no?

Pues sí, lo tiene. Porque siento que me falta el aire.

Para romper este hielo que amenaza con congelarme las pestañas, carraspeo y suelto lo primero que se me ocurre:

—Me alegra que hayas continuado con el legado familiar, la verdad. Se nota que todos los cambios tienen tu toque.

Darana ni se inmuta. Sigue con las manos firmes al volante, devorando la distancia entre nubes de polvo que se pegan a los cristales.

—Elizabeth y yo lo hemos mantenido como hemos podido —suelta con una frialdad que me escuece—. Se supone que todo esto iba a ser para Elijah, pero así son las cosas. No todos podemos marcharnos lejos, dar una espantada y cumplir nuestros sueños como si los demás no existieran.

Genial. Sabía perfectamente que esto no iba a ser un paseo agradable por el campo.

—Ya... lo siento —murmuro, tragando saliva.

Me encantaría meterme en su cabeza para saber qué coño está pensando de verdad. Seguro que se pregunta si me arrepiento de haberme ido, de haber dejado atrás a mi exmarido o de no haber dado la cara cuando las cosas se pusieron feas por aquí. Noto cómo la mandíbula de Darana se tensa. Apuesto lo que sea a que se está aguantando las ganas de gritarme que no le hace ni puta gracia mi regreso triunfal, y que ponerme a estudiar las tormentas de la zona no va a borrar mágicamente los meses de movidas y borracheras que tuvo que soportar por culpa de Elijah después de nuestra ruptura.

La camioneta avanza dando unos botes brutales sobre el terreno irregular, haciéndome dar saltos en el asiento.

—A la derecha están los nuevos comederos —suelta, rompiendo la tensión mientras marca el territorio—. Y más allá, cruzando el arroyo, está la plantación de geranios, cerca de donde están las vacas. No quiero que tú ni los de tu equipo estropeéis esa tierra. ¿Te queda claro, Bennet?

—Perfectamente, señorita Calloway —le respondo, apuntando el dato en mi cuaderno, el único material que he traído para esta primera toma de contacto junto a mi anemómetro portátil.

Tengo que admitir, aunque sea solo para mis adentros y bajo secreto de sumario, que Birdsong Hills está jodidamente espectacular, y que grita el nombre de Darana por los cuatro costados. Su obsesión por el control y sus estudios de gestión agropecuaria se notan en cada rincón.

Subimos una pequeña loma y, a lo lejos, diviso los cobertizos principales. En un lateral todavía se aprecian perfectamente las marcas del derrumbe de aquella fatídica noche. Y enseguida, se me encoge el estómago.

—Has hecho un gran trabajo aquí, Ran... Darana —corrijo de inmediato al ver cómo sus ojos me fulminan a través del espejo retrovisor.

—Hacemos lo que debemos para sobrevivir —sentencia.

Acto seguido, da un volantazo hacia la izquierda que casi me hace escupir el cruasán que todavía estoy terminando de digerir en el estómago. La camioneta frena en seco frente a una valla de madera desgastada, levantando una polvareda tremenda. El motor de la Ford Ranger se apaga con un suspiro. Darana se apoya contra el respaldo, me mira de lado y esboza esa sonrisa que no tiene nada de simpática, sino que es un desafío envenenado.

—Si tantas ganas tienes de empezar —comenta con tono de burla—, creo que la zona norte te vendrá bien para que comiences a tomar tus apuntes y a planificar dónde vas a meter tus cables.

«Qué manera de decirlo».

—Vaya, señorita Calloway, qué generosa —le respondo, sosteniendo su mirada con la misma calma—. Espero que tus vacas no confundan mis futuros sensores con pasto cuando los monte con mi equipo. Sería una auténtica lástima que mi valioso material científico acabara convertido en caca de rumiante.

Sus ojos brillan con un chispazo peligroso. Y el aire dentro del vehículo se vuelve abrasador.

—Si lo hacen, será un buen test de resistencia para tu tecnología —replica ella sin perder la compostura—. Aunque, conociéndote, seguro que tienes un plan B. Tú siempre has tenido un plan B para huir de los problemas. ¿No?

Me está buscando las cosquillas de mala manera.

Entrecierro los ojos y abro la puerta antes de mandar el profesionalismo a la porra y saltarle al cuello para estrangularla.

El calor de las tierras altas me golpea la cara en cuanto pongo un pie en el suelo. Me cuelgo la correa del anemómetro portátil al hombro, agarro mi cuaderno firmemente bajo el brazo y encaro el

camino hacia el dichoso cercado norte. Noto perfectamente su mirada clavada en mi trasero mientras me alejo.

—¡El cercado norte está a unos metros! —me grita desde el vehículo, como si fuera tonta y no supiera orientarme, o no recordara estos parajes—. No creo que te pierdas, pero si necesitas que te acompañe alguien para que no te coma un bicho...

—Tranquila —le grito sin girarme, levantando una mano—. Sé leer mapas. Y nubes. Llevo años haciéndolo solita.

. . .

Pisar la tierra me hace sentir viva, aunque el sol me está torrando la nuca. Me recojo el pelo mientras avanzo —maldigo haberme dejado el sombrero en el coche—, y cuando por fin llego al maldito cercado norte, entiendo por qué me lo ha asignado: es el lugar más incómodo, expuesto, caluroso y problemático de todo Birdsong Hills. Muy propio de Darana.

Me siento en un tronco seco, coloco el anemómetro portátil a mi lado para que vaya registrando las rachas de viento de la zona y abro mi libreta. Es la misma libreta que llevo usando desde que conseguí el puesto. Está llena de anotaciones, esquemas de tormentas y pequeños dibujos de nubes que hago cuando me aburro o necesito concentrarme. Me pongo a apuntar las coordenadas geográficas de los puntos óptimos donde Ethan, Kira y yo colocaremos las estaciones repetidoras en los próximos días.

Estoy metida en mi papel, con el ceño fruncido y la lengua presionando el interior de mi mejilla, aislada del mundo entero. Un grave error en estos parajes. Porque de repente, noto un tirón seco y violento que termina por arrancarme el cuaderno de las manos.

—¿Pero qué coño...?

Al girarme, me quedo de piedra. Un maldito burro gris de orejas gigantescas, con una mirada sospechosamente satisfecha y la

mandíbula moviéndose de lado a lado... mastica mi libreta.

—No puede ser... —murmuro, estupefacta.

El animal lo hace con una parsimonia celestial. Y de repente, me doy cuenta de que mis datos se están convirtiendo en papilla dentro de su boca.

—¡Eh! ¡EH! —grito, y pego un salto que casi me hace tirar el anemómetro—. ¡Suelta eso, pedazo de mulo! ¡Que no es alfalfa, maldita sea!

El burro me mira fijamente con sus ojos grandes y plácidos, como diciéndome: «Pues está sabroso, tía». Antes de retroceder un paso.

—No te atrevas... —le advierto, y avanzo hacia él con las manos extendidas, intentando parecer intimidante.

El bicho se da la vuelta con una agilidad pasmosa y echa a trotar.

No, no, *no*. ¡Esto no me puede estar pasando a mí!

—¡Vuelve aquí, delincuente de cuatro patas!

Y ahí me veis. Camila Bennet, científica del Instituto de Meteorología, corriendo como una loca por mitad de un cercado australiano detrás de un burro cleptómano, mientras voy esquivando matorrales, saltando agujeros en la tierra y sintiendo cómo el sudor hace que la camisa se me pegue a la espalda de la forma más antídiva posible.

—¡Que sueltes eso! —le grito con la voz entrecortada por el esfuerzo—. ¡Que es ciencia, joder, y cuesta dinero!

El muy traidor parece estarse divirtiendo de lo lindo. Da un pequeño salto juguetón, levanta las coces y acelera el ritmo.

—¡Te juro que como me hayas destrozado la página de las gráficas te convierto en mortadela! —le amenazo, desesperada.

Tropiezo con una piedra, resbalo de mala manera en una zona de tierra suelta y pego un patinazo digno de una pista de hielo, pero

milagrosamente consigo recuperar el equilibrio agitando los brazos como un pato mareado. No me puedo meter la hostia monumental aquí. Básicamente porque, al levantar la vista, veo la Ford Ranger a lo lejos.

Y apoyada contra el capó, con los brazos cruzados, el sombrero ladeado y una sonrisa de oreja a oreja que le cruza la cara, está Darana. Observando todo el espectáculo en primera fila.

Por supuesto. Por supuesto que tenía que estar viendo mi humillación pública.

—¡No te quedes ahí disfrutando del show! —le grito a pleno pulmón sin dejar de perseguir al asno—. ¡Haz el favor de mover el culo y ayúdame!

Darana ni se inmuta. Se limita a soltar una carcajada que escucho perfectamente desde la distancia.

Por suerte, el burro decide que ya ha corrido bastante por hoy y se detiene en seco cerca de la camioneta. Me acerco a él despacio, con las manos por delante, mientras respiro como si hubiera corrido una maratón completa en el desierto.

—Eso es... buen chico... —le suplico con voz titubeante—, suelta la libreta... sé un burro decente... vamos...

El animal me mira, aburrido del juego, y abre las fauces dejando caer el cuaderno al suelo. Me lanzo en plancha, lo recojo y lo inspecciono. Está lleno de babas, marcas de dientes y con los bordes de varias páginas completamente triturados. Podría ser peor, supongo, pero es un desastre.

Cierro los ojos, apretando el cuaderno contra mi pecho.

Cuando me incorporo y llego a la altura de la camioneta, soy un cuadro viviente: despeinada, con la camisa empapada en sudor, los pantalones cubiertos de polvo y cara de querer cometer un asesinato.

—¿Te parece normal? —le suelto a Darana, plantándome a medio metro de ella—. ¿Tienes un burro cleptómano y psicópata

suelto por aquí y no eres capaz de avisarme? ¡Casi destruye semanas de trabajo! ¿Tienes idea de lo que cuesta reconstruir estos datos?

Ella alza una ceja con una parsimonia que me saca de quicio.

—Se llama Angus —responde con total naturalidad, como si eso lo explicara todo.

—¡Me importa tres pimientos si se llama Angus o Federico! —le grito, meneando el cuaderno babeado delante de sus ojos—. ¡Casi se come mi libreta!

Darana se despegas del capó. Da un paso hacia mí, acortando la distancia tanto que puedo percibir el aroma limpio de su piel mezclado con el sol. Se inclina un poco hacia delante, e invade mi espacio vital de una forma que hace que se me pare el corazón.

—Para que lo sepas, Angus se pega estos viajecitos junto a los trabajadores. Y en los contratos de la administración no entra el pastoreo de burros, Bennet —me suelta con una chulería y una sensualidad que me hacen apretar los dientes—. Tienes que aprender a lidiar con la vida de este lugar si tantas tormentas presumes de dominar. Aunque, por lo que acabo de ver, un simple borrico te da más problemas que un tornado de categoría cinco.

La miro fijamente a los ojos. Y durante un segundo eterno, todo lo demás desaparece: el calor sofocante, el polvo del desierto, el estúpido de Angus...

—Las tormentas no muerden libretas, Calloway.

—No —replica ella, clavando sus ojos miel en los míos—. Pero arrasan con todo lo que encuentran a su paso. Y tú de eso sabes un rato, ¿verdad? Sabes perfectamente lo que es dejar un terreno devastado detrás de ti.

Siento que el pulso se me desboca. Ninguna de las dos aparta los ojos. La tensión es tan bestia que casi saltan chispas entre nosotras. Me muero de ganas de contestarle, de defenderme, de

recordarle que las cosas no son tan blancas o negras como ella cree, pero el rugido de varios motores rompe el momento.

Ambas giramos la cabeza, y vemos cómo dos vehículos se acercan por el camino principal, levantando una inmensa polvareda en la distancia.

«Gracias al Dios de los truenos por pensar en mí y llegar antes», me digo.

—Vaya, parece que tu caballería de empollones ya está aquí —dice Darana.

—Sí. Justo a tiempo —respondo, intentando sacudirme el polvo de la ropa para recuperar un mínimo de dignidad.

Los vehículos frenan. Ethan baja de su vehículo, y después lo hace Kira, que ya viene con la *tablet* en mano evaluando el entorno.

—¡Camila! —saluda Ethan a voces, acercándose a toda prisa—. Vaya terrenos, ¿eh? Un tal Albert nos dijo que estaríais por aquí y nos ha dejado coger parte del equipo. ¿Ya has empezado la fiesta sin nosotros?

Miro mi libreta llena de babas de asno y luego lo miro a él con cara de pocos amigos.

—No quieras saberlo. Digamos que he tenido un estrecho e inesperado encuentro con la fauna autóctona de este lugar.

Kira alza una ceja, deteniéndose a mi lado y escaneándome de arriba abajo. Luego, observa a Angus que está moviéndose por ahí tan tranquilo.

—Pues ahora tengo mucha curiosidad por saber los detalles. ¿Qué te ha pasado?

—Luego os cuento —le respondo, sacudiendo la cabeza—. Ahora vamos a lo que vamos. No hay tiempo que perder.

Darana da un paso al frente, cruzándose de brazos y adoptando de nuevo su postura impecable de dueña y señora del cortijo.

—Podéis empezar por el cercado norte —les informa con voz clara y autoritaria, dirigiéndose a mis compañeros—. Supongo que Bennet ya os habrá puesto al corriente de lo complicado que es el terreno por aquí para vuestros cacharros.

Noto su mirada capciosa clavada en mí, pero decido ignorarla.

—Lo hará ahora mismo —interviene Ethan con una sonrisa.

Asiento, enormemente agradecida de que el foco de atención cambie de dirección.

—Venga, vamos a ponernos en marcha para montar la base repetidora antes de que baje la luz —indico, ya más calmada—. El terreno es bastante irregular y arcilloso, así que vamos a necesitar tirar de barrena para reforzar al máximo los anclajes de las torres meteorológicas si no queremos que salgan volando al primer vendaval. Kira, empieza a revisar los niveles de inclinación en aquella loma de allí. Ethan, abre el remolque y descarga los sensores adicionales.

Kira ya se ha agachado a observar la consistencia del suelo.

—Habrá que nivelar muy bien esa zona —comenta, señalando un punto concreto del cercado—. Y necesitaremos añadir cableado extra.

—Sí —confirmo, cruzándome de brazos—. Y, además, visto lo visto hoy, no me fío un pelo de los animales sueltos.

Ethan suelta una sonora carcajada mientras descarga una caja pesada del maletero antes de localizar a Angus.

—No me digas que ese burro ya ha hecho de las suyas —adivina. Luego suelta un silbido—. Vaya, vaya. Camila Bennet, la gran domadora de tormentas, vencida y humillada por un simple asno.

—Ríete todo lo que quieras, listillo —le respondo, uniéndome a ellos para cargar el material—, pero en esa libreta hay anotaciones de campo que valen oro. Señorita Calloway... —me giro hacia ella, y arqueo una ceja—, ¿hay alguna posibilidad de mantener al amigo

Angus bien encerrado en un corral mientras dure nuestro despliegue científico?

Darana se recoloca el sombrero vaquero, mirándome con una expresión de diversión maliciosa.

—Puedo pedirle a los chicos que lo trasladen —admite con tono arrastrado—. Pero te advierto una cosa, Bennet: Angus es un espíritu libre. No le gustan las ataduras, ni los cercados, ni las normas... Exactamente igual que a ti.

La tormenta Calloway está al caer, y dudo mucho que mi equipo meteorológico esté preparado para el impacto.

Darana

—Darana, cariño, no te quedes ahí plantada con cara de haber masticado un limón —me lanza mi tía Elizabeth desde el porche, secándose las manos en el delantal—. Los muchachos están acomodándose. Además, esa aura de general de división no va a ayudar a que los científicos se sientan precisamente bienvenidos.

«Es que no quiero que se sientan así».

Suspiro y me giro hacia ella, apoyando una mano en la barandilla de la casa principal. El olor a carne asada y especias que flota desde la cocina es una auténtica delicia, pero tengo el estómago tan cerrado que no me entraría ni un alfiler, por mucho que Joyce haya cocinado.

—No es cuestión de darles una fiesta de bienvenida, tía. Es cuestión de supervivencia —le rebato, recolocándome el sombrero—. Esos tres forasteros se han pasado el día entero y buena parte de la noche picando piedra en nuestros terrenos.

No ha sido exactamente así, pero exagerar es lo mío.

—Y para colmo han terminado de instalar sus trastos haciendo un ruido infernal —añado—. Bastante concesión he hecho ya dejándolos trabajar hasta las tantas como para encima ponerles una alfombra roja. Sabes de sobra cómo se ponen los caballos con los ruidos nocturnos.

Mi tía se acerca a paso lento, me coloca una mano cariñosa en el hombro y me regala un apretón. Pretende que se me bajen las revoluciones.

—Sé exactamente lo testaruda que eres cuando algo te rompe los esquemas, cariño. Pero organizar esta cena en el porche con

todo el equipo era necesario para rebajar los humos y que nadie se tire los trastos a la cabeza mañana. Camila también adora esta tierra, la conoce al dedillo, y te aseguro que no ha venido aquí a sabotearte. Venga, haz un esfuerzo y sonríe un poco.

Antes de que pueda soltarle una de mis réplicas, mi tía se da la vuelta y regresa al interior para ayudar a Joyce a sacar las bandejas gigantescas de pastel de carne. Sacudo la cabeza, completamente resignada. Control. Eso es lo único que necesito mantener a raya esta noche. Control, sangre fría y una distancia kilométrica. Porque si permito que esta dichosa cena se convierta en otra cosa... perderé lo que más me ha costado construir en este lugar: mi autoridad.

El porche delantero está hasta arriba. Las mesas largas de madera rústica ya están llenas de jarras de cerveza helada y los codos de varios trabajadores de Birdsong Hills. El guirigay de conversaciones, las risas y el tintineo de los cubiertos se mezclan con el zumbido constante de los insectos nocturnos de las colinas.

Y, en el extremo más alejado de la mesa, están ellos. Los intrusos.

Se nota a la legua que no son de aquí y que están más incómodos que un pulpo en un garaje. Ethan y Kira hablan en voz baja entre ellos. Mis chicos los miran de reojo, con esa desconfianza típica del hombre de campo hacia el forastero. Incluso Ricky, que está sentado a mitad de la mesa devorando su ración, los vigila como un auténtico halcón.

Así me gusta, que sepa dónde trabaja.

Pero la que realmente me tiene de los nervios es la maldita Camila Bennet. Sentada justo al final del banco, con los dedos de la mano derecha tamborileando de forma frenética contra la madera.

Respiro hondo e inflo el pecho. No voy a dejar que me altere lo más mínimo, así que, agarro una botella de cerveza bien fría de la nevera portátil, le doy un trago y dejo que el frescor me baje los

humos. Es mi momento. Es mi propiedad. Y aquí se juega bajo mis malditas reglas.

—A ver, atención un momento, muchachos —les pido, paseando la mirada por la mesa sin detenerme en nadie en particular—. Quiero dejar una cosa clara para los próximos días. Los científicos que tenemos instalados en las cabañas están aquí cumpliendo una orden del Instituto de Meteorología, no han venido a pasar unas vacaciones pagadas en el campo. Así que no quiero ver ni un solo cable suelto por las zonas de paso de los caballos, y, por encima de todo, no voy a tolerar el más mínimo retraso en las rutas de los turistas. ¿Nos hemos entendido?

—¡Entendido, jefa! —suelta Ricky con la boca medio llena, seguido de un coro de asentimientos de los demás.

Era la respuesta que esperaba.

—Perfecto —añado, apartando los ojos de golpe antes de que esto se convierta en un duelo de titanes—. Buen provecho a todos. Podéis seguir cenando.

Me coloco en una esquina del porche, y apoyo la espalda contra la barandilla. Todo está bajo control. O eso quiero creer. Hasta que a Joyce le da por hacer acto de presencia con su habitual sutileza.

—¡Pero bueno, mi Cami linda! —exclama a los cuatro vientos, mientras carga con una bandeja humeante que huele a gloria.

Cierro los ojos un segundo y aprieto los dientes. Que la tierra me trague y me escupa en la otra punta de Australia, por favor.

Me declaro enemiga pública de Joyce Tanner en este momento.

La mujer avanza como un auténtico torbellino, directa hacia el final de la mesa tras dejar la bandeja, y aparta a un par de hombres para plantarse justo delante de Camila con una enorme sonrisa.

—Si estás hecha un auténtico fideo, criatura del Señor —le suelta, sirviéndole una porción de pastel de carne que podría

alimentar a una familia de cinco miembros—. Te he preparado esto con extra de queso fundido, tal y como te volvía loca cuando eras una chiquilla y correteabas por aquí. Y de postre te tengo guardados los bizcochos de la casa, así que ni se te ocurra decirme que no te entra, porque te lo hago tragar a la fuerza.

Camila parpadea un par de veces, con las mejillas tiñéndose de un color rosado que la hace estar jodidamente guapa. Espera, ¿acabo de pensar eso? Mierda.

Por suerte, la irritante voz de Camila Bennet, me regresa a la realidad.

—De verdad, Joyce, no hacía falta tomarse tantas molestias —le dice, regalándole una sonrisa—. Estoy bien, en serio.

—¡Qué va a ser una molestia, hija! —interviene Joyce, dándole una palmada cariñosa en la espalda—. En Birdsong Hills no dejamos que nadie pase hambre, y menos tú, que has vuelto a casa después de tantos años. Come y calla, que darle a la maza en el cercado norte hasta las tantas de la noche abre el apetito a cualquiera.

Camila acepta el cubierto con una tímida inclinación de cabeza, clavando la vista en el plato. Desvío la mirada hacia el cielo. No me interesa en absoluto. No tiene por qué importarme lo que haga esta mujer.

Aunque está a punto de hacerlo, porque Maddie Strong —la encargada de los caballos y rutas guiadas— se pone al otro lado de la mesa, apoyada sobre un codo, y devora con la mirada a Camila.

¿Desde cuándo esto se ha convertido en el Rancho de las Tentaciones?

Camila, que parece no enterarse del peligro o que finge ser la tía más despistada del mundo para no avivar el fuego, se lleva una mano al ala de su sombrero y se lo quita con un movimiento lento y despreocupado. Lo deja a un lado de la mesa y sacude la cabeza con energía. Su melena oscura y brillante cae sobre sus hombros en cascada, rebosante de vida. Y entonces, para rematar el sufrimiento

—*mi*, sufrimiento—, hace «el gesto». Se lleva las dos manos a la nuca, arqueando la espalda, para recogerse el pelo poco después.

Madre del amor hermoso. Quien se haya metido en mi cabeza para traicionar a mis instintos asesinos, que se largue *ya*.

—Joder, Bennet... —la voz arrastrada de Maddie rompe el silencio del porche—. Si la ciencia de las tormentas tiene siempre unas vistas como esas, voy a tener que empezar a mirar muchísimo más al cielo y dejar de fijarme tanto en los caballos.

El silencio que se apodera de la mesa dura apenas medio segundo. Lo que viene a ser una puta eternidad.

Justo en ese preciso instante en el que Maddie suelta su lindeza, a mí se me ocurre dar un trago a mi cerveza. El líquido se me va por el otro lado y me entra un ataque de tos absolutamente dantesco. Me doblo por la mitad, dándome golpes en el pecho con el puño mientras intento recuperar el aire y la dignidad, pero parezco un perro asmático.

—¿Te encuentras bien, jefa? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —me pregunta Ricky, mirándome desde su sitio.

Niego como puedo, y levanto una mano en el aire para que no se mueva mientras sigo soltando un par de toses secas.

Cuando por fin consigo respirar con normalidad y mi garganta deja de arder, levanto la cabeza e hipoteco mi mejor mirada de asesina en serie para clavársela a Maddie Strong. Ella, lejos de acojonarse o pedir disculpas por pasarse de la raya con la forastera, se limita a regalarme una sonrisa de suficiencia, divertida y sin una pizca de arrepentimiento.

«Otra más a la lista de enemigas recientes».

—Controla a tu personal de una puta vez, Darana —me impongo.

Aunque, si soy sincera conmigo misma, a la que realmente necesito controlar con urgencia es a mí. Porque me he quedado embobada cuando la realidad es que odio a Camila Bennet. La odio

con toda mi alma por haber tenido la osadía de regresar a Australia. La odio por presentarse aquí y desenterrar recuerdos dolorosos que me han costado años sepultar. La odio por alterar el maldito equilibrio de mi propiedad en cuestión de horas. Y, sin embargo...

Camila levanta la vista del plato. Nuestros ojos se encuentran en mitad del porche, desafiándose. Esta vez decido no ceder ni un milímetro.

Esto es Birdsong Hills, y aquí las normas, el ganado y las personas los dirijo yo.

Aunque eso implique jugar con fuego, quemarme los dedos y sospechar que ya es jodidamente tarde para fingir que la presencia de la meteoróloga no nos está haciendo saltar las costuras.

Camila

El aire de la mañana en Birdsong Hills es engañosamente amable. La luz cae limpia sobre los cobertizos, dorando la madera envejecida y levantando destellos suaves en las motas de polvo que flotan por ahí. El olor a heno y tierra húmeda me golpea con una familiaridad incómoda, como si alguien hubiera abierto de una patada la puerta que yo llevaba diez años empeñada en mantener cerrada bajo siete llaves.

Respiro hondo.

La realidad es que este lugar no solo huele a campo. Huele a pasado. Y el pasado, cuando decide reaparecer con sus habituales botas y unos ojos miel de infarto, nunca lo hace con delicadeza.

Aprieto los dedos alrededor del borde de la valla. Noto que el poste de madera tiene una astilla que sobresale exactamente tres milímetros hacia la izquierda. Con cuidado, saco un pañuelo del bolsillo y arreglo la superficie sin pensármelo dos veces. Mucho mejor.

—Necesito un caballo —pido.

Darana está unos metros más allá, revisando una de las monturas. Lleva una camisa clara arremangada hasta los codos que deja a la vista unos brazos torneados por el trabajo, unos vaqueros que le sientan de lo más injusto y las botas cubiertas de polvo. Como siempre, lleva la trenza, con varios mechones rebeldes que le enmarcan ese rostro anguloso que tantas veces ha protagonizado parte de mis pesadillas. Ni se inmuta al escucharme. En cambio, tensa la correa de la silla con un tirón antes de responder:

—Buenos días para ti también, Bennet.

Aprieto la mandíbula. Madre mía, la soberbia rural en todo su esplendor.

—Buenos días, Calloway.

Ahora sí. Se gira lentamente y clava sus ojos en mí.

—¿Andas buscando un poni para dar una vuelta turística o es que te has cansado de limpiar los parabrisas de tu coche? —pregunta cruzándose de brazos, con una sonrisa irónica.

—Las zonas de turba y los senderos estrechos del terreno son inaccesibles para Viento. Por no hablar de que podría estropear el equipo instalado —replico, señalando hacia las colinas del fondo mientras defiendo el honor de mi queridísimo e impoluto vehículo—. Necesito subir a instalar unos sensores de inmediato. A pie perdería unas horas valiosas y mi equipo no piensa retrasar el estudio por estos caminos.

—Qué inconveniente —suelta con una lentitud exasperante, relamiéndose en cada sílaba—. Haber elegido un vehículo de verdad y no ese juguete científico.

Ignoro el insulto a mi coche y voy directa al grano.

—Necesito un animal dócil y que conozca bien el terreno. Byron sería perfecto.

Pero en cuanto ese nombre sale de mi boca, sé que la he cagado.

La mirada de Darana se endurece al instante, transformándose en dos témpanos de hielo. Da un paso salvaje hacia mí, recortando la distancia hasta que puedo oler el aroma a jabón que desprende su piel.

—Ni sueñes que vas a ponerle una mano encima a Byron, Bennet —suelta con una voz fría y cortante que me eriza el vello de la nuca—. No voy a arriesgar a mi mejor caballo porque a una científica espabilada se le haya olvidado cómo agarrar unas riendas después de una década viviendo la vida de ciudad.

El golpe llega limpio y directo al orgullo.

—No se me ha olvidado montar, Calloway —le espeto, dando un paso al frente, plantándole cara y sosteniéndole la mirada—. Solo llevo diez años sin practicar con habitualidad, pero tengo la técnica suficiente para manejarlo.

—Exacto. Diez años —replica ella, e inclina la cabeza con esa superioridad insufrible que me dan ganas de abofetear—. Tiempo más que suficiente para que todo haya cambiado por aquí. Incluida la paciencia de mis animales.

El silencio que se instala entre las dos es una bomba de relojería.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Pero qué panorama tan estimulante tenemos aquí! —interviene una voz arrastrada y divertida.

Maddie Strong aparece de la nada, apoyada contra uno de los postes con una brizna de paja entre los dientes y esa sonrisa descarada que no conoce el significado de la palabra vergüenza. Sus ojos se deslizan sobre mí en un escaneo de arriba abajo que no disimula en absoluto.

—Si la experta está un poco oxidada con los mandos... —continúa Maddie, incorporándose con chulería y sacudiéndose el polvo de los pantalones mientras camina hacia mí—, yo misma puedo encargarme de darle unas clases particulares de recordatorio... —Se detiene a una distancia peligrosamente corta, invadiendo mi espacio personal—. Y de paso te enseño a domar otras cosas del rancho que también requieren de mano firme.

Me quedo muda un segundo. Madre del amor hermoso, ¿pero qué desayunan en este sitio? No sé si echarme a reír o salir corriendo en dirección contraria.

De reojo, noto la mirada de Darana clavada en nosotras. Si las miradas mataran, Maddie ya estaría enterrada bajo tres metros de abono para el campo.

—No creo que sea necesario... —intento frenarla con una risita nerviosa.

—Claro que lo es, preciosa —me corta Maddie, regalándome un guiño de lo más pícaro—. Porque ahí arriba, no hay segundas oportunidades si pierdes el control del caballo. O de lo que llevas entre manos. El terreno ha cambiado bastante durante tu ausencia. ¿Verdad, jefa?

Darana aprieta los labios hasta dejarlos en una línea casi invisible. Se gira hacia mí y, con un tono que podría congelar el mismísimo desierto australiano, suelta:

—Dakota es estable y se sabe el camino de memoria. Úsala a ella si tantas ganas tienes de subir. Pero no esperes que nadie vaya a rescatarte si te despistas por ir mirando las nubes.

Maddie suelta una risa, ronca, y se acerca todavía más, rozando mi brazo con el suyo con un descaro tremendo.

—Venga, déjate querer. Prometo ser una profesora muy, muy paciente... y de lo más cercana. ¿Qué me dices?

Dudo un instante, odiando con todas mis fuerzas tener que tomar la decisión con Darana delante, que nos observa como un halcón a punto de cazar. Pero el trabajo urge y los sensores no se van a instalar solos por arte de magia.

—Está bien —cedo, cruzándome de brazos para intentar poner una barrera física con la sargento de las rutas—. Pero que sea una clase rápida. Tengo un horario estricto que cumplir.

—Lo que tú digas, bonita —me asegura Maddie, volviendo a guiñarme el ojo—. Aunque, entre tú y yo, las cosas buenas de la vida nunca se disfrutan del todo si se hacen con prisa.

La mandíbula se me desencaja.

. . .

La pista exterior es un auténtico monumento al sol y a la arena. El calor cae a plomo sobre nosotras, y la camisa ya se me pega a la

espalda. Estoy subida a lomos de Dakota, una yegua castaña que, afortunadamente, parece tener muchísima más paciencia que su dueña. El verdadero problema no es el animal; el problema soy yo, mis nervios y la entrenadora que me ha tocado.

—Relaja esas piernas —me indica Maddie desde atrás. De repente, siento su mano firme y cálida posicionándose directamente sobre mi muslo, haciendo que de un respingo sobre la silla—. Estás estrangulando las riendas. Y a las yeguas hay que tratarlas con dulzura, como a nosotras.

—No estoy... —intento protestar, abriendo los ojos de par en par ante su descaro, mientras recoloco la costura de mi pantalón para que quede perfectamente alineada con la bota.

—No te preocupes —me dice con una risita baja y juguetona que resuena demasiado cerca de mi oreja—. Es normal ponerse un poco tiesa al principio. Y más cuando tenemos público de primera categoría vigilando la faena.

Intento concentrarme en la respiración. Inhalo, exhalo. Mantengo la espalda recta. Pero la paz me dura menos que un suspiro, porque las manos de Maddie se apoyan en mí después de pedirme permiso, colocándose esta vez en mi cintura para corregirme la postura, pegando su cuerpo al mío de una forma que resulta de todo menos académica.

—Así no —murmura, inclinándose tanto que noto su aliento en mi nuca—. Si te pones tan rígida, Dakota se va a alterar. Tienes que confiar en quien te guía, fluir con el movimiento. ¿Sientes cómo responde tu cuerpo?

—La verdad es que no sé cómo... —murmuro.

—Confía en mí —me responde—. Llevo años enseñando a montar. Y te aseguro que se me da de maravilla. Relaja los hombros... eso es. Ahora la cadera. Así, perfecta.

A base de puro instinto, mi cuerpo empieza a sincronizarse con el trote de Dakota. Doy un giro hacia la izquierda, luego otro,

recuperando la confianza a pasos agigantados. El vaivén me devuelve sensaciones que creía enterradas.

—¿Ves? —suelta Maddie, rozando mi espalda al apartarse solo lo justo—. El que tuvo, retuvo. Solo necesitabas que la persona adecuada te recordara lo bien que se siente recuperar el control.

Sonríó sin poder evitarlo, contagiada por el dinamismo del momento, aunque me siento peligrosamente expuesta. Ella se baja y entonces... noto ese escalofrío en la nuca que no tiene nada que ver con el viento.

Levanto la vista hacia la sombra del establo principal y veo a Darana, apoyada contra uno de los pilares de madera, con los brazos cruzados y el cuerpo rígido como una estatua de granito. Se le marcan los músculos del cuello y sus ojos arden. En ese fuego salvaje que siempre estalla cuando alguien osa acercarse más de la cuenta a lo que ella consideraba de su propiedad. Pero... yo nunca he sido de su propiedad.

Maddie, que no tiene un pelo de tonta y parece saber perfectamente dónde apretar el botón del drama, vuelve a la carga colocándose al lado del caballo y poniendo su mano directamente sobre la mía en las riendas.

—Ahora vamos a meterle un poco más de velocidad —sugiere—. Imagina que soy yo la que te guía el camino.

La provocación es tan evidente que casi se puede masticar. Sostengo el trote, pero mi atención total está fija en la sombra del establo. En cómo Darana no aparta los ojos de nosotras ni un solo segundo.

—¡Camila! —La voz de Ethan rompe el hechizo, haciéndome reaccionar de golpe.

Me giro hacia la entrada de la pista con un suspiro de alivio enorme. Él y Kira se acercan a toda prisa cargados con unas pantallas táctiles, cables ordenados por colores —gracias al cielo— y varios sensores meteorológicos.

—¡Tienes que ver esto ahora mismo! —exclama Ethan, casi sin aliento, plantándose junto a la valla y tendiéndome la *tablet*—. Los electrómetros instalados en el cercado norte están registrando unas fluctuaciones de potencial eléctrico brutales. Este suelo tiene una carga estática completamente inusual, algo que los modelos informáticos no habían previsto. Nos va a fundir el sistema si no lo calibramos ahora mismo.

Mi chip de científica se activa al milisegundo. ¡Esta es mi puta zona de confort!

—¿Cómo de inusual? —pregunto, desmontando de Dakota con una agilidad que ni yo misma me esperaba. Mis botas golpean la arena levantando una pequeña nube de polvo y me coloco al lado de Ethan, analizando las gráficas informáticas con el ceño fruncido.

—Mucho —interviene Kira, cruzándose de brazos con una sonrisa de lo más sospechosa—. Aunque me da la impresión de que la carga estática del suelo no es lo único que está a punto de provocar un cortocircuito de alta tensión por aquí.

Sigo la dirección de su mirada, que va directa hacia Maddie, luego hacia mí y finalmente apunta hacia el fondo del establo, donde la silueta de Darana sigue recortándose contra la penumbra.

—Genial —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. Justo lo que me faltaba para completar el informe del día.

—Oye, de qué te quejas —bromea Ethan con una sonrisa de oreja a oreja—. El ambiente rural de este lugar es... de lo más estimulante, ¿no? Aunque, viendo su cara, diría que aquí hay más corrientes térmicas y tormentas que las que registran todos nuestros aparatos juntos.

Kira suelta una carcajada.

—Desde luego. La jefa parece dispuesta a saltar la valla y comernos a todos vivos. ¿No crees?

Me encojo de hombros, agarro la *tablet* y me coloco la mochila al hombro con decisión.

—Gracias por la lección, Maddie —le digo, manteniendo una distancia prudencial. No estoy para recordar los tiempos en los que salí del armario lejos de aquí—. Dejaremos las siguientes para cuando el calendario científico nos dé un respiro.

Maddie se apoya la mano en la cadera, soltando una risa que demuestra que le ha encantado el juego.

—Cuando quieras repetir, ya sabes dónde encontrarme.

Inclino la cabeza. Sin embargo, al girarme, pillo el movimiento exacto de Darana. Da un paso atrás en la sombra, pega un pisotón contra el suelo que levanta chispas y se da la vuelta de golpe, dándonos la espalda con una frustración monumental. Después, desaparece en el interior de las cuadras sin dignarse a mirarme una última vez.

Noto una punzada extraña en mitad del pecho, aunque enseguida sacudo la cabeza. No tengo tiempo para esto.

—En marcha —les ordeno a Ethan y Kira, ajustándome las correas de la mochila—. Tenemos un problema que resolver antes de que el sol nos achicharre las neuronas. Quiero revisar esos datos ahora mismo.

Camila

Si alguien me hubiera dicho cuándo acepté el trabajo que iba a terminar un viernes por la noche en un bar de pueblo con serrín pegado a las suelas de mis botas —que he limpiado tres veces antes de entrar, por supuesto— y una señorita descarada arrastrándome a una pista de baile, me habría reído en su cara.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Todo ha empezado con Maddie Strong. Cómo no. Esa mujer es un peligro público para la salud mental de cualquiera. Y más, en un pueblo de estas proporciones.

—No podéis seguir encerrados en vuestras cabañas como si el mundo fuera a acabarse mañana —nos soltó un par de horas antes, apoyada en el marco de la puerta de mi alojamiento con los brazos cruzados y esa sonrisa que no admite un «no» por respuesta—. O bueno, a lo mejor se acaba, pero si el apocalipsis nos pilla, que sea con una cerveza bien fría en la mano y un poco de meneo en el cuerpo.

Ethan, que estaba en su elemento, levantó la vista de la *tablet*. Los ojos le brillaron con entusiasmo casi infantil.

—Nuestros equipos sí podrían pasar a mejor vida —respondió, como el empollón alarmista que es—. Las lecturas muestran unas anomalías que...

—Ethan, por favor, cállate —lo corté en seco, frotándome las sienes con cansancio. No necesitaba teorías sobre el fin del mundo.

Kira suspiró desde su rincón, dejando caer los hombros.

—Pues yo creo que la vaquera tiene razón —intervino, señalando a Maddie con la cabeza. Se nota a las mil leguas que Kira

es americana—. Necesitamos despejar las neuronas. Llevamos horas mirando gráficos y los números ya me bailan delante de los ojos. Si seguimos encerrados aquí, voy a terminar hablándole a los sensores como si fueran mis mejores amigos. Y tú y yo, podríamos bailar un rato, ¿no crees?

Eso se lo dijo a Ethan, con una sonrisa deliciosa en los labios.

Yo no dije nada. Porque llevaba horas intentando no pensar en Darana Calloway. Y eso era muchísimo peor que hablarle a las piedras. Cada vez que su rostro de sargento se colaba en mis pensamientos, el estómago me daba un vuelco. Y no sabía por qué. Era una intrusa en mi cabeza, una tirana con sombrero que mandaba en su propiedad y parecía haber decidido mandar también mis futuras decisiones.

—Una copa —insistió Maddie, empujando la puerta con la bota para meterse del todo en la habitación—. Solo una. Os prometo que no os voy a secuestrar toda la noche. Además, Bennet, te vendría de perlas recordar que hay vida más allá de tus tormentas.

La miré de hito en hito. Ella sostuvo mi mirada sin pestañear, desafiante, con una chispa de picardía en los ojos que me alteró el pulso de inmediato. Noté cómo el calor me subía por el cuello.

Y al final, acabé cediendo.

—Una —le advertí, apuntándola con el dedo—. Y nos volvemos pronto. No quiero excusas para mañana cuando estemos con resaca y sin avanzar en los datos.

Maddie soltó una risa y se acercó un paso más, inclinando la cabeza.

—Sabía que en el fondo eras una chica fácil de convencer, Bennet —se burló con una sonrisa felina que me arrancó un escalofrío tonto por la nuca. Sus ojos bajaron un segundo a mis labios antes de volver a mi mirada—. Aunque me gusta esa faceta. La científica estricta que, de vez en cuando, se deja arrastrar a la oscuridad. Prometo portarme bien... o al menos intentarlo.

—Venga, chicos. Una copa no nos matará. Y quién sabe, igual hasta conseguimos que Camila se relaje de verdad por una noche — comentó Kira, guiñándome un ojo.

Sacudí la cabeza, pero no pude evitar que una sonrisa pequeña se me escapara. Entre el cansancio y la tensión constante que Darana provocaba en mí, la idea de salir, aunque solo fuera un rato, empezaba a sonar peligrosamente tentadora.

—Está bien —acepté finalmente, mirándola a los ojos—. Una copa. Pero nada de bailar, lo mío es la observación.

Maddie sonrió victoriosa.

—Eso ya lo veremos, Bennet. Te sorprenderías de lo que soy capaz de conseguir en una pista de baile.

Error número uno de la noche.

. . .

El bar La Espuela de Plata está hasta los topes. La música country en directo se mueve por las paredes, las botas golpean el suelo con una energía salvaje y el ambiente es una mezcla explosiva de caos y ruido. Para mí, que necesito que las cosas estén en su sitio, este bar es una pesadilla logística, pero la verdad es que tiene un ritmo endiablado.

Intento buscar una mesa libre, pero antes de que pueda dar un paso, una voz conocida me rescata del bullicio.

—¡Pero bueno, mirad quien ha venido!

Me giro de golpe y tan rápido como un parpadeo Lily me encierra en un abrazo.

—¡Estás espectacular! —me grita al oído para hacerse oír por encima de la música, apartándose para mirarme de arriba abajo—. Aunque traes una cara de cansancio que no veas. ¿Se puede saber que has estado haciendo desde que llegaste?

—Estudiar el cielo sin descanso —me río, relajando los hombros.

—Así que los rumores eran ciertos, y te has dejado caer por estos lares —exclama Joanie Blake, la veterinaria del pueblo —y nueva mejor amiga de Darana —, abriéndose paso entre la multitud con una jarra de cerveza. El comité de recepción de la generala está aquí—. Me alegra ver que sigues siendo de carne y hueso, Bennet. Ya te creíamos un fantasma.

—La vida, que es así —digo y me encojo de hombros.

La canción cambia y antes de que pueda añadir algo más, Maddie aparece de la nada. Me mira con los ojos brillantes bajo las luces del local y me agarra de la muñeca sin previo aviso.

—A bailar. Ahora mismo.

—¿Qué? No, no, yo no bailo country, Maddie —protesto, intentando soltarme de su agarre, pero tiene la fuerza de un buey.

—Esta noche sí bailas, mi querida científica. Te voy a quitar esa rigidez a base de vueltas.

«Ay madre, ¿en qué lío me he metido? ¿Y dónde están los demás?». Estiro el cuello cual jirafa y veo, por supuesto, que Kira y Ethan también están en la pista de baile.

Antes de que pueda apelar a mis derechos fundamentales, Maddie ya me tiene metida en mitad de la pista. El ritmo de la música es rapidísimo, contagioso, y la gente se mueve a nuestro alrededor con una soltura que yo, desde luego, no tengo.

—Déjate llevar —me insta Maddie.

Está demasiado cerca. Su desparpajo es casi insultante, mientras mueve las caderas con una seguridad pasmosa. Intento seguirla para no quedar en ridículo, pero es imposible.

—No te lo pienses tanto —me susurra al oído—. A ver si va a resultar que los meteorólogos no sabéis manejar las altas presiones...

Siento que las mejillas me arden.

—Eres una sinvergüenza, Maddie Strong —murmuro, aunque la situación me arranca una carcajada.

—Pues yo creo que te encanta.

Maldita sea, puede que tenga un poco de razón. Porque es divertido. Y por eso, me dejo llevar un poco más, coordinando los movimientos de mis botas. Maddie me agarra de la cintura para dar un giro y mis manos terminan apoyadas en sus hombros, notando el calor de su cuerpo bajo la tela vaquera de su camisa.

De repente, esa alarma interna que llevo con nombre y apellido, me avisa de que el peligro acecha. Levanto la vista por encima del hombro de Maddie y veo a Darana, apoyada contra la barra del bar, al lado de Bert, sosteniendo una botella de cerveza. Parece la viva imagen de la calma rural.

«¿Pero a esta mujer qué demonios le pasa ahora? ¿Es que tampoco puedo salir a tomarme una maldita copa sin que me vigile como si le estuviera robando el ganado?»

Vaya perro de guardia. Se supone que me odia, que no me quiere ver ni en pintura y, sin embargo, se dedica a perseguirme por todas partes.

De verdad que su actitud no tiene lógica ninguna.

—Eh —Maddie me da un toque juguetón en la mejilla, obligándome a volver a la realidad—. Que la diversión está aquí delante, Bennet. No te me despistes con el paisaje.

Estoy a punto de responderle cuando la noche se tuerce de la manera más estúpida posible. Unos dedos gruesos, ásperos y con un olor repugnante a alcohol barato se cierran con brusquedad alrededor de mi antebrazo, pegando un tirón violento que me saca de la pista.

—Vaya, vaya, vaya... qué joyita tenemos aquí —escupe un tipo corpulento, con el aliento pastoso golpeándome—. La viuda alegre ha vuelto al pueblo a buscar un poco de diversión.

—Suéltame ahora mismo —le ordeno, mientras forcejeo para librarme de su agarre.

Pero el tipo está demasiado borracho y la adrenalina no le deja razonar. Aprieta más los dedos, clavándomelos con una sonrisa desagradable que me revuelve las tripas.

—Vamos, guapa, no te hagas la estrecha ahora, que a las chicas como tú os vuelve locas el campo...

No me da tiempo ni a meterle el tacón de mi bota en el empeine. De repente, un torbellino con camisa clara y sombrero de ala ancha cruza la pista como un auténtico camión sin frenos. Se escucha un impacto, y el cuerpo del hombre sale despedido hacia atrás, estrellándose contra la pared del local con un golpe colosal que hace temblar hasta las lámparas del techo.

El bar se queda en el más absoluto y sepulcral de los silencios.

—Qué...

Giro la cabeza y veo cómo Darana tiene al tipo empotrado contra los tablones, sujetándolo por las solapas de la chaqueta con una mano que parece una maldita maza de hierro. Su rostro está a escasos centímetros de él, y sus ojos ya no son de hielo: son dos llamaradas.

—Vuelve a ponerle una sola de tus putas manos encima... —le escupe Darana, erizándose la piel—, y te juro que lo próximo que vas a morder va a ser el suelo de mis corrales después de que te rompa la crisma. Por no hablar de que no encontrarás trabajo en kilómetros a la redonda. ¿Me has oído, desgraciado?

El tipo, que ha perdido la chulería en un milisegundo ante la visión de la fiera que lo sujeta, parpadea aterrorizado y asiente con la cabeza como puede, incapaz de articular palabra.

—¡Y ahora lárgate de mi vista antes de que decida que no quiero esperar a mañana para darte la paliza de tu vida! —ruge Darana, soltándolo con un empujón soberbio.

Poco a poco, el murmullo de la clientela empieza a regresar, los murmullos cotillas se extienden y las miradas curiosas se clavan en mí. Pero yo soy incapaz de mover un solo músculo. El corazón me late con fuerza desmedida, un *bum-bum* ensordecedor que me retumba en las orejas.

Darana sigue plantada en mitad de la pista, respirando a bocanadas, con los puños cerrados a los costados y la mirada clavada en el suelo, como si intentara asimilar el tremendo espectáculo que acaba de montar.

—¡Seguid a lo vuestro! —espeta.

¿Es que se le ha metido un Hulk dentro?

Al segundo, voy hacia ella, y la agarro del brazo.

—Salgamos de aquí.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, la arrastro fuera de la pista, apartándola de las miradas de todo el pueblo que ya están saboreando el cotilleo del año. Y, por supuesto, de la atención de Ethan y Kira que ya verás el por culo que me van a dar.

Atravesamos el pasillo estrecho del bar junto a los baños y empujo la puerta trasera que da al callejón.

El aire fresco de la noche del pueblo nos recibe de golpe. Está oscuro, el silencio es absoluto y el aroma a tierra mitiga un poco el olor a alcohol del local.

La suelto en cuanto pisamos el callejón, pero me quedo a escasos centímetros de ella, incapaz de alejarme. Darana se apoya contra la pared, quitándose el sombrero para pasarse una mano temblorosa por el pelo, intentando recuperar el aliento.

—¿Pero tú estás completamente loca, Calloway? —le espeto y pongo los brazos en jarras—. ¿Qué ha sido eso de ahí dentro? Ese hombre te dobla el tamaño, estaba borracho y podías haber terminado metida en una pelea monumental por una puta gilipollez. ¿Crees que no sé defenderme?

Darana levanta la cabeza de golpe y me clava unos ojos que todavía destellan chispas en la penumbra del callejón. Da un paso salvaje hacia mí, arrinconándome contra la pared contraria, reduciendo el espacio entre nuestros cuerpos a la nada más absoluta.

—¿Una estupidez, Bennet? ¿Te parece una estupidez? —gruñe, con la voz áspera—. No iba a quedarme cruzada de brazos mirando cómo ese imbécil se quería hacer el chulito, por mucho que medio pueblo te odie —me recuerda—. Porque este es *mi* pueblo y en *mi presencia*, nadie se atreverá a tratarte así, ¿te queda claro?

Me quedo muda, parpadeando con el corazón en la garganta. Su cercanía me marea.

—No tenías por qué intervenir de esa manera, Darana —consigo articular, cruzando los brazos sobre el pecho—. Maddie estaba conmigo, y también Ethan y Kira. No entiendo a qué viene que montes este numerito de película del oeste.

—¿Película del oeste? —Darana suelta carcajada, dándole un puñetazo al aire por la frustración—. ¡Venga ya, Camila! Lo que tendrías que hacer es centrarte en tu puto trabajo y dejar de dar el espectáculo con gente que trabaja para mí. Sigues faltándole el respeto a este lugar.

Me quedo de piedra. ¿Faltándole al respeto? Pero qué sandeces está diciendo.

—Estás mal de la cabeza. Estás buscando cualquier excusa barata para hacerme la vida imposible y controlarme. ¿Te fastidia que intente distraerme y pasar un buen rato lejos de tus órdenes?

Darana da otro paso al frente, acortando los escasos milímetros que nos separan hasta que su respiración cálida me golpea directamente en los labios.

—¡No me fastidia nada de lo que hagas con tu vida, Bennet! —me ruge, y sus ojos se fijan en los míos con desesperación—. Me da exactamente igual con quién bailes o con quién te vayas. Lo único que quiero es que tu presencia no afecte a la reputación de mi

propiedad. Eres una científica insoportable y caprichosa, y desearía con todas mis fuerzas que no hubieras vuelto nunca.

—¡Pues el sentimiento es mutuo, Calloway! —le devuelvo, clavándole los dedos en la tela de su camisa. De repente, siento el latido de su corazón bajo mi mano—. ¡Eres una tirana testaruda, arrogante y grosera, y ojalá pudiera empapelar mis sensores y marcharme mañana mismo de tu maldito terreno para no verte la cara nunca más!

Darana aprieta los dientes, incapaz de dar un paso atrás. Ninguna de las dos entiende qué demonios está pasando aquí, pero la tormenta acaba de estallar en mitad de la noche.

—Vete a la mierda Camila —espeta.

Y con las mismas, se da media vuelta y se va.

Darana

—¡He estado a punto de besarla, joder! —le grito a la nada, pegándole un puntapié soberbio a una piedra infeliz que sale volando y rebota contra los postes de madera.

Han pasado horas, no he dormido nada, y todavía sigo con el corazón a mil por hora. Camino bufando y dando zancadas que casi me hacen tropezar con mis propias botas. Tengo las hormonas en pie de guerra y una mala leche que no me cabe en el pecho.

—¡A punto! ¡Por un puto pelo! —me recrimino a mí misma, tirándome del sombrero vaquero con desesperación. Menos mal que no hay nadie por aquí, porque sino, estaría escribiendo una novela romántica con esto—. ¿Pero tú eres tonta o qué? ¡Que la odias! ¡Que Camila Bennet es la mujer que destrozó tu vida!

Doy tres vueltas sobre mí misma en el camino de tierra que bordea la plantación de geranios. Supuestamente, este maldito lugar, justo al lado del vallado y con un techado que protege el cultivo, es mi zona zen. El rincón donde vengo a respirar cuando el mundo se vuelve loco. El viento suele llegar suave, y el aroma que se filtra a través de los listones me relaja. Pero hoy, el paisaje me importa tres pimientos porque tengo la sangre ardiendo, el orgullo por los suelos y la cara encendida de la vergüenza.

Porque después de lo de anoche... Sí, antes de que se casara con mi hermano, llegara el desastre y se largara de aquí, estuve locamente enamorada de Camila Bennet. La mujer más inaccesible de todo este puto pueblo.

—¡Vaya mierda! —grito, y un pajarillo sale volando.

Aprieto la mandíbula y obligo a mis ojos a concentrarse en los colores de las plantas, mientras reviso que el perímetro esté intacto

y que los animales sigan en sus pastos. Tengo que trabajar. Tengo que ser la jefa implacable que soy. Aunque el destino no me lo va a poner tan fácil.

—No... no, no, no... ¡Duquesa, por los clavos de Cristo! —
acelero el paso, directa al desastre.

Duquesa, mi enorme, testaruda e insoportable vaca estrella, ha decidido que las normas de seguridad de Birdsong Hills, esta mañana son opcionales. Desde luego, Angus es todo un maestro en enseñar fechorías.

Mientras el burro está tranquilo en su zona, rodeado de los perros, esta señorita ha conseguido meter medio cuerpo rompiendo uno de los travesaños de la valla, invadiendo el límite del cultivo, para terminar por rumiar con cara de santa. Y justo bajo sus pezuñas, aplastado contra el poste roto, descansa lo que hasta hace cinco minutos era un sensor meteorológico de última generación. El aparato está torcido, los cables arrancados parecen espaguetis pasados de cocción y la carcasa de aluminio está abierta en canal.

Duquesa me mira, parpadea con parsimonia y sigue masticando su hierba, feliz de haber burlado el cercado.

—No me mires con esos ojos de cordero degollado —gruño, y señalo la escabechina mientras la empujo suavemente hacia atrás para que salga de la brecha de la valla—. Sabes perfectamente lo que has hecho, pedazo de sinvergüenza. Como te dé por joderme las macetas, te castigo dos semanas. ¿Me has oído?

La muy vaca se frota de mala manera contra el poste de madera, mirándome de reojo. Casi puedo ver cómo sonrío.

Esto me va a traer problemas. Muchos problemas. «Justo cuando menos quería ver a Camila».

—Eres un demonio —murmuro, agachándome para recoger los restos tecnológicos que han quedado en el suelo. No tengo ni la más remota idea de cómo funciona este cachivache, pero sé de sobra que esto no se arregla ni con tres rollos de cinta aislante.

Y entonces, la auténtica tormenta hace acto de presencia:

—¿Pero qué demonios es esto?!

Levanto la cabeza despacio, preparándome psicológicamente. Camila está cruzando el linde del campo a zancadas largas, con las mejillas encendidas y unos vaqueros ajustados que deberían estar prohibidos. No viene enfadada; viene para cometer un asesinato.

«Mierda». Y trago saliva.

Se planta delante de mí, con las manos en las caderas y mirando el boquete de la valla.

—¡Te dije que mantuvieras a tus animales bien cercados, Calloway! —me espeta sin anestesia—. Ese sensor de campo eléctrico costaba más que tres de tus mejores reses y tu dichosa vaca lo ha reducido a chatarra. ¡A chatarra por no tener a tus vacas tras su vallado!

Me incorporo muy despacio, recolocándome el sombrero con toda la elegancia que puedo reunir, y después, me cruzo de brazos.

Activando modo «ranchera insoportable».

—Haberlo puesto más lejos de la zona de paso del ganado, Bennet. Te lo avisé nada más llegar —le respondo, con una sonrisita de suficiencia—. Ya sabes que las vacas Brahman son muy curiosas, y a Duquesa le importan una mierda tus juguetitos científicos instalados en mis potreros.

—No son juguetitos. Son sensores de conductividad atmosférica para medir el potencial antes de que la tormenta os fría este lugar —replica ella, entre dientes.

—Pues ahora son basura *eco-friendly* —contesto yo, encogiéndome de hombros con desdén.

Nos quedamos en un silencio que chisporrotea. Estamos demasiado cerca. Otra vez. Y esto no puede ser. Se supone que el perímetro debe ser más grande. Aunque ya lo dicen: del odio al amor...

Sacudo la cabeza mentalmente, pero mis ojos están fijos en la rabia de sus labios.

—Eres insoportable —dice ella, apretando los cables rotos entre los dedos.

—Y tú eres una estirada sin sentido común —replico, sosteniéndole la mirada sin dar mi brazo a torcer.

—He venido a hacer mi maldito trabajo y a salvarte el pellejo —insiste Camila, dando un paso temerario hacia mí.

—Pues hazlo sin tocarme las narices... ni a mí, ni a mis vallados —le espeto, clavando mis ojos en los suyos.

—Bierdsong Hills está en peligro real. Pero tú estás demasiado ocupada jugando a ser la jefa orgullosa como para ver la realidad.

El golpe me da de lleno. No, no. De hecho, me escuece el orgullo.

—No tienes ni la más remota idea de lo que cuesta mantener este terreno en pie teniendo en cuenta las estaciones ganaderas que nos rodean —le suelto, rozando el tono amenazante—. Llevo años partiéndome el lomo contra las sequías, contra los bancos que me quieren sangrar y contra un cansancio que no me deja ni dormir. Así que no vengas tú ahora con tus pantallas coloridas, tus promesas de científica salvadora y tu aire de sabelotodo a decirme cómo gestionar mi vida.

—¡Y tú no tienes ni idea de la supercélula que se está organizando ahí arriba! —contraataca Camila, señalando el horizonte con el dedo índice—. Llevo años estudiando estos sistemas convectivos. Esto no será un chaparrón sin más, tiene una rotación brutal y va a arrasar todo si no reaccionas.

Me preparo para soltarle una réplica de las mías, de las que hacen época. Abro la boca, dispuesta a fulminarla... pero el maldito destino decide interrumpirnos.

Un pitido agudo, frenético y estridente corta el aire. Proviene de la *tablet* que Camila lleva colgada del hombro.

Ella baja la mirada hacia la pantalla. Y en un segundo, toda su prepotencia y su furia se evaporan. Su rostro se queda pálido, bañado de un miedo real y legítimo que me pone los pelos de punta.

—No puede ser... no, no, no. Esto es imposible —murmura.

El pitido se vuelve más loco, sordo y constante.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Camila no responde. Sus dedos se mueven a la velocidad del rayo sobre la pantalla táctil, analizando gráficos que para mí son chino mandarín. Frunce el ceño, completamente aterrorizada.

Cuando levanta la cabeza, me mira fijamente.

—El gradiente de potencial eléctrico se ha disparado. Los rayos van a empezar a caer ya —dice, casi perdiendo el control de su voz—. No es una tormenta ordinaria. El frente de racha viene directo hacia nosotras.

Instintivamente, miro al cielo. Y se me cae el alma a los pies. El azul radiante de hace unos minutos ha desaparecido, devorado por un frente de nubes grises, densas y casi negras que avanzan como un ejército a la carrera.

El viento estalla de golpe. Una ráfaga brutal nos azota, levantando polvo del camino y haciendo que los geranios se muevan como locos. Y de repente, un escalofrío violento me recorre toda la espalda.

—¿Pero qué coño...? —empiezo a decir.

No me da tiempo a más. Un destello cegador ilumina el campo, seguido instantáneamente por un trueno brutal, de los que te hacen vibrar los dientes y el suelo bajo las botas.

Duquesa, que de tonta no tiene un pelo, suelta un mugido de pánico, recula y sale pitando a todo trapo hacia el cobertizo principal, perdiéndose arroyo abajo. Mi cerebro de ranchera activa el instinto de supervivencia. Agarro a Camila del brazo con fuerza.

—¡Muévete! —le grito para hacerme oír sobre el rugido del viento—. ¡Al coche, ya!

Para mi sorpresa, la sabelotodo no protesta ni me suelta ninguna réplica ingeniosa. Sino que corre a mi lado.

El vendaval nos golpea, dificultando cada paso por la pista de tierra. Las primeras gotas de lluvia empiezan a caer: son enormes, pesadas, como piedras que impactan contra la tierra. En cinco segundos tengo la camisa empapada y pegada al cuerpo, y el agua me chorrea por la cara visera del sombrero, oscureciendo mi visión.

—¡Por aquí! ¡Vamos! —grita Camila, tirando de mi brazo con decisión hacia donde tiene aparcado su todoterreno.

El suelo vibra de nuevo con otro trueno que parece el fin del mundo. La electricidad en el ambiente es tan bestial que noto cómo se me eriza cada vello del cuerpo. Es una locura.

Llegamos al coche por los pelos. Camila desactiva el cierre centralizado y se mete de cabeza en el asiento del conductor. Yo rodeo el capó, me meto en el del copiloto y cierro la puerta de golpe, bloqueando el impacto directo del vendaval. El ruido exterior se amortigua, pero el habitáculo vibra. El cielo está rugiendo literalmente sobre nuestras cabezas.

Nos quedamos en silencio, jadeando por el esfuerzo, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo frenético. Estamos empapadas, despeinadas, encerradas en un espacio mínimo y endiabladamente pegadas.

Y por primera vez desde que regresó al pueblo... la hostilidad desaparece. Ya no hay reproches, ni sarcasmos, ni pullas. Solo la certeza absoluta de que estamos metidas en la boca del lobo.

Me quito el sombrero empapado, lo tiro a los asientos de atrás y la miro fijamente a esos ojos que ahora, con la luz plomiza de la tormenta, parecen casi oscuros.

—Vale, Bennet —hablo, intentando recuperar el control de mi propia voz, que suena atropelladamente—. Dime qué tenemos que

hacer.

El cielo se rompe sobre nuestras cabezas en el mismo instante en que le pego un portazo a Viento. El estruendo es tan brutal que me vibra hasta el apellido. Las gotas impactan contra la carrocería de metal como si desde arriba nos estuvieran tirando puñados de cascotes, y en menos de tres segundos el parabrisas se convierte en una cortina opaca y lechosa de agua.

—¡Arranca ya, Bennet! —le grito, pegando un bote en el asiento.

—¡Que ya voy, no me metas prisa! —me ruge la sabelotodo mientras gira la llave. El motor diésel responde con un rugido que suena a gloria.

Camila pisa el acelerador dispuesta a sacarnos del barrizal en el que se está convirtiendo el campo, pero las ruedas traseras patinan con ganas, levantando una costra de fango que golpea los bajos con un ruido espantoso.

—¡Más despacio, por favor! —le indico, mientras señalo la nada a través del cristal—. Si le metes ese pisotón al pedal, perderemos la tracción y nos quedaremos aquí a vivir.

Camila levanta un poco el pie, buscando el agarre. El agua corre por las roderas formando un río salvaje que arrastra piedras, ramas y mis últimas pizcas de paciencia.

—¿Ves esa línea de eucaliptos a la derecha? —pregunta Camila, pegando la nariz al cristal como una niña chica en una tienda de caramelos—. Bueno, no se ve un pimiento, pero intuimos que está ahí.

—Apenas distingo el capó del coche, Bennet, como para ver árboles —le suelto, entrecerrando los ojos, agarrada al asa del salpicadero como si me fuera la vida en ello.

Un relámpago colosal, de esos que te dejan los ojos haciendo chiribitas, ilumina el interior del habitáculo. Durante una fracción de segundo, la veo de reojo: tiene la cara empapada, el pelo oscuro pegado a las sienes y una expresión tan endemoniadamente concentrada que hasta me parece que está guapísima.

«Cállate ya, Calloway. Vuelve en ti». Y vaya que si lo hago, porque estamos a punto de estamparnos contra... lo que sea.

—¡Gira a la derecha! —le chillo, perdiendo los papeles por completo—. ¡A la derecha, que te metes en la zanja!

Camila pega un volantazo brusco. Demasiado brusco. Y al segundo, las ruedas pierden la tracción.

El coche se desliza de lado con una elegancia que no pega nada con la situación, el lodo cede y sentimos un impacto seco y deprimente cuando la rueda trasera derecha cae al fondo de una zanja oculta por el diluvio. El motor ruge como un león herido, las ruedas giran a mil revoluciones, pero el vehículo no se mueve ni un cochino milímetro hacia delante. Estamos atascadas.

—No, no, no... ¡Maldita sea! —murmuro, viendo cómo intenta meter primera y marcha atrás alternativamente para ver si balancea el coche. Pero no pasa nada—. Para. Deja de quemar el embrague —le ordeno.

—¡No pienso rendirme a las primeras de cambio, Calloway! ¡Que este coche ha salido de tormentas peores!

—¡Bennet, frena!

Mi grito la deja helada y Camila suelta los pedales de golpe. El silencio que se instala dentro del coche es casi fantasmagórico, roto solo por el tamborileo ensordecedor del granizo y el viento que azota la chapa exterior.

—Estamos atascadas —sentencia ella con los brazos cruzados sobre el volante.

—Gracias por el informe de situación, doña obviedad —le devuelvo y la fulmino con la mirada.

Camila no entra al trapo. Resopla, suelta el volante, saca su *tablet* digital de la guantera y empieza a aporrear la pantalla. Yo, que soy mujer de campo y de acción, decido recurrir a la tecnología rústica. Desengancho el walkie-talkie de mi cinturón —porque los teléfonos no servirán de nada—, aprieto el botón lateral y me lo pego a la boca.

—¡Bert! ¿Me recibes? —grito por encima del jaleo exterior—. ¡Bert, contesta! Estamos atrapadas en la loma del campo. El camino se ha venido abajo y el coche no tiene tracción. Necesitamos que traigas el tractor grande para sacarnos. ¡Bert!

Aprieto el botón esperando la voz ronca de mi capataz, pero en lugar de eso, el altavoz del aparato escupe un chasquido agudo, seguido de un ruido ensordecedor que cruje sincronizado con los relámpagos del exterior.

—¡Mierda de cacharro! —gruño, dándole un par de golpecitos cariñosos contra la palma de la mano para ver si resucita.

—Es la actividad eléctrica de la tormenta, Calloway. Olvídate de comunicarte por radio —me dice Camila sin levantar la vista de sus mapas—. La ionización de la atmósfera baja está interfiriendo en todas las frecuencias UHF. Guarda eso antes de que te pegue un calambre.

Frustrada, tiro el aparato sobre el asiento. Me cruzo de brazos y me apoyo contra la ventanilla del copiloto, pegando la frente al cristal para otear el desastre exterior y ver si distingo los tejados del rancho principal. Todo mientras apoyo la mano en el marco interior de la puerta.

—¡No toques eso! —me grita Camila de repente.

Antes de que pueda reaccionar, me agarra de la muñeca con un manotazo, pegando un tirón tan seco que me arrastra de mala manera hacia el centro del coche, dejándome casi pegada a... sus... malditos... labios.

Oh, oh.

—¿Pero qué demonios te pasa? —protesto, frotándome la muñeca adolorida, con el corazón en la boca por el susto. Sí, tendré que creerme eso—. ¿Te ha picado un bicho o qué?

—El coche es una jaula de Faraday, Calloway —me explica a toda velocidad—. El armazón de metal conducirá toda la electricidad por la superficie exterior si nos cae un rayo encima, lo cual es muy probable tal y como se está poniendo el percal. Pero si estás tocando el marco de la puerta, o la ventanilla, la corriente te va a usar a ti de toma de tierra y te vas a quedar más frita que una croqueta. Así que mantén los brazos cruzados y no toques absolutamente nada.

Me la quedo mirando, procesando la retahíla científica. Trago saliva, miro la puerta que tengo a mi lado y, encogiéndome de hombros para no parecer una cobarde, me obligo a pegarme más a ella en el estrecho espacio central del coche.

—Esto es el colmo —murmuro.

—Más bien física básica, Darana —replica ella—. Prefiero que me mires con cara de pocos amigos a tener que practicar una reanimación cardiopulmonar en mitad de un barrizal. Aunque viendo lo tozuda que eres, seguro que hasta muerta me llevas la contraria.

—Desde luego. Te discutiría hasta el color de la mortaja —le espeto.

Fuera, la cosa se pone peor. La lluvia empieza a golpear con tanta fuerza que el techo del coche parece una batería de heavy metal. Una racha de viento huracanado sacude el Toyota de lado.

—Tenemos que salir de aquí cagando leches —anuncia Camila, dándole un golpecito definitivo a la pantalla de su tableta.

—¿Salir? ¿Es que estás loca? —le pregunto, mirándola atónita—. ¡Ahí fuera hay un diluvio universal! Si salimos, nos va a arrastrar la corriente. O peor, nos va a caer un puto rayo encima. Y no, gracias, no quiero ser Darana a la barbacoa.

—Si nos quedamos dentro, este coche se va a convertir en una piscina con ruedas en menos de diez minutos —me rebate, poniéndome la pantalla digital delante de las narices—. Los cobertizos están a menos de cincuenta metros subiendo la pendiente. Si nos movemos ahora, llegaremos a pie antes de que haya una posible riada.

Miro a través del parabrisas opaco, luego la miro a ella. No hay ni rastro de duda en sus ojos; solo esa determinación inquebrantable que tenía hace años, antes de armar las maletas y dejarnos a todos tirados.

—Si salimos de esta, te juro que te perseguiré hasta el fin del mundo para cantarte las cuarenta —le advierto, agarrando el sombrero con fuerza.

—Menos amenazas y más piernas, Calloway. ¡Muévete!

Abrimos las puertas a la de tres y el mundo exterior nos golpea como un bofetón de realidad. El viento nos arranca el aliento y la lluvia nos empapa hasta el carné de identidad en menos de un segundo. El barro me llega casi a las pantorrillas, pegajoso y pesado como el demonio, devorándose mis botas a cada paso que intento dar.

—¡Por aquí! —grita Camila por encima del estruendo, agarrándose de la manga de la camisa para que no pierda el norte.

La tormenta es ensordecedora, una locura de agua, granizo y viento que dobla las ramas de los eucaliptos. El frío se me clava en los huesos, pero la adrenalina me mantiene en pie. Camila avanza delante de mí, abriendo camino entre el barro rojo y pastoso con una agilidad que no le recordaba.

Un trueno brutal estalla justo encima de nosotras, sacudiendo el suelo de tal manera que pego un traspié y estoy a punto de besar

el barro. Antes de que caiga, la mano de Camila encuentra la mía en mitad del caos. Sus dedos se entrelazan con los míos con una fuerza descomunal, firme, y desesperada. No sé quién busca a quién, pero nos aferramos la una a la otra como si soltarse significara desaparecer del mapa.

—¡No te quedes atrás! —me ruge, girando la cabeza un segundo. Tiene el rostro cubierto de agua y los ojos fijos en mí—. ¡Dime algo para saber que estás conmigo y no te has quedado congelada!

—¡Que sigo aquí, pesada! —le grito de vuelta, apretando sus dedos con todas mis fuerzas—. ¡Aunque sigo pensando que eres una insensata por hacerme correr por mi propia finca bajo un bombardeo de granizo!

—¡Es una locura necesaria! —se defiende, pegando un resbalón que salvamos juntas gracias al agarre de nuestras manos—. ¡Venga, que ya veo el porche de los cobertizos!

Llegamos a la entrada de las cuadras casi a trompicones, empujando puerta de madera con todo el peso. En cuanto conseguimos cerrarla tras nosotras, el jaleo del viento se mitiga un poco, pero dentro la situación no es para tirar cohetes.

Los animales están asustados. Los caballos relinchan, tiran coces contra los tabiques y se mueven de lado a lado con los ojos desorbitados. Un relámpago salvaje cae a escasos metros del edificio y el impacto hace crujir las vigas del techo antes de acabar con todas las luces.

Fantástico. Lo que nos faltaba para completar el día de ensueño.

Solo espero que no acabemos en llamas.

—No te muevas —le ordeno a Camila—. Ya sabes que los caballos se vuelven peligrosos si huelen el miedo.

—¡Y qué hago! —me grita ella, plantándose a mi lado en lugar de quedarse escondida como haría cualquier que ahora tenga sangre

de urbanita—. ¡No me voy a quedar aquí cruzada de brazos mientras tus animales destrozan las cuadras!

La miro entre las sombras, impresionada a mi pesar. Está hecha un cuadro, pero es un cuadro fantástico.

—¡Ve hacia el fondo y asegura el pasador! —le indico, señalando hacia la penumbra—. ¡Y mantente bien lejos de sus patas traseras, que tienen muy malas pulgas!

Camila asiente sin rechistar y sale pitando, moviéndose con una soltura que demuestra que, por mucho que se marchara a estudiar mapas y borrascas, este lugar se le quedó grabado a fuego en la memoria. Trabajamos a contrarreloj, compenetradas como si hubiéramos hecho esto ayer mismo. Yo me encargo de calmar a los más jóvenes, mientras ella va cerrando portones y asegurando los pestillos que el viento hace bailar.

—¡Darana! —me avisa de golpe, señalando el pasillo central—. ¡Angus se ha escapado de su parcela y viene hacia aquí!

Grita a lo Johanna en Los Juegos del Hambre. «Maldito burro mimado».

Me giro a toda prisa. Efectivamente, Angus está trotando hacia nosotras, bufando y amenazando con armar un estropicio de los gordos si se mete en la zona de los caballos. Ni siquiera sabía que estaba por aquí.

—¡Ni se te ocurra, Angus! —le planto cara, abriendo los brazos para cerrarle el paso.

Camila aparece a mi lado, colocándose hombro con hombro conmigo, imitando mi postura.

—A la de tres, le cortamos el paso hacia el pasadizo lateral —me propone Camila, con la respiración entrecortada—. ¡Una, dos y tres!

Haciendo piña, pegando nuestros hombros mojados y conseguimos reconducir al animal hacia la zona segura del establo

antes de que cause una desgracia. Camila le echa el cerrojo a la puerta y se apoya contra los maderos, resoplando con ganas.

—Buen trabajo, científica —le reconozco, intentando recuperar el aire mientras me limpio el agua de la cara.

—Tú tampoco lo has hecho mal, Calloway —me devuelve el cumplido—. Al final va a resultar que formamos un equipo decente cuando dejamos de ladrarnos por las esquinas.

El granizo sigue machacando el tejado y el frío empieza a colarse por los tablones del edificio, haciéndome tiritar sin control.

—Aquí no nos podemos quedar —sentencio, frotándome los brazos empapados—. Vamos a pillar una pulmonía.

—¿Y a dónde quieres que vayamos? —pregunta ella—. Cruzar todo el terreno hasta la casa principal es un suicidio.

—Podemos subir al pajar —le sugiero, señalando la trampilla de madera con la escala de mano que sube hacia el piso superior—. La paja guarda el calor y estaremos a salvo hasta que Bert o alguno de los chicos pueda venir a buscarnos. Sube tú primero.

Camila no lo duda dos veces. Agarra los peldaños de madera y sube por la escala, perdiéndose en el piso superior. Yo voy justo detrás, arrastrando mis botas pesadas y cerrando la trampilla de madera tras de mí.

Y de repente... el mundo exterior desaparece por completo.

El estruendo de la lluvia se vuelve un murmullo sordo y lejano gracias al aislamiento que tenemos aquí arriba.

—Qué frío... —murmuro, buscando a tientas en el rincón hasta que mis manos topan con algo. Y entonces, sonrío de oreja a oreja—. Mira, aquí hay un par de mantas secas que guardamos para los partos de invierno. Menos mal.

Me acerco a ella, que está de pie en mitad del pajar, temblando y con la camisa pegada al cuerpo, marcando todo lo que tiene que marcar. La miro fijamente y trago saliva.

—Quítate eso —le digo sin rodeos—. Si te quedas con la ropa mojada, te vas a quedar pajarito antes de que termine la tormenta.

—¿Perdona? ¿También pretendes darme ordenes aquí?

—¡No te estoy dando órdenes por capricho, Bennet! —le replico con un bufido de impaciencia—. O nos quitamos la ropa mojada y nos envolvemos juntas en estas mantas, o mañana Bert nos va a encontrar tiesas. Así que déjate de remilgos y haz el favor de cooperar.

Camila me sostiene la mirada un segundo eterno, calibrando si lo digo en serio o es una estrategia barata de las mías. Al final, viendo que los dientes le castañetean de mala manera, cede. Se desabotona la camisa, y yo hago exactamente lo mismo con la mía.

Nos envolvemos en las mantas de lana a la de tres, metiéndonos en el estrecho hueco que forman las alpacas de paja para guarecernos del aire que se cuele por las rendijas. No hay espacio para las distancias. No hay sitio para el orgullo.

La tengo tan cerca que noto el calor de su pecho.

—Darana ... yo... —murmura.

Aprieto los dientes, intentando que el pulso no me traicione, pero la curiosidad y el rencor que llevo guardados desde que regresó hace que no pueda evitar hablar.

—¿Por qué te marchaste de esa manera? —le pregunto antes de que mi orgullo pueda ponerme un bozal—. ¿Por qué cogiste las maletas un buen día y dejaste tirado a Elijah, y te largaste sin decir ni una cochina palabra a nadie del pueblo? Podríamos haberlo hablado.

Camila baja la mirada un segundo, asimilando el golpe de mis palabras, y noto cómo sus dedos tiemblan bajo la tela de la manta.

—Porque no tenía otra opción. Y porque no era feliz —responde, y levanta la cabeza para mirarme—. Todo el mundo en el pueblo esperaba que me quedara, que fuera la mujer perfecta de Elijah, que siguiera el guion que otros habían escrito para mí. Nadie

entendía que yo necesitaba estudiar y salir de este entorno, cumplir mis sueños. Descubrir qué había más allá. Y después del... incidente. Lo vi muy claro.

En sus ojos veo algo más, pero ella se queda en silencio.

—Podrías habérmelo dicho a mí, al menos —le recrimino—. Nos pasábamos los días enteros recorriendo estos campos a caballo... Pensaba que éramos uña y carne, que confiabas en mí más que en nadie. Y la forma en la que te fuiste... me dolió en el alma, Bennet.

Espero una respuesta de su parte. Uno de esos tantos discursos que siempre me hacían sonreír a pesar de lo pesada que era. Pero Camila no dice nada, solo se encoge de hombros y aprieta los labios a la vez que se escucha otro trueno.

—Qué más da lo que pasara. El pasado ya no puede cambiarse.

Camila

El calor me abrasa la piel antes de que consiga abrir los ojos. No es el bochorno pegajoso del verano austral, sino un fuego espeso, un magnetismo salvaje que me tira de las entrañas y me arrastra a la superficie de la consciencia. O de lo que sea esto. El zumbido ensordecedor del granizo contra el techo del cobertizo se ha transformado en un eco lejano, rítmico, que acompasa el latido desbocado de mi propio corazón.

Huelo a eucalipto, a tierra mojada y a ese forraje dulce, rústico, que se te mete por la nariz y te nubla el juicio.

Estoy en el pajar. Más concretamente, en lo alto del altillo. La penumbra es absoluta, rota únicamente por los destellos intermitentes de unos relámpagos mudos que tiñen la paja de un color azulado y fantasmal. No me puedo mover. No quiero moverme. Tengo el cuerpo encendido, vibrando a una frecuencia que desconozco, como si la tormenta eléctrica de ahí fuera se me hubiera metido directamente bajo la piel.

Darana me observa, justo encima de mí, devorándome con esos ojos miel que en este instante no tienen ni rastro de la altanería vaquera con la que me ha estado fustigando durante el día. Están oscuros, preñados de una lujuria que yo también siento y que me hace jadear sin que sus manos me hayan tocado todavía. Está de rodillas, a horcajadas sobre mis muslos, y su silueta recortada contra los destellos del cielo parece la de una deidad dispuesta a cobrarse todas mis deudas pendientes.

No lleva la camisa. No lleva el sombrero. Su piel trigueña brilla, y el pelo rubio y alborotado, le cae sobre los hombros en unas hondas rebeldes provocadas por la trenza que se pegan a su cuello.

La visión es tan potente, tan sumamente erótica, que se me corta la respiración. El deseo me da un latigazo en el vientre, un tirón húmedo y caliente que me hace mover la cadera de forma instintiva, buscando su contacto.

Ella sonríe. Es una sonrisa canalla, mi total perdición. Es la sonrisa de la Darana que me ha sacado de quicio más de una vez, pero multiplicada por un hambre que ni siquiera yo sabía que sentía.

—¿Me estás buscando? —murmura, en un ronroneo bajo, una vibración que me acaricia el cuello y me eriza hasta el último vello del cuerpo.

No me hace falta decir nada, porque mi propio cuerpo está gritando por ella. Le hundo las manos en la cintura, agarrando sus caderas con una urgencia que raya en la desesperación. Mi piel arde al contacto con la suya. El contraste es brutal: yo estoy temblando por la expectación y ella es fuego purificador. La arrastro hacia abajo, obligándola a romper la distancia, queriendo sentir el peso de su cuerpo aplastando el mío contra el forraje que cruje bajo nosotras.

Darana se deja caer, con una fuerza posesiva que me arranca un gemido de los labios. Sus manos, ahora calientes, se entierran en mi pelo, sujetándome la cabeza contra la paja. Me obliga a mirarla, a sostenerle esa mirada felina y peligrosa mientras baja la boca hacia la mía.

Nos devoramos, como si quisiéramos arrancarnos los secretos que nos hemos callado todo este tiempo. Secretos que yo ignoraba hasta el momento.

O creía ignorar.

Darana me muerde el labio inferior, tirando con algo de fuerza, arrancándome un gemido cargado de placer. Su lengua invade mi boca, reclamando el territorio con una prepotencia que me vuelve loca, y yo le respondo con la misma intensidad, enredándome en ella, saboreando el gusto embriagador de su piel.

El calor en el pajar se vuelve insoportable. Las mantas que nos rodeaban han desaparecido, dejándonos expuestas a la negrura y al roce áspero del forraje que se me clava en la espalda y en los muslos, picando de una manera endiabladamente placentera.

«Dios, nunca pensé que...»

Darana rompe el beso de golpe, dejando un hilo de saliva que brilla en la penumbra, y de repente, sus labios van dejando un rastro de fuego por mi garganta, mordiendo la línea de mi clavícula, lamiendo la piel sensible que late con fuerza donde se junta el cuello con mi hombro. Mis manos bajan por su espalda, recorriendo la curva perfecta de su columna, arañando la piel de sus omóplatos mientras me retuerzo bajo ella. Siento sus pechos firmes y duros, rozando los míos a cada movimiento. El contacto de nuestros pezones al rozarse, me provoca una descarga eléctrica que baja directamente a mi sexo.

Estoy empapada. Lo sé, lo noto, el deseo que siento por esta mujer me empapa entre los muslos, como un manantial caliente que suplica porque alguien se zambulla en él.

—Darana... —gimo, arqueando la espalda, entregándole mi cuerpo por completo mientras ella baja aún más, buscando mis pechos con una avidez que me hace perder el sentido.

Atrapa uno de mis pezones entre sus labios, succionándolo mientras me arranca un grito que se pierde en las vigas del techo. Lo muerde con suavidad, juega con la punta de la lengua hasta dejarlo duro como una roca, mientras su mano baja por mi vientre, acariciando la piel que se contrae con violencia a su paso. Su tacto es dinamita pura, joder. Igual de atrayente que el peligro de las tormentas.

Darana sigue bajando, hasta que sus dedos encuentran mi intimidad.

Cuando sus dedos rompen la barrera y se hunden en mi humedad, juro que el mundo se detiene.

—Coño, estás ardiendo Camila —susurra contra mi piel, y noto el roce de su aliento caliente justo antes de introducir los dedos en mi interior.

El impacto me hace perder la cabeza. Suelto un gemido agudo, hundiendo las uñas en sus hombros mientras ella empieza a moverse dentro de mí. Sus dedos conocen a la perfección el camino; entran y salen con un ritmo implacable, duro, salvaje, buscando el ángulo exacto que me hace trepar por las paredes. El roce de sus dedos me llena por completo, pero al mismo tiempo genera un vacío insoportable que me hace exigir más, mucho más.

Porque esto no me basta. De repente, Darana Calloway se ha convertido en una droga que no sabía necesitar.

Me retuerzo sobre la paja, con las caderas siguiendo el vaivén salvaje de su mano. Darana usa el pulgar con una maestría perversa, presionando y moviéndose en círculos sobre mi clítoris, haciendo que cada embestida de sus dedos dentro de mí se convierta en una tortura deliciosa. Estoy a punto de estallar, lo noto en la tensión de mis muslos, en la forma en que mis dedos se clavan contra el forraje, destrozando las briznas de hierba mientras busco desesperadamente el clímax.

—Mírame —me ordena ella—. Mírame cuando te corras.

Abro los ojos a duras penas, con la vista nublada por el placer acumulado. La luz de un relámpago ilumina el pajar durante tres segundos, y me fijo en su gesto concentrado, en sus labios entreabiertos, y esa mirada que ahora mismo me posee. Es una visión tan potente, que el suelo cede bajo mis pies.

El orgasmo me golpea. Mis músculos se contraen con fuerza alrededor de sus dedos, atrapándolos en una serie de espasmos que me hacen gritar su nombre. Me sacudo entera, con el cuerpo arqueado, suspendida en un limbo de placer que me inunda las entrañas. Darana no se detiene; se queda ahí, empujando con fuerza, saboreando el momento, hundiéndose más en mi clímax

hasta que me deja completamente temblando y jadeando sobre este colchón improvisado.

Respiro como si acabara de salvarme de morir ahogada, con el pecho subiendo y bajando a mil revoluciones. Darana se inclina sobre mí y me besa de nuevo, como si no hubiera tenido suficiente. Y me doy cuenta, por la tensión de su cuerpo, la forma en que su propia intimidad busca el roce con mi muslo. Darana se gira, tumbándose de espaldas sobre el forraje y arrastrándome consigo con un tirón de muñecas. Ahora soy yo la que queda encima, a horcadas sobre su cuerpo. Sus piernas se abren para mí, invitándome a entrar en ese santuario de carne y deseo.

La miro desde arriba, con el pelo cayéndome sobre la cara y la respiración entrecortada. Siento su humedad rozando la mía, un contacto delirante que solo tiene sentido en este universo donde las leyes de la física se han ido a tomar por saco.

—No pienso dejar que te vayas de aquí sin sentirme, Calloway —le advierto, con una sonrisa descarada.

No espero a que me diga nada. Me deslizo hacia abajo, hundiéndome entre sus piernas sin contemplaciones. Le abro los muslos, enterrando mis manos en la carne firme de sus nalgas para elevar su cintura hacia mí. Darana suelta un bufido de sorpresa que se transforma en un gemido en cuanto mi lengua encuentra su clítoris.

Dios, está deliciosa. Sabe a campo, y a una deliciosa tormenta.

La devoro con una avidez salvaje, imitando la urgencia con la que ella me ha tratado antes. Mi lengua se mueve en círculos concéntricos, rápidos, eléctricos, mientras meto dos dedos en su interior, buscando el fondo de su sexo. Enseguida, los músculos de Darana se y empieza a golpear sus caderas contra mi boca, suplicando por ese clímax que la tiene al borde del abismo.

—¡Camila... más, por favor! —grita, perdiendo por completo los papeles, perdiendo esa pose de dueña indestructible—. ¡Maldita

sea, no pares!

Aumento la velocidad de mis dedos, entrando y saliendo con una violencia rítmica. Mi lengua no le da tregua, succionando su clítoris. Sus manos me agarran el pelo con desesperación, tirando de mí hacia su entrepierna, enterrando mi rostro en su intimidad húmeda y caliente.

Darana se estira entera, con las piernas rígidas, mientras un relámpago brutal vuelve a teñir la estancia de azul.

—¡Me corro, Camila... me voy! —grita de golpe.

Su orgasmo llega como una riada salvaje que inunda mis dedos de un flujo ardiente. Darana se arquea y lanza un grito que se disuelve en el estruendo de la tormenta exterior.

Me quedo ahí abajo unos segundos, saboreando el final de su tormenta, dejando que se relaje antes de subir y tumbarme a su lado.

El calor que desprendemos es capaz de derretir cualquier cosa a nuestro alrededor. Darana me pega a su pecho, y yo hundo la cara en su cuello, escuchando el latido desbocado de su corazón que poco a poco va buscando la calma.

Nos hemos vaciado, unidas por un lazo invisible que hasta el momento no había visto. Su mano me acaricia la espalda con parsimonia y, de repente, todo empieza a transformarse. La negrura vuelve a reclamar el altílo y la sensación en mi piel se desvanece lentamente, dejándome con el sabor de sus labios marcado a fuego en la memoria antes de despertar.

Camila

Un rugido me despierta de golpe. Y no, no es un maldito trueno. Tampoco es el viento del demonio arrastrándose por el tejado. Es algo mucho más mundano, terrenal y molesto. Los motores constantes de los tractores.

Tardo exactamente dos segundos en ubicarme, aunque mi cerebro va a pedales. El olor dulzón y rústico a paja impregna mi alrededor, además de una presión endiabladamente reconfortante justo a mi costado, que me devuelven a la realidad de un bofetón. Además de traer consigo una chispa que enciende de nuevo mi cerebro.

Darana está tan pegada a mi cuerpo que puedo contarle las pestañas.

La luz del amanecer de este bendito rincón de Australia se filtra tímida entre las rendijas de madera del pajar, dibujando líneas doradas sobre el polvo que flota en el aire. Por un segundo absurdo, idílico y totalmente fuera de lugar, todo parece en una calma perfecta. Hasta que me acuerdo del maldito sueño de hace un rato. ¿Follármela salvajemente sobre el forraje? Dios santo, mis hormonas deben de estar revolucionadas. Miro de reojo su boca y trago saliva, deseando que la tierra me trague.

Hasta que el mundo real decide dinamitar el momento.

—¡Jefa! —la voz de Bert, atraviesa el aire—. ¡Jefa, si me escucha, responda, por favor! ¿Está ahí arriba?

Maldición. Lo que me faltaba para completar el cuadro.

Darana se incorpora de golpe, como si le hubiera picado un bicho en el culo. La manta de lana se desliza por su espalda y el

fresco de la mañana nos atraviesa la piel. Nuestras miradas se cruzan en el aire. Un instante. Un solo segundo donde se concentra toda la tensión que acumulamos desde que pisé este rancho.

—Tenemos que... —empieza ella.

—Sí, ya lo sé —la corto, moviéndome a toda prisa—. No podemos quedarnos aquí haciendo el tonto. Muévete.

La realidad vuelve rápido. Nos separamos con una brusquedad casi cómica, cada una para un lado del altillo. Mandamos la manta a paseo mientras buscamos nuestras camisas que, para mayor disfrute de la mañana, siguen algo húmedas. Me pongo la mía a toda prisa, maldiciendo entre dientes al sentir el tejido helado contra mis pechos. Es incómodo de cojones. Y cuando veo las manchas y lo arrugada que está... «Dios mío, si un rayo no me fulmina hoy, lo va a hacer un ataque de ansiedad».

Darana se viste, dándome la espalda. Yo tampoco le sostengo la vista. Bastante tengo con procesar el subidón como para encima querer averiguar qué pasa por la cabecita de Calloway.

—Rápido —murmura ella, más para convencerse a sí misma que a mí, mientras se pelea con los botones.

Nos movemos con torpeza, como dos adolescentes a las que acaban de pillar.

En cuanto Darana abre la trampilla y baja las escaleras, sufre una metamorfosis digna de estudio. Pisa el suelo, pone la espalda recta y esa máscara de dueña implacable bien encajada en la cara. Ya vuelve a ser Darana Calloway, la reina de Birdsong Hills. La que no se tambalea por nada ni por nadie.

Yo bajo justo detrás. La puerta doble del cobertizo se abre de par en par con un estruendo. Y seguidamente, Bert entra como un miura, cubierto de barro hasta las cejas, con el sombrero hecho un cristo y una cara de preocupación que asusta.

—¡Jefa! —exclama el hombre, soltando un suspiro de alivio—. Menos mal que están vivas. Llevamos buscando el coche desde que

clareó.

Darana se sacude un par de briznas de paja del pantalón, como si no hubiera pasado la noche tiritando pegada a mi cuerpo.

—Hace falta algo más que cuatro piedras de granizo para mandarme a paseo, Bert —le espeta—. Asegurad los cobertizos de este sector y revisad que las vigas no estén en peligro. Nosotras nos largamos a la casa principal ahora mismo.

El capataz asiente, quitándose el sombrero.

—Sí, jefa. Pero... ¿está segura de ir a pie? El camino de acceso está horrible.

—Sé perfectamente cómo está mi terreno, Bert. Podemos ir en el tractor, pero luego seguiremos a pie. Necesito que te ocupes de esto.

Los ojos del viejo pasan de Darana a mí. Se queda mirándonos un segundo más de la cuenta, entornando los ojos como si el olfato de rastreador le dijera que en ese pajar ha habido más tensión que en una central eléctrica. Pero, por el bien de su puesto de trabajo, se calla. Estupendo. No estoy para dar explicaciones de por qué tengo cara de haber dormido en un camión de mudanzas.

Salimos al exterior y el panorama es para echarse a llorar. Parte de la extensión está irreconocible. Los caminos principales han desaparecido bajo una capa asquerosa y espesa de lodo rojizo que se traga las botas. Algunas de las vallas que tanto orgullo le daban a Darana están caídas o rotas. Hay eucaliptos destrozados y el poste de luz principal está partido en dos perfectas mitades, con los cables desparramados por el suelo.

—Madre mía —digo, pisando con cuidado para no hundirme mientras avanzamos hacia el tractor—. El viento ha debido de superar los cien kilómetros por hora para arrancar esos troncos. Esto es un desastre.

—Tengo ojos en la cara, Bennet —me suelta, manteniendo la barbilla alta—. Sé perfectamente lo que tengo que hacer. No

necesito un informe de daños en este momento.

Subimos a la cabina del tractor grande con Bert. El motor arranca con un rugido ensordecedor que, por suerte, entierra el silencio incómodo que se había instalado entre nosotras. Me pego a la ventanilla, mirando al frente, pero es imposible ignorar la escabechina. El tractor avanza a trompicones y, a cada bache, mi hombro choca contra el de Darana, provocándome un cosquilleo en el estómago que me recuerda el dichoso sueño. ¡Maldito subconsciente!

Hasta que el tractor corona el final del camino y llegamos a la joya de la corona.

La plantación. O bueno, lo que queda de él. El mar de colores que ayer ondulaba con el viento ahora es en su mayoría, un manto de fango, agua estancada y tallos triturados por el granizo.

A Darana se le desencaja la mandíbula. Noto cómo se le tensa la espalda y sé que esta imagen le está doliendo más que si le hubieran pegado un tiro. Los geranios eran su vida.

Ver la plantación y parte del techado así me revuelve el estómago, porque en mi mente todavía está grabado la última vez que vine por aquí antes de marcharme, cuando las semillas empezaban a crecer por primera vez y nosotras nos tirábamos aquí hablando durante horas, completamente ajenas al mundo exterior. Fue justo aquí, rodeadas de ese olor dulce, donde Darana me juró que haría algo grande en la vida. Pero después me fui, y con ello, llegaron otras muchas consecuencias.

—Lo siento —murmuro y pongo, sin pensar, una mano en su antebrazo. Es un impulso tonto, pero en cuanto se pone rígida, la retiro de inmediato—. Sé el trabajo que te costó sacar todo esto adelante.

Pensar que con el clima de aquí consiguió una gran plantación, es casi un milagro.

Ella me mira de reojo.

—No es tu culpa —responde, y su voz suena extrañamente triste, desprovista de su agresividad habitual.

Bert interviene desde el volante, metiendo una marcha más larga:

—Jefa, Ricky me ha dado el aviso por la radio. El granizo ha hecho un colador con el techo del almacén de grano. Y los caballos están que se suben por las paredes en el cobertizo dos. Maddie está intentando controlarlos, pero dice que están intratables.

—Entendido. En cuanto pisemos el porche organizamos el zafarrancho de combate —contesta Darana, recuperando el control de la situación con una rapidez pasmosa.

El trayecto hasta la casa principal se me hace largo a pesar de que no lo es tanto. El tractor patina, bota y maniobra entre el lodazal, y yo solo puedo pensar en que tengo que ponerme a trabajar ya si no quiero volverme loca.

En cuanto el vehículo frena frente a la entrada principal, Darana baja de un salto.

El salón de la casa se llena en un visto y no visto. Los trabajadores entran dejando un rastro de huellas de barro que no parece importarle a nadie. Hay caras largas, ropa sucia y muchas ganas de saber por dónde empezar a limpiar. Darana se planta en el centro, se cruza de brazos y toma la palabra.

—A ver, escuchadme todos —resuena su voz—. La situación está fastidiada, no os voy a mentir. Los caminos están cortados por culpa de la lluvia, así que olvidaos de recibir suministros o camiones en los próximos tres días. No tenemos línea eléctrica en el cien por cien de la extensión y los generadores de emergencia solo dan para la refrigeración básica.

Un murmullo de preocupación corre entre la gente.

—Tenemos menos de siete días para poner esto en orden antes de que lleguen los siguientes tours turísticos. Sino, se nos va a empezar a joder la temporada. Y Birdsong Hills no va a decaer por

una noche de lluvia, ¿ha quedado claro? —continúa, clavándoles la mirada uno a uno—. Así que, a trabajar.

El personal se prepara y no tarda mucho en empezar. Esta mujer tiene un magnetismo que, muy a mi pesar, resulta fastidiosamente atractivo.

Esperad. ¿He dicho yo eso?

—Maddie —ordena Darana, girándose hacia ella—. Te quiero fija en los cobertizos. Lo último que necesito es que un animal se rompa una pata contra los comederos. Trabaja con Joanie en cuanto llegue y poned en preaviso a los que tenían alguna reserva para estos días.

Maddie asiente muy seria, dejando de lado sus chistes habituales.

—Entendido. Pero pásate luego, seguro que les vendrá muy bien.

—Voy en cuanto acabe aquí —le asegura Darana—. Ricky, coge el quad que tenga más agarre y vete a buscar a Angus. Lo dejamos allí encerrado antes de la tormenta y como le dé por embestir los postes, no me quiero ni imaginar qué pasara. Mucho ojo con las zanjas.

—Bert —intervengo yo, dando un paso adelante y ganándome una mirada fulminante de Darana, pero me da exactamente igual porque aquí la experta en riesgos soy yo—, organiza un grupo de tres hombres y revisad las vallas; si los postes se han descalzado, el ganado se puede dispersar.

El capataz me mira, luego mira a Darana buscando confirmación y, al ver que la jefa no me contradice, se quita el sombrero.

—Tiene sentido. Nos ponemos con ello ya mismo.

Darana sigue repartiendo tareas como si estuviera jugando al ajedrez, moviendo al personal con una eficacia envidiable. El ambiente en el salón es puro nervio y adrenalina.

En ese momento, la puerta de la oficina del ala oeste se abre de golpe y Ethan aparece en el salón, esquivando de milagro a un peón que sale cargado con botas de agua.

—¡Camila, por fin! —exclama, cruzando la estancia a zancadas hacia mí—. Los repetidores de la loma norte han aguantado de milagro con las baterías de respaldo y acaban de volcar esto. Tienes que verlo ya.

Me tiende la *tablet*. Al cogerla, casi lloro de la emoción: por fin un maldito aparato tecnológico limpio y funcional en mitad de este festival del lodo. Le echo un vistazo rápido a los gráficos de barras y a las curvas de potencial atmosférico, y el estómago me da un vuelco. Yo no he venido aquí a mirar cómo limpia el barro el personal; he venido a evitar que este sitio salte por los aires.

—Darana.

Mi voz corta el jaleo de los peones saliendo hacia los establos. Ella se gira despacio, arqueando una ceja con esa prepotencia que me saca de quicio.

—Dime, Bennet. ¿Qué pasa ahora? ¿Vas a decirme que va a llover ranas?

—Es algo más serio que tus sarcasmos, Calloway —contesto, mirándola fijamente.

Darana aprieta los labios, molesta por mi tono de advertencia, pero hace un gesto con la mano para que hable.

—Adelante. Suelta el parte, científica. Somos todo oídos.

Me coloco en el centro del salón, y carraspeo un poco. Todos los ojos se clavan en mí.

—Los sensores que instalé antes de que el granizo los machacara han registrado unos niveles que no son normales —empiezo, mientras deslizo los dedos por la pantalla—. La carga electrostática acumulada en el subsuelo del rancho está un doscientos por cien por encima de la media estacional. Esto no ha

sido una tormenta de verano cualquiera; estamos ante un cambio de patrón meteorológico severo en la cuenca de Willow Creek.

Un murmullo de confusión recorre a los pocos vaqueros que quedan.

—A ver si nos aclaramos, doctora —gruñe Bert desde la puerta—. ¿Nos está diciendo que va a caer otro diluvio?

—Estoy diciendo que esto va a repetirse en los próximos días —suelto sin anestesia, mirando directamente a Darana—. He cruzado las lecturas con el histórico de incendios de la región. Este verano va a ser el más peligroso de la historia. El suelo está tan cargado que cualquier tormenta seca posterior va a provocar rayos positivos, por no hablar de las tormentas lluviosas. Y esos son los que causan los incendios instantáneos. Si no tomamos medidas ya, vamos a sufrir graves consecuencias antes de que termine el mes.

Noto cómo a Darana se le tensa hasta el último músculo de la cara. Su orgullo. Su vida. Le acabo de soltar una bomba en mitad de su salón.

—¿Y qué propones exactamente, Bennet? —pregunta ella, dando un paso hacia mí. Su orgullo se está resistiendo a aceptar que le diga cómo cuidar sus tierras—. ¿Quieres que soplemos las nubes?

—Quiero acceso total y absoluto a todas las zonas —le replico, plantándole cara sin dar un paso atrás, mostrando los mapas térmicos en la pantalla—. Libertad para cavar trincheras sensorizadas e instalar pararrayos de dispersión iónica en las zonas altas. Y necesito que tus trabajadores me ayuden a transportar el equipo pesado. No puedo salvar este lugar yo sola, Darana. Necesito que dejes de verme como la enemiga y confíes en mis datos.

El silencio que se instala en la estancia es de los que hacen época. Darana me sostiene la mirada, con los ojos echando chispas, sopesando si mandarme a paseo o morderse la lengua por el bien de su negocio. Al final, el sentido común gana la partida, aunque sé que le está costando la misma vida.

—Lo tendrás —sentencia, dándose la vuelta hacia el capataz—. Bert, que nadie le ponga una sola pega a lo que pida. Ricky, en cuanto dejes a Angus a buen recaudo, te pones a sus órdenes.

Esas palabras caen como un yunque en el salón. Trabajar juntas. Lo que nos faltaba. El salón empieza a vaciarse a toda prisa y nos quedamos las dos solas en mitad de la estancia, rodeadas de barro y con una tensión que se puede cortar con un cuchillo.

—Gracias —murmuro, acercándome un par de pasos mientras recojo mis cosas—. Sé que darme el control de ciertas zonas no te hace ninguna gracia. Pero no tienes por qué llevar tú sola todo el peso del desastre.

Darana me mira de arriba abajo, entornando esos ojos miel que me traen de cabeza, y se cruza de brazos con una sonrisa de suficiencia.

—No te equivoques, Bennet. Te doy el acceso porque los datos son tuyos, pero este sitio sigue siendo mío —me suelta con esa chulería tan insoportable—. Hablaremos de los detalles técnicos esta noche, cuando hayamos encauzado lo urgente. Tenemos muchas cosas que poner sobre la mesa... y no hablo solo de las nubes.

Me muerdo el interior de la mejilla, sintiendo que el pulso se me desboca otra vez al recordar el dichoso pajar. Qué mujer más insufrible.

—Cuando quieras, Calloway. Prepárate el café fuerte, porque mis informes no tendrán desperdicio.

Darana

Necesito cinco minutos. Solo cinco. Eso o que alguien me pegue un guantazo para tener una excusa y tumbarme. Pero solo necesito cinco minutos.

Es lo que me repito mentalmente mientras cruzo el patio trasero, esquivando cubos de metal, herramientas y a una horda de peones que van de un lado a otro con la urgencia metida en el cuerpo. Birdsong Hills se mueve como un bicho herido que se niega a estirar la pata, y yo... yo soy la pobrecita jefa que tiene que seguir soltando órdenes como la sargento de hierro que soy. Aunque por dentro tenga ganas de ponerme a llorar. Me pregunto cuánto tiempo más podré sostener este circo antes de que se me escape entre los dedos.

Pero hay momentos en los que una necesita respirar si no quiere cometer un homicidio. Y mi válvula de escape tiene orejas largas, cara de pocos amigos y un carácter que ríete tú del demonio de Tasmania.

—A ver... —murmuro, deslizando con cuidado el pestillo de madera del corral—. Menudo número montaste anoche con la tormenta, ¿eh, pedazo de sinvergüenza?

Angus levanta la cabeza de golpe en cuanto me ve. El jodido burro me mira con esos ojos oscuros que brillan con una mezcla perfecta de inocencia y maldad. Da un par de pasos sobre la paja, suelta un bufido y me planta el hocico húmedo directamente en la mano. Sabe perfectamente que llevo contrabando en los bolsillos, el muy listo.

—De eso nada, monada —le riño, plantándole un dedo delante de las narices—. Primero van los mimos y luego los

sobornos. Que ya te conoces el cuento y eres un interesado.

Me acerco despacio, saboreando estos segundos de paz que valen oro. En cuanto lo tengo cerca, le rasco detrás de las orejas. Angus se inclina hacia mí soltando un suspiro hondo, cerrando los ojos y dejando caer las orejas en señal de rendición. Es un chantajista emocional con pezuñas, pero qué bien me viene. Porque el calor de su pelaje áspero me ancla al suelo y me hace olvidar, aunque sea por un minuto, el Apocalipsis que tengo ahí fuera.

—Menos mal que Ricky te trajo antes de que te diera por merendarte los cables que tiró el viento —añado en un susurro—. Porque si no, hoy mismo te convertías en burro frito. Y no me mires así.

El animal resopla con fuerza, sacudiendo la cabeza como si me entendiera.

—Sí, sí, ahora hazte el santo —continúo, dándole un palmadita cariñosa en el cuello—. Como si no supiera que eres un peligro público con patas, Angus.

Saco un buen trozo de manzana verde del bolsillo y se lo ofrezco en la palma de la mano. El tío lo atrapa con una rapidez de lagartija que me arranca una carcajada. Sus dientes grandes me rozan la piel con cuidado, relamiéndose con el jugo. Aquí dentro, sin nadie mirándome, puedo ser simplemente Darana. Una mujer molida que busca un rincón donde esconderse en mitad del desastre.

—Oye, Angus... —susurro, y apoyo un segundo mi frente contra la suya—. Dime la verdad, aunque sea con un rebuzno. ¿Tú crees que voy a ser capaz de levantar este lugar otra vez? Porque de no ser así...

El pacto de silencio se va a tomar viento con el crujido estridente de la puerta.

—Vaya, vaya, jefa... —la voz guasona de Ricky entra enseguida—. Si yo tuviera la mitad de los mimos que se lleva ese burro orejudo, le clavaba los postes del perímetro en tiempo récord.

Me separo de Angus a la velocidad de la luz, como si me hubieran pillado robando en el supermercado. Me aclaro la garganta, me coloco el sombrero de un tirón y lo fulmino con la mirada antes de que el chaval pueda parpadear.

Sí, soy todo un encanto.

—Menos cháchara, Ricky —le espeto, dándome la vuelta con mi mejor cara de pocos amigos—. Y más darle al martillo, que las vallas no se van a levantar por arte de magia.

El chaval levanta los brazos en son de paz, pero la sonrisita de pillo no se la quita ni un temporal.

—Oído cocina. Pero las cosas como son: Angus tiene esta mañana mejor cara que todos nosotros juntos. ¿Quiere que le traiga algo?

—No, he dicho que te pongas a trabajar —le suelto—. Y dile a la cuadrilla que beban agua fresca cada veinte minutos. Con este calor que está saliendo tras la tormenta, lo último que necesito es que alguien se desmaye.

El chaval se aleja con tres postes al hombro como si nada, silbando una tonadilla australiana. Espero a que se aleje unos cuantos metros antes de señalar al burro con el dedo.

—Ni una palabra de esto a la científica, ¿está claro? Nada de haceros amigos.

Angus suelta un resoplido que suena a «paga con manzana y calla».

. . .

Salgo del corral y la cruda realidad me arrea de nuevo. Las órdenes cruzan el aire como balas, salpicadas de alguna maldición cuando un martillazo va donde no debe.

Pero ahí está mi gente. Mi equipo. La patrulla de rescate de Birdsong Hills.

En la zona de los cobertizos principales, Maddie, supervisa cómo los chicos les colocan mantas secas a los caballos, que siguen algo asustados.

—¡Más despacio, que los vais a poner más nerviosos de lo que están! —les grita con autoridad—. Habladles con calma y acariciadles. Estos animales valen más que vuestros sueldos juntos, así que ojito.

Al otro lado del patio, Joyce cruza el barrizal, sosteniendo una bandeja gigantesca que desafía las leyes de la gravedad, repleta de pasteles de carne y tarros con té frío.

—¡Venga, todo el mundo a hincar el diente! —brama—. ¡Que con el estómago vacío no hay dios que levante una valla en este país! ¡Y no quiero ver a nadie escaqueándose, que os conozco!

Al fondo del pasillo central, un relincho agudo y dramático reclama mi atención inmediata. En cuanto Byron me ve asomar la cabeza por el portón, el jodido animal empieza a repicar los cascos contra el suelo.

—Ya voy, tranquilo, ya voy... —murmuro, acercándome a su recinto a toda prisa.

Byron me recibe bufando, sacudiendo su crin negra azabache con elegancia y dándome la espalda. El caballo aguanta el tipo dos segundos haciéndose el ofendido, pero termina cediendo, y estira el cuello hacia arriba con los ojos entrecerrados.

—Eres muy valiente, campeón. A ti no hay tormenta que te pare.

Byron resopla sobre mi hombro, empujándome un poco con el belfo húmedo, lo que en su idioma significa que me ha perdonado la vida. Si no fuera por mis animales, creo que ya me habría vuelto del todo loca esta mañana.

El olor a carne especiada y masa hojaldrada me hace rugir las tripas. Y por un segundo, entre el jaleo, pienso que saldremos de esta.

—Voy a tomar algo y vuelvo contigo. ¿Vale?

Camino hacia el centro del patio y entonces me quedo clavada en el sitio. Subidos a una plataforma improvisada acoplada a la parte trasera de un camión, rodeados de cajas de herramientas y cables pelados, están Camila, Kira y Ethan. Van cubiertos de grasa hasta las cejas, chorreando sudor y con el barro pegado a las botas, pero se mueven como si fueran un equipo de cirujanos.

Camila está medio metida en un panel de fusibles, con el ceño fruncido, el pelo recogido y unos churretes de grasa en la mejilla que, maldita sea, le quedan ridículamente bien. Habla a toda pastilla mientras señala la pantalla de la *tablet*, Kira empalma un cable con unos alicates y Ethan la mira como si estuviera viendo a la reencarnación de Nikola Tesla en versión cowgirl.

—¡No, quieta ahí, Kira! —le grita Camila para hacerse oír sobre el ruido de un generador—. Ese terminal va al disyuntor secundario, no al principal. Ethan, pásame el multímetro.

—¡A la orden! —responde Ethan pasándole el aparato—. Oye, esto es una pasada. En mi vida he visto a una climatóloga meterle mano a un transformador rural con esa soltura.

Kira suelta una carcajada, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Una pasada no, Ethan, esto es un billete de ida al hospital. Pero si alguien es capaz de devolverle la corriente a este maldito lugar antes de que nos coma la oscuridad, esa es Bennet. ¿A que sí?

—Déjate de halagos, Kira —protesta Camila, aunque le sale una sonrisa de lado—. Aquí solo soy la pringada que intenta que no pasemos otra noche a la luz de las velas. Darana necesita el sistema de bombeo ya si no quiere que los animales se mueran de sed.

No debería mirarla. Pero es superior a mis fuerzas. La observo una y otra vez, desafiando a mis propios ojos a apartar la vista. Pero verla ahí arriba, peleándose con los cables para salvar mi suministro, me deja con un cosquilleo estúpido en el estómago.

—A ver si disimulas un poco, que se te va a caer la baba.

Me giro de golpe, y veo que Joanie está apoyada en la barandilla de madera. Lleva los guantes de látex colgados del bolsillo, una tirita en el cuello y esa mirada de lagarta que tiene siempre que quiere meter el dedo en la llaga.

—¿Ya has terminado de revisar a los terneros heridos? —pregunto, cruzándome de brazos a la defensiva.

—Todos desinfectados y con el antibiótico puesto —responde soltando un suspiro de cansancio—. Un par de cortes por las chapas que volaron, pero nada que no cure el tiempo. ¿Y tú qué? Tienes una cara de muerta que asustas, Calloway. Bueno, de muerta y de pasmada mirando a la plataforma.

Noto que las orejas me empiezan a arder y rezo para que el sol camufle el subidón de color.

—Tengo esta propiedad destrozada de arriba abajo, Joanie. No estoy pasmada, estoy calculando las horas de trabajo que nos quedan. No me sobra el tiempo para tonterías.

—Ya, claro, el inventario de daños... —se mofa ella, inclinándose hacia mí con una sonrisita de lo más impertinente—. Llevo viéndote desde el porche, Darana. Tienes los ojos clavados en Bennet como si fuera el último vaso de agua del desierto. Como sigas así, vas a terminar provocando otro cortocircuito.

Suelto una risa cortante, tirando de todo el orgullo Calloway que me queda en el cuerpo.

—Te estás columpiando tres pueblos, Joanie. Lo único que hay entre esa mujer y yo es una cuenta pendiente que no se me va a olvidar en la vida. Esa «científica», nos dejó a todos tirados hace diez años sin mirar atrás. Le importó una mierda divorciarse de

Elijah, y romperle el corazón en mil pedazos porque a la señora le entró la prisa por buscar otro tipo de vida fuera de aquí. La detesto con ganas y lo único que quiero es que termine de poner sus malditos sensores climáticos y se largue de vuelta a su ciudad. Fin de la historia.

Joanie me clava esos ojos analíticos y, por supuesto, no se traga ni media palabra del discurso.

—Sí, sí, se nota muchísimo lo mucho que la detestas —suelta con un sarcasmo que me dan ganas de ahogarla en el abrevadero—. Por eso la otra noche casi mandas al hospital a ese tipo en el bar. Y por eso llevas diez minutos embobada. A otra con ese cuento de la enemistad, bonita.

Aprieto los dientes.

—Estaba defendiendo el honor de este lugar —replico.

—Claro, claro —me interrumpe Joanie, dándome una palmadita compasiva en el hombro—. El rencor os va a estallar en la cara a las dos antes de que acabe la semana. No es odio lo que os pasa, Calloway, y tú lo sabes mejor que nadie. Pero oye, sigue con el orgullo alto mientras saltan las chispas.

Miro hacia la plataforma del camión otra vez. En ese preciso instante, Camila se incorpora, se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano y se gira hacia el patio. Nuestros ojos se cruzan en el aire. Uno. Dos segundos. Aparto la vista de golpe, maldiciéndome internamente por haber mirado.

Joanie suelta un bufido divertido a mi lado, dándose la vuelta para volver con los animales.

—Madre mía, Darana... Estás jodida. Pero jodida de verdad.

—Que te den, Joanie —le suelto, aunque la procesión va por dentro.

Me quedo sola en mitad del patio. Angus asoma la cabeza por encima de la valla del corral, soltando un ronco rebuzno. Le acaricio el hocico de forma automática, sin mirar a ningún punto fijo,

sintiendo el corazón desbocado contra las costillas. Qué desastre. Joanie es una bocazas, pero lo peor de todo es que el orgullo no me da para reconocer que tiene parte de razón.

Camila Bennet ha vuelto para volverme loca, y yo no tengo ni la menor idea de cómo defenderme de ella sin que volemós las dos por los aires.

Camila

No debería notar su mirada. Pero la noto. Vaya si la noto. Incluso de espaldas, con las manos llenas de grasa, los cables pelados entre los dedos y la cabeza sumergida en miles de cálculos. Darana Calloway está ahí plantada, clavándome los ojos en la nuca. Siento su presencia como una corriente estática, de esas que te erizan el vello y te ponen a mil revoluciones antes de que salte el chispazo.

—Camila, ¿me pasas el aislante? —pide Ethan. El tío se maneja con los cables mejor que nadie, pero con el calor asfixiante que hace tras la tormenta está más espeso de lo normal.

—Está en la caja roja, a tu derecha —respondo sin apartar la vista del panel. Como le veo dar vueltas a lo Vincent Vega, le espeto —: ¡Eso es tu izquierda zoquete!

—¡Ah, vale, vale! No me estreses, que con este bochorno no distingo lo que hago —protesta él, pasándose el brazo por la frente.

Kira, subida a la plataforma del camión, suelta una carcajada mientras ajusta las conexiones principales del generador provisional. Yo estoy abajo, trenzando cables como si me fuera la vida en ello. Si conseguimos que esto tire, la estación ganadera recuperará el suministro para los establos y el sistema de bombeo de agua antes de que los animales sufran por el calor.

—Si esto falla... —murmura Ethan apretando un disyuntor con fuerza—, no quiero ni imaginar la cara que va a poner Calloway.

—Si esto falla —le replico, dándole un tirón seco a los alicates —, lo de menos será su orgullo vaquero. Así que aprieta bien ahí.

Corto. Pelo el cobre. Conecto. Mis manos se mueven solas, con la agilidad que te da llevar años pateándote estaciones

meteorológicas en mitad de la nada.

—Listo —anuncio—. Kira, dale al interruptor. Y crucemos los dedos.

Kira le pega un viaje al palancón. Hay un segundo de silencio tenso. Dos. Y de repente... ¡BZZZZZ! Un zumbido constante, limpio y glorioso resuena a nuestro alrededor. Las luces parpadean y se encienden en un tono blanco y cegador. A lo lejos, el eco del motor del termo de agua empieza a rugir.

Ethan suelta un grito de victoria y pega un salto.

—¡Toma ya! ¡Funciona! ¡Somos unos puñeteros genios!

Me limpio las manos en un trapo mugriento, soltando el aire que retenía en los pulmones.

—Claro que funciona. ¿Es que alguien lo ha dudado? —vacilo con chulería.

Entonces escucho unos aplausos lentos y perezosos, y al girarme, veo a Darana, con el sombrero ladeado, los brazos cruzados sobre el pecho y una ceja levantada. No hay desprecio en sus ojos, sino una sorpresa enorme que intenta camuflar a marchas forzadas.

Sostengo su mirada sin arrugarme, con mi mejor sonrisa.

—De nada, Calloway —le suelto, regodeándome en mi pequeño triunfo—. La próxima vez que llames «chatarra de ciudad» a mis equipos, acuérdate de quién le ha devuelto la luz a tus preciados purasangres.

Darana parpadea, descolocada por mi descaro. Pero se recompone a la velocidad del rayo, tensando esa mandíbula tan perfecta que tiene.

—No te flipes, Bennet —me suelta, profunda y cortante—. Solo has arreglado lo que tu maldita tormenta ayudó a romper. No te voy a dar una medalla por hacer tu trabajo.

Ahí está la Calloway indomable. Qué mujer más insufrible y qué bien le sienta el uniforme de faena, maldita sea.

—Claro, claro —replico, dándole la espalda para recoger las herramientas con total parsimonia—. Sé que me estás dando las gracias con el pensamiento. No te obligues a decirlo en voz alta, no vaya a ser que te dé un síncope por ser educada.

Noto perfectamente cómo se le corta la respiración por la pulla.

—No te acostumbres, listilla —sentencia ella, dándose la vuelta con un movimiento brusco de cadera—. Esto no cambia absolutamente nada de lo que pasó. Nada.

Y se larga pisando fuerte sobre el barro.

—Madre mía... —Kira silba desde el camión—. Eso ha sido lo más parecido a una declaración de amor que vas a conseguir de esa loba. Casi te da las gracias y todo.

—No te emociones —le digo, imitando el tono autoritario de Darana—. Ya has oído a la jefa: no cambia nada.

Ethan se troncha de risa mientras echa las herramientas a la caja.

—Pues yo creo que le has roto los esquemas, Camila. Esa mujer mira a todo el mundo como si fuera tierra quemada, pero a ti te devora con los ojos.

No respondo. No quiero admitir, ni ante ellos ni ante mí misma, el vuelco que me ha dado el corazón.

—¿Camila? ¿Me echas una mano aquí dentro? —me grita Joanie desde el pasillo de los cobertizos.

—¡Voy!

Agradezco la interrupción porque necesito pensar en otra cosa que no sean los ojos miel de mi excuñada. Al entrar en las cuadras, el calor es sofocante, pero la luz artificial ya está calmando a los animales.

—Este purasangre está negro —dice Joanie, señalando a un alazán que no para de dar vueltas en su cubículo y de amagar coces

—. Ayúdame a sujetarlo por el cabezal mientras le limpio este corte en la caña.

Me acerco al caballo con movimientos lentos, hablándole en ese tono bajo y firme que aprendí a usar cuando vivía aquí.

—Tranquilo, chiquitín... —susurro, dejando que huelga mi mano—. Ya pasó lo peor. Quédate quieto, anda, que Joanie te va a dejar como nuevo.

Sujeto la brida con firmeza. El animal se tensa, y resopla con fuerza inundándome con su aliento cálido, pero decide confiar.

—Eso es, buen chico... —murmuro, dándole palmaditas rítmicas en el cuello—. Muy bien.

Joanie se agacha y limpia la herida. Mientras aplica el desinfectante, me lanza una mirada de soslayo.

—Pues no se te ha olvidado el truco —comenta con una sonrisa de lado—. Para llevar diez años fuera manejando satélites, sigues teniendo mano con los caballos.

—Hay cosas que se te quedan grabadas —respondo con un deje de nostalgia—. Por mucho que intentes enterrar el pasado, tengo este sitio en la piel

Ella asiente mientras le coloca la venda.

—Me alegro de que estés aquí. De verdad.

Seguimos coordinadas con los siguientes boxes, curando y revisando. Pero la paz dura poco. Noto una corriente de aire y sé, antes de mirar, que Darana ha vuelto a entrar. Viene con paso felino, fingiendo que inspecciona los pestillos de las puertas, pero sus ojos se desvían hacia nosotras. Nuestras miradas se quedan enganchadas en un duelo silencioso, un pulso eléctrico que se salta las normas y que hace que el aire del establo pese una tonelada. Joanie nos mira de una a otra con una sonrisita de lo más impertinente, pero se calla.

Menos mal.

—¿Todo en orden por aquí? —pregunta Darana.

—Casi listo —responde la veterinaria—. Camila me está salvando la vida, tiene a los caballos hipnotizados. ¿Querías algo?

Darana da un paso al frente, clavando sus ojos en mis manos, que siguen acariciando el lomo del alazán.

—Solo quería comprobar que no se hubiera quedado ningún cable haciendo masa —miente descaradamente—. No quiero más accidentes en mis cuadras.

—El sistema está perfecto, Calloway —le aseguro, plantándole cara—. Puedes tocar el box si quieres, no te va a dar un calambrazo. Bueno, al menos no de electricidad.

Darana aprieta los labios, captando la indirecta de lleno.

—No pensaba que te acordaras de cómo tratar a un purasangre —dice en voz baja, con un ramalazo de rencor que no puede ocultar—. Pensaba que lo tuyo eran solo las nubes y los ordenadores. Que habías borrado este lugar de tu mapa.

—Hay recuerdos que no se borran, aunque firmes un papel de divorcio, Darana —le lanzo—. Deberías saberlo.

El caballo se mueve, rompiendo el magnetismo, y Darana da un paso atrás.

—Asegúrate de cerrar bien al salir —contesta, dándose la vuelta para desaparecer por el pasillo.

Joanie suelta una carcajada limpia mientras guarda el material.

—Madre mía, qué peligro tenéis. Gracias por la ayuda, Camila. Anda, ve a descansar. Creo que parte de los chicos iban a ir a El Colibrí. Deberías aprovechar la oportunidad.

—Sí, creo que haré eso.

Al salir, me uno a los chicos.

—¿Nos tomamos un descanso? —pregunta Ethan apareciendo por detrás con una caja de llaves fijas.

—Sí. Voy a por las llaves de Viento.

Para mi suerte, encontraron mi joyita enganchado en el barrizal del sector sur, junto al riachuelo seco.

El cambio de tercio al llegar a El Colibrí es un regalo del cielo. La cafetería tiene el aire acondicionado a tope, un hilo musical relajante y huele a gloria bendita: a mantequilla tostada, café recién molido y azúcar glas. En la mesa del fondo divisamos a Kira, sentada junto a Lily y Christian.

—¡Por fin llega la salvadora del suministro eléctrico! —exclama Lily, levantándose para estrujarme en un abrazo de los suyos—. Estás hecha un cristo, tía, pero qué alegría verte.

—A mí también me alegra verte, Lily —digo riendo, sentándome con ganas.

—Camila, en serio. Gracias de corazón por lo que estás haciendo —añade Christian.

—¿Por qué? —pregunto, cogiendo un cruasán gigantesco.

—Por no lavarte las manos —dice Christian con seriedad—. Podrías haberte quedado esperando a que los electricistas de ciudad llegaran mañana, pero no ha sido así. Eso demuestra que te sigue importando este sitio.

Le doy un mordisco al cruasán y casi lloro del gusto. Está espectacular.

—Gracias, Christian... Aunque dudo que todo el mundo opine igual. Por aquí me siguen mirando como si fuera una prófuga de la justicia por lo de mi divorcio con Elijah.

Se hace un segundo de silencio en la mesa.

—Que les den dos duros a los cotillas —zanja Lily, dándole un sorbo a su café—. Lo que pasó es cosa vuestra. En paz descansen Elijah. Tú necesitabas otra vida y punto. Lo que cuenta es que hoy nos has salvado, y eso no lo puede negar nadie.

—Exacto —añade Christian—. Has demostrado lo que vales. Que hablen lo que quieran.

Kira asiente con la boca llena de hojaldre.

—Amén. Esta mujer es una jefa de primera.

Ethan levanta un dedo pringado de mermelada y asiente con fuerza, incapaz de articular palabra por el trozo de bollo que tiene encajado en los carrillos, lo que nos hace soltar una carcajada a todos.

Por primera vez en todo el día, la tensión de tener a Darana Calloway respirándome en la oreja desaparece. Aquí, rodeada de café, bollos y caras amigas, el Outback vuelve a sentirse un poco como un hogar. Una casa de la que me fui hace diez años buscando mi camino, pero que parece empeñada en retenerme.

Al salir de la cafetería, el sol ya está cayendo sobre el horizonte, tiñendo el cielo australiano de unos tonos violetas y rojizos espectaculares. El aire sigue pesado, pero se respira mejor.

—¿Damos una vuelta en el todoterreno para estirar las piernas antes de volver al campamento? —propone Ethan.

—Venga, va —apoya Kira—. Que si me tumbo ahora me quedo tiesa hasta mañana.

Miro de reojo hacia la carretera que lleva de vuelta a las cabañas. Pienso en la forma en que Darana me ha mirado en el cobertizo, en el reproche de sus palabras y en la vibración absurda que hay entre las dos cada vez que nos acercamos a menos de un metro.

—Sí —digo, subiéndome al asiento del copiloto—. Vamos a dar una vuelta.

El motor ruge y nos alejamos de El Colibrí. Intento concentrarme en el paisaje, pero sé que es inútil. La mirada de Darana se ha quedado grabada a fuego en mi cabeza, y tengo la clarísima e inquietante certeza de que los próximos días, van a ser de todo menos tranquilos.

Darana

La madera cruje bajo mis botas, la música country suena desde los bafles polvorientos y el ambiente apesta a lo que tiene que apestar un buen bar del Outback; cerveza, el sudor de los peones tras una jornada de perros y ese olor a tierra mojada que se niega a evaporarse. El aire está pegajoso, casi tan insufrible como el día de mierda que todo el mundo lleva a sus espaldas.

En mi caso, son las cervezas lo que han hecho que me olvide momentáneamente de lo que está pasando. Una indecente cantidad que legalmente me impediría gobernar mi propio cuerpo. Pero me da igual. Porque hoy, Birdsong Hills, ha sido un maldito apocalipsis. Ha habido que tomar demasiadas decisiones, con cosas que se escapan a mi control. Y para colmo, el origen del resto de mis males está sentada al fondo del local.

—¿Otra, Calloway? —pregunta el nuevo camarero, cazando mi jarra vacía con agilidad.

Asiento con la cabeza, sosteniéndome en la barra con más orgullo que equilibrio.

—Hasta el borde, campeón —le indico—. Y tú no me mires con esa cara.

Bert, que está a mi lado chasquea la lengua y se encoge de hombros con parsimonia.

—Mañana vas a maldecir hasta el día en que naciste. Eso lo sabes tú y ya debe saberlo tu hígado.

—Mañana ya veré cómo sobrevivo. Ahora mismo solo necesito apagar la radio que tengo montada en la cabeza.

Bert se aleja murmurando algo sobre las vallas del norte, pero sabe de sobra que no le estoy haciendo ni puto caso. Mis ojos, traidores y magnéticos, vuelven por milésima vez a la mesa del rincón.

Allí está Camila. Sentada con Lily, Ethan y Kira. Tiene una sonrisa que no le he visto en todo el día: libre, luminosa, de esas que parece que le quitan diez años de encima y que te alegran la vista... aunque no quieras. Se echa el pelo hacia atrás con un gesto endiabladamente natural, se parte de risa y bebe a morro de su botella. Se la ve cómoda. Sobre todo, cuando está lejos de mí. Aprieto mi jarra con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos y noto cómo la condensación chorrea por mi piel.

—Te vas a cargar el cristal —me suelta Ricky que aparece por mi lado y apoya su propia botella en la barra, justo a medio metro de mí.

—Tú bebe y calla, chaval. No me ralles.

Lo que de verdad quiero no es romper la jarra, es la distancia. Me revuelve las tripas verla ahí, tan campante, como si no hubiera pisoteado mi vida cuando se marchó, y revolucionado mi presente viniendo a estudiar las putas tormentas.

«Si crees que puedes domar a una como yo...»

—Yo solo digo que se nota a las mil leguas que te traes un rollo raro con la científica —añade el chaval, inclinándose hacia mí con una sonrisita de guasa.

Me giro hacia él con los ojos encendidos, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué has dicho, listillo? Porque el alcohol me está nublando el oído y me parece que estás buscando que te ponga a limpiar mierda de vaca dos meses seguidos.

—Nada, nada. Habrá sido la música —se defiende levantando las manos con falsa inocencia, aunque no pierde la sonrisa—. Pero

como tú dices. No nos conviene jugar con fuego. ¿No? La gente por aquí está crispada con ella.

Resoplo, ignorándolo por completo, y le pego un trago largo a la cerveza. El líquido amargo me baja por la garganta, pero no consigue enfriarme el reconcome que me quema el pecho.

Justo en ese instante, la puerta del pub se abre de un golpe seco que hace vibrar los cristales y corta las risas a mitad de sala. Entra Sullivan. El peón de la hacienda colindante y muy de este pueblo. El tío ya viene medio torcido; se le nota en el paso vacilante, los ojos vidriosos y esa sonrisita de chulo que busca bronca porque su vida es un muermo.

Y, cómo no, el radar de los idiotas nunca falla. Sus ojos de besugo van directos hacia donde está Camila.

—¡Anda! Si las habladurías son ciertas... —suelta Sullivan alzando la voz, ganándose los giros de cabeza de medio bar—. Bennet, la gran científica que ha vuelto a decirnos cómo tenemos que trabajar con sus aparatos de las nubes.

Se me tensa hasta el último músculo del cuerpo. El estómago se me revuelve, y esta vez no es por la cerveza.

—No se te ocurra meterte ahí, imbécil... —mascullo entre dientes, dejando la jarra en la barra.

Pero el tío va lanzado. Se planta junto a la mesa de Camila, invadiendo su espacio con una chulería que me enciende la sangre.

—Vuelve aquí dándoselas de listilla y de superior con esas ideas... En este lugar no nos hacen falta las traidoras que se largan dejando a las familias colgadas. ¿A que no, Bennet?

A Camila se le borra la sonrisa de golpe. Lily se pone recta y le levanta para encararse con Sullivan, mientras Ethan —con sus casi dos metros de altura— y Kira, amagan con darle una buena hostia. Pero no les doy tiempo.

El orgullo Calloway y una furia ciega me cortan el freno de mano.

Mi taburete sale despedido hacia atrás, pegando un estrépito de mil demonios contra el suelo. Cruzo el bar en tres zancadas rabiosas, apartando a un par de peones de un empujón sin pedir disculpas. Y poco después, me planto entre Sullivan y la mesa, bloqueándole el paso y metiéndole mi sombrero casi en los ojos.

—Cierra esa puta boca antes de que te la cierre yo, Sullivan — le suelto. Mi voz no es alta, pero lo suficiente como para que le quede claro.

El silencio que cae en el local es tan bestial que se podría escuchar el vuelo de una mosca. La música sigue sonando de fondo, pero ya nadie le hace caso. Estamos en el centro de un ring de boxeo.

El tipejo me mira de arriba abajo, parpadeando con sorpresa antes de recuperar su sonrisita rancia.

—Vaya, Calloway. ¿Ahora sales a defender a tu excuñada...? ¿No la odiabas a muerte?

—Esta «listilla» —le interrumpo, dándole un toquecito con el dedo en mitad del pecho que le hace retroceder un paso—, le ha devuelto la luz y el bombeo a los establos principales de mi hacienda esta tarde mientras tú estabas rascándote las bolas en tu remolque. Así que vas a darte la vuelta, vas a sacar tu culo de este bar y te vas a largar a tu puta casa antes de que te saque yo de los pelos. ¿Me has oído bien, Sullivan?

Nos sostenemos la mirada un segundo. La tensión en el aire se podría cortar con un cuchillo. Siento los ojos de Camila clavados en mitad de mis omóplatos, quemándome la camisa, pero no me muevo ni un milímetro.

Al final, el alcohol no le da para tanto valor. Sullivan masculla un insulto entre dientes, aparta la mirada y se va arrastrando los pies hacia la salida entre los murmullos del personal. Siento un subidón de adrenalina puro y salvaje, pero me dura lo que un suspiro.

Porque cuando me giro, Camila me está clavando una mirada que no tiene ni una pizca de agradecimiento. Al revés. Está furiosa, con las mejillas encendidas y los ojos echando chispas.

Otra vez.

«De nada, Bennet».

Sin decir una palabra, doy media vuelta y salgo pitando al porche. Necesito aire antes de que el subidón me amargue la noche. El ambiente nocturno me azota la cara con un bochorno pegajoso que huele a eucalipto y tormenta. Me apoyo en la barandilla de madera, respirando hondo, e intento asimilar la tremenda estupidez que acabo de cometer. Me tiemblan las manos. ¿Por qué demonios salto como un pitbull en cuanto alguien se atreve a querer hacerle daño?

Mis preguntas se van a tomar por saco porque la puerta se abre con violencia. Sabía que iba a salir.

—¿Se puede saber a qué coño juegas, Calloway?! —el grito cae como un latigazo.

Me giro despacio. Está delante de mí, espectacular, con el pecho subiendo y bajando a mil por hora y unos mechones revueltos por la brisa del norte.

—¿Te pasa algo, Bennet? —le respondo.

—¡Me pasas tú! —exclama, dando un paso hacia mí con las manos en las caderas—. ¡Deja de hacer esto! Un día me tratas como si fuera un bicho infectado y al siguiente saltas como una loca a defenderme delante de todo el pueblo. ¿Qué pretendes?

Aprieto los dientes, sosteniendo el pulso. Está tan cerca que huelo el aroma dulce de su piel mezclado con el toque amargo de la cerveza. Una combinación jodidamente letal.

—Ese imbécil te estaba faltando al respeto en mi territorio, Camila. En el territorio que una vez fue de Elijah. No iba a quedarme de brazos cruzados.

—¡No me vengas con el puto orgullo familiar! —me corta. Alza la voz y da un paso más hacia mí, arrinconándome contra la barandilla—. Esto no es por Sullivan. Es por cómo me tratas según te convenga. ¡Sí, me marché de aquí! ¡Sí, le jodí la vida a Elijah! ¡Igual que a ti! ¡Y sí, me arrepiento cada segundo! ¡¿Vale?! ¿Ya estás contenta?

Se acerca tanto que su pecho casi roza el mío. Tiene la respiración tan acelerada que su aliento, me acaricia la boca.

Y ahí, con el bochorno pegándose a la piel, el orgullo Calloway se me va directamente a la mierda.

—¡Te trato así porque me tienes hasta los ovarios, Bennet! —le suelto, perdiendo los papeles por completo.

No la dejo ni pestañear. La agarro por los brazos —sin ninguna delicadeza—, la empujo contra la pared de madera del porche y la beso.

Madre mía, ¡qué beso!

Me sorprendo en un choque salvaje. Su boca sabe a cerveza y a una atracción tan destructiva que me quema las pestañas. Durante un segundo que me parece eterno, siento que sus manos se aferran con la misma rabia a las solapas de mi camisa, que me devuelve el viaje con la misma intensidad, encajando conmigo.

Evidentemente, la imaginación me dura poco.

Camila me planta las dos manos en el pecho y me empuja con una fuerza que me hace retroceder dos pasos, casi haciéndome tropezar. Tiene los labios encendidos, el pelo revuelto y los ojos abiertos como platos, mirándome entre el pánico y la indignación.

—No... —suelta, pasándose el dorso de la mano por la boca—. No sé a qué coño juegas, ¡joder!

—Camila, yo... —intento dar un paso al frente, con la cabeza dándome vueltas y el corazón a mil revoluciones.

—¡Ni se te ocurra! —me corta, señalándome con un dedo—. Quédate ahí. ¡Estás loca!

Y con las mismas, da media vuelta con un bufido de frustración y cruza la puerta del bar pegándole un viaje que casi desencaja el marco, dejándome plantada con el sabor de sus labios y la silueta del desierto de fondo.

Me apoyo contra la barandilla, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras suelto el aire que tengo retenido. Me arde la boca y el alcohol ya no anestesia nada; al revés, me deja bien clarito el embolado monumental en el que me acabo de meter. La he besado. A mi excuñada. A la mujer que se supone que odio. A la mujer de la que...

—No, no puedes hacer esto —me digo, y sacudo la cabeza.

Esto va a ser un puto infierno.

Camila

El corazón me ruge en los oídos con tanta fuerza que apenas oigo el crujido de la grava bajo mis botas. Camino a zancadas por el sendero oscuro que lleva a las cabañas, con las manos temblando a los costados y el sabor de un beso salvaje que todavía impregnado en los labios. Me llevo los dedos ahí, para recordar la boca de Darana contra la mía con una urgencia desesperada.

«Esto es un error», me repito una y otra vez mientras avanzo casi a ciegas. «Darana está loca. Yo estoy loca. ¡Lo nuestro sería una locura!». Diez años de distancia y un solo beso han bastado para desmontar cualquier teoría y decirle al mundo un claro: «¿Hola? ¿Es que no veis que os gustáis?». Mierda, necesito apagar el cerebro como sea. Borrar el recuerdo de su mirada rabiosa, de su voz. De lo que vi que estaba sintiendo.

Justo antes de alcanzar la puerta de mi cabaña, una figura emerge entre las sombras del sendero. Maddie está apoyada contra un poste de madera, con un cigarrillo entre los dedos y su típica pose relajada que siempre parece desafiar al mundo. Lleva una camiseta de tirantes oscura y unos vaqueros que se ajustan a sus caderas con descaro. La luz tenue de la luna resalta los músculos de sus brazos y el brillo pícaro de sus ojos cuando me ve. Esta sí tiene que ser una locura de las buenas.

—Vaya, Bennet... —murmura—. Pareces un cable de alta tensión a punto de estallar. ¿Qué te ha pasado?

Me detengo en seco. Intento sonreír, pero solo consigo poner una mueca. Maddie apaga el cigarrillo contra la suela de su bota y se acerca a mí a paso lento. Su mano roza mi brazo lentamente, un

toque ligero que, sin embargo, envía una corriente caliente por todo mi cuerpo.

—Ven aquí —susurra, haciendo lo propio—. Deberías dejar que yo te ayude a relajarte. Sea lo que sea que te tenga así de alterada, yo puedo hacer que lo olvides... al menos por un rato.

El olor a tabaco y a algo dulcemente almizclado me envuelve. Sé que debería apartarme, mantener las distancias por el bien de lo que tengo que hacer en Birdsong Hills. Pero su mirada descarada me atrae sin ningún tipo de remedio. Está claro que Maddie no es de las que pide explicaciones ni promete eternidades. Solo me ofrece lo que necesito ahora: escape, calor y, sobre todo, olvido.

—No sé si es buena idea...

Ella suelta una risa baja y sexi, deslizando los dedos por mi cuello con una caricia lenta que me hace contener el aliento.

—¿Buena idea? Cariño, las buenas ideas están sobrevaloradas. Tú necesitas soltarte un poco. Y yo... yo llevo toda la noche pensando en lo bien que te verías moviéndote debajo de mí. —Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

La química entre nosotras es inmediata, eléctrica, sin complicaciones. Y esta noche no tengo fuerzas para resistirme.

Agarro su cintura con ambas manos, atrayéndola contra mí. Nuestras bocas se encuentran en un beso hambriento, casi desesperado. Maddie sabe a tabaco y a libertad, y yo me dejo arrastrar por esa sensación.

A trompicones abrimos la puerta de la cabaña. Apenas logro cerrarla de un portazo antes de empujarla contra la pared interior. Mis manos tiran de sus tirantes, bajándolos con impaciencia mientras ella ríe contra mis labios, divertida por mi impetuosidad.

—Así me gusta, Camila —murmura, ayudándome a quitarle la prenda—. Sin pensar.

La camiseta de Maddie cae al suelo junto con la mía. Nuestras pieles se encuentran, calientes y ansiosas, en la penumbra de la

cabaña iluminada solo por la luna que se filtra a través de las cortinas. Sus manos recorren mi espalda, bajando hasta mis caderas y apretándome contra ella con fuerza. El roce de sus pechos contra los míos envía descargas de placer que me recorren todo el puto cuerpo.

La guío hacia la cama sin dejar de besarla, mordiendo suavemente su labio inferior. Maddie se deja caer sobre el colchón, arrastrándome con ella. Sus piernas se enredan en las mías mientras sus dedos hábiles desabrochan mis vaqueros y los bajan junto con la ropa interior.

—Estaba deseando tenerte así —susurra Maddie contra mi cuello, dejando un reguero de besos ardientes que bajan hacia mis pechos. Su boca se cierra alrededor de uno de mis pezones, succionándolo mientras su mano se desliza entre mis muslos, encontrándome ya húmeda y lista para ella.

Gimo sin poder evitarlo, arqueándome. Maddie sabe exactamente cómo tocarme.

—Dios, Maddie... —jadeo, clavando las uñas en su espalda.

Ella levanta la cabeza y me dedica una sonrisa lobuna.

—Eso es, preciosa. Déjate llevar.

La beso con fiereza, invirtiendo nuestras posiciones para quedar encima. Mis manos exploran su cuerpo con avidez: la curva de sus caderas, la suavidad de su vientre, la humedad caliente entre sus piernas. Maddie se retuerce debajo de mí, gimiendo mi nombre cuando mis dedos encuentran su sexo y comienzan a moverse con el mismo ritmo desesperado que ella me está dando.

Nuestros cuerpos se mueven en una danza salvaje y arrolladora. Maddie me gira de nuevo, colocándose entre mis piernas abiertas. Su boca desciende por mi abdomen hasta llegar a mi sexo. Cuando su lengua me toca, creo que voy a perder la razón.

No pienso en Darana. No pienso en nada. Solo existe este fuego, esta liberación física que me arrasa por completo. Me corro

con violencia, temblando y gimiendo mientras una oleada de placer me recorre. Maddie no se detiene, prolonga el orgasmo hasta que tiemblo, sensible y exhausta.

Luego sube por mi cuerpo, besándome con mi propio sabor en los labios. Cambio de posición y le devuelvo el favor con la misma intensidad. Mi boca y mis dedos la llevan al límite hasta que Maddie se arquea, gritando mi nombre en un orgasmo delicioso.

Me vacío por completo de toda la tensión acumulada desde que regresé, usando el cuerpo de Maddie para no pensar, para no sentir nada más que este placer abrumador.

El silencio de la noche solo se rompe por nuestras respiraciones agitadas que poco a poco se van calmando. Maddie se acurruca contra mí con una sonrisa satisfecha en los labios y, en pocos minutos, su respiración se vuelve profunda y regular. Vaya, se ha dormido en cuestión de segundos.

Yo, en cambio, permanezco con los ojos abiertos de par en par, mirando el techo de la cabaña envuelto en sombras. Mi cuerpo está saciado, pero mi mente... mi mente no ha dejado de viajar ni un solo segundo. El recuerdo del beso de Darana regresa con fuerza, junto con su mirada.

A pesar del fuego que Maddie ha encendido en mí, una punzada aguda de culpa y confusión me atenaza el corazón. «¿Qué estoy haciendo?» Maddie es fuego, diversión y alivio inmediato, pero... ¿por qué es Darana quien ocupa mis pensamientos?

Cierro los ojos, intentando apartar esa verdad incómoda. Mañana tendré que enfrentarme a las consecuencias de mis actos... pero esta noche, solo puedo quedarme aquí, escuchando la respiración tranquila de Maddie y preguntándome cómo demonios voy a arreglar el caos que llevo dentro.

Camila

No he dormido. Ni un solo segundo.

El amanecer entra por la ventana de la cabaña como un puñetazo de luz pálida, filtrándose por las cortinas desvencijadas y destapando el caos absoluto que tengo montado en la mesa: tazas de café con cercos negros, discos duros, cables de datos y la pantalla de mi portátil echando humo con los gráficos. El ambiente aún apesta a lo que pasó anoche. A mi necesidad desesperada de usar el cuerpo de Maddie como una vía de escape para apagar los fantasmas de mi cabeza. Fantasmas que no tenía ni idea de que estaban ahí.

O quizá sí.

Maddie se ha largado antes de que saliera el sol. No siento culpa, la verdad. Ella sabía a lo que venía. Pero de calma, ni hablemos. Porque no era a Maddie a quien me imaginaba entre las sábanas mientras cerraba los ojos, y eso me repatea el hígado.

Me paso las manos por la cara, con los músculos molidos, pero vuelvo a pegarme a la pantalla y, al segundo, amplió el mapa satelital.

—Vamos, no me jodas... —murmuro entre dientes.

La pantalla parpadea. Y de repente, el zumbido de la estática en los gráficos se mezcla con el zumbido salvaje que me ruge a mí dentro de la cabeza. Por ver la mancha difusa en el mapa y notar cómo la falta de sueño y el runrún del beso de anoche se alían para dinamitar mi cerebro.

Aparto las manos del teclado y me levanto del tirón. A la porra el mapa por un segundo. Mis ojos se clavan en el desastre de la

mesa de la cabaña y siento un tic real en el párpado izquierdo. Esto no puede estar así. No si pretendo pensar con claridad.

Me lanzo a por las tazas de café. Las apilo por orden exacto de tamaño en la esquina de la encimera. Sí, no me juzguéis. Agarro el cable de datos, que está hecho un asco sobre el mantel, y empiezo a enrollarlo sobre sí mismo. Después, lo coloco en paralelo a la base del portátil.

—Vale... así está perfecto...

Paso un trapo húmedo por la mesa de izquierda a derecha, borrando los cercos de cafeína como si con ello pudiera borrar también la sensación de los labios de Darana Calloway grabados a fuego en mi boca. Suelto un suspiro largo, y vacío los pulmones mientras coloco las cortinas desvencijadas. El desorden exterior ya está bajo control. El caos de mi cabeza... bueno, eso ya es otra historia, pero al menos mi espacio de trabajo vuelve a ser un santuario.

Me crujo los nudillos, me siento de nuevo en la silla y vuelvo a fijar la vista en la pantalla, mucho más centrada.

—Ahí está otra vez —hablo en voz alta—. No es un error de calibración de los sensores térmicos...

Los datos de la resistividad eléctrica del suelo y la ionización del aire tras la tormenta no son aleatorios. Se están multiplicando siguiendo una progresión geométrica perfecta. Me inclino hacia delante, conteniendo la respiración mientras superpongo las capas de las estaciones meteorológicas. Frecuencia. Densidad de carga. Gradiente de potencial de la atmósfera... Todo converge en el mismo punto del mapa.

—No, no, no... ¡NO!

La curva se dispara de forma idéntica en los mismos puntos de muestreo. La corteza terrestre de Birdsong Hills, rica en filones de mineral de hierro, está actuando como un conductor colosal, acumulando la diferencia de potencial eléctrico con el aire. Si mis cálculos no fallan, el suelo se está saturando de carga positiva a una

velocidad de vértigo. Esto no es nuevo. Ya pasó una vez. Y si tengo razón...

Se avecina el desastre.

Cojo el walkie-talkie de la mesilla sin pensarlo dos veces.

—Ethan, dejad lo que estéis haciendo y venid a mi cabaña.
Ya.

No le dejo ni replicar.

No pasan ni diez minutos cuando la puerta de mi cabaña se abre de golpe. Ethan entra con los pelos hechos un desastre, parpadeando como un búho. Kira, como siempre, es su eterno contraste. No se altera ni aunque le caiga un meteorito en la cabeza.

—Más vale que se esté quemando algo... —protesta Ethan.

—Mirad la pantalla y ya verás cómo os despertáis de golpe —les corto, haciéndoles sitio.

Ethan se inclina sobre el teclado, entrecerrando los ojos, mientras Kira se cruza de brazos y analiza los picos de las gráficas.

—Madre mía... —balbucea Ethan.

—Sí, madre mía —repito yo—. Este lugar está en un bucle de retroalimentación. La capa del subsuelo combinada con los depósitos de hierro está atrapando la energía de las tormentas del norte.

Kira levanta la vista.

—¿Me estás diciendo que el subsuelo es un pararrayos natural gigante a punto de alcanzar el límite?

—Exacto. El aire está a punto de volverse conductor. Y cuando la atmósfera se sature..., cualquier chispa va a provocar una oleada de rayos fulminantes. Tenemos que hablar con Darana inmediatamente.

. . .

El despacho de la casa principal nos recibe unos minutos después. Darana está de pie junto al gran escritorio de caoba. No dice buenos días. No regala sonrisas. Solo se nos queda mirando con esos ojos miel que parecen dos puñales relucientes. Cuando clava su mirada en la mía, siento un viaje de estática en el estómago que me corta la respiración. El recuerdo de lo que pasó anoche en el porche del bar —su cuerpo contra el mío, la brutalidad de su boca, el sabor a coraje y cerveza— flota en el aire como una granada sin anilla.

Aparto los ojos a duras penas, obligándome a recordar que tengo un puto doctorado en climatología y que debo ser profesional.

—Tenemos un problema gordo, Calloway —digo, y dejo la *tablet* sobre su escritorio.

Ethan y Kira se mueven rápido, desplegando los mapas geológicos y las gráficas del gradiente eléctrico. Darana se acerca despacio, con ese andar felino tan suyo, y se cruza de brazos justo al otro lado de la mesa.

—Más os vale que no hayáis venido a hacerme perder el tiempo con vuestras alarmas, Bennet —masculla—. Porque ya tenemos bastante con el follón que todavía hay que arreglar.

—Mira los datos y cállate—le replico, sosteniéndole el pulso visual.

Darana frunce el ceño, y clava la vista en la pantalla donde la curva roja dibuja una parábola ascendente impecable.

—Háblame en cristiano, Camila. Sabes de sobra que los colorcitos de tus ordenadores no me dicen nada.

—La geología de la hacienda está reteniendo la carga estática de la atmósfera —le explico, señalando las anomalías del terreno—. El suelo no está liberando la energía, la está acumulando.

Nuestras miradas se vuelven a cruzar. Darana se tensa visiblemente, apretando los puños.

—¿Y eso en qué afecta a mis reses y a mis tierras? —insiste con una hostilidad que busca camuflar la preocupación.

—En que estamos entrando en un ciclo crítico de descargas electromagnéticas. Mira esto.

Le doy un toque a la pantalla y superpongo los registros climatológicos de aquel fatídico momento. Las dos curvas coinciden a la perfección, calcadas punto por punto, hasta llegar al pico máximo. Escucho cómo su corazón se paraliza.

Darana se queda pálida. Se le desencaja la mandíbula mientras mira la pantalla.

—No... —susurra, dando un paso atrás.

—Sí —le digo, sintiendo que la garganta se me aprieta—. El incendio de aquella vez no fue mala suerte. Las lomas del norte de Birdsong Hills son un imán electromagnético por la composición del subsuelo. Y estamos repitiendo el mismo patrón exacto que aquella noche —le explico—. Durante estos años el rancho no ha tenido problemas porque lo que ocurrió vació la batería eléctrica del subsuelo, y ha tardado todo este tiempo en recargarse.

»Además, coincidiendo con las sequías extremas... digamos que se ha interrumpido la conexión entre el suelo y la atmósfera. Pero ahora, el máximo solar ha desatado tormentas eléctricas brutales por toda Australia.

Darana niega con la cabeza, pasándose una mano por el pelo, visiblemente afectada por el fantasma del pasado.

—No voy a permitir que convirtáis mi rancho en un laboratorio, Bennet. No voy a asustar a los peones, ni a mover el ganado, ni a parar las rutas turísticas por una puta teoría.

Ahí está la Calloway testaruda. Doy un paso al frente, poniéndome a su altura.

—Primero. No son teorías, y ya deberías saberlo —comento y echo un vistazo por igual tanto a Kira como a Ethan—. Y no vamos a alterar la vida diaria. Te lo prometo. Al menos que sea necesario.

—¿Y cómo pensáis medir ese campo eléctrico? ¿Por arte de magia? —se burla, y me clava los ojos con rabia.

Kira interviene antes de que nos matemos.

—Podemos hacerlo con drones —explica con tranquilidad—. Equipados con sensores electromagnéticos de alta resolución y cámaras térmicas de espectro continuo. Mapearemos todo el terreno desde el aire. Los equipos han evolucionado mucho, y ya hemos visto qué puede pasar si cae otra tormenta.

Ethan le echa un cable con su mejor sonrisa:

—Ni las moscas se van a enterar.

—Es el paso principal antes de saber qué podemos hacer —le aclaro.

Darana duda. Aprieta los labios en una línea fina y tentadora, mientras tamborilea los dedos sobre la madera. Está atrapada entre su instinto de protección y la evidencia científica que le acabo de estampar en la cara. Finalmente, suelta un suspiro largo y me clava una última mirada de advertencia.

—Tenéis una oportunidad.

Después, me sostiene la mirada un segundo más, con una tensión que casi hace saltar los plomos del despacho, antes de dar media vuelta y salir por la puerta.

—¡El desayuno está listo! —la voz de Joyce llega desde el final del pasillo como un bote de salvamento—. ¡No os largáis de aquí sin llenar el estómago!

Ethan sale disparado hacia el comedor como si no hubiera un mañana. Kira niega con la cabeza y me da una palmada en el hombro.

—Voy detrás del hambriento.

Mientras desayunamos, no puedo apartar la mirada del cielo. Ni tampoco del resto de la casa. Al mirar por la ventana de la cocina hacia las lomas del norte, la realidad me golpea de nuevo. El cielo está demasiado azul, demasiado despejado. Una calma espectacular. Y aquí, eso es siempre lo más peligroso.

Darana

El amanecer en Birdsong Hills siempre ha sido mi momento. El único minuto del día en el que el mundo parece ponerse en pausa antes de que todo empiece a moverse, a exigir y, joder, a doler. La luz entra por los ventanales altos del cobertizo principal, filtrándose entre las vigas de eucalipto antiguo. El olor a alfalfa fresca se mezcla con ese fondo animal, rudo y cálido que siempre me recuerda quién soy.

Aquí es donde todo tiene sentido. Lejos del papeleo, de las deudas y de las sombras que me persiguen desde que mi hermano murió.

Me muevo entre los boxes limpiando los cascos de las yeguas con la soltura de quien repite un ritual sagrado. Paso la mano por el lomo de uno de los caballos de la cuadrilla, notando el calor vivo de su piel.

—Buenos días, grandullón —murmuro, apoyando la frente un segundo contra su cuello. El bicho resopla, contagiándome una calma que me hace falta.

A su lado, Byron levanta las orejas en cuanto nota mis botas. Este semental tiene un temperamento de mil demonios, es orgulloso y pocos peones se atreven a meterse en su box, pero conmigo el tío es un trozo de pan.

—Ya estamos, ya estamos... —le susurro con una sonrisa a medias, dejando que me huela los dedos—. Tú lo que eres es un consentido de tres pares de narices.

Le acaricio los belfos, disfrutando de cómo relaja el cuello. Es el único momento de paz de mi mañana. O al menos lo intenta,

porque en cuanto me inclino para arrastrar una de las alpacas de heno compactado hacia el pasillo, el suelo se me abre bajo los pies.

Siento una llamarada inesperada en el costado izquierdo, ardiente, que corta el aire de cuajo.

—¡Ahg! —gimo entre dientes.

La alpaca se me resbala de las manos y cae al suelo. Me llevo la mano de inmediato a la costilla, justo donde la piel se quedó hecho un girón de relieves rugosos. La cicatriz del incendio. Siempre está ahí, pero hoy me quema como si el fuego siguiera vivo bajo la piel.

Trato de enderezarme, apoyándome en el tabique de madera, pero las vigas del techo empiezan a dar vueltas. Las paredes se encogen. Y de repente, ya no estoy en el cobertizo de Birdsong Hills. Estoy allí otra vez. En la maldita noche en que todo se fue a la mierda.

Escucho el crujido espantoso de las vigas cediendo, el rugido ensordecedor de las llamas... La asfixia de saber que estoy atrapada. Que no hay salida.

—No... sácame de aquí... —susurro, dando un paso atrás con las piernas hechas de gelatina.

El cobertizo se convierte en una tumba de ceniza imaginaria. No puedo respirar. El oxígeno no me llega al cerebro.

—No, no, no... ¡Elijah! —grito hacia ninguna parte, llevándome las manos a la cabeza mientras cierro los ojos.

Y entonces, como una bofetada de realidad, la voz de Camila resuena en mi mente: «Las lomas del norte de Birdsong Hills son un imán electromagnético por la composición del subsuelo. Y estamos repitiendo el mismo patrón exacto que aquella noche».

Va a volver a pasar.

Actuando por puro instinto, agarro la montura de Byron y se la tiro encima a una velocidad ridícula. Los dedos me tiemblan tanto

que casi no puedo meter la correa por la hebilla de la cincha. El caballo relincha, contagiado, moviendo las orejas de lado a lado.

—¡Quieto, joder, quieto! —le gruño, subiéndome de un salto a la grupa—. ¡Vamos, Byron! ¡Sácame de aquí!

Salimos disparados del establo como alma que lleva el diablo. El viento me azota la cara con violencia, pero no me limpia los pulmones. Vamos a una velocidad suicida por la pista sur. El paisaje de eucaliptos y tierra roja es una mancha borrosa a los lados, pero el humo de mis recuerdos sigue pegado a mis ojos.

—Joder... —jadeo, tumbándome por completo sobre el cuello del caballo, aferrada a las riendas.

El pecho me va a estallar. Llevamos un par de kilómetros de carrera salvaje cuando noto los frenazos de un motor a lo lejos. Byron clava los cascos en la tierra, derrapando y relinchando con fuerza.

Es el Toyota de Camila. Ella baja del asiento del piloto como un auténtico torbellino, dejando la puerta abierta de par en par. Tiene la cara pálida y los ojos fijos en mi desastre.

—¡Darana! ¡Baja del caballo ahora mismo! —me ordena, corriendo hacia mí.

Intento bajar de forma digna, pero las piernas me fallan en cuanto saco los pies de los estribos. Me deslizo hacia el suelo como un saco de patatas, perdiendo el equilibrio, lista para romperme la crisma. Pero el golpe no llega. Porque unos brazos firmes y jodidamente decididos, me atajan en el aire, amortiguando la caída contra su propio cuerpo.

—Eh, eh... te tengo. Mírame, Darana. Respira.

Camila. Tenías que ser tú la que me viera así.

Sus manos me sujetan por los brazos con una fuerza que no le conocía, obligándome a sostener el peso de mi cuerpo mientras noto la solidez de su agarre a través de la camisa.

—No puedo... —consigo jadear, odiándome con toda mi alma por desmoronarme precisamente delante de ella—. El aire...

—Que sí puedes, coño. Mírame —insiste ella, sin soltarme ni un milímetro. Sus dedos se clavan en mis bíceps, obligándome a fijar la vista en sus ojos—. Olvídate del resto. Inhala conmigo. Despacio. Vamos: uno... dos... tres...

Lo intento, clavando mis ojos en su mirada, y por fin noto un hilo de aire entrando en mis pulmones.

—Eso es, muy bien —murmura Camila, relajando un poco la tensión de sus propios hombros—. Otra vez. Inhala... exhala. Así es.

Respiro siguiendo sus cuentas, notando cómo el mundo deja de dar vueltas de forma tan violenta.

—Estoy aquí —repite ella, evaluándome con la mirada como si fuera uno de sus informes climáticos—. ¿Quieres que llame a alguien? ¿Qué necesitas?

No puedo hablar. Solo tiemblo de arriba abajo como una hoja de eucalipto. Camila me mira y, actuando sin pensar, me rodea con los brazos y me pega a su pecho en un abrazo.

Me quedo helada un segundo. Mi orgullo me dice que la empuje, pero mi cuerpo va por libre. Me apoyo en ella un instante con desesperación, ocultando la cara, obligándome acompasar mi ritmo cardíaco con el suyo, que late constante y frío.

—Ya está —me dice, dándome unas palmaditas firmes en la espalda—. Ya estás en el presente. Respira.

—No, Camila... —consigo articular—. Los datos... Siento que la historia se va a repetir y esta vez no voy a poder salvar a nadie.

Ella se separa de inmediato, sujetándome por los hombros para mirarme a la cara.

—Escúchame bien, Calloway. No voy a permitir que este lugar caiga. Mi trabajo aquí es precisamente evitarlo. Voy a hacer todo lo que pueda para evitarlo. No es una suposición, es física. Así que

sácate esa idea de la cabeza. Yo me encargo del subsuelo. ¿Me has oído?

—Sí... —respondo, tragando saliva.

Camila asiente una sola vez, dándome una última palmada en el hombro antes de soltarme por completo y dar un paso atrás.

—¡Camila! —la voz de Kira trueno de repente desde el altavoz del walkie-talkie que lleva enganchado—. ¡Los drones ya están listos para tomar los datos!

Camila echa mano al aparato al instante, apretando el botón sin apartar los ojos de la pista.

—Voy para allá, Kira. Ten los gráficos preparados —responde Camila de inmediato. Luego me mira, recomponiéndose los puños de la camisa—. Tengo que irme. Quédate aquí, camina despacio y refréscate. Ya hablaremos del despliegue técnico cuando sea necesario.

Asiento con la cabeza, incapaz de añadir nada más mientras la veo subir de un salto al Toyota, arrancar el motor y salir pitando en una densa nube hacia la zona de las cabañas.

Me quedo sola en mitad del camino, con el cuerpo vibrando por la adrenalina pero con la cabeza asentada.

. . .

Media hora después, arrastrando las botas y guiando a Byron por las riendas, llego hasta donde estaba la plantación de geranios. El aroma a lo que queda de vegetación me llega, pero no es el olor fresco de siempre. Me arrodillo en mitad del desastre, clavando las rodillas en el barro sin que me importe nada más. Paso los dedos por la tierra húmeda, sintiendo la impotencia grabada en las palmas de las manos.

—Lo siento... —susurro, con los ojos llenos de unas lágrimas que ya no puedo contener—. Te fallé, Elijah. Te fallé y siento que te estoy fallando otra vez. Y no sé cómo voy a poder salvar este lugar.

La voz se me quiebra. Aprieto los puños contra la tierra arcillosa, manchándome las manos, dejando que el dolor me atravesase. Porque la tormenta se acerca, las advertencias científicas de Camila no mienten, y esta vez no sé si tendré fuerzas para levantarme si Birdsong Hills vuelve a caer.

Camila

El cielo amanece limpio, azul y con un solazo que te cagas, lo cual me parece casi indecente después de la que nos cayó encima la otra noche. Me quedo unos segundos mirándolo fijamente con los ojos entrecerrados, buscando la trampa. Pero nada. Ni una nube. Solo una calma que, a mí, conociendo cómo se las gasta el subsuelo de este rancho, no me da ninguna buena espina.

—Presión atmosférica estabilizada en 1013 milibares —murmuro, deslizando el dedo por mi *tablet*—. Humedad relativa al cuarenta y dos por ciento... radiación solar en aumento.

Ethan, a mi lado, suelta un silbido mientras ajusta las hélices de uno de los drones con sus manos de cirujano informático.

—Chica, esto está perfecto para que el terreno empiece a cargarse otra vez de estática —comenta con su clásico tono de friki emocionado—. Es como si estuviéramos inflando un globo gigante bajo las botas. Dan ganas de salir corriendo.

—Un globo que como nos descuidemos va a explotarnos en toda la cara —suelta Kira, cruzándose de brazos con las gafas de sol puestas y cara de pocos amigos—. No bajéis la guardia.

—Tranquila, que está todo controlado —asiento, aunque no puedo evitar notar ese runrún en el pecho.

Ajusto los sensores electromagnéticos del primer bicho, y reviso los cables rápido mientras el sudor empieza a resbalarme por la nuca. El sol de Australia no perdona, chicas. Pero no seré yo quien os diga que no vengáis en verano.

—Magnetómetros calibrados —anuncio, ajustándome el sombrero—. Resolución a tope. Quiero que estos juguetes huelan la

estática a kilómetros.

—Cámaras térmicas listas —responde Ethan y levanta el pulgar—. He revisado el software dos veces. Si falla, me corto las venas.

Kira me mira de reojo con una sonrisa.

—Cuando quieras, jefa.

Sonrío. Hacía siglos que nadie me llamaba así con ese buen rollo, y la verdad es que me sienta como un guante. Me hace sentir en casa, aunque me empeñe en llevar la contraria.

—Despegamos en tres... dos... uno. ¡Arriba!

El zumbido de las hélices rompe el silencio del desierto. Los drones se elevan y pasan por encima de los campos de lavanda embarrados, enfilados directos hacia las lomas del norte. El corazón me va a mil por hora.

—Menuda estabilidad —celebra Ethan pegado a su pantalla—. No hay una sola interferencia. Camila, eres una puta genia de la tecnología.

—Y las vacas ni se han enterado —añade Kira apuntando hacia los corrales lejanos, donde los animales siguen a lo suyo—. Por lo menos no tendremos estampidas. Ni el mal humor de Darana. Algo es algo.

Suelto un suspiro y relajo los hombros. En mi pantalla los datos empiezan a bailar en tiempo real: líneas, gráficos y picos térmicos que empiezan a subir. El subsuelo del rancho nos está hablando, y lo que dice es que la magnetita subterránea se está calentando con el sol.

—Tenemos que mapear todos los sectores antes de que caiga el sol —les digo, poniéndome seria—. Si el ciclo sigue así, el pico de carga llegará antes de lo previsto.

—¿Y si se dispara? —pregunta Ethan.

No respondo. Porque la respuesta es que saldremos volando. Levanto la vista de la *tablet* por pura inercia, buscando la casa principal. Y allí está Darana, apoyada en la barandilla mientras habla con Bert, con su sombrero vaquero ladeado y esos vaqueros que le quedan de puta madre.

No parece mirarme, pero sé perfectamente que lo hace. Es como una corriente eléctrica que me recorre la espalda cada vez que respira el mismo aire que yo, un calorcillo en el estómago que me saca de mis casillas porque soy incapaz de controlarlo.

Nuestros ojos se cruzan un segundo. Uno solo. Y ipum! El recuerdo de su boca contra la mía en el porche del bar me sacude como un rayo. Siento el sabor a cerveza, la urgencia con la que me agarró de la cintura y la estática de nuestras pieles. Aprieto los dientes, noto que me pongo roja como un tomate y clavo los ojos en la pantalla a la velocidad del rayo.

«¿Desde cuándo me atrae tanto Darana Calloway?»

. . .

Ha caído la noche, y el aroma a carne asándose en la barbacoa, junto a la leña de eucalipto crepitando y el tintineo de las botellas de cerveza bien frías, es la puta gloria. Esto parece un milagro. Después de días comiendo barro, cables y con el miedo en el cuerpo, vernos a todos reunidos parece un sueño.

Estoy sentada en la mesa larga de madera exterior, rodeada de jaleo. Kira está metiéndole una puyita a Ricky, sobre quién ha trabajado más hoy; Ethan gesticula como un loco intentando explicarle a un peón sordo una movida de corrientes estáticas, y Joyce aparece con una bandeja de costillas que podría alimentar a un regimiento de infantería.

—¡A ver! —truenas con su energía arrolladora—. Que parece que estéis en un velatorio. Hoy se celebra que este lugar sigue en

pie y que el turismo va a estar de vuelta. ¡A comer, a beber y a mandar las tormentas a la porra por una noche!

—Y todo gracias a los juguetes de la científica —salta Ricky, levantando su tercio de cerveza hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja—. Un respeto que, si no es por ella, ahora estaríamos cenando carbón. ¡Muchas gracias, chicos!

Me río, sintiéndome un poco colorada por el protagonismo.

—Solo hacemos nuestro trabajo —le recuerdo.

—Ya, ya. Tienes que admitir que estamos empezando a caerte bien.

Me entra la risa tonta y, después de días, me relajo de verdad. Me siento bien. Como si el vacío que sentía se estuviera llenando de repente con este ruido y este olor a tierra.

—Oye, científica... —una voz cálida, arrastrada y peligrosamente cerca me hace girar la cabeza.

Maddie se ha acoplado a mi lado en el banco sin que me entere. Lleva unos shorts vaqueros de infarto y una camiseta de tirantes que deja ver unos brazos bronceados y bien torneados de trabajar con los caballos. Me mira con una sonrisa de lo más pícaro y unos ojos que brillan con ganas de guerra.

—¿Te importa si te robo un poquito de atención? —me susurra, inclinándose tanto que me llega su perfume mezclado con el olor de la brasa.

—Depende —le digo, arqueando una ceja y adopto mi mejor postura—. ¿Es para hablar del pronóstico del tiempo o me vas a hacer alguna propuesta interesante?

—Conmigo las propuestas siempre lo son ¿ya te has olvidado? —suelta con descaro, y por debajo de la mesa, su rodilla empieza a rozar la mía de una forma que no tiene nada de accidental—. Aunque puedo empezar por preguntarte si estás muy cansada después de tanto dron... o si prefieres que pasemos directamente a lo personal.

Noto el chispazo del roce recorriéndome la pierna entera. Madre mía.

—Vaya —murmuro, intentando que no se me note el salto en el pulso—. Veo que hoy no te has dejado el descaro en las cuadras.

—A mí las medias tintas me aburren —se ríe de una manera que, reconozco, es muy sexi. Me acerca su botellín de cerveza, mirándome fijamente a los labios—. Bebe un trago. Te hace falta soltarte el pelo, Bennet.

Dudo un segundo, pero le acepto el reto. Bebo de su botella, notando el líquido helado bajando por mi garganta mientras ella no me quita el ojo de encima.

—¿Y bien? —me pincha Maddie—. ¿Te gusta?

—Para olvidar los problemas viene de perlas.

—Intenso, rápido y sin rodeos, como a mí me gusta —me tira el dardo, deslizándose ahora los dedos por el dorso de la mano con una lentitud que me da hasta calor.

Maddie se acerca un poco más, casi rozándome la oreja con los labios.

—Luego podríamos terminar de celebrar...

Me río para disimular, pero de golpe, siento un escalofrío en la nuca. Esa maldita corriente que conozco de sobra. Darana nos observa con los brazos cruzados sobre el pecho y una rigidez que te cagas. Me está dedicando una mirada tan oscura que casi veo salir humo de su sombrero. El ambiente entre las dos se vuelve a poner a mil revoluciones, pero enseguida desvío la vista, sintiéndome una cobarde de tres al cuarto.

—¿En qué piensas? —quiere saber Maddie.

—En nada, tonterías del trabajo —miento.

Antes de que pueda inventarme una excusa para no salir corriendo, Ricky le mete un golpe a la mesa con su botella, salvándome el pellejo.

—¡Chicos! —grita con media copa de más—. Una pregunta sería para la científica. ¿No has echado de menos todo esto? El campo, el jaleo, las noches de barbacoa de verdad...

La mesa se va callando poco a poco, esperando mi respuesta. Elizabeth me mira desde el extremo con su eterna sonrisa de madre. Joyce se cruza de brazos, asintiendo.

Trago saliva y decido ser legal.

—No voy a negar que echaba de menos la comida de Joyce —digo, y los peones sueltan una carcajada—. Esa carne no la saboreas fuera. Pero... yo ya no pinto nada aquí.

La frase cae como un plomo. Elizabeth se inclina hacia delante con dulzura.

—¿De verdad estás tan segura? Porque desde que has vuelto, parece que a este rancho le ha regresado una chispa.

—Puede ser, pero tengo mi vida montada en otra parte —digo, aunque notar las miradas de todos me pesa.

Ricky da un puñetazo en la mesa.

—Bueno, yo creo que uno puede irse del Outback, Camila, pero el Outback nunca se va de uno. Y Birdsong Hills te reclama.

Elizabeth asiente, rematando la jugada:

—Las raíces no mueren. Solo esperan a que vuelvas a pisar la tierra para recordarte quién eres. Y tú siempre has sido de aquí, aunque tu cabeza estuviera lejos.

Se me hace un nudo en la garganta de los gordos y me quedo sin saber qué decir. Maddie, que no pierde el tiempo, aprovecha el bache para arrimarse más y soltar con tono picante:

—Bueno, si necesitas razones para quedarte, yo me ofrezco voluntaria para convencerte. Podemos salir a caballo al atardecer, hablar de tus drones... ¿Qué me dices?

Antes de que abra la boca, unos pasos firmes hacen crujir la madera. Darana se planta aquí mismo, con los brazos cruzados, la

mandíbula apretada y los ojos centelleando peligrosamente bajo el ala del sombrero.

—Vaya, veo que la noche está de lo más entretenida —suelta—. ¿Se puede saber de qué os reís tanto?

Maddie levanta la vista y le sostiene la mirada con una sonrisa de desafío. Entre estas dos van a saltar chispas.

—Solo hablábamos. Camila estaba contando lo mucho que extrañaba este lugar. Y yo le estaba ofreciendo enseñarle los sectores del sur... para que se termine de animar.

Darana asiente, sin apartar sus ojos de los míos ni un milisegundo. Si las miradas mataran, yo ya estaría enterrada bajo tierra.

—Vaya. Qué considerado por tu parte, Maddie —comenta Darana—. Pero Camila y yo tenemos demasiadas cosas pendientes con los mapas del norte como para que pierda el tiempo en paseos. ¿Verdad, científica?

El pulso se me pone a doscientas revoluciones. La tensión entre Darana y yo es tan bestial que juraría que los drones hasta podrían sentirlo. Maddie, que no es tonta, nota el ambiente, se pega más a mi hombro y suelta:

—A veces uno necesita que le recuerden lo que tiene delante para decidirse. ¿A que sí, Camila?

—A ver, chicas —interviene Joyce, oliéndose la catástrofe entre las tres—. Dejad las escopetas en los corrales, que hoy estamos de fiesta. Darana, siéntate aquí y tómate algo. Te he preparado la carne como te gusta.

Darana se sienta justo en el banco de enfrente, clavando sus ojos en los míos.

En un momento en el que Maddie se levanta a por otra ronda, Darana se inclina sobre la mesa, lo justo para que solo la escuche yo.

—Puedes disimular todo lo que quieras —me lanza en un susurro ardiente—. Pero a ver cuánto tiempo aguantas sin salir corriendo.

Me quedo sin aire, con el corazón desbocado.

—No pienso huir de nada, Calloway —le respondo en el mismo tono, sosteniéndole la mirada con todo el orgullo que me queda—. Esto no es un patio de colegio.

—Mejor —sonríe ella de lado, con una expresión descarada que me vuelve loca—. Porque a mí los juegos de niñas tampoco me van. Disfruta de la cena.

Maddie regresa con las cervezas, rompiendo el momento, pero la chispa ya ha prendido fuego al polvorín. Joyce se pone de pie, levantando su vaso para romper la tensión.

—¡Bueno, basta de cháchara! ¡Un brindis! Por lo que fuimos, por lo que somos y por lo que nos traiga el futuro a Birdsong Hills. ¡Salud!

—¡Por Camila! —grita Ethan desde la otra punta.

—¡Por la científica! —repiten los peones entre vítores.

Sonrío emocionada, chocando mi botella con los demás. El calor de esta gente me envuelve y, por primera vez, me da miedo admitir que me encanta. Maddie me pasa el brazo por encima de los hombros, riéndose de un chiste de Ricky.

—¿Ves? Este sitio no te va a dejar marchar tan fácil. Y yo tampoco.

Darana

El cuero de la montura se desliza entre mis manos mientras le meto un tirón firme a la cincha. Byron, atado al poste de al lado, resopla impaciente y pega un mofletazo contra el suelo, levantando polvo. Sabe perfectamente que llevo toda la mañana con un humor de perros y un nudo en el estómago que no he podido deshacer ni con tres cafés.

—Quieto, bichejo... —le gruño, dándole una palmada en el cuello caliente—. Que hoy no tengo el cuerpo para bailes.

La verdad es que tengo el cuerpo para matar a alguien. Y ese alguien tiene nombre, apellido y unos ojos de gata que anoche se pasaron de la raya. Todavía me reconcome recordar a Camila haciéndose la interesante con Maddie como si yo no estuviera delante. ¡Maldita lagarta! Y lo peor es que parecía encantada de la vida, ligerita y libre de la tensión que a mí me está partiendo las costillas cada vez que me respira cerca. Como si odiarla no fuera suficiente.

Un pellizco de celos —de los rabiosos, de los que te hacen apretar los dientes— me atraviesa el pecho. De eso nada, monada. No voy a quedarme cruzada de brazos viendo cómo otra le baila el agua a Bennet. Suelto la cuerda del caballo justo cuando el eco de unas botas se acerca por el pasillo del establo.

—Llegas tarde, Bennet —suelto, dándole la espalda mientras reviso los enganches de una caja de herramientas con deliberada parsimonia.

—Buenos días para ti también, Calloway.

Me giro despacio, y apoyo una mano en la cadera. Lleva una camisa de cuadros remangada hasta los codos, el pelo suelto bajo el

sombrero y una mochila técnica al hombro. Me recorre de arriba abajo con la mirada y arquea una ceja al ver el panorama.

—¿A qué debo el honor de la escolta? ¿Te has aburrido de mandar? —pregunta, cruzándose de brazos.

No le doy tiempo a más. Acaricio a Byron y lo saco del establo para entregárselo a uno de los peones mientras me dirijo hacia mi Ford Ranger.

—Los caminos hacia las colinas están hechos un cristo por el barro de la tormenta. Hay desprendimientos en las pistas y bastantes zanjas —le espeto, dándole un golpe al capó—. No pienso dejarte subir sola para que luego me obligues a ir a buscarte con el tractor cuando te quedés encajada.

Camila suelta una carcajada descarada que me enciende la sangre.

—A ver, que sé perfectamente conducir un vehículo por este tipo de terrenos. Te recuerdo que Viento es mi alma gemela y que no soy una urbanita indefensa.

—Me importa un pimiento lo que sepas hacer —le clavo la mirada, dando un paso hacia delante hasta que casi nos rozamos los sombreros—. No voy a arriesgar tu integridad por orgullo. Así que sube al coche y estate calladita, que me duele la cabeza.

Camila me sostiene el pulso visual, pero de repente, una chispa de picardía le ilumina los ojos. Sabe perfectamente que esto no va por el coche. Estoy segura de que la tía es capaz de leerlo todo entre líneas.

—¿Me estás diciendo que quieres hacerme de chofer? —bromea, con un tonillo de lo más provocador, dando otro paso más que me obliga a respirar su maldito perfume.

—Te estoy diciendo que te voy a guiar para que no te despeñes —corrijo, abriendo la puerta del piloto de un tirón violento para disimular el calorazo que me está subiendo por el cuello—.

Súbete antes de que me arrepienta y te mande a pie. Cuando lleguemos a las zonas inaccesibles iremos andando.

Camila rodea el morro del todoterreno con una sonrisita de suficiencia que dan ganas de borrarle. Y no precisamente con una hostia. Se sube al asiento del copiloto de un salto ágil, dejando la mochila entre las piernas.

Arranco el motor con un rugido salvaje y meto la primera marcha como si le estuviera pegando un puñetazo al cambio. El viaje empieza dando botes por la pista de tierra roja. Al principio, el silencio dentro de la cabina es tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Yo voy con los ojos clavados en el camino, esquivando ramas de eucaliptos que raspan la chapa, y ella va mirando por la ventanilla con los brazos cruzados.

Pero el traqueteo tiene su guasa. En una curva cerrada llena de lodo, el coche da un bandazo tremendo y Camila sale despedida hacia mi lado, estampando su hombro contra el mío.

—¡Oye! ¡Cuidado con los amortiguadores! —protesta agarrándose al salpicadero, con el cuerpo pegado al mío durante un segundo de lo más incómodo... y jodidamente eléctrico.

—Te he dicho que el camino estaba mal, científica —le suelto de reojo, disfrutando de cómo el sombrero le sale volando hacia los asientos de atrás—. Más vale que te agarres.

Para rebajar la tensión, carraspeo y hago un gesto hacia su mochila.

—¿Cómo van tus... pajaritos mecánicos?

Camila suelta una risa, de las que me calientan el pecho aunque no quiera. Porque esta es la realidad: desde que tengo uso de razón, eso es exactamente lo que me han provocado sus sonrisas.

—Se llaman drones. Y funcionan de miedo, gracias por interesarte. Ethan y Kira están ampliando el mapa térmico por el valle. Monitoreamos la concentración del subsuelo. Si la carga sigue

subiendo... bueno, no quiero ponerme dramática, pero la última tormenta va a parecer un chiste. Ya nos hemos puesto en contacto con el instituto para empezar a tomar decisiones con respecto al pueblo.

Asiento, poniéndome seria por un momento. El camino se vuelve más empinado y empujo la palanca. El coche ruge, abriéndose paso entre el matorral.

—¿Y cuándo termines la zona? —pregunto como si nada mientras peleo con el volante—. ¿Cuál es el siguiente lugar en tu agenda?

Camila gira la cabeza. Noto sus ojos clavados en mi perfil antes de que me responda con una media sonrisa que me sienta como una patada en el estómago.

—Yo persigo tormentas, Darana. Iré donde el cielo decida desatarse. Si no hay cambios, estaré un tiempo en mi piso base en la ciudad. Es un sitio al que volver, supongo.

—Un sitio para esconderse, querrás decir —murmuro entre dientes, metiendo un frenazo al llegar al claro de la cima.

El todoterreno se detiene en seco junto al viejo mirador de roca, levantando una cortina de polvo. Apago el motor y el silencio de la montaña nos envuelve de golpe. Nos bajamos a la vez, dando un portazo unánime.

Camila saca la caja de herramientas del maletero, pero al tirar de ella, el peso la vence un poco por la inclinación del terreno arcilloso. Instintivamente, doy dos zancadas y la agarro por los brazos antes de que se doble el tobillo.

—Sigues siendo igual de patosa, joder —le digo, sujetándola.

Nuestras manos se cruzan sobre la caja metálica. Sus dedos se enredan con los míos y nos quedamos congeladas. La maldita estática vuelve a saltar entre las dos, salvaje, y viva, muy viva. Camila se me queda mirando fijamente, con la respiración un punto acelerada.

—Gracias —susurra, y juro que sus ojos bajan un milímetro hacia mi boca.

Suelto el agarre como si me hubiera dado un calambre, aunque por dentro me estoy muriendo por pegarla contra la chapa del coche.

—No es nada. Trae eso. —Le quito la caja de un tirón y camino hacia el poste del repetidor para disimular—. No puedo creer que este trasto siga en pie después del viento de anoche.

—Es más duro de lo que parece —dice ella, siguiéndome los pasos mientras saca un polímetro de la mochila—. Como la dueña de Birdsong Hills.

La miro de reojo y veo que sonrío de verdad.

—Recuerdo cuando solíamos subir aquí para perder de vista al resto —suelto antes de que mi orgullo pueda frenarme—. Nos pasábamos las tardes rajando de todo el mundo y riéndonos hasta que nos dolía la tripa.

—Lo recuerdo perfectamente —dice Camila, dando un paso hacia mí y apoyando el hombro en el poste—. Eras la única que conseguía que este pueblo no me pareciera una cárcel. Incluso más que... Elijah.

La mención de mi hermano sigue doliendo. Pero el silencio que viene después ya no es de pelea; es de los que pesan, es de los que traen recuerdos que te queman las entrañas.

—¿Sabes? —añado, y miro hacia el horizonte del valle—. Ahora que ha pasado el tiempo... entiendo por qué te largaste. Entre las expectativas de tu familia, Elijah con el futuro de este lugar y la presión del pueblo, te estábamos ahogando. Y yo la primera, seguro.

Decirlo me cuesta la vida misma. Es como tragarse un puñado de cristales, pero ya tocaba ser legal. Camila se gira del todo hacia mí, sorprendida, y sus ojos se vuelven más blandos que el algodón.

—No fue solo por el pueblo, Darana... —confiesa en un susurro que me eriza la piel—. Me ahogaba. Me ahogaba no saber

quién era, ni qué pintaba en este maldito desierto, ni por qué... —Se frena en seco, tragándose las palabras finales. Me clava una mirada cargada de una confusión tan salvaje que me deja sin respiración.

Nos miramos de frente, sin corazas, con la verdad a medio decir dándonos en la cara. Camila da otro paso, el último que le quedaba para borrar las distancias, y juro que puedo oler el sol en su piel, ver las pecas de su nariz y notar el calor de su cuerpo cruzándose con el mío. Siento que, si avanzo un centímetro más, la agarraré de la camisa y la empotraré contra el poste para quitarme el hambre y la rabia de años de silencio.

Camila parpadea, mira de reojo mis labios, traga saliva y, en un ataque de timidez que no le pega nada, carraspea con una torpeza tremenda. Rompe el magnetismo dando un paso atrás y levanta el destornillador de estrella como si fuera un escudo protector.

—Bueno... Calloway —habla titubeante, intentando recuperar el control—. ¿Me vas a ayudar o te vas a quedar ahí de pie recordándome mis pecados de juventud?

Suelto una carcajada, rompiendo el hechizo, y le arrebató el destornillador.

—Pásame los cables, científica. Vamos a ver qué tienes roto por aquí.

Nos ponemos a currar hombro con hombro. Camila me va pidiendo herramientas y explicándome la jugada con paciencia.

—Sujeta este cable, Darana —me pide, guiando mi mano—. Con ganas.

—¿Así? —le vacilo, apretando los dedos justo donde ella me indica.

—Perfecto. Justo así —responde.

El sol nos cae de pleno, el viento menea las copas de los árboles y lo único que se oye es nuestra respiración compasada.

—¿Te acuerdas de la que liaste justo detrás de esas rocas cuando teníamos diecisiete años? —le pincho de repente, mirándola de reojo con una sonrisa.

Camila se frena en seco, con las manos en el panel, y se pone roja como un tomate en un segundo. Suelta una risa ahogada y me da un codazo flojo en las costillas.

—Ni me lo recuerdes, Darana, qué vergüenza, por favor.

—¡Vergüenza dice! —me río a carcajadas, disfrutando de verla así—. Si casi le da un síncope a mi padre cuando subió a buscarnos y te vio escondiendo la botella de ron barato detrás de los matojos y a mí intentando tapar el boquete que le habíamos hecho al depósito de agua.

—¡Oye, que la culpa fue de tu caballo, que se asustó! —se defiende ella, dándose la vuelta del todo y apuntándome con el destornillador, muerta de la risa—. Y de tu puntería, que querías fardar de saber usar el lazo y terminaste enganchada a la tubería y tirando la mitad de la cerca. ¡Menuda estampa!

—Ya, ya, pero bien que te bebiste el ron para pasar el susto —le devuelvo el golpe, dándole un toquecito con el dedo en la punta de la nariz—. Y bien que me suplicaste que me echara yo las culpas ante el capataz para que no te mandaran de vuelta a casa de tus padres antes de tiempo.

Camila se queda mirándome, con la sonrisa grabada en los labios y los ojos brillando con una nostalgia que corta la respiración.

—Y lo hiciste —recuerda, y el tono gamberro se vuelve de golpe algo mucho más íntimo—. Siempre me salvabas el pellejo. Aunque yo me hiciera la estrecha y fingiera que podía con todo sola.

—Pues disimulabas de pena, Bennet —le devuelvo el golpe, notando el acelerón de mi propio corazón.

Seguimos con el trabajo hasta que el repetidor está arreglado.

—Eres una máquina.

Ella se gira, se quita la gorra para sacudirse el pelo y me regala una sonrisa preciosa. Esto sigue siendo una guerra particular entre ella y yo. Lo ha sido siempre. Y me da igual que Maddie Strong esté intentando meterse por medio.

Respiro hondo.

—Habrá que ir volviendo —sugiero, aunque mis botas parecen clavadas al suelo.

—S , tengo que ponerme al día con los chicos.

Pero ninguna de las dos se mueve hacia el coche. Porque sabemos de sobra que en cuanto bajemos de esta loma y regresemos al rancho, volverán los peones, los problemas y el maldito pasado.

Al final, soy yo la que da el paso hacia la puerta del todoterreno, tirando de la maneta.

—Pues mueve el culo, Bennet.

Ella asiente con una sonrisa, pero antes de subir, me lanza una última mirada. De esas silenciosas, intensas y que prometen tormenta de la buena.

Y mientras meto la marcha para iniciar el descenso por la pista embarrada, tengo la certeza absoluta de que la tortilla ha dado la vuelta.

Las paredes vibran como si el corazón del desierto latiera entre las paredes de madera del bar. El aire está cargado de risas descontroladas, del aroma dulzón del bourbon barato, del humo de la cocina y del polvo que levantamos con las botas vaqueras sobre el suelo de tablas. Las luces de guirnalda, colgadas de mala manera entre las vigas del techo, tiñen todo de un tono dorado que pone a la gente de lo más cariñosa.

Estoy apoyada en la barra con Joanie, dándole vueltas al hielo de mi vaso. Ya no sé si es el segundo o el tercer whisky, pero me importa una mierda. Hoy necesito que el alcohol me duerma un poco el genio para no terminar saltando a la barra. O peor aún, cruzando la pista para arrastrar a alguien de los pelos.

Camila está en mitad de la pista y parece que todo el local gira a su alrededor. Se ríe con la cabeza echada hacia atrás, enseñando esa garganta blanca que tantas ganas tengo de morder. Y Maddie está pegada a ella. Demasiado pegada. Con las manos puestas donde no debe y esa sonrisita que me revuelve las tripas.

—Desde luego, es una oportunista de cuidado —murmura Joanie a mi lado, pegando un trago a su sidra sin apartar la vista del espectáculo—. Ve la presa y tira el lazo.

—Lo que debería hacer es buscarse a otra a la que marear —le espeto con el peor de mis genios antes de pegarle un sorbo largo al vaso. El alcohol me quema la garganta como los demonios, pero no apaga el incendio que tengo aquí dentro.

Joanie suelta una risita, claramente divertida por mi ataque de cuernos. Y por eso, me da un toque con el codo en las costillas.

—Ya sabes cómo las gasta Maddie, Darana. Es una rompecorazones de manual. No le van los noviazgos ni las cursilerías; a ella le va el subidón de la conquista, marcar territorio y luego si te he visto no me acuerdo.

Miro a Joanie de reojo con cara de pocos amigos.

—¿Ahora la defiendes? —le corto.

—Solo te digo que Maddie no se corta un pelo —insiste mi amiga, ladeando la cabeza mientras limpia el cerco de su copa—. Entra como un ciclón, lo pone todo patas arriba y luego se larga dejando el desastre atrás. No te conviene meterte, Calloway. Y menos con tu excuñada de por medio. O lo que sea que signifique para ti.

Siento un nudo en el estómago que aprieta hasta doler. Porque lo de la pista ya no es un flirteo inocente para pasar el rato. Maddie la hace girar y sus manos bajan sin ningún pudor por los vaqueros ajustados de Camila, acomodándose en su cintura con una confianza que me hace ver visiones. Y Camila no se aparta. Al contrario, le sigue el ritmo. Veo cómo sus cuerpos se rozan, cómo Maddie se inclina para susurrarle al oído y cómo Camila suelta una risa floja que me llega directa al pecho como una puñalada traperera.

«Lo que sea que signifique para mí».

Cierro los ojos un segundo, apretando el vaso de cristal hasta que me duelen los nudillos. Mi corazón late como el motor de un tractor. Respiro hondo, pero el aire huele a ella, a su puñetero perfume mezclado con el jaleo del bar.

Cuando abro los ojos, veo que Maddie le está rozando el cuello con los labios mientras le habla. Y ahí es donde se me cruzan los cables.

—Quédate con el cambio —le digo al camarero, estampando el vaso vacío contra la barra sin mirar atrás.

—¡Darana! —me grita mi mejor amiga—. ¡Que nos conocemos y la vas a liar!

Me da igual. No voy a por otra copa; voy a por mi ligue. Bueno, a por la que tendría que ser mi ligue si el mundo no me hubiera mostrado ya lo contrario.

La música country retumba en las tablas del suelo, la gente se aparta al verme la cara y noto las miradas del pueblo clavadas en mi espalda, oliéndose el drama, pero me da igual.

Cuando llego a su altura, no pido permiso ni educación. Simplemente paso a la acción.

Agarro a Camila por la muñeca —dejando claro que no hay opción a réplica— y le meto un tirón suave para pegarla a mi cuerpo. Su piel está ardiendo bajo mis dedos y el chispazo eléctrico que me recorre el brazo casi hace que me tiemblen las piernas.

—Te la robo —le suelto a Maddie, clavándole una mirada de pocos amigos.

Maddie, lejos de achantarse, suelta una risa, chula y peligrosa, de las que disfrutan con el jaleo. Da un paso atrás levantando las manos en son de paz.

—Sabía que tardarías poco en saltar, Calloway —me vacila con descaro—. Disfrutad de la balada, chicas. Pero no te confíes, que la noche es muy larga y a mí me gusta terminar lo que empiezo.

No le contesto. En el momento en que Camila se gira del todo hacia mí, el pub entero desaparece. Sus ojos se clavan en los míos y juro que el mundo se para en seco. La música cambia por arte de magia, y empieza a sonar una balada de esas lentas. Parece que el universo entero se ha puesto de acuerdo para tocarme las narices.

Le planto la mano derecha en la cintura, hincando los dedos en la tela de su blusa de satén para atraerla hacia mí. Camila, que me mira con sorpresa, apoya su mano en mi hombro, apretando la tela de mi camisa.

Y empezamos a movernos. Muy pegadas.

El calor que desprende me nubla las pocas neuronas que me quedan. Siento su respiración agitada contra mi cuello y cómo su

cuerpo se amolda al mío como si estuviéramos hechas a medida. Y ni siquiera necesito hablar.

Porque llevo encima años de miradas prohibidas mientras ella llevaba el anillo de mi hermano Elijah en el dedo.

—No deberías dejar que cualquiera te meta mano —le murmuro.

Camila arquea una ceja, y suelta una risotada.

—¿De verdad es eso lo que te molesta?

Le meto un tirón sutil hacia mi cadera, obligándola a encajar del todo contra mí.

—Me jode que juegues a las casitas con la primera que pasa.

Camila se muerde el labio inferior, clavándome una mirada que es pura electricidad antes de la tormenta.

—¿Y tú sí tienes derecho, Darana? —me susurra, inclinando la cabeza hacia arriba hasta que sus labios casi rozan los míos—. ¿Crees que tienes algún derecho sobre mí? Si ni siquiera sabes qué estás haciendo.

Me quedo sin aire, pegando un tropezón que corrijo sobre la marcha sin dejar de apretarla contra mi pecho. Porque la respuesta es que sí, que me muero por mandarlo todo a la mierda, pero el fantasma de Elijah y el orgullo Calloway me frenan el carro.

—No es lo mismo y lo sabes —le digo, mientras mis dedos se deslizan por su espalda, notando cómo se le eriza la piel bajo el satén.

Camila se abraza un poco más a mi cuello, dejando caer su peso contra mí, pero esta vez me clava los dedos con rabia.

—Claro que no, Darana —me suelta contra el oído—. Dime de qué coño vas. ¿A qué estás jugando conmigo?

Escuchar mi nombre en su boca con esa exigencia me destroza. Siento un escalofrío que me baja por toda la espalda. Seguimos moviéndonos, sus dedos se clavan en mi hombro,

arrugando la camisa, y noto que su pecho sube y baja al mismo ritmo loco que el mío.

Estoy harta de esto.

—¡Estoy harta de fingir! —le suelto, incapaz de contenerme más—. Estoy cansada de hacer como que no pasa nada. Lo hacía antes, cuando estabas con mi hermano, y no pienso seguir haciéndolo ahora. Por mucho que tú tengas otro destino.

Camila levanta la cabeza y me clava esos ojos que brillan bajo las luces, con una intensidad que me marea.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que deje mi carrera y me quede aquí? Dime la verdad de una vez.

Sus palabras me dan un bocado directo al orgullo. Mi mano sube por su espalda con urgencia hasta enredarse en el pelo de su nuca, obligándola a sostener la mirada.

—Quiero que dejes de fingir que Maddie te interesa lo más mínimo —le suelto con una honestidad que me quema los labios—. Quiero que admitas de una vez que cuando otra te toca, me estás buscando a mí. No creas que no lo he notado.

Camila exhala un suspiro, entornando los ojos, impactada. Sus dedos se clavan con fuerza en mi espalda, atrayéndome más, amoldando sus labios a la distancia de un suspiro de los míos.

La balada parece que no se acaba nunca, estirando la tortura como si el universo se estuviera pitorreando de nuestro orgullo. Cuando la música empieza a apagarse, siento una patada de ansiedad en mitad del pecho. No quiero que se despegue. No quiero volver a estar sola al otro lado de la barra.

Pero Camila reacciona. Despacio, como si le costara la misma vida, va separando su cuerpo del mío. Baja las manos con lentitud y termina apoyando las palmas contra mi pecho, empujándome suavemente para poner distancia.

—No creo que esto sea buena idea, Calloway —dice, forzando una sonrisita.

Se me encoge el alma, dejándome un dolor sordo en el estómago.

—Camila... —empiezo a decir, dando un paso hacia ella para no dejarla ir.

Pero ella niega con la cabeza, dándose media vuelta antes de que la agarre otra vez.

—Sabes perfectamente que no puedo prometerte nada, Darana.

Es como si me hubieran metido un puñetazo en la boca del estómago. Me quedo sin palabras, sin aire y con cara de tonta en mitad de la pista de baile.

Camila me sostiene la mirada un último segundo. Hay algo en sus ojos... un anhelo salvaje que es el reflejo exacto del mío. Pero aun así, se da la vuelta, sacude el pelo y cruza el pub de vuelta con su grupo como si no acabáramos de provocar un terremoto de escala diez en mitad de una balada. Veo cómo Maddie se le vuelve a arrimar, pero Camila le dice algo al oído y, desde la distancia, me lanza una última mirada.

Me quedo plantada en el centro de las tablas, inmóvil, con la música volviendo a subir de revoluciones y la gente empezando a empujarse otra vez a mi alrededor.

Trago saliva, me coloco el sombrero vaquero de un tirón y me obligo a mover las piernas para salir de aquí.

El aire de la noche me da de bocado en la cara. Respiro hondo una, dos, tres veces, pero el pecho me sigue doliendo como si me hubiera pasado una estampida de reses por encima. Me apoyo en la barandilla de madera, apretando los dedos contra el pasamanos

—Maldita sea... —murmuro, pegándole una patada suelta a un poste.

Cierro los ojos, intentando ordenar el cacao mental que llevo encima y recuperar mi maldito control. Pero por primera vez en diez años, sé que no me va a servir de nada. Porque Camila Bennet ha

vuelto a Willow Creek para quedarse con mi cordura, y esta vez no tengo ni la más remota idea de cómo voy a salir viva de esta tormenta.

Camila

—Esto no me puede estar pasando a mí —le lloro a las paredes, frotándome los ojos.

El amanecer entra a la cabaña pegando un bofetón de luz que se filtra por las rendijas de las cortinas. Es una claridad de lo más indiscreta para alguien que no ha pegado ojo en toda la santa noche. Tengo la boca seca como un desierto, un dolor horrible de cabeza, y un reconcome en el estómago que, para mi desgracia, no tiene nada que ver con la resaca.

Tiene nombre de mujer. Bueno, de dos más concretamente.

Maddie. Darana. Y el dichoso baile.

Cierro los ojos con fuerza, pero es inútil: la película de anoche se repite en bucle en mi cabeza. Por un lado, Maddie sobándome con un descaro que válgame Dios; y por el otro, el meneo que me metió mi excuñada. Porque lo de Darana no fue un baile; fue un asalto que me dejó las neuronas echando humo y el corazón en la boca. Por mucho que saliera huyendo de allí.

—Céntrate, Bennet, céntrate —me digo, pegándole un manotazo al teclado de mi portátil para espabilar los gráficos de la pantalla.

Me estiro como un gato perezoso y me pego al monitor. Ahí sigue la dichosa anomalía magnética del subsuelo. La tormenta pasó, pero los niveles en el valle de Willow Creek siguen subiendo como la espuma, como una batería gigante cargándose con el paso de los días.

Y cuando hago reunión base con los chicos, la cosa no mejora.

—El ciclo se refuerza cada hora. Y atentos, que no somos los únicos que nos hemos asustado. Geoscience Australia acaba de responder a mi informe de madrugada.

—¿Ya? —Ethan abre los ojos como platos.

—Hace una hora —digo, dándole un golpecito triunfal a la pantalla—. Han validado mis gráficos y declaran la anomalía de alto riesgo para las comunicaciones del valle. Nos mandan un despliegue inmediato con nuevo equipamiento.

Kira suelta una risotada, mirándome de arriba abajo.

—Bueno, pues el subsuelo estará a punto de estallar, pero tú no tienes mejor aspecto.

—Gracias, tú siempre tan motivadora —le devuelvo, haciendo una mueca.

—No, en serio —Ethan me pone una mano en el hombro—. ¿Es por el bailecito que se marcó Calloway contigo anoche?

Me pongo tensa y aparto la mirada.

—No empecéis, ¿eh? Que hoy no tengo el cuerpo para vuestros interrogatorios.

Sobre todo, porque tampoco les he contado que el instituto tiene en mente crear una base permanente de investigación y estudio climático en esta zona. Y cuentan conmigo para ello. ¿Qué puedo decir? Tirar cohetes antes de confirmaciones oficiales, nunca ha sido lo mío.

Kira me observa y se apoya en el respaldo de la silla.

—A ver, que medio pueblo vio el espectáculo de anoche. Y este y yo tenemos la teoría de que estás perdiendo la cabeza por alguna. ¿O es por las dos a la vez?

—¡Kira! —le lanzo un bolígrafo que esquivo muerta de la risa—. Al próximo comentario sobre mi vida privada, os pongo a picar piedras.

Ethan levanta las manos en son de paz.

—Vale, vale, ya nos callamos. Pero haz el favor de salir a que te dé el aire. El equipo del gobierno no llegará hasta mañana y hoy no puedes hacer nada más. Despéjate.

Cierro el portátil y me vuelvo a estirar.

—Está bien. Me largo a dar una vuelta antes de que os despida a los dos.

. . .

Un rato después, salgo de la cabaña respirando el aire fresco de la mañana. Camino sin rumbo por los senderos, intentando sacar el nombre de Darana de mi mente, pero en cuanto rodeo los corrales principales... ¡Zasca! Ahí está la horma de mi zapato.

Darana está de espaldas, cepillando a Byron con ganas. Podría darme la vuelta y hacerme la sueca. Sería lo más inteligente. Pero como soy una masoca de cuidado, me coloco bien el sombrero y doy un paso hacia delante.

—Darana... —suelto—. ¿Podemos hablar de lo de anoche?

El efecto es instantáneo. Darana se queda tiesa, y el cepillo se frena en seco sobre el caballo. Se toma un segundo que se me hace eterno y luego se gira despacio, clavándome esos ojos suyos que hoy vienen con una barrera de hielo extra.

—No hay nada de qué hablar, Bennet —me suelta—. Tengo demasiado trabajo como para perder el tiempo en gilipolleces. Y tú ya me dejaste claras las cosas.

¿Que yo le dejé claro qué? ¡Tendrá morro! Aprieto los puños dentro de los bolsillos de mis vaqueros para no perder los papeles.

—No fue ninguna gilipollez y lo sabes de sobra —le digo, plantándole cara.

La mandíbula de Darana se tensa. Clava la vista en el suelo un segundo y luego me mira con rabia.

—Mira, no puedo andar jugando contigo ahora. Bastante complicado es mantener este lugar a flote como para que encima vengas tú a revolver el pasado. Tengo que ir al campo trasero a replantar los geranios y no tengo tiempo para esto.

«Dios mío. No entiendo nada».

Me quedo mirándola, calibrando su mala leche y sus defensas. Y ahí es donde me sale la vena cabezota que me caracteriza.

—Pues qué bien, porque voy contigo.

Darana parpadea.

—¿Perdona?

—Has dicho que hay faena, ¿no? —le recuerdo—. Pues te ayudaré a hincar la rodilla. No me vas a apartar tan fácil, Calloway.

Me sostiene la mirada durante diez segundos, hasta que suelta un bufido de resignación y tira el cepillo al cajón de herramientas.

—Súbete al todoterreno antes de que te deje en tierra.

—Ya, ya, lo que tú digas —le vacilo, subiéndome al asiento de copiloto con una sonrisita de suficiencia.

Minutos después, vamos botando por el camino que está lleno de zanjas de barro. Ninguna dice ni mu, pero el ambiente dentro de la cabina está más cargado que una nube de tormenta.

Cuando llegamos, el panorama da pena. Ricky, ya está allí, con los sacos de abono, las macetas y los esquejes preparados.

—Buenos días —nos saluda el pobre chaval con una sonrisa de compromiso, oliéndose el percal de lejos—. Ya tenéis todo listo. ¿Queréis que me quede a echar una mano?

—No hace falta, Ricky, gracias —le corta Darana—. Ve a revisar los vallados del sector sur. Nosotras nos encargamos.

El chaval, que no tiene un pelo de tonto y ve que la tensión se puede cortar con un cuchillo, recoge sus bártulos y se larga a toda pastilla.

Nos quedamos solas. Respiro hondo, me arrodillo en la tierra húmeda sin importarme mancharme los vaqueros y empiezo con el trabajo sucio. Darana tarda un segundo, pero termina imitándome, colocándose justo enfrente de mí.

Trabajamos en un silencio sepulcral, enterrando los brotes nuevos.

Hasta que me doy cuenta de un detalle: a la sargenta Calloway le tiemblan las manos. Está intentando clavar un esqueje rebelde y la planta se le dobla una y otra vez por la prisa que lleva. Sin pensarlo dos veces, estiro los brazos y pongo mis manos encima de las suyas, frenándole el movimiento.

—Quieta —le murmuro, guiando sus dedos con suavidad—. Si estrujas el tallo no servirá de nada. Deja que la tierra haga el resto.

Su piel está ardiendo en comparación con la mía. Darana se queda completamente inmóvil, con la cabeza gacha y da un suspiro.

—Si Elijah y nuestros padres vieran todo esto... Estoy perdiéndolo todo de nuevo.

El dolor que la veo sentir me da un pellizco directo al corazón. Le aprieto las manos con fuerza, entrelazando mis dedos manchados de barro con los suyos.

—Todavía no has perdido nada, Darana —le digo con toda la ternura que soy capaz de reunir—. Estas raíces son duras de pelar y van a agarrar con fuerza. Igual tú. Saldrás adelante.

Darana levanta la cabeza de golpe y me clava la mirada, sin defensas, enseñándome toda la verdad que lleva guardada.

—Ya... eso es muy fácil decirlo.

Darana suelta un suspiro, entornando los ojos, y retira las manos despacio, aunque no se echa hacia atrás ni un milímetro. La distancia entre nuestras bocas es de un suspiro.

—Te lo digo de verdad.

—¿Y qué más da lo que tú pienses si tienes los días contados por aquí? —me espeta—. Yo no juego a dos bandas, Bennet.

Algo cambia en sus ojos de golpe. Y enseguida vuelve al trabajo.

Un par de horas después, el sol empieza a caer, tiñendo el horizonte de unos tonos espectaculares que hacen resaltar la tierra. Me levanto del suelo, sacudiéndome el barro de las rodillas y me quedo mirándola en silencio.

Darana se incorpora justo enfrente de mí. Su silueta se recorta contra el cielo naranja. Es una mujer fuerte, orgullosa, de las que mantienen el mundo en sus hombros, aunque estén rotas por dentro. Empieza a caminar hacia el vehículo y yo la sigo un paso por detrás, devorándole la espalda con los ojos.

Y es justo ahí, mirando sus hombros y su forma de moverse en este maldito desierto, es cuando me doy cuenta de algo.

Ya no puedo seguir engañándome ni con excusas baratas.

La verdad me da un bofetón de los limpios: Darana Calloway me atrae a niveles insospechados. Y esta vez, señoras y señores... no hay tormenta en toda Australia que me pueda salvar de la que se me viene encima.

Darana

—¿Vais a quedaros ahí de brazos cruzados o vais a mover esos culos antes de que el sol nos derrita las neuronas? —les suelto desde la ventanilla de la camioneta en mitad de la plaza de Willow Creek.

Apago el motor y bajo de un salto, encajándome el sombrero hasta las cejas. La plaza parece un maldito mercado de saldo tecnológico. Hay escaleras apoyadas contra los muros, rollos de cable que parecen serpientes durmiendo la siesta y cajas de herramientas por cada rincón. Y en medio de todo ese percal, están los equipos de Camila. Pulcros e impolutos.

—Vamos a dividirnos —ordena Camila, subiéndose a la caja trasera de Viento con unos vaqueros ajustados que, para mi absoluta desgracia, le quedan de maravilla—. Ethan, coge los sensores y ven conmigo a la iglesia. Kira, tú ves con Ricky a la escuela comunitaria a revisar el cableado. Y Bert, por lo que más quieras, supervisa el repetidor de radio en el club social. ¡Hay que darse prisa; Geoscience Australia querrá resultados pronto!

Me apoyo contra la puerta de la Ford Ranger, cruzando los brazos sobre el pecho y masticando una brizna de hierba seca. Hay que reconocerle una cosa: todavía sabe tratar a la gente de este lugar.

—¿Y a mí a donde me mandas, Bennet? —le pregunto, arqueando una ceja.

Camila se gira de golpe. Sus ojos oscuros, esos que siempre parecen estar a punto de desatar un huracán de categoría cinco, se clavan en los míos. Siento un latigazo eléctrico que me recorre la espalda y, de repente, juro que el termómetro del coche ha tenido que subir diez grados de golpe. Eso, o soy yo.

Sin duda, es lo último.

—Tú puedes encargarte de vigilar que no se me descalabre nadie —me suelta y curva la comisura de los labios de una manera que me dan ganas de besarla—. No queremos accidentes laborales en tu territorio.

—No te preocupes, cerebritito —le devuelvo el golpe, dándole un porrazo al capó del vehículo—. Aquí la gente sabe por dónde pisar. Mejor, preocúpate de tus pantallas, que de lo demás ya me encargo yo.

—Eso espero —replica ella, dándose la vuelta hacia el porche de la iglesia. Pero se detiene un segundo, mirándome de reojo por encima del hombro, como si se hubiera guardado una réplica en la recámara.

La observo alejarse. Camina pisando fuerte, decidida, como si este lugar entero fuera un plano geométrico que ya lleva pintado en su memoria. Y, de hecho, lo lleva. Me fastidia soberanamente sentir esta punzada de admiración. Admirarla es admitir que vuelve a encajar en este pueblo, y mi orgullo no está para esos trotes. Sobre todo, después de nuestra última conversación.

—Vaya, Darana —habla una voz a mi lado. Es el viejo Henderson, que se apoya en su bastón de madera mientras recoloca su sombrero de ala ancha—. ¿Qué es todo este arsenal? ¿Vienen a cazar ovnis?

Me llevo una mano a la cadera, entornando los ojos por el reflejo del sol.

—Nada de alienígenas, Henderson. Solo intentamos que la próxima tormenta no nos deje incomunicados y de tantos problemas. Camila ha traído un sistema para anticiparnos a las cargas.

—¡Bah! —resopla el viejo, escupiendo al polvo—. En mis tiempos no hacían falta pantallitas para saber cuándo se venía el cielo abajo. Mirábamos el color de las nubes, olíamos el pasto y, si a las ovejas les daba por correr, a resguardarse.

—En tus tiempos tampoco tenías que recibir las alertas meteorológicas del gobierno por banda ancha ni los ganaderos esperaban que el mercado de carne de la ciudad cotizara en tiempo real —le suelto con una sonrisa, aunque mis ojos se escapan hacia el tejado de la iglesia, donde Camila ya está trepando por la escalera de mano con agilidad.

El viejo gruñe un insulto cariñoso, pero antes de que pueda seguir quejándose, la señora Gable sale de su tienda espantando las moscas con el delantal.

—¡Darana, cielo! —exclama, acercándose a trote—. Me ha dicho Ricky que la tormenta os machacó la mayoría de los geranios y el suelo de la hacienda. Se me parte el alma, de verdad. Con lo que cuesta mantener la vida en Willow Creek.

El recordatorio me oprime el estómago.

—Hemos replantado nuevos brotes, señora Gable. En Birdsong Hills no nos asustamos por nada. Seguro que con los cacharros que está instalando Camila, el próximo temporal nos va a pillar con el paraguas abierto.

—Dios te oiga, bonita —murmura, dándome una palmadita con las manos llenas de harina—. Este pueblo necesita que tiréis para adelante. Sois parte del motor de este sitio, Darana, no lo olvides.

Asiento con un nudo en la garganta, porque el miedo sigue así firme, consciente de que si perdemos todo el turismo, todo Willow Creek también sufrirá las consecuencias. Por suerte, Joyce aparece salvando la situación con una bandeja enorme y el desparpajo que la caracteriza.

—¡Traigo limonada! —grita nuestra cocinera, abriéndose paso a empujones—. ¡Que con cuarenta grados a la sombra la única que piensa con claridad soy yo!

Le cazo un vaso de cristal al vuelo y me lo bebo casi de un trago, sintiendo el frío en el pecho.

—Eres un ángel, Joyce. Te juro que estaba a esto de pegarle un tiro al sol.

—Lo sé, preciosa. —Me guiña un ojo con una sonrisa de lo más pícara, bajando la voz—. Pero tú no estás mirando al sol, estás mirando al tejado de la iglesia. Y no precisamente para rezar.

—No digas gilipollices, Joyce —le espeto, perdiendo los papeles por un segundo mientras noto el calor subiéndome hasta las orejas.

Mientras ella ríe a carcajadas, yo me doy la vuelta disimulando y clavo la vista arriba. Camila está agachada junto a Ethan, pasando un cable. La camiseta de tirantes se le pega a la espalda por el sudor, marcando cada músculo mientras se estira para ajustar un soporte. Se ha recogido el pelo, salvo por varios mechones que se le pegan húmedos a la cara y el cuello. Muerde un destornillador entre los dientes mientras manipula el receptor de Geoscience. Maldita sea. Es lo menos glamuroso del mundo y, sin embargo, ya noto el calor entre mis piernas.

Cuando llega la hora del almuerzo, el porche de madera del club social se convierte en nuestro campamento base. Dejo caer las herramientas sobre la mesa y me siento a masticar un bocadillo de ternera, dispuesta a no complicarme la existencia.

Pero como siempre, llega el desastre. Porque Maddie aparece como si oliera la sangre y eso que le había mandado a revisar los cobertizos. Al segundo, se encaja directamente en el banco de madera, pegando su cadera a la de Camila. Así, sin espacio personal ni hostias.

—Vaya —le murmura Maddie a Camila, inclinándose tanto que casi le roza la mejilla con los labios—. Estás tan metida en tus cables que hoy ni me das los buenos días.

Camila se pone de todos los colores. Veo perfectamente cómo el rubor le trepa por el cuello hasta encenderle las mejillas, y el bocadillo que tengo en la mano empieza a sufrir las consecuencias del agarre de mis dedos.

—Estoy trabajando, Maddie —murmura Camila, intentando zafarse del abrazo con un movimiento de hombros disimulado, pero la otra ni se inmuta—. Esto no es una broma.

—Ya, si lo entiendo —ronronea Maddie, metiéndole un dedo juguetón por el cuello de la camiseta—. Pero con lo bien que lo pasamos el otro día en tu cabaña... Podríamos repetir la jugada.

El pan del bocadillo se desintegra literalmente entre mis dedos. ¿La otra noche? ¿En su cabaña? ¡Y quiere repetir!

—A ver si esta noche nos tomamos esa segunda ronda que me debes, pero sin interrupciones —remata Maddie, clavándome una mirada de reojo.

Ethan mira fijamente su lata de refresco como si fuera lo más interesante del planeta, Kira silba bajito mirando al techo y Bert se limpia el bigote con una parsimonia insufrible.

—¿Sabes qué, Maddie? —intervengo, golpeando la mesa con el vaso—. Quizá deberías dejar que termine de conectar los sensores antes de planear tus citas nocturnas. Todo este lugar depende de esto, no de tus ganas de estar de juerga.

Maddie arquea una ceja, perfectamente encantada de haberme picado.

—Qué protectora te nos has vuelto con la científica. No sabía que te interesara tanto lo que hace Camila con su cuerpo... o con sus noches.

Me pongo en pie de un salto, dispuesta a soltarle cuatro frescas, pero Ricky reacciona enseguida. Se levanta de un brinco, se cuela por detrás del banco y, con un gesto exagerado, le levanta el brazo a Maddie de los hombros de Camila.

—¡Eh, eh, Strong! En serio, tenemos que trabajar —suelta el chaval con una carcajada contagiosa—. Y si la sigues distrayendo con tus armas de mujer, va a calibrar mal estos cacharros y la próxima tormenta va a ser una locura. Seguro que no quieres cargar con eso en tu conciencia, ¿verdad?

Ethan suelta un bufido que casi le saca el refresco por la nariz. Kira se esconde detrás de su servilleta y hasta Bert menea la cabeza. La tensión se disuelve en el ambiente lo justo para que no terminemos a puñetazos.

Maddie levanta las manos, aunque le regala una última caricia sutil en el antebrazo a Camila antes de apartarse. Una caricia que a mí me quema la retina. Y también, la puñetera sonrisa que le devuelve.

Me siento otra vez y le meto un bocado furioso a lo que queda de mi comida, masticando como si me fuera la vida en ello.

. . .

Una hora después, la plaza empieza a despejarse. Maddie se ha largado con Ricky a buscar unos herrajes y los chicos de Camila cargan las últimas cajas en los remolques. Camila se ha quedado rezagada junto a la barandilla del club social, tecleando datos en su *tablet* con el ceño fruncido. Me acerco despacio, con las botas resonando sobre los tablones de madera, hasta ponerme justo a su lado.

No digo nada. Solo la miro fijamente, sin disimular, volcando en mis ojos toda la mala leche, la frustración y la jodida atracción que me reconcome por dentro.

Camila levanta la vista de la pantalla y me sostiene la mirada. Ahí está otra vez. Esa chispa magnética, esa tensión brutal que no necesita de sus gráficos matemáticos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—No tengo ni idea —admito, dando un paso hacia ella, hasta que puedo oler el aroma que desprende su piel—. Ver a Maddie colgándose de tu cuello como si fuera tu dueña... no es que me haga mucha gracia.

Camila traga saliva, mordiéndose el labio inferior. Sus ojos recorren mi cara, deteniéndose un segundo de más en mi boca.

—No es lo que estás pensando —dice, dando un paso que casi pega sus botas a las mías—. Lo de Maddie... ella es intensa, pero no significa absolutamente nada. Y pienso dejárselo muy claro.

Siento un impulso salvaje de agarrarla por la cintura, de estampar mis dedos contra sus vaqueros y comprobar si esa corriente eléctrica nos quema a las dos por igual.

—Pues ten cuidado con ella —le murmuro—. Y sobre todo conmigo, Bennet. Porque como vuelva a verla marcando territorio, os pondré en vuestro lugar. Bastante tengo que aguantar con los cotilleos del pueblo. No quiero que esto traiga cola cuando te largues.

Camila suelta un suspiro, pero sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Lo tendré en cuenta, Calloway.

Rompo el contacto visual antes de cometer una locura de las gordas en mitad de la calle. Me giro sobre mis talones, camino a zancadas hacia el vehículo y me subo de un salto al asiento del conductor. Tengo el pulso a mil y la mandíbula rígida, pero mientras meto la primera marcha me doy cuenta de que, por mucho que Maddie intente meter baza y por mucho que yo intente hacerme la dura, la única tormenta real y destructiva que está a punto de estallar... es entre Camila Bennet y yo.

—Y que me caiga un rayo si pienso frenarla.

Camila

—O me meto al agua, o me deshago. ¡Por Dios! —grito a la inmensidad del paisaje, mientras tiro la toalla sobre una raíz nudosa de eucalipto que sobresale de la orilla.

El río de Willow Creek es un oasis de sombras y frescor en mitad del implacable secarral australiano. A esas horas, el agua —un hilo milagroso filtrado desde las colinas cercanas— se abre paso entre rocas y un denso dosel de mulgas y árboles del té que devoraba la luz del atardecer. El aire huele a eucalipto, a tierra batida y a ese aroma dulzón y silvestre de la maleza que el sol ha estado cocinando a fuego lento durante doce horas seguidas. Después del zafarrancho de combate en la plaza del pueblo, de los cables, de las miradas afiladas de Darana y de la asfixiante tensión que casi hizo saltar por los aires todo, este rincón me parece el único lugar seguro sobre la faz de la tierra.

Me desabotono la camisa con dedos torpes y ansiosos, dejando que caiga sobre la hierba seca, y me descalzo para sentir el tacto reconfortante del suelo bajo mis pies desnudos. Me quedo en ropa interior, contemplando el reflejo dorado y violeta que el cielo proyecta sobre la superficie mansa del río. Cuando doy el primer paso hacia el agua, un escalofrío delicioso me recorre las piernas. El contraste es brutal; el río está helado, limpio, fluyendo con una parsimonia que me invita a sumergirme por completo para ahogar mis propios pensamientos. Me hundo hasta los hombros, soltando un gemido de placer en la corriente. Cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás para mojarme el pelo, intentando con todas mis fuerzas que el agua se lleve también la imagen de Darana de mi cabeza. Pero una voz conocida, interrumpe cualquier intento.

—Sabía que detrás de esa fachada de científica todavía se esconde alguien que adora estas zonas del Outback —ronronea Maddie desde la maleza.

Abro los ojos de golpe y me doy la vuelta. La veo en la orilla, apoyada contra el tronco de un sauce, mirándome con una sonrisa pícaro y descarado que no oculta absolutamente nada de sus intenciones. No lleva el sombrero puesto, y su melena cae alborotada sobre sus hombros. Antes de que pueda decir algo coherente para preguntarle qué demonios hace aquí, Maddie se desabrocha el cinturón, dejando caer sus pantalones al suelo, seguido de su camiseta. Se queda en la ropa interior oscura, que contrasta con su piel bronceada por el sol y, sin dejar de mirarme a los ojos, se desliza en el agua con la agilidad de un felino que sabe perfectamente que ha acorralado a su presa.

—Maddie... ¿qué haces aquí? ¿No se supone que habías vuelto con Ricky?

—Ricky es un encanto, pero no tiene tus curvas ni de lejos —responde ella de lo más divertida, acortando la distancia entre las dos—. Te vi salir escopetada, y pensé que a lo mejor necesitabas un poco de compañía. De la buena, claro está.

Qué peligro tiene Maddie Strong.

El agua nos rodea, pero cuando se detiene a escasos centímetros de mí, el frío del río desaparece por completo. Noto la corriente de su calor corporal, el aroma a su perfume mezclado con el agua del río y el brillo depredador de sus ojos. No puedo negar la evidencia: es una mujer espectacular, un torbellino de sensualidad directa y sin rodeos que sabe cómo hacer que cualquiera se sienta el centro del universo. Tras días de miradas asesinas, reproches y una frustrante tensión no resuelta con Darana que me desgasta los nervios, la propuesta de Maddie es como un salvavidas de distracción al que me aferraría una y otra vez.

—Estás jugando con fuego, Strong —le advierto, aunque no me echo hacia atrás ni un solo milímetro.

—Pues a mí me encanta quemarme, Bennet. Y sé que a ti también, aunque te hagas la estrecha —me susurra justo antes de atrapar mis labios con los suyos.

El beso es un bofetón de adrenalina. Maddie se no anda con rodeos; me agarra de la nuca con los dedos mojados, enredándolos en mi pelo de forma posesiva, mientras su lengua busca la mía con una urgencia que me hace soltar un gemido ahogado. Es un beso húmedo, profundo. Mis manos, que hasta hace un segundo flotaban indecisas en la corriente, encuentran su camino de manera automática hacia sus caderas descubiertas. Su piel está suave, resbaladiza bajo el agua, y ese contacto directo enciende un interruptor en mi cerebro que manda a la mierda cualquier atisbo de racionalidad.

Me pego a ella con ganas. Maddie suelta una risita que se ahoga entre nuestros labios, encantada de notar mi respuesta, y rodea mi cintura con sus piernas, enganchándose con fuerza mientras nos balanceamos sutilmente por el empuje del río. Sus manos bajan por mi espalda de forma descarada, deshaciéndose de la poca ropa interior que me queda con una destreza envidiable, tirándola hacia la orilla

—¿Te apetece disfrutar un poco de la noche?

—Cállate de una vez, Maddie.

Nuestros cuerpos se aprietan con hambre. Siento sus tetas firmes contra las mías, los pezones duros rozándose bajo el agua. Mis manos bajan hasta su culo, apretando las nalgas redondas y firmes mientras ella frota su coño contra mí. Noto que está empapada, no solo por el río. Deslizo una mano entre sus piernas y separo sus pliegues hinchados, encontrando su clítoris duro y palpitante. Lo froto en círculos lentos al principio, luego más rápido, escuchando cómo gime contra mi cuello.

Maddie mete la mano entre nosotras y busca mi coño, hundiendo los dedos dentro de mí sin aviso. Estoy tan mojada que entran fácil, estirándome. Empieza a follarme con ritmo constante

mientras yo hago lo mismo con ella, sintiendo ahora cómo sus paredes internas me aprietan y palpitan. El agua chapotea alrededor de nosotras con cada movimiento. Giro los dedos dentro de su sexo, rozando sus pliegues internos, y ella arquea la espalda, empujando las caderas contra mi mano para que la folle más profundo.

Mis dedos entran y salen de su coño con fuerza, sintiendo cómo sus jugos calientes cubren mi mano incluso bajo el agua. Maddie acelera el ritmo, rozando mi clítoris hinchado con el pulgar cada vez que entra. Nuestros cuerpos se deslizan uno contra el otro, mientras el agua fría contrasta con el calor abrasador.

Maddie baja la cabeza y chupa uno de mis pezones. Yo muerdo su hombro mientras froto su clítoris hinchado con el pulgar. Sus gemidos se vuelven más altos, más urgentes. Siento que sus paredes internas se contraen alrededor de mis dedos, apretándome fuerte preludio al orgasmo. Yo también estoy al borde; el placer se acumula en mi bajo vientre como una tormenta eléctrica, cargándose de tensión con cada embestida.

Maddie busca mi boca de nuevo, devorándome con un frenesí que me indica que ella también está llegando al límite. El placer se acumula brutalmente hasta que estalla. Su coño se contrae violentamente alrededor de mis dedos, empapándome mientras grita contra mi hombro. Al mismo tiempo, el orgasmo me azota con la violencia de un rayo. Seguimos moviéndonos un rato más, cabalgando las últimas olas del orgasmo.

Sin embargo, a medida que las pulsaciones empiezan a bajar y el agua del río vuelve a sentirse fría contra mi piel expuesta, la densa niebla del placer se disipa con una rapidez espantosa. Y lo que queda debajo no es paz, ni satisfacción, sino una lucidez fría y cortante que me cae encima como un jarro de agua.

Maddie sigue abrazada a mí, respirando de forma entrecortada contra mi cuello, con una mano acariciándome la espalda de manera perezosa. Pero yo ya no estoy ahí. Mis ojos se clavan en el horizonte, más allá de las copas de los árboles, y una opresión insoportable me estruja el pecho. Me veo desde fuera,

desnuda en mitad de un río, follándome a otra mujer para intentar apagar un incendio que tiene un nombre completamente distinto. Esto está mal. Muy mal. No por el sexo en sí, que ha sido espectacular, sino por la tremenda mentira que me estoy contando a mí misma. No puedo seguir utilizándola como un escudo para protegerme de lo que realmente me da pánico afrontar.

Con cuidado, desengancho las piernas de Maddie de mi cintura y me deslizo hacia atrás, dejando que el agua del río se interponga de nuevo entre nuestros cuerpos.

—Maddie...—pronuncio, decidida a quitarme este peso.

—Dime —responde ella, flotando de espaldas con una tranquilidad absoluta. Después, estira los brazos como si estuviera en un balneario de lujo en vez de en un río salvaje—. ¿Ya estás pensando en la segunda ronda?

—No, no es eso... Escúchame —le pido, obligándola a ponerse de pie sobre el fondo para que me mire en serio—. Lo siento, de verdad... pero esto no puede volver a pasar.

Maddie me observa durante un par de segundos, entornando los ojos. No hay drama en su rostro, ni dolor, ni un solo atisbo de la ofensa que cualquiera podría sentir tras recibir calabazas justo después de un revolcón pasional. Al contrario, la comisura de sus labios se curva en esa sonrisa pícara, juguetona y completamente desapegada que la caracteriza.

—Lo que tú digas, científica —me contesta con naturalidad pasmosa, encogiéndose de hombros mientras da media vuelta y empieza a caminar hacia la orilla, dejando que el agua le resbale por el cuerpo sin la menor pizca de vergüenza—. Tampoco íbamos a casarnos, ¿no? Ha estado muy bien, pero si el cerebro te pide otra cosa, yo no soy quién para llevarte la contraria.

La observo salir del río, recoger su ropa y empezar a vestirse con una parsimonia envidiable, silbando una tonadilla campestre como si acabáramos de tomarnos un simple café en el bar del pueblo. A Maddie Strong no le importa en absoluto que no quiera

nada más con ella. No le duele, no le afecta el orgullo, porque para ella esto nunca ha sido más que un juego divertido para pasar las tardes de calor.

Y es precisamente esa indiferencia es lo que me mete el golpe definitivo de realidad.

Me quedo sola en el agua. Me sumerjo una última vez para quitarme el rastro del sexo, sintiendo cómo el frío me espabila las pocas neuronas que me quedan sanas, y poco después, salgo del río, sintiendo el peso en los pies.

Mientras me pongo los vaqueros y me abrocho la camisa, la verdad me golpea. Me apoyo contra el tronco del eucalipto, dejando caer la cabeza hacia atrás, y suelto un bufido de frustración. Joder. No puedo seguir haciéndole esto a Darana. No puedo andar tonteando con Maddie, huyendo de las conversaciones pendientes y metiéndome en camas ajenas mientras la miro a ella como si fuera el aire que necesito para respirar. Es injusto, es cobarde y es rastrero. Aunque Darana me trate a patadas y me recuerde cada dos por tres que tengo los días contados en este maldito lugar, lo que pasó anoche en la pista de baile es real, y es lo único que me importa de verdad.

Me paso las manos por el pelo mojado, desesperada. Lo peor de todo es que no tengo ni puta idea de cuáles son mis sentimientos exactos hacia ella. No sé si es una obsesión insana por el pasado que nos une, no sé si es la tremenda culpa por la sombra de Elijah que siempre planea sobre nosotras, o si es que, simplemente, Darana Calloway me atrae a unos niveles tan destructivos que tengo miedo de acabar perdiendo la cabeza por completo si me entrego a lo que siento. Y para esto, no tengo mapas científicos, no hay fórmulas matemáticas que me expliquen por qué su mala leche me pone tanto o por qué verla sufrir por su hacienda me da un pellizco directo en el corazón.

Pero lo que sí tengo claro, es que este juego se ha terminado. No voy a volver a esconderme detrás de Maddie ni de ninguna otra distracción barata. Si tengo que estrellarme contra la barrera de

helo de Darana Calloway, lo haré con la cabeza alta y los pies en el fango.

Camila

Estoy de pie en mitad del centro de control improvisado que hay en mi cabaña, con las palmas de las manos estampadas sobre la mesa. Ya no siento el cansancio. Ni tampoco el dolor en la nuca que me tortura desde hace horas. Solo siento esa presión familiar en el pecho, el latigazo de adrenalina que aparece cuando la lógica científica empieza a encajar demasiado bien.

Y cuando los números cuadran a la perfección en mi puto mundo... es porque el universo se está preparando para darnos una patada en el trasero.

—No puede ser una maldita coincidencia —murmuro entre dientes, pegándole un porrazo al borde de la mesa mientras mis dedos tamborilean frenéticos sobre el teclado.

Kira, que tiene más paciencia que yo, desliza dos dedos por la pantalla táctil para ampliar el mapa tridimensional del valle. La proyección holográfica gira con un zumbido, y nos muestra el mapa topográfico de Willow Creek: sus colinas onduladas, sus caminos de tierra que ahora mismo continúan siendo un lodazal en algunos puntos, las construcciones de la hacienda de Darana... y justo debajo, una red invisible que ha decidido desnudarse ante nuestros ojos con una claridad devastadora.

—Camila... —me llama Kira en un tono que me pone los pelos de punta—. Mira esto. Olvídate de una acumulación de mineral común. No vas a creértelo.

Me pego al monitor tanto que casi toco el cristal con la nariz. Y lo que veo me deja helada. No es una simple veta de roca magnética. Es una maldita autopista subterránea de alta densidad.

Una línea gruesa y brillante que atraviesa el subsuelo del valle como una cicatriz abierta y profunda.

Ethan se acerca por el otro lado devorando una chocolatina a velocidades de vértigo. Se coloca bien las gafas con el dedo índice y suelta un bufido mientras examina las gráficas.

—El magnetómetro está saturado por completo —explica, limpiándose una muesca de chocolate de la comisura con el dorso de la mano—. Está claro que no es un yacimiento aislado. Es una anomalía continua. Imaginad un cable de alta tensión de kilómetros de largo, enterrado justo debajo de nuestros pies.

Trago saliva, sintiendo cómo el estómago se me encoge en un nudo frío y apretado que me corta la respiración. El corazón me empieza a latir contra las costillas a un ritmo que nada tiene que ver con el mejor de los bailes.

—Está actuando como un conductor gigante... —concluyo, enderezándome de golpe y pasándome las manos por los bolsillos de mis vaqueros—. Como un puto cable que conecta las colinas más altas del norte con el centro neurálgico del pueblo.

—Y añade este pequeño extra para la fiesta —interviene Kira, metiendo un pulso de comandos en la *tablet* para activar la capa hidrológica del terreno. Su hombro choca con el mío, pero apenas lo registro—. Mira el nivel de humedad freática tras las últimas tormentas. Las zonas azuladas se ramifican bajo el suelo como si fueran raíces.

Aparecen filamentos luminosos en la pantalla que se extienden y conectan puntos que yo preferiría mantener muy lejos los unos de los otros. Una falla geológica. Una grieta natural inundada de agua y conectada a una veta metálica superionizada.

Lo que en nuestro mundillo llamamos: una combinación letal.

Maldita sea.

—Qué bien... —sarcástica, suelto una risotada nerviosa—. Tenemos una tormenta eléctrica en camino y este lugar está

flotando sobre una batería gigante. De puta madre.

—El subsuelo ha estado acumulando carga de forma exponencial por la inducción del campo eléctrico de las nubes de baja cota —añade Kira, dándole un golpe seco a la pantalla—. Si no avisamos al consejo local para que nos ayuden con esto...

—Va a ser un desastre —confirmo.

Ethan asiente, cruzándose de brazos con una seriedad que no le conocía, mientras muerde el plástico del envoltorio de su chocolatina.

—Si cae un solo rayo de gran magnitud en las colinas, la descarga no se va a disipar de forma natural en la tierra, Camila. Va a viajar por la veta de hierro a la velocidad de la luz, buscando una toma de tierra artificial.

—Y esa toma de tierra es todo este pueblo —concluye Kira, apuntando con el bolígrafo digital hacia la zona urbana del mapa, que brilla con un rojo ominoso y parpadeante.

—Todo se convertirá en un pararrayos inverso... —comento, sintiendo un escalofrío que me recorre toda mi espalda.

—Hará bum —completa Ethan sin rodeos, quitándose las gafas para frotarse los ojos con evidente desesperación.

Cierro los ojos con fuerza, obligándome a respirar hondo. En mi cabeza no hay espacio para fórmulas matemáticas ahora mismo; solo hay una imagen de ojos miel y sombrero vaquero que me quita el hipo.

—Tengo que decírselo a Darana —anuncio, abriendo los párpados y agarrando las llaves de Viento. La determinación me invade como una ola de calor.

Kira me mira de arriba abajo y se muerde el labio inferior.

—¿Ahora mismo? ¿Vas a ir a buscar a la sargenta Calloway en mitad de la noche? La mayoría de la gente está en la feria del pueblo.

—Me da exactamente igual. Como si me muerde o me echa a los caballos —insisto, ajustándome el cinturón de los vaqueros—. El tiempo nos corre en contra, y no quiero que Willow Creek se convierta en un montón de cenizas y chatarra. ¡Móved el culo e informar a Sídney para acelerar los siguientes pasos!

. . .

La noche ha caído con una densa pesadez cuando aparco cerca del recinto de la feria. Las luces de colores de la noria y los puestos de perritos calientes parpadean con un brillo chillón que contrasta con el cielo oscuro, que parece una boca de lobo a punto de tragarse el mundo. El ambiente es festivo, la gente ríe, se toma cervezas y la música country flota en el viento arrastrando el olor a palomitas. Pero a mí me corre un cosquilleo por la nuca que me advierte de que la comedia está a punto de convertirse en un drama de los gordos.

—Y mi puta intuición nunca falla —murmuro.

Esquivo a un par de granjeros que van dando tumbos con sus sombreros y sus camisas de cuadros, abriéndome paso entre la multitud con la mirada fija en un solo objetivo.

Darana está de pie frente al puesto de tiro al blanco de la feria, con Joanie a su lado riéndose a carcajadas. Lleva una camisa de vaquera ajustada, unos vaqueros oscuros que le marcan las piernas y las botas llenas de polvo. Tiene el sombrero ligeramente inclinado hacia atrás, dejando ver esos mechones rebeldes que siempre se le escapan. Y su trenza, cae por delante de su pecho. Mi corazón da un vuelco de campeonato al observarla de lejos.

Está apuntando con una carabina de feria, concentrada. Dispara y una botella de vidrio estalla en mil pedazos al fondo del puesto. Darana baja el arma y sonríe.

Y ver esa sonrisa... ese maldito hoyuelo que se le forma en la comisura... me deja sin respiración. Sacudo la cabeza para espabilarme. «Céntrate, Bennet, que no has venido a babear por tu enemiga íntima».

—Darana —la llamo, plantándome a dos pasos de ella con los brazos cruzados.

Ella ni se inmuta. Se toma su tiempo para recargar la carabina, demostrándome con cada movimiento lento de sus manos que sabe perfectamente que estoy aquí y que le importo menos que una plaga de langostas.

—Necesito hablar contigo ahora mismo. Es de vida o muerte —añado, dando un paso más hacia su espacio personal.

Cuando por fin se vuelve, me clava esos ojos miel que hoy vienen con una triple capa de cabreo. Sus labios están apretados en una línea fina y peligrosa.

—¿Es que no sabes lo que significa la palabra «ocupada», Bennet? —me suelta—. No tengo el cuerpo para tus discursitos ni tus malditas tonterías. Vuelve a tu cabaña y déjame en paz, que estoy a punto de ganarme el peluche estrella.

Joanie carraspea a su lado. Abro la boca para cantarle las cuarenta, pero mi mirada se desvía por encima de su hombro y el mundo se me detiene un segundo. Maddie Strong está apoyada contra una valla de madera a unos metros de nosotras, con una cerveza en la mano y una sonrisa clavada en mí. Me guiña un ojo con un descaro brutal, y en sus ojos leo una diversión que me revuelve las tripas. El recuerdo del río, de su piel mojada y de mi tremenda metedura de pata de hace unas horas me sube por el cuello en forma de un rubor violento. «Tierra, trágame. Darana lo sabe».

Aprieto los puños para no perder los papeles y vuelvo a clavar mis ojos en Darana, ignorando olímpicamente lo demás.

—Escúchame bien, Calloway, porque no lo voy a repetir —le repito—. Esto no tiene nada que ver con tu maldito orgullo. Ni con

nosotras.

Darana arquea una ceja perfecta, deja la carabina sobre el mostrador con un golpe seco y se cruza de brazos, haciendo que su pecho suba y baje.

—Darana, creo que... —intenta calmarla Joanie.

—Tú chitón —le espeta y después me mira a mí—. Ilumíname entonces, Camila. Porque cada vez que apareces en mi vida algo termina destrozándome.

—Yo solo digo que sí parece algo importante —añade su mejor amiga.

Agradezco el capote de Joanie internamente y voy al grano.

—Los datos recopilados nos acaban de confirmar lo peor —explico a toda velocidad, asegurándome de que Darana me mire a los ojos—. Hay una veta gigante que cruza el subsuelo justo por debajo de tus tierras y que llega hasta aquí. Y para los próximos días se está formando una tormenta electromagnética que se va a cargar con la energía que hay bajo nuestros pies.

Darana frunce el ceño, apretando los brazos contra el pecho.

—¿Y qué demonios significa eso? Déjate de tecnicismos, Bennet. Sé concreta.

—Significa que cuando la carga del suelo llegue a su máximo... si hay una gran tormenta y los rayos golpean los riscos altos... —Hago una pausa, tragando saliva ante la gravedad de lo que voy a decir—..., la descarga no se va a quedar solo en el monte. Va a viajar por la veta bajo tierra como si fuera una autopista y va a estallar aquí mismo. En la hacienda... y en el pueblo.

El silencio cae entre nosotras. Veo perfectamente cómo la información empieza a procesarse en la cabeza de Darana, cómo lucha con todas sus fuerzas contra la lógica de mis palabras, pero la realidad es tozuda.

—Eso es una jodida locura —dice. Se quita el sombrero de un tirón para pasarse una mano por el pelo alborotado, visiblemente

descolocada—. No puede ser tan grave, Camila. Llevamos años viviendo aquí.

—Esto ya ha pasado, y lo sabes —insisto—. Aunque entonces nadie supo explicarlo científicamente lo que pasó. Pero recuerda lo que pasó aquella noche, la forma en que la tierra pareció brillar y cómo los transformadores explotaron. Esto es exactamente lo mismo, pero multiplicado por diez.

La expresión de Darana cambia. El hielo se derrite para dejar paso a un destello de pánico.

—¿Y qué se supone que hay que hacer? ¿Evacuar a todo el pueblo? —me pregunta en un susurro cargado de desesperación.

Antes de que mi boca pueda formular una respuesta, el cielo sobre Willow Creek ruge con un trueno seco, brutal y tan ensordecedor que hace vibrar cada tablón de madera que nos rodea.

Y entonces, el cielo se rompe.

Primero caen unos goterones gordos que golpean como piedras contra el ala de su sombrero. Un segundo después, un diluvio implacable y violento cae sobre nosotros como una cortina.

—¡Mierda! —escupo, mirando hacia arriba mientras el agua me empapa la cara en cuestión de segundos, pegándome los mechones de pelo a la frente.

El caos se desata en la plaza en un parpadeo. La gente empieza a correr en todas direcciones, buscando el refugio de los coches o las casetas. Y Darana ya no me está mirando a mí. Tiene los ojos clavados en la carretera que lleva hacia casa, con el rostro desencajado por la angustia.

—Los animales... —murmura, pero casi no puedo escucharla por el ruido del aguacero—. Tengo que volver ya.

Y sin darme tiempo a reaccionar, se mueve con la agilidad de un rayo. Sale disparada hacia la zona de aparcamiento, chapoteando en el barro que empieza a formarse, con Joanie siguiéndole los pasos a toda velocidad.

—¡Darana, espera, maldita sea! —le grito, saliendo corriendo detrás de ella entre la multitud—. ¡No puedes irte en mitad de este diluvio! ¡Conducir por esa pista es un suicidio!

Pero Darana Calloway nunca se detiene por nadie, y mucho menos por mí. Su silueta se difumina entre la densa cortina de agua, terca, orgullosa y decidida a salvar su mundo ella sola. Porque ni siquiera Joanie la alcanza.

Resoplo, soltando una maldición. Me giro en redondo y corro en dirección contraria hacia Viento. Las llaves me tiemblan entre los dedos mojados cuando logro abrir la puerta. Me subo de un salto, cierro de un portazo y arranco el motor en el mismo segundo.

El parabrisas es una piscina. Todo el paisaje se vuelve un borrón oscuro, y cuando miro hacia el cielo siento una pizca de alivio al ver que no hay muchos rayos. Esto solo es el prólogo de lo que llegará dentro de unos días.

Saco el vehículo a la carretera principal derrapando levemente en el fango, justo a tiempo para ver los faros traseros del Ford Ranger de Darana incorporándose a la pista unos metros por delante de mí, corriendo hacia el peligro.

Sigo el rastro de sus luces rojas como si fuera mi única línea de vida en este planeta.

Mi respiración se compenetra con el ritmo frenético de los limpiaparabrisas. Y en mitad de todo este caos, me doy cuenta de que no puedo fallar. De que esta vez no voy a dejar que le pase nada a esa cabezota. Porque si hay algo que tengo claro mientras sigue lloviendo... es que el cielo todavía no ha dicho su última palabra.

Y yo, Camila Bennet, tampoco.

Darana

El agua cae con una violencia salvaje y sin contemplaciones, como si el cielo de Australia hubiera decidido vaciar todo el océano Índico sobre Birdsong Hills de una vez. El parabrisas de mi Ford Ranger es un chiste; las escobillas van a la velocidad de la luz y, aun así, la cortina de agua apenas me permite ver tres metros más allá de mi nariz.

—¡Aguanta, maldita sea, aguanta! —le grito al salpicadero, pegándole un manotazo al volante con los dedos ya entumecidos.

La mandíbula me duele de tanto apretar los dientes, y el corazón me va a mil por hora. Y no, no es solo por la tormenta que la sabelotodo de Camila Bennet pronostica con sus dichosos colorcitos. Es por el pánico a perderlo todo. Los fantasmas del pasado siempre eligen el peor momento para venir de visita.

El motor ruge cuando encaro el último tramo del camino principal, que ya no es un camino, sino un auténtico río de barro color arcilla que salpica los bajos del Ranger con impactos secos.

Miro de reojo el espejo retrovisor mientras me recoloco el sombrero empapado. Y ahí está. Unos faros potentes me siguen el rastro a través del lodazal: es el todoterreno de Camila; Viento. Para ser física, bien que le ha puesto un nombre poético al vehículo.

—Será cabezota —gruño entre dientes, sintiendo un nudo ardiente en el estómago—. Te he dicho que no necesito que me salves el culo.

Al cruzar el portón de madera de la entrada, se me cae el alma a los pies. Lo que veo es el mismísimo camarote de los Hermanos Marx pero en versión pasada por agua. El agua baja desde las colinas, aunque por suerte no con tanta fuerza. Sin

embargo, ya puedo escuchar a los caballos relinchando, coceando las vallas de madera.

Freno en seco, meto el freno de mano y, sin esperar a que el motor se apague, abro la puerta. Al saltar, el barro me llega casi a las pantorrillas. ¡Adiós a mis botas favoritas!

—¡Darana! —el grito de Bert apenas cruza la cortina de agua. El pobre viejo está empapado hasta los huesos, intentando sujetar por la cabezada a uno de los sementales más salvajes, que está encabritado—. ¡Hay que sacarlos de aquí o se van a romper una pata!

—¡Al cobertizo principal, Bert! —le grito, tragándome un buen chorro de lluvia al abrir la boca—. ¡Ricky, mueve los potros!

De repente, una silueta cruza mi campo de visión a toda pastilla. Es Camila, y viene con Ethan y Kira.

No sé cómo han llegado tan rápido. Pero viendo el panorama, es hora de tragarme mi orgullo.

—¡Bennet! ¡Aléjate de la parte trasera de ese caballo si no quieres que te mande a Sídney de una coz! —le chillo, corriendo hacia ella mientras esquivo un charco.

—¡Preocúpate de tu sombrero, Calloway, que yo sé perfectamente lo que hago! —me devuelve el grito, agarrando las riendas de un ejemplar asustado con agilidad.

Nos metemos de lleno en el barro. Ricky y Bert guían a los animales más dóciles, y Camila y una servidora lidiamos con los que tienen ganas de juerga.

—Tranquilo, chico, tranquilo... —escucho la voz de Camila. Me giro un segundo, con el agua chorreándome por el cuello de la camisa, y la veo pegando su frente a la de un caballo tordo, susurrándole cosas al oído con una dulzura que me da un vuelco al corazón—. Vamos, guapo, mírame a mí y olvídate de la tormenta. Eso es. Respira conmigo.

Maldita sea. Diez años viviendo lejos de aquí, rodeada de ordenadores y laboratorios, y la tía sigue teniendo ese toque con los animales que a mí me derrite las bragas. Me obligo a reaccionar cuando mi propio caballo me mete un tirón brusco.

—¡Darana, cuidado! —me alerta Camila, soltando a su caballo y corriendo hacia mí—. ¡Está demasiado alterado, déjame ayudarte!

—¡Que no necesito tu ayuda, Bennet! —le espeto, tirando de la cuerda mientras el barro me hace resbalar—. ¡Puedo sola!

—¡No seas terca, Calloway, que vas a acabar de morros! —replica ella, plantando sus botas al lado de las mías y agarrando la cuerda por encima de mis manos.

Nos compenetramos a la perfección, haciendo fuerza a la de tres, logrando domar el tirón del bicho. Pero el terreno nos la juega. El caballo hace un último amago, resbalo en una placa de arcilla y caigo de lado contra el poste de la cerca. Un dolor punzante y agudo me recorre el omóplato, arrancándome un quejido.

—¡Joder! —exclamo, llevándome la mano a la espalda.

—¡Darana! —Camila suelta la cuerda en cuanto el caballo entra al cobertizo y se arrodilla a mi lado en el barro—. ¿Dónde te has dado? Déjame ver.

—¡Que te quites! ¡Estoy bien! —la empujo con el hombro, intentando ponerme de pie con toda la dignidad que una persona cubierta de barro puede tener—. ¡Cierra la maldita puerta!

Metemos al último caballo en el cobertizo y Ricky cierra el portón. Nos quedamos todos ahí, jadeando, empapados y temblando como cachorritos abandonados.

—Lo hemos logrado... —murmura Ricky, dejándose caer sobre una bala de paja seca, exhausto.

Cinco minutos después, nos apiñamos en el despacho de la estación. El suelo de madera se convierte en una piscina por nuestra culpa. Me quito el sombrero de un tirón y lo estampo contra la mesa, salpicando agua por todas partes.

Camila está de pie frente a mí. Tiene el ceño tan fruncido que parece que va a estallarle una vena.

—A ver, sabelotodo, suéltalo ya —le digo, cruzándome de brazos y apoyando el trasero en el borde del escritorio—. ¿Tan mal están tus dibujitos?

—Peor —confirma Camila, levantando la vista—. Esta cantidad de agua interconecta las capas freáticas salinas con la veta de hierro subterránea. Este lugar es, literalmente, un maldito conductor gigante. La carga eléctrica de las nubes del norte busca camino y va a estallar aquí mismo en cualquier momento.

Me quedo helada. Miro a mi alrededor: a Bert, que se frota las manos, a Ethan, que mira a Camila esperando órdenes. El orgullo se me escurre por las perneras del pantalón mojado. Tengo miedo. Mucho miedo.

—Vale —susurro, dando un paso hacia ella—. Dime qué necesitas que hagamos. No voy a discutir, Bennet. Este suelo es tuyo. Dime cómo la salvamos.

El silencio que se forma en la sala es de época. Ethan casi se atraganta con su propia saliva y me mira como si me hubiera poseído un alienígena.

—¿Has dicho que confías en mí? —Camila da un paso hacia delante, bajando la *tablet*, mirándome con una mezcla de asombro y algo mucho más oscuro y espeso.

—Sí, no me hagas repetírtelo.

Ella se queda de piedra, mirándome como si intentara descifrar un jeroglífico. Avanza otro paso, acortando la distancia hasta que puedo oler el ozono y su perfume mezclado con la lluvia. De repente, sus ojos se fijan en mi brazo y su expresión cambia.

—Estás sangrando, Darana —afirma, dejando la *tablet* sobre la mesa y agarrándome de la muñeca.

Bajo la vista. Entre el barro de mi antebrazo corre un hilo rojo, y el escozor de la espalda me recuerda que el poste de la cerca no

es precisamente de goma.

—Estoy bien, Bennet —respondo, intentando soltarme de su agarre con un tirón flojo—. He salido de peores. Esto no es nada.

—¡Quieres dejar de ser una orgullosa y una cabezota de mierda por una puta vez! Deberías permitir que alguien te cuide de vez en cuando.

Algo dentro de mí, una presa que lleva diez años conteniendo toneladas de agua, salta por los aires. El cansancio, el dolor, el miedo a perder Birdsong Hills... todo estalla.

—¡Tú dijiste que lo harías! —le chillo, dándole un empujón en el pecho con las palmas de mis manos—. ¡Tú dijiste que me cuidarías y te largaste!

El despacho se queda en el más absoluto y sepulcral de los silencios. Bert mira a Ethan con cara de «tierra, trágame» y ambos empiezan a caminar hacia la puerta con disimulo, saliendo al pasillo y cerrando la puerta.

—¡Me dejaste sola, Camila! —continuo, con la voz rompiéndoseme en mil pedazos—. Destrozada... enamorada hasta las trancas... y para colmo, teniendo que aguantar las penas de tu exmarido abandonado, que no hizo más que llorar por las esquinas durante meses. ¿Sabes lo que fue eso para mí? ¿Tienes la más mínima idea de las noches que paso mirando a mi alrededor, preguntándome por qué yo no soy suficiente para que te quedes?

Camila se queda completamente petrificada. Se le abre la boca, redonda como una O, y sus ojos brillan con una incredulidad tan bestia que parece que le acabo de decir que la Tierra es plana.

—Darana... —susurra, dando un paso vacilante hacia mí—. Yo... yo no tengo ni idea. Dios mío. ¿Enamorada? ¿Me estás diciendo que después de todo este tiempo tú...?

—No lo digas —la interrumpo, dando un paso atrás hasta que mi espalda choca contra la pared—. No lo digas si vas a volver a

empaquetar tus malditos ordenadores y te vas a marchar cuando salga el sol.

—Te estás equivocando... Darana.

Ella niega con la cabeza, con una chispa de fuego salvaje encendiéndose en sus ojos. Cruza la distancia que nos separa como un auténtico torbellino, planta las manos a ambos lados de mi cabeza contra la pared, y con un movimiento rápido de sus dedos, se engancha al cuello de mi camisa empapada, tirando de mí con una fuerza descomunal.

—Entonces demuéstremelo —le exijo, clavándole la mirada en la boca—. Porque a mí las palabritas científicas ya no me valen, Bennet. Nunca me han valido.

Y antes de que pueda terminar de respirar... sus labios se estrellan contra los míos con la fuerza de un maldito huracán.

Darana

El agua cae con una violencia rítmica y pesada sobre nuestras cabezas, pero el estruendo del baño de la casa principal no logra apagar el rugido de mi propio corazón. Fuera, la tormenta sigue castigando cada rincón con relámpagos que iluminan intermitentemente las ventanas empañadas, como si el cielo mismo fuera testigo de lo que está a punto de suceder. No hay espacio para la lógica ni para los reproches acumulados. El vapor inunda el cubículo de cristal, envolviéndonos en una neblina cálida y densa que huele a lavanda silvestre del jabón, y a la piel húmeda y ardiente de Camila Bennet.

La tengo acorralada contra los azulejos de la ducha, con mis manos a ambos lados de su cintura, devorándole la boca con una desesperación que me quema las entrañas. Es un choque de labios y lenguas que sabe a cuentas pendientes, a resentimiento viejo y a un deseo contenido que ha estado a punto de hacernos saltar por los aires mil veces a lo largo de todos estos días.

Camila suelta un jadeo húmedo contra mi boca, enredando sus dedos largos en mi pelo empapado. Me tira de la cabeza hacia abajo con urgencia, obligándome a profundizar un beso que ya no tiene nada de sutil. Su lengua busca la mía con un descaro brutal, reclamándome, borrando de un plumazo la distancia física y emocional que nos ha separado durante tanto tiempo en este rincón remoto del Outback. Noto el contraste de su cuerpo presionando contra el mío; nuestras pieles mojadas resbalan en un vaivén caótico que me enciende la sangre hasta el punto de doler. Y justo después, mis manos bajan automáticamente por sus caderas, sintiendo la curva perfecta de sus glúteos, apretándola contra mí para que note la tensión insufrible que me domina.

—Darana... —gime entre mis labios cuando me separo apenas unos milímetros para buscar su cuello.

No la dejo hablar. No quiero palabras ni explicaciones lógicas que vuelvan a levantar nuestros muros. Le muerdo el lóbulo de la oreja y dejo una línea de besos ardientes por su mandíbula y garganta, saboreando el agua caliente que le resbala por la piel. Mis dedos se clavan en sus costillas, subiendo lentamente por los laterales de su torso hasta llegar a sus pechos. Sus pezones están erectos, duros por el contraste del frío inicial y el calor que ahora nos consume. Cuando mis palmas los rozan, Camila arquea la espalda contra los azulejos, soltando un grito ahogado que rebota en las paredes de cristal. Verla así, completamente expuesta, sin la armadura de sus ordenadores, sus gráficos ni su actitud distante, me provoca un subidón de poder y posesión que me hace temblar las piernas.

El agua golpea mis hombros aún doloridos por el golpe contra la cerca, llevándose la sangre del brazo —que se ha quedado en un simple rasguño—, pero el dolor físico desaparece por completo ante la sobredosis de adrenalina. Deslizo una mano por su vientre, recorriendo la línea de sus músculos hasta hundir mis dedos en la humedad de entre sus muslos. Camila separa las piernas instintivamente, buscando mi contacto, y cuando mi dedo roza su centro hinchado, un gemido ronco escapa de su garganta. Está empapada, ardiendo, tan dispuesta que la cordura se va por el desagüe junto al barro.

—Mírame, Bennet —le ordeno, agarrándola de la barbilla para obligarla a clavar esos ojos oscuros e inteligentes en los míos. Están empañados de deseo, brillantes y fijos en mí con devoción—. Mírame y dime que esto es real. Dime que no te vas a largar mañana al amanecer.

—No, Darana... Dios sabe que no me iré a ninguna —jadea, agarrándose a mis hombros con fuerza mientras subo el ritmo de mis dedos, acariciando su clítoris con movimientos circulares y

precisos que la hacen perder el control—. Fóllame bien adentro... por favor. Me estoy volviendo loca.

Sonríó e introduzco dos dedos en su interior, sintiendo su calor maduro y apretado envolviéndome. Camila echa la cabeza hacia atrás y sus uñas arañan mi espalda mojada mientras se mueve al compás de mi mano. El ritmo se vuelve rápido, carnal y directo. Escucho el sonido húmedo de nuestros cuerpos, el jadeo entrecortado de su respiración y el repiqueteo constante del agua. Cada vez que me hundo más en ella, Camila se aferra a mi cuello, buscando mi boca para ahogar sus gemidos en besos desesperados.

La tensión es tan alta que parece que la tormenta del exterior ha entrado con nosotras. Los movimientos de Camila se vuelven erráticos; sé que está a punto de romperse. Noto cómo sus paredes internas me aprietan. Aumento la presión, frotando su punto más sensible con el pulgar mientras mis dedos entran y salen profundamente.

—¡Darana! —grita mi nombre con la voz quebrada, mientras su cuerpo estalla en un orgasmo violento que la hace temblar de pies a cabeza.

Camila se desploma contra mi pecho, escondiendo el rostro en el hueco de mi cuello mientras los últimos espasmos la recorren. La abrazo con fuerza bajo el chorro caliente de la ducha, sintiendo los latidos desbocados de su corazón contra mis costillas.

Todavía jadeando, con los ojos inyectados y el pelo pegado a las mejillas, me empuja hasta que soy yo quien choca contra la pared de la ducha. Su mirada ha cambiado: ahora veo una determinación feroz, pícara y descarada que me recuerda exactamente por qué siempre ha sido mi rival más peligrosa.

—No creas que te vas a salir con la tuya —me advierte al oído con una sonrisa que me eriza la piel, mientras sus manos bajan por mis caderas sin pedir permiso.

Me agarra de un muslo y me levanta la pierna, obligándome a rodear su cintura. La postura me deja completamente expuesta al

chorro de agua y a sus dedos ansiosos. Camila no pierde el tiempo; se posiciona entre mis piernas y clava su mirada en la mía mientras desliza su mano por mi coño, encontrando mi deseo desbocado. Cuando sus dedos entran en mí de golpe, suelto un grito agudo que rasga el vapor. Su tacto es experto, se mueve con una destreza que me borra los pensamientos de la cabeza.

—¿Te gusta, Calloway? —ronronea, moviendo los dedos con un ritmo pecaminoso que me hace arquear la espalda y clavar las uñas en los azulejos.

—No pares, Bennet... maldita sea —le ruego, mientras me muerdo el labio para no gritar más fuerte.

Camila se ríe, una risa sensual que vibra directamente en mi vientre, y acelera el movimiento. Su pulgar presiona mi clítoris con constancia implacable mientras sus dedos se hunden profundamente, provocando oleadas de placer que me suben por las piernas y me nublan la vista.

El placer se acumula en mi bajo vientre como una carga eléctrica, pesada y deliciosa. Me muevo contra su mano con desesperación, buscando más, entregándome por completo. Camila me sujeta con fuerza de la cadera, estabilizándome contra la pared mientras continúa su ataque sin piedad, devorándome con la mirada y disfrutando de cada jadeo y de cómo su nombre se me escapa entre dientes.

—Eso es, Darana... mírame, no te atrevas a dejar de hacerlo —me exige.

La miro y el mundo se apaga. Una oleada de calor brutal estalla en mi interior, un latigazo eléctrico que me recorre toda la espalda. Mi cuerpo se tensa al máximo mientras el orgasmo me azota, dejándome las neuronas fundidas y los músculos vibrando en espasmos incontrolables. Me aferro a ella como si fuera el único punto firme en mitad del desierto, vaciándome por completo en sus manos.

Nos quedamos unidas bajo el agua. Camila me baja la pierna con suavidad, pero no se aleja; apoya su frente contra la mía, acariciándome la cintura con un pulso perezoso que me devuelve la calma.

En ese silencio húmedo y compartido, siento cómo los años de distancia se disuelven. Recuerdo las noches en las que la miraba de reojo, las entre amigas que siempre terminaban con ciertas chispas, lo mucho que me dolió y la odié cuando se marchó. Y, sin embargo, aquí estamos. La tormenta sigue rugiendo afuera, la hacienda sigue en peligro y los fantasmas del pasado acechan en las esquinas. Pero aquí dentro, envueltas en vapor y con la piel ardiendo, sé que el juego del gato y el ratón ha terminado.

Ya no hay mapas que valgan, ni laboratorios que puedan explicar lo que nos pasa. Solo somos Darana y Camila, dos mujeres que por fin han dejado de fingir que pueden vivir la una sin la otra.

Camila

El aroma del café recién hecho me envuelve. Durante unos segundos, disfruto unos segundos del silencio. Ya no hay tormenta, ruidos apocalípticos ni truenos que hagan temblar los cimientos. Solo se escucha el crujido leve de la madera, el canto estridente de las cacatúas madrugadoras y el murmullo distante de los animales que despierta poco a poco tras el caos de la noche anterior.

Me incorporo sobre la madera de la silla y doy un sorbo a mi taza antes de fijar la vista al frente. Darana está de espaldas a mí, frente a la encimera. Tiene el pelo recogido en una coleta baja y deshecha de la que escapan varios mechones rebeldes que le rozan el cuello de forma insultantemente sexi. Lleva la camisa remangada hasta los codos y unos tejanos ajustados que todavía conservan alguna mancha seca del barro arcilloso de ayer. Aun así, la tía está preciosa. No puedo evitar que se me escape una sonrisa de boba de campeonato.

—Si me sigues devorando con la mirada de esa manera, Bennet, voy a tener que empezar a cobrarte entrada por el espectáculo —comenta sin volverse, cortando con energía una barra de pan.

Me levanto despacio, balanceando la taza humeante entre las manos y apoyando la cadera en el borde de la mesa, disfrutando de las vistas de sus vaqueros.

—¿Siempre tan simpática y combativa por las mañanas, Calloway? —replico con una sonrisa ladeada mientras avanzo hacia su posición—. Creía que necesitabas al menos dos cafés bien cargados para ser medianamente soportable y no morder al primero que pasa.

Ella resopla, deja el cuchillo sobre la tabla y se gira hacia mí, cruzándose de brazos. Sus ojos miel buscan los míos con una intensidad de las que te quitan el hipo y te doblan las piernas en un segundo.

—Depende de con quién pase la noche y del ejercicio que hayamos hecho en la ducha... —murmura, arqueando una ceja con una picardía tan descarada que me obliga a tragar saliva.

Dejo la taza sobre la encimera, ignorando por completo el café. Acorto la distancia que nos separa, plantándome justo en su espacio personal hasta que noto el calor de su cuerpo. Mis dedos suben por su rostro casi por instinto, apartando con delicadeza uno de esos mechones rubios que le tapan los ojos. Su piel está tibia y un poco áspera por el sol del desierto, pero es una delicia rozarla.

—Buenos días —susurro.

Darana no me responde con palabras. En lugar de eso, da un paso al frente, me agarra por la cintura con sus manos fuertes y me pega a su cuerpo. El beso empieza suave, cálido, casi como si estuviéramos pidiéndonos permiso. Nada que ver con el huracán salvaje que desatamos anoche. Este beso es lento, paladeando el sabor de la otra. Y resulta mil veces más peligroso, porque significa que la coraza se está rompiendo y que aquí hay sentimientos de los gordos.

Cuando nos separamos un milímetro, nuestras respiraciones se mezclan y su frente se apoya contra la mía en un instante eterno.

—Esto es una malísima idea, científica... —murmura, aunque sus manos aprietan mis caderas con más fuerza, contradiciendo por completo sus palabras.

—Una idea nefasta, Calloway —respondo yo, deslizando mis manos hacia su nuca para acariciarle el nacimiento del pelo—. De las peores de mi carrera.

Ninguna de las dos se mueve. Al final, es ella quien carraspea, rompe el hechizo con un suspiro y regresa a la encimera para disimular que está tan caliente como yo.

—Vamos a comernos estas tostadas—anuncia, untando mantequilla como si le fuera la vida en ello—. Si no quieres desmayarte, mueve el culo y ayúdame con los platos. Y deja de mirarme como si fuera el postre, que te conozco.

Suelto una carcajada y recojo el hilo de normalidad que me tiende.

—A sus órdenes, jefa. Aunque tengo que decirte que estás para mojar pan, y las tostadas no tienen ese hoyuelo tan mono que te sale cuando te pones mandona.

Darana me fulmina con la mirada, pero sus mejillas se tiñen de un rubor precioso que me encanta descubrir. Preparamos el desayuno juntas en una coreografía un tanto torpe entre la cafetera, el pan y los tarros de mermelada casera. Destapo un bote de Vegemite y corto un trozo de queso artesano, y ese aroma intenso me golpea de lleno con una oleada de recuerdos tan vívida que me quedo paralizada, con el cuchillo a medio camino.

—La cantidad de recuerdos que se me vienen encima en esta cocina... —digo sin poder evitarlo, con la mirada perdida en los azulejos—. Sobre todo, de cuando empecé con Elijah. Cómo parecía que el mundo entero era nuestro y que nada podía salir mal.

El silencio cae sobre la cocina. Levanto la vista sobresaltada. Darana se ha quedado completamente estática, con el brazo suspendido en el aire. Su expresión se endurece al instante y la tensión en su mandíbula es tan evidente que corta el rollo por completo.

Mierda, Camila, qué bocazas eres.

Dejo el cuchillo de lado y me acerco despacio, midiendo cada paso como si caminara sobre un campo de minas. Le pongo una mano en el hombro, notando sus músculos rígidos.

—Si estás preocupada por él o por lo que yo pueda sentir, no deberías, de verdad —comento, subiendo la mano hasta su mejilla para que me mire—. Estoy segura de que Elijah querría vernos así. Y yo estoy aquí contigo, Darana. Solo contigo.

Ella desvía la mirada hacia la ventana, contemplando los terrenos con los ojos empañados por un dolor antiguo.

—Odio la manera en la que murió —me die—. Por culpa de lo que pasó, tenía los pulmones afectados, pero nunca nos lo digo. Y la infección... Aguantó como un jabato, luchando cada día. Incluso más de lo que los médicos creían posible. Y cada puñetera tarde preguntaba por ti, aunque intentara hacerse el duro.

Siento una punzada dolorosa y brutal en mitad del pecho.

—Darana ... —susurro, sintiendo que las lágrimas me queman detrás de los ojos.

—A pesar de cómo terminaron las cosas entre vosotros, él siempre te recordó con una sonrisa hasta el último suspiro —continúa, volviéndose para mirarme fijamente a los ojos, desnudándome el alma—. Decía que habías sido lo mejor que le pasó en la vida, que tenías que volar alto y que tu cabeza no estaba hecha para quedarse encerrada en un paraje perdido del Outback.

Las palabras me atraviesan como una espada. Se me forma un nudo tremendo en la garganta. Hay tantas cosas que nunca aclararé con él, tanto daño que causé por no saber medir el miedo que sentía en aquel entonces.

—Ojalá hubiera tenido las agallas de despedirme como Dios manda —confieso, bajando la cabeza—. Ojalá no hubiera sido tan cobarde como para huir de todo esto y dejaros con el marrón.

Antes de que me hunda en el pozo de la culpa, Darana da un golpe seco con los nudillos sobre la mesa, obligándome a espabilar.

—Se acabó el drama —pide, aunque me agarra la mano un segundo y me da un apretón reconfortante—. Mueve ese cuerpo, Bennet, que el desayuno se enfría. No quiero más fantasmas en mi cocina hoy. Estamos nosotras. Aquí y ahora. ¿Entendido?

Le agradezco el capote con una mirada de absoluta devoción. Nos sentamos a la mesa y damos buena cuenta de las tostadas, compartiendo sonrisas de complicidad por encima de las tazas de

café mientras la tensión del pasado se disipa para dar paso a un ambiente mucho más ligero y picante.

Cuando salimos al exterior una hora después, Birdsong Hills es un auténtico hervidero de actividad. Geoscience Australia ha cumplido su palabra. Las camionetas todoterreno están alineadas como soldados listos para el combate, cargadas hasta los topes con mallas de cobre y cabezales de protección electromagnética que contrastan de forma casi cómica con los corrales de madera y la tierra roja del rancho. Mis compañeros científicos, con sus camisas técnicas y sus carpetas, se mezclan con los peones de Darana en un vaivén que hace tres días habría parecido una alucinación.

Ethan y Bert están subidos a los tractores de doble tracción, maniobrando con pericia para abrir zanjas profundas en el suelo arcilloso. Las enormes ruedas giran con fuerza, levantando terrones de tierra húmeda mientras las cuchillas se hunden con precisión.

—¡Un poco más hacia el oeste, Ethan! ¡No te desvíes de la veta magnética o no servirá de nada! —grita Kira desde un lateral, consultando su *tablet* digital y haciendo indicaciones con los brazos como si fuera un controlador aéreo.

Ricky avanza a duras penas por el fango, cargando un pesado rollo de malla de cobre al hombro con la ayuda de dos técnicos de mi equipo.

—¡Madre mía! ¡Si me llegan a decir que acabaría enterrando metal como si estuviera buscando el tesoro de los piratas, no me lo creo! —bromea Ricky, limpiándose el sudor de la frente con el dorso del brazo.

Me detengo a observar el panorama con los brazos cruzados, sintiendo un orgullo tremendo. Mi equipo y esta gente se entienden a la perfección. En ese momento, noto la presencia de Darana a mi lado. Se coloca con las piernas un poco abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho y esa sonrisa chulesca que me vuelve loca.

—Oye, pues no está nada mal el despliegue para ser un puñado de empollones que solo saben mirar pantallas en oficinas

con aire acondicionado —comenta, dándome un toque con el hombro.

—Admítelo de una vez, Calloway —replico, devolviéndole el empujón con una sonrisa ladeada—. Te estamos salvando el culo. Un poco de respeto a la ciencia.

—No te vengas arriba, Bennet, que aquí el trabajo duro lo están haciendo mis tractores —responde, pero sus ojos brillan con un orgullo genuino que hace que mi pulso se ponga a mil por hora. Nos miramos un segundo de más, sintiendo cómo la electricidad de la noche anterior vuelve a chisporrotear entre las dos—. Anda, muévete. Tenemos que subir los cabezales PDCE a las colinas del norte antes de que el sol se ponga insoportable.

Darana asiente, recuperando su faceta de sargenta implacable.

—Voy a ensillar a Byron y a tu yegua. Y hazme el favor de agarrarte bien a las riendas, que no tengo el día para recoger científicas desparramadas por los riscos.

. . .

El ascenso hacia las colinas es una auténtica tortura física. El terreno sigue resbaladizo por el agua de la tormenta y el calor del mediodía australiano empieza a evaporar la humedad, creando un ambiente denso, pegajoso e insufrible que te deja la ropa pegada al cuerpo en minutos. Darana cabalga delante de mí sobre Byron, moviéndose al compás del caballo como si hubiera nacido sobre la silla —cosa que probablemente hizo—. Yo intento mantener la dignidad sobre la yegua, concentrada en no perder el equilibrio y en ignorar un cosquilleo de lo más extraño que empieza a recorrerme los brazos.

—¿Tú también lo notas? —le pregunto en voz alta, rompiendo el silencio del camino mientras contemplo cómo el horizonte se vuelve extrañamente borroso.

Darana detiene a Byron en seco y se vuelve en la silla. Tiene el rostro serio y la vista fija en los riscos más altos de la estación.

—Sí —responde—. Esto no me gusta un pelo. Huele a ozono otra vez. Es como si la tormenta nos estuviera vigilando desde arriba.

Apretamos el paso y cuando por fin coronamos la cima de la colina rocosa, el calor nos golpea como si abriéramos la puerta de un horno.

—Hay que instalar el disipador justo en esa formación de piedras —indico, señalando una elevación de roca caliza que domina todo el valle—. Desde ahí canalizará la energía hacia las mallas de cobre que Ethan está enterrando abajo.

Darana no pierde un segundo. Agarra la caja más pesada con una demostración de fuerza física que, para qué mentir, me resulta sumamente atractiva. Nos movemos en un silencio absoluto y compenetrado.

—Sujeta este soporte, voy a meterle el último tornillo de anclaje —me pide.

Su cercanía me rompe los esquemas por completo. Siento el calor abrasador de su cuerpo pegado a mi espalda, su respiración profunda y entrecortada rozándome la nuca y ese maldito aroma a cuero, sol y lavanda que emana de su piel. Me estremezco por completo, perdiendo la noción de la física por un momento.

—Ya está... ya lo tengo seguro —murmuro, aunque soy incapaz de apartarme ni un solo centímetro de ella.

Tampoco lo hace Darana. El silencio en mitad de la cumbre se vuelve denso, espeso y tan cargado de tensión sexual que casi se puede cortar con un cuchillo. El mundo entero desaparece y solo existimos nosotras dos en lo alto de esta roca del Outback.

De repente, Darana rompe el bloqueo. Me agarra de los hombros con una firmeza que me deja sin respiración, me gira por completo y me acorrala contra la pared de roca cálida, plantando las

manos a ambos lados de mi cuerpo. Sus ojos arden con una fogosidad salvaje que me hace contener el aliento.

—No puedo seguir jugando a esto, Camila —suelta, desesperada—. Llevo diez puñeteros años huyendo de lo que siento por ti, intentando convencerme de que te odiaba con todas mis fuerzas. Y ahora estás aquí, salvando mi negocio y mirándome como si fuera lo único que te importa en este planeta.

La agarro por las solapas de su camisa con rabia y la tiro hacia mí con todas mis fuerzas.

—Pues no te equivocas, Calloway.

Cuando sus labios se estrellan contra los míos, sé que hemos cruzado el punto de no retorno. Mis manos se hunden en su pelo rubio, tirando de la coleta para deshacerla por completo mientras ella gime contra mi boca, hundiéndose en mí con una posesión y una ternura que me vuelven loca.

—Dios, cómo te he echado de menos, sabelotodo... —murmura entre beso y beso, devorándome la boca como si se le fuera la vida en ello.

Darana

—¡O dejas de mirar esa pantalla como si fuera a revelarte el secreto de la eterna juventud o te requiso la *tablet* por el bien de mi salud mental, Bennet! —le suelto a Camila sin apartar los ojos de la carretera, pegándole un manotazo cariñoso al volante de mi Ford Ranger.

El salpicadero vibra mientras descendemos por el sinuoso camino de tierra y grava que conecta Birdsong Hills con el centro de Willow Creek. El motor ruge con esa familiaridad que siempre me da calma, pero hoy no hay Dios que me deshaga el nudo que tengo en el estómago. Ni el rugido del Ranger, ni el paisaje de eucaliptos achicharrados por el sol que se despliega ante mí, ni la presencia de quien viaja conmigo en el habitáculo.

Camila, sentada en el asiento del copiloto, da un respingo, se recoloca las gafas de ver y suspira con una concentración que roza lo obsesivo. Sus dedos largos vuelven a tamborilear sobre la pantalla táctil, repasando por milésima vez los jodidos gráficos de Geoscience Australia.

—Si no reviso los gradientes de conductividad de la veta, corremos el riesgo de colocar los disipadores en el tejado equivocado y que el pueblo entero actúe como una tostadora gigante —replica ella.

En el asiento trasero, Kira revisa sus propios datos en un ordenador portátil, murmurando cifras sobre presión atmosférica. A su lado, Joyce abraza una cesta enorme repleta de termos de café bien cargado y pasteles caseros de carne como si estuviéramos a punto de irnos de picnic dominguero a las playas de Sídney, en lugar de enfrentarnos a una tormenta que promete freírnos los sesos.

El cielo del Outback no engaña a nadie. Ya no queda ni rastro de ese azul limpio y cegador de la mañana; ahora el horizonte arrastra un manto gris plomizo, denso y espeso, que parece aplastar las colinas rocosas. El viento empieza a levantarse, arrastrando remolinos de polvo rojizo, rastros y hojas secas que golpean contra el parabrisas. El desierto entero parece contener la respiración a la espera del gran impacto.

Aprieto la mandíbula hasta que me duelen las muelas. Hace apenas una semana, yo habría sido la primera en mandar a Camila y a sus cacharros tecnológicos a freír espárragos. Habría cuestionado cada uno de sus gráficos y cada una de sus palabrejas de empollona. Pero después de lo que ha pasado entre nosotras, y sobre todo, tras comprobar la magia que tiene en las manos dentro, soy la primera que necesita que todo el mundo la escuche.

—Cuando lleguemos a la plaza, déjame hablar primero a mí —le pido a Camila—. Los vecinos de Willow Creek son más tercos que una mula y no van a querer que les instalemos todos estos cacharros si no hablamos con claridad.

Noto la mirada de Camila clavada en mi perfil. No necesito girarme para saber que está evaluando la tensión de mi cuello, midiéndome el pulso con esos ojos oscuros que me dejan sin respiración.

—No pensaba quitarte el protagonismo, Calloway. Este es tu terreno.

Aprovechando que reduzco la marcha al entrar al pueblo, Camila estira la mano y roza mis dedos sobre la palanca de cambios. Asiento con la cabeza para disimular la taquicardia, y el silencio que se instala en la cabina se llena de todas las burradas eróticas que aún no nos atrevemos a soltar en voz alta delante de los demás.

Kira interviene desde el asiento trasero, destrozando el momento romántico con su pragmatismo habitual.

—Los últimos datos meteorológicos confirman que la tormenta electromagnética se intensificará antes del atardecer. Si no

instalamos los pararrayos en los puntos clave de la comunidad, el riesgo de incendios es del noventa y cuatro por ciento.

Willow Creek aparece ante nosotras con un ambiente de lo más tenso. Las calles de tierra están inusualmente concurridas, pero la energía no es de fiesta precisamente. La gente se mueve formando corrillos frente a la estafeta de correos y mirando al cielo gris con una frecuencia que denota que se huelen lo que viene. Detengo el Ranger con un frenazo en mitad de la plaza principal y bajo de un salto, ajustándome el sombrero. Camino con paso firme y decidido hacia el grupo que se agolpa a las puertas del ayuntamiento, donde el alcalde y los miembros del consejo discuten acaloradamente. Sus rostros reflejan exactamente lo que me temía: escepticismo, preocupación y una buena dosis de ese orgullo que tanto nos cuesta soltar a los que vivimos en mitad de la nada.

—Calloway —me saluda el alcalde, cruzándose de brazos sobre su barriga cervecera y mirándome con desconfianza—. Nos han dicho que vienes con... instrucciones para el pueblo. ¿Desde cuándo nos dices qué hacer?

Respiro hondo, plantando las botas con fuerza. Este es mi momento. No puedo meter la pata.

—No son mis instrucciones, Thomas —le respondo—. Son las de ella, la doctora Bennet. Y más nos vale escucharlas si no queremos que Willow Creek acabe reducido a cenizas cuando llegue la gran tormenta.

Señalo con un gesto rotundo a Camila, que se acerca a mi lado flanqueada por Kira y Joyce, sosteniendo su *tablet* como si fuera el escudo del Capitán América. Un murmullo generalizado recorre la multitud; algunos la miran con recelo, otros con el típico «ya viene a darnos lecciones».

Doy un paso al frente, interponiéndome entre los vecinos y ella, clavando los ojos en el alcalde.

—Escuchadme bien. Si queremos salvar nuestras casas, este pueblo... necesitamos la colaboración de todos. El Instituto no se

anda con tonterías. Esto no es un capricho científico para salir en las noticias —añado, bajando el tono—. Es la puta diferencia entre mantener cada rincón en pie o verlo arder por culpa de un rayo. Yo ya he visto lo que el fuego le hace a esta tierra. No voy a permitir que nos pille de brazos cruzados.

El alcalde intercambia una mirada eterna con los concejales, se rasca la nuca con resignación y termina por ceder, resoplando.

—Está bien, Calloway. Si tú pones la mano en el fuego por la científica... Dinos qué hay que hacer.

A partir de ahí, la plaza se convierte en una coreografía frenética de lo más divertida. Las camionetas del Instituto empiezan a descargar cajas metálicas, cables fosforitos y herramientas de última generación que contrastan de una manera ridícula con nuestras camionetas abolladas y las palas llenas de grasa. Camila se mueve entre los rudos vaqueros del pueblo con una soltura que me deja boba; da órdenes secas, reparte esquemas y explica el funcionamiento de los disipadores con una pasión que les cierra la boca a los más escépticos.

Kira organiza las herramientas, Ethan aparece cargando más mallas de cobre y los peones locales se ponen a taladrar tejados sin rechistar.

Miro hacia arriba y veo a Camila subiendo por la escalera de madera del tejado de la escuela con una agilidad tremenda. Subo detrás de ella a toda prisa. Al pasarle una llave inglesa, nuestros dedos se rozan de forma inevitable. Y sentimos un chispazo tan real que casi suelto la herramienta del susto.

—¡Oye! —protesto con una sonrisa pícaro, frotándome la mano—. ¿Tanto te alegras de tenerme cerca, Bennet?

Camila me clava una mirada intensa.

—¿Puedes sujetar este anclaje y dejar de flirtear en horas de trabajo, Calloway? —me espeta en un susurro ardiente—. Necesito que esto no se mueva ni un milímetro mientras aseguro los bornes de cobre. Concéntrate, anda.

Asiento entre dientes, agarrando el metal con fuerza.

—Darana ... —murmura de repente, aprovechando que Ricky se ha girado a por más material—. Sé que no es fácil para ti ponernos al mando ante tus vecinos. Gracias por confiar en mí y por dar la cara de esa manera ahí abajo.

—No te acostumbres, científica —le respondo, clavándole los ojos en los labios con una fijeza peligrosa—. Sé de lo que eres capaz.

Ella sonríe con esa calidez que me desarma por completo y, por un segundo que me sabe a gloria, cubre mi mano con la suya sobre el soporte metálico.

Al bajar del tejado con las manos negras de hollín y grasa, Joyce ya tiene montada una cantina improvisada en el porche del club social, repartiendo café hirviendo y bocadillos a diestro y siniestro entre el ruido de los taladros.

Y entonces, para acabar de animar la fiesta, aparece Maddie.

La veo venir desde el otro extremo de la plaza con su habitual paso decidido, pero hoy no lleva esos modelitos ajustados que usa para provocarme en mitad de una jornada laboral; viste unos vaqueros desgastados llenos de tierra, una camisa de franela vieja y sujeta una carpeta con papeles contra el pecho con una seriedad que no le conocía.

—Ya se han evacuado todas las granjas que lindan con el cauce del río —anuncia sin rodeos, plantándose frente a nosotras y enseñándome la lista oficial—. Familias, niños y animales domésticos ya están a salvo en los pabellones habilitados. También he organizado los todoterrenos para los ancianos de las afueras.

Camila parpadea, completamente patidifusa.

—Impresionante... gracias por hacerlo tan bien.

Maddie le devuelve una sonrisa, con ese puntito de suficiencia que la caracteriza, pero sin una pizca de maldad.

—No te emociones, que no lo hago para ganarme una medalla —replica, guiñándole un ojo con descaro—. Solo intento que el pueblo no desaparezca del mapa. Al fin y al cabo, Willow Creek también es mi hogar.

—Oye, pues va a resultar que detrás de esa fachada hay una mujer de armas tomar —le digo, dándole una palmada amistosa en el brazo—. Gracias por el trabajo, de verdad.

Un rato después, mientras el último retén de vecinos asegura el pararrayos principal en lo alto del campanario de la iglesia, me aparto hacia la parte trasera de mi vehículo para ordenar unas cajas de herramientas. Maddie aparece de la nada, apoyándose con los brazos cruzados y esa sonrisita capciosa que siempre usa cuando quiere pincharme.

—Bueno, jefa... —suelta con calma, mirándome de arriba abajo—. Ya puedes ir relajando esa mandíbula, que ya no tengo el cuerpo para intentar quitarte a tu preciosa científica.

—No sabía que Camila tuviera mi nombre escrito en la frente, Maddie —le espeto, aunque el corazón me da un vuelco ridículo dentro del pecho.

—Por favor, Darana, tendrías que estar más ciega que un topo para no darte cuenta de que esa mujer solo tiene ojos para tus malditos hoyuelos —resopla ella, soltando una risa floja—. Deberías ver cómo te devora con la mirada. Le traes loca, asúmelo.

La miro fijamente durante un segundo, y al final no puedo evitar estallar en una risa.

—Gracias por lo de las evacuaciones, de verdad —le repito, cambiando de tema para no ponerme roja como un tomate—. Te debo una ronda de cervezas bien frías en el bar cuando pase todo este infierno.

Maddie asiente.

—Este lugar nos importa a todos. Incluida yo, aunque a veces sea un dolor de muelas. Solo espero que cuando volvamos a la

normalidad, los turistas del rancho sigan pidiendo que yo sea su guía.

—Eso dependerá de lo bien que hagas tu trabajo a partir de ahora. Aunque estoy segura de que mucho mejor que cada día.

Maddie me estrecha la mano. Con ese simple gesto enterramos de una vez por todas los viejos rencores, los celos absurdos y las tonterías del pasado.

Cuando regresamos con el grupo, el último dissipador ya brilla en lo alto. El sol empieza a esconderse por el horizonte, tiñendo el desierto de un tono anaranjado oscuro y tétrico que no logra disimular las nubes negras que avanzan a toda velocidad. El viento ha cambiado por completo de dirección. Huele a ozono.

La tormenta inminente está sobre nosotros.

Pero pase lo que pase, sé que voy a luchar con uñas y dientes. Por mi tierra, por mi gente... y por la mujer que me tiene completamente loca.

Camila

—A ver, repasemos: sándwiches ordenados por ingredientes, tres manzanas rojas, las zanahorias y la botella de agua con un toquecito de limón. Perfecto —me digo a mí misma, recolocando por quinta vez los recipientes dentro del capazo de mimbre en la mesa de mi cabaña.

Cuando termino, me acerco al alféizar de la ventana y apoyo ahí los codos. El aire del desierto australiano huele a eucalipto y al cambio que anticipa la tormenta. A lo lejos, el motor de un tractor rompe el silencio con su rítmico traqueteo de doble tracción. Ethan y Bert continúan abriendo zanjias para enterrar las mallas de cobre bajo la supervisión de Kira y los peones que se han unido al trabajo.

Sin duda, si el temporal no causa los estragos que pienso, será gracias al esfuerzo que todos han hecho por aquí.

—Los echaba de menos... —me sorprende diciendo.

Me aparto de la ventana de un salto y me aliso la camisa. Madre mía, cómo tengo el pulso. Entre todos los gráficos que tengo flotando en el cerebro, hay un pensamiento que late con muchísima más fuerza, insidioso, ardiente y peligrosamente picante: Darana Calloway.

El sonido de unos cascos y un resoplido justo fuera de mi cabaña me hace sonreír y después de ponerme el sombrero, salgo al porche cargando el capazo para ver, efectivamente, que ahí está la vaquera de mis pecados.

Darana está apoyada contra Byron, sosteniendo las riendas de otra yegua torda preciosa. Lleva el sombrero calado hasta las cejas, su habitual camisa vaquera y el pelo rubio recogido en esa perfecta trenza que cae a la su espalda.

—Buenos días, Bennet —me suelta con esa sonrisa descarada que me vacía el cargador de los argumentos en cuestión de un segundo. Y después me mira con una ceja alzada—. ¿Qué llevas ahí? ¿Un cargamento tecnológico?

Señala hacia el capazo.

—Buenos días —replico, bajando los escalones del porche e intentando que no se me note que la devoro con la mirada—. Para tu información, traigo un poco de comida para un pequeño picnic improvisado. Y veo que has venido con refuerzos.

Señalo con la barbilla hacia la yegua torda, que me mira con ojos pacíficos.

—He pensado que esta señorita sería más compasiva con tus delicados huesos de científica. Además, se lleva de maravilla con Byron. Monta, anda, que así podremos ir supervisando cómo va la colocación de las mallas.

—Sabes que no he perdido el arte de cabalgar ¿verdad? —le digo, plantándome a su lado y acomodando el capazo en la montura—. Te recuerdo que he sido capaz de domar a tus peones y a tu... carácter.

Darana suelta una carcajada.

—No cantes victoria tan rápido, cerebritito.

Al pasarme las tiras de cuero, Darana me mira de reojo, y clava los talones para iniciar la marcha.

Cabalgamos a ritmo lento hacia los límites de la propiedad, dejando que los animales marquen el paso sobre la tierra. El paisaje es una auténtica postal: las vacas pastan en los llanos ajenas al peligro magnético, un bando de cacatúas blancas levanta el vuelo desde un eucalipto viejo armando una algarabía tremenda y los perros ovejeros corren a nuestro lado sacando la lengua. Durante unos minutos, siento una paz maravillosa.

—Esto sigue siendo espectacular —murmuro, contemplando el horizonte infinito con una punzada de nostalgia.

—Algunas cosas han cambiado en diez años... —responde Darana, girando la cabeza hacia mí con una mirada tan intensa que me pone roja como un tomate—. Pero este lugar sigue teniendo la misma alma.

—¿Y las cosas importantes? ¿Han cambiado? —le pregunto, picándola un poco.

Ella detiene a Byron un instante, obligándome a frenar también.

—Las importantes siguen exactamente en el mismo sitio donde las dejamos. Aunque a veces me pregunto si somos idiotas por desenterrarlas ahora.

—Bueno, la última y primera vez que desenterramos algo terminamos empapadas en tu ducha, Calloway —le suelto con un desparpajo que ni yo misma me reconozco, arqueando una ceja.

Darana resopla, disimulando una sonrisa pícara, e inicia la marcha de nuevo.

—Eres una provocadora, Bennet.

—¿Se puede saber a dónde me quieres llevar con tanto misterio? —le grito, siguiéndole el trote.

—Confía en mí un rato. ¿O es que la gran científica le teme a las intenciones de una humilde vaquera?

—Confiar en ti es mi mayor problema —confieso y ella me vuelve a sonreír.

El camino se vuelve estrecho y escarpado, rodeado de maleza densa que nos obliga a agachar la cabeza. El murmullo refrescante del agua aparece antes incluso de que abramos un claro entre las ramas, y cuando por fin entramos en el lugar, me quedo con la boca abierta. «El rincón de los melaleucas». El riachuelo corre limpio y cantarino, reflejando destellos de plata bajo una cúpula de hojas perennes que bloquea el calor sofocante del desierto. Ni siquiera recordaba que estuviera tan... bonito.

—Darana... —susurro, desmontando con cuidado de no desordenar el capazo—. Esto es una maravilla.

—Hace un par de años limpie los accesos y dejé que la naturaleza respirara un poco mejor —dice ella, bajando de Byron y quitándose el sombrero para sacudirse el polvo—. Necesitaba un sitio donde respirar cuando el trabajo me superara. Un rincón que fuera solo mío. Bueno... ahora nuestro, supongo, si te portas bien.

La miro sintiendo una ternura tan grande que me escuece el pecho. Esta mujer ruda y mandona tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

—Es perfecto. No puedo creer que hayas dedicado tiempo a esto con los dolores de cabeza que te da la hacienda.

Nos acercamos la una a la otra de forma magnética, sin planearlo, como si la gravedad de Birdsong Hills nos empujara al mismo punto. Estoy a milímetros de su rostro, sintiendo su aliento cálido, dispuesta a tirarme de cabeza a sus labios cuando un sonoro, estridente y espantoso rebuzno rompe la magia del momento.

Me giro de golpe, con el corazón en la boca.

—No puede ser... —murmuro entre incrédula y profundamente horrorizada.

Angus está a tres metros de nosotras, moviendo las orejas con una expresión de absoluta inocencia.

—¿Nos ha seguido esa máquina de demolición peluda? —le pregunto a Darana, con los ojos como platos.

Pero Darana ya está apoyada en el tronco de un árbol, partiéndose de risa.

—¡No te rías, Calloway! —le advierto, aunque la situación es tan ridícula que a mí también me da la risa—. ¡Ese animal es un delincuente profesional! Seguro que ha venido buscando algo.

—¿Acaso lo dudabas? —consigue articular ella entre carcajadas.

No me da tiempo a replicar. Angus, con una precisión que ya querrían mis satélites meteorológicos, mete el hocico directamente en mi capazo y engancha con los dientes la bolsa de las zanahorias.

—¡Eh! ¡Quita tus sucias pezuñas de ahí, ladrón de cuatro patas! —grito, agarrando el asa del capazo con fuerza y tirando hacia mí—. ¡Suelta, que esto es propiedad privada!

Al tirar, el burro planta los cascos en el barro y tira en sentido contrario con una testarudez colosal.

—¡Darana, por el amor de Dios! Haz algo —exclamo entre risas y desesperación, perdiendo el terreno por segundos.

—¿Y qué quieres que haga, Bennet? —responde ella, cruzada de brazos y disfrutando del espectáculo sin mover un dedo—. ¿Quieres que le lea sus derechos constitucionales? ¿Que abra una negociación diplomática? Ya sabes que Angus no acepta sobornos que no sean vegetales. Habrá olido la comida nada más salir de la cabaña —añade.

—¡Que se va a comer el almuerzo que he tardado media hora en ordenar!

Angus pega un tirón seco con el cuello, el asa de mimbre cruje y el burro se retira tres pasos masticando ruidosamente mi bolsa de zanahorias con una dignidad que resulta insultante. Me quedo con el capazo desordenado en las manos, mirando al animal con indignación.

—Esto es absurdo —gruño—. Un burro australiano me acaba de mangar el desayuno en mis propias narices.

Darana ya no puede más. Se sienta en una roca, tapándose la cara con las manos por la risa.

—Tenías que llegar tú para desafiar las leyes de Angus —dice recuperando el aliento, con los ojos brillantes y ese hoyuelo precioso marcándosele en la mejilla—. Dos mujeres hechas y derechas peleándose con un burro por un manojo de hortalizas.

Me quedo totalmente paralizada mirándola. Hacía diez años que no la veía reír así. Libre de cargas, mostrando una faceta tan bonita que me derrite por dentro de inmediato. Y el corazón se me ablanda de golpe.

—Está bien, tú ganas, bandido —le digo a Angus con resignación, tirándole el capazo vacío al suelo—. Pero que sepas que no tendrás premio cuando volvamos a casa.

Me giro hacia Darana, cruzándome de brazos y fingiendo un enfado monumental.

—Tú eres su cómplice. Lo has planeado todo para verme fracasar contra la fauna local, confiesa.

—Confieso que lo vi venir desde que salimos de los corrales —admite ella, levantándose de la roca con pasos lentos, borrando la distancia que nos separa—. Pero no tenía corazón para estropearte el momento.

Su risa se apaga, pero la calidez de su mirada se intensifica, volviendo el aire entre nosotras denso y abrasador. Darana da el último paso, plantándose a milímetros de mí, y levanta una mano para apartarme un mechón de pelo de la cara. Sus dedos rozan mi mejilla, dejándome la piel temblando.

—Te he echado muchísimo de menos —susurra—. Creo que te necesitaba para salvarme a mí misma de volverme de piedra.

Trago saliva con dificultad, sintiendo que el mundo entero se tambalea bajo mis botas.

—Darana... —murmuro su nombre, agarrándola de las muñecas para que no aleje su mano de mi rostro—. Yo..., debo reconocer que tuve un pánico atroz a volver y descubrir que me odiabas.

—Nunca he podido odiarte, sabelotodo. ¿Es que no te ha quedado claro ya? —susurra ella, acortando el último espacio que nos queda hasta que siento el roce suave de sus labios contra los míos.

Mis manos se hunden en su trenza rubia y ella me rodea la cintura con sus brazos fuertes. Darana me pega a su cuerpo, arrancándome un gemido que se ahoga en su boca.

El riachuelo sigue corriendo a nuestro lado y, a pocos metros, Angus sigue masticando sus zanahorias ajeno a todo. Pero a mí ya me da igual el burro, y todo lo demás. Porque la estoy besando a ella, a una mujer que siempre tuve en mi radar, por mucho que me desviara del camino.

—Te adoro, Darana Calloway.

—Esto no puede ser bueno...

Estoy de pie junto a la valla de madera del corral principal, con las manos bien apoyadas, cuando levanto la vista y me doy cuenta de que el color rabioso del Outback australiano ha decidido desaparecer del todo y más pronto de lo que preveía. En su lugar, un manto plomizo, espeso se asienta sobre el horizonte, suspendido en una calma que te pone los pelos de punta. El aire pesa tanto que se te mete bajo la piel y te obliga a respirar hondo, como si tus pulmones supieran antes que tu cabeza que lo que se avecina va a ser grave.

Las vacas, allá a lo lejos, han dejado de pastar y se agolpan en masa bajo los eucaliptos, quietas y en un silencio sepulcral que asusta. Ni un bicho vuela. Los caballos en los establos están con los nervios a flor de piel, y en cuanto entro en las caballerizas, el jaleo me golpea de lleno: relinchos histéricos y golpes por doquier. Byron, es el primero en sacudir la cabeza con las fosas nasales abiertas de par en par.

—Eh, chico... frena un poco el carro —le pido, acercándome a su box y estirando el brazo para acariciarle el cuello. Pero en cuanto mis dedos van a rozar la cadena de metal, siento un chasquido brutal entre el hierro y mi piel—. ¡Ay! —exclamo, dando un salto hacia atrás y sacudiendo la mano como si me la hubieran quemado.

La electricidad estática ya cruza el ambiente. Siento el vello de los brazos erizado y una tensión en la nuca que ríete tú del estrés. Byron da un bufido, igual de asustado, así que me pego a la madera y apoyo mi frente contra la suya, aguantando el cosquilleo eléctrico que nos une.

—Lo sé, grandullón, yo también lo noto —le susurro al oído, acariciándole el belfo con suavidad—. Hemos salido de muchas, y vamos a salir de esta. Tenemos a Camila aquí, ¿recuerdas?

De repente, unos pasos rompen el ambiente del establo.

—¡Darana! —brama Bert desde la entrada, apareciendo con el sombrero calado hasta las cejas y una caja de herramientas enorme—. ¡Tenemos que asegurar los portones del corral grande!

Me separo de Byron, me ajusto el sombrero de un tirón y me coloco los guantes de trabajo.

—No perdamos ni un maldito segundo —le respondo, saliendo detrás de él a grandes zancadas—. ¿Cómo están los cierres de la zona este?

—¡Hechos unos zorros! —grita Bert entre el rugido de las primeras ráfagas de viento, que ya empiezan a levantar remolinos de tierra por todo el patio—. Ethan se ha quedado con las mallas de cobre abajo, en los campos, pero nosotros necesitamos reforzar el perímetro principal o todo saldrá volando.

—¡Pues menos charla y más herrajes! —le suelto, cogiendo una llave inglesa de su caja mientras nos plantamos ante el portón principal, que ya ha empezado a castañear.

Nos ponemos codo con codo a reforzar los cierres como si no hubiera un mañana. Cada dos por tres, las herramientas nos meten unos calambres de campeonato, obligándome a soltar más de un juramento entre dientes.

Justo cuando estoy apretando la tercera bisagra, una camioneta entra derrapando en el patio, levantando una polvareda que casi nos deja ciegos. La puerta se abre de golpe y Joanie baja de un salto, con su habitual sonrisa de suficiencia.

—¿Es que no pensabas pedirme ayuda? —me recrimina, cruzándose de brazos.

—¡Coge un taladro! ¡Llegas a tiempo! —le grito, limpiándome el sudor de la frente con el brazo.

Detrás de ella bajan Ricky y Lily de la cabina, cargando tabloncillos gruesos y tras una mirada de aprobación hacia nosotras, Maddie también se les une al trabajo.

—¡Ricky ir al portón del este y reforzad los travesaños antes de que os gane la partida el temporal! ¡Moveos!

La actividad en el patio se vuelve frenética. Entre el ruido de los taladros, los martillazos y los gritos para entendernos por encima del viento, esto parece una obra de locos, pero somos una piña. Porque cuando las cosas se ponen feas en Birdsong Hills y en el pueblo, aquí todo el mundo arrima el hombro.

Joanie se coloca a mi lado para sostener una plancha de madera pesada mientras yo le meto presión con los tornillos.

—Oye, Darana —me llama, mirándome de reojo con picardía—, ¿cómo vas con Bennet?

Siento que las mejillas se me encienden más por su comentario que por el esfuerzo físico, y aprieto el gatillo del taladro con fuerza.

—¡Cállate y sujeta bien la madera, anda! —le espeto, aunque el corazón ya me cabalga a toda prisa.

Tras un par de horas de dejarnos la piel, el perímetro queda más blindado que una caja fuerte. Dejo las herramientas en la caja, con los músculos protestando por el esfuerzo.

—¡Buen trabajo! —les grito a todos, haciéndoles una señal con la mano.

Cuando la mayoría se marcha hacia sus puestos de trabajo y hacia el pueblo, me quedo sola en mitad del patio, rodeada por el zumbido del viento. Por suerte, los perros también están protegidos en sus propias casas y eso me deja un poco más tranquila.

Mis ojos se van directos a la cabaña de Camila. Las luces están encendidas, reflejando el brillo azulado de sus monitores meteorológicos. Mis botas se mueven solas sobre la tierra; subo los escalones de madera, y abro la puerta sin llamar.

Dentro, el ambiente está caldeado y huele a café cargado. Camila está hecha un ovillo en la silla frente a las pantallas, frotándose las sienes con desesperación. Tiene el pelo hecho un desastre, recogido con una pinza, y unas ojeras que le llegan a los pies. Varias tazas vacías decoran la mesa en un orden que, seguro que para ella tienen un sentido en concreto. Como todo en su universo propio.

Cierro la puerta y ella se sobresalta, girándose en la silla.

Cuando me mira, le sonrío, me quito el sombrero, lo tiro sobre una mesa y voy directa a la cafetera. Sirvo dos tazas del líquido negro y me acerco a ella, plantándole una delante de las narices.

—Toma, científica. Tomate cinco minutos de tregua antes de que te estalle una arteria.

Camila suelta una risita floja y coge la taza.

—Siempre tan mandona, Calloway —me dice antes de dar el primer sorbo.

—Es mi especialidad, Bennet —replico, sentándome a su lado.

Nos quedamos un momento en silencio, saboreando el café ardiente mientras fuera el viento empieza a sisear con más fuerza.

—¿Cómo va? —pregunto, mirándola de reojo y detallando la curva de su cuello.

Camila suelta un suspiro y deja la taza en la mesa, alineándola perfectamente con el borde.

—Pues... el frente frío está chocando con la masa de aire cálido y el radar se está volviendo loco. Si mis cálculos fallan y los pararrayos no aguantan el impacto... —Se muerde el labio inferior, inquieta, y se pasa las manos por la cara—. Darana, si pasa algo por mi culpa, no me lo voy a perdonar.

Me muevo rápido, dejo mi taza y la agarro por los hombros, obligándola a mirarme de frente.

—Mírame, Camila. En este lugar todos confiamos en ti, y yo la primera, ¿te queda claro? Has venido aquí a salvarnos el pellejo y lo vas a hacer.

Camila me mira y veo cómo se le corta la respiración. Sin pensarlo dos veces, la rodeo con mis brazos, atrayéndola hacia mi pecho. Ella se queda rígida un segundo, pero enseguida se derrite y se agarra a mi camisa como si le fuera la vida en ello, hundiendo la cara en mi cuello.

—Tengo miedo —confiesa, erizándose la piel—. Tengo miedo de que la tormenta destruya la hacienda... de que también afecte a todo el pueblo.

Le levanto la barbilla con suavidad, obligándola a clavar sus ojos en los míos, y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—A tomar por saco los miedos, Bennet —le suelto, acortando la distancia entre nuestros rostros—. Lo que ocurrió en el pasado fue una mierda, pero ahora somos más fuertes. Que venga la tormenta que quiera, estoy segura de que no nos va a vencer.

Camila traga saliva, con la respiración completamente entrecortada y los labios a milímetros de los míos.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura en mi puñetera vida —le respondo, y antes de que pueda añadir una sola palabra, la callo con un beso.

Darana

El beso se profundiza y el mundo exterior se desvanece por completo. Mis labios reclaman los suyos con urgencia, y Camila responde con la misma intensidad, como si la tormenta que se acerca fuera solo una excusa para rendirnos a esto. Sus manos se aferran a mi cintura, tirando de mí hacia ella mientras nos levantamos sin separar nuestras bocas. El café queda olvidado sobre la mesa, las pantallas parpadean con datos irrelevantes y el zumbido de los equipos se convierte en un ruido de fondo que apenas registro.

—Darana... —murmura Camila contra mis labios, con la voz ronca y entrecortada—. Si seguimos, no voy a poder parar.

—Pues no lo hagas, porque esto es justo lo que quiero ahora mismo. Que le den por culo a lo demás —respondo, mordiendo suavemente su labio inferior y tirando de él con los dientes. Mis dedos se enredan en su pelo desordenado y tiro con suavidad para exponer su cuello. La beso ahí, lamiendo la piel caliente, saboreando el leve sabor a sal y café.

Ella gime bajito y me empuja hacia el fondo de la cabaña, donde la cama grande ocupa gran parte del espacio. La habitación está en penumbra, iluminada solo por la luz de una lámpara de mesa y los destellos de los monitores. Caemos sobre el colchón enredadas, yo encima de ella. Mis manos exploran su torso por encima de la ropa, sintiendo cómo sus pezones se endurecen bajo la tela.

Camila arquea la espalda y me empieza a desnudar con movimientos apresurados, dejando rastros de calor. Cuando me

quedo en sujetador, se incorpora para besarme el valle entre los pechos, bajando la boca con hambre.

—Eres tan jodidamente hermosa... —susurra, desabrochando el cierre. Mis pechos quedan libres y ella los atrapa con las manos, amasándolos mientras su boca se cierra sobre uno de mis pezones. Lo chupa con fuerza, lo muerde con cuidado y luego lo lame en círculos lentos que me hacen jadear.

—Camila... joder... —gimo, apretando su cabeza contra mí. Siento un latido caliente entre mis piernas, la humedad empapando ya mi ropa interior. Me froto contra su muslo instintivamente, buscando fricción.

Ella sonríe contra mi piel y me gira, colocándose encima. Sus ojos brillan con deseo mientras me baja los pantalones y las bragas de un tirón, dejándome completamente expuesta ante ella. Sus dedos recorren mis muslos, separándolos con lentitud deliberada.

Después, desliza los dedos por mis pliegues hinchados, recogiendo mi humedad y extendiéndola hacia arriba sin tocar mi clítoris directamente.

Gimo alto y abro más las piernas, ofreciéndome sin vergüenza. Camila se arrodilla entre ellas y baja la cabeza. Su aliento caliente roza mi coño antes de que su lengua lo haga. Lame despacio desde abajo hacia arriba, saboreando cada pliegue, separándolos con la punta de la lengua. Cuando llega a mi entrada, la penetra con un movimiento profundo y húmedo, follándome con la boca mientras sus manos sujetan mis caderas para mantenerme quieta.

—Dios... sí... así —jadeo, enredando los dedos en su pelo y empujando contra su cara. Su lengua entra y sale, girando dentro de mí, y luego sube a succionar mis labios mayores, mordisqueándolos con suavidad. El placer es ardiente, líquido, y siento cómo me empapo aún más contra su boca.

Camila gruñe de satisfacción y acelera el ritmo. Se come mi coño con hambre, como si llevara años soñando con esto. Sus labios

succionan mis pliegues, su lengua los recorre una y otra vez, y de vez en cuando roza con los dientes la piel sensible, mientras mis caderas se mueven solas, cabalgando su cara con el placer subiendo en oleadas.

—Quiero que te corras en mi boca —dice con voz ronca, separándose apenas un segundo para mirarme.

—No... aún no —consigo decir, tirando de ella hacia arriba—. Quiero sentirte yo también.

La beso con fuerza, probándome en su lengua, y la empujo para que se tumbe de espaldas. Le quito la ropa con urgencia y su cuerpo queda desnudo ante mí. Me coloco encima y froto mi coño mojado contra su muslo mientras bajo la boca hasta sus pechos. Los beso, los muerdo, tiro de sus pezones con los dientes hasta que gime mi nombre.

Mis dedos bajan por su vientre y se hunden entre sus pliegues. Está empapada, caliente, resbaladiza... Recorro su coño con lentitud, separando los labios hinchados y explorando cada centímetro. Introduzco dos dedos en su interior, y Camila arquea la espalda y clava las uñas en mis hombros.

—Más... Darana, por favor... —suplica, moviendo las caderas contra mi mano.

Añado un tercer dedo y acelero el ritmo, follándola con movimientos profundos y firmes mientras mi pulgar roza cerca de su clítoris sin llegar a tocarlo directamente. Con la otra mano le aprieto un pecho, pellizcando el pezón. Ella jadea y gime sin control.

Me deslizo hacia abajo y reemplazo mis dedos con la boca. Saboreo su sexo con devoción, lamiendo sus pliegues, introduciendo la lengua en su interior y succionando sus labios. Sabe dulce y salada a la vez, totalmente adictiva. Camila agarra mi cabeza y cabalga mi cara, frotándose contra mi lengua con movimientos desesperados.

—Así... joder, qué bien sabes comerme... —gime, con la voz rota de placer.

Siento que está cerca. Sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza. Introduzco dos dedos de nuevo y los muevo rápido mientras succiono con fuerza. Camila se tensa, grita mi nombre y se corre con violencia, inundando mi boca con sus jugos. Sigo lamiéndola despacio, prolongando su orgasmo hasta que se deja caer sobre la cama, temblando.

Pero no le doy un segundo para respirar. Me coloco a horcajadas sobre su cara y bajo mi coño empapado hasta su boca. Ella me agarra las nalgas y me devora con hambre renovada. Su lengua penetra en mí mientras yo me muevo sobre ella, cabalgando su cara con movimientos ondulantes. Mis pechos rebotan y me toco los pezones, pellizcándolos.

—Sigue... no pares... —jadeo, sintiendo el placer acumularse en mi vientre.

Poco después, el orgasmo me golpea con fuerza. Me corro gritando y apretando su cabeza entre mis muslos.

Caigo a su lado, pero solo por un momento. Porque enseguida, mis manos vuelven a su coño, acariciando los pliegues hinchados y sensibles. Y ella hace lo mismo conmigo.

Camila sonríe con picardía y se tumba completamente. Separo sus piernas y me coloco de forma que nuestros coños quedan cerca, pero sin frotarlos directamente. Me apoyo en una mano y uso la otra para guiar mis dedos. Introduzco dos en ella y, al mismo tiempo, froto mi clítoris contra el dorso de mi mano mientras muevo los dedos dentro de su coño. El movimiento hace que mis nudillos rocen sus pliegues y mi sexo se frote contra mi propia mano.

Mis caderas se mueven en un vaivén delicioso que no puedo detener.

—Más fuerte... —pide Camila, y yo acelero el ritmo.

Muerdo su cuello, dejando una marca roja. Ella muerde mi hombro en respuesta. El placer sube otra vez, imparable, y nos corremos casi al mismo tiempo, gritando, temblando, empapando las sábanas.

Mis dedos siguen acariciando perezosamente sus pliegues, recogiendo la humedad que aún sale de ella.

—Esto... esto es justo lo que necesitaba —murmura Camila, besándome con ternura.

—Y yo te necesito a ti —respondo, apretándola contra mi cuerpo—. Pase lo que pase con la tormenta, te lo prometo... esto no lo va a tocar nadie.

Camila

Amanezco con la sensación de que el mundo ha decidido cambiar de piel sin avisar y, sobre todo, con una frustración del tamaño de Australia. Estiro el brazo en la cama de la cabaña, pero solo encuentro sábanas frías. Claro, seguro que la muy testaruda de Darana se ha levantado antes del amanecer para mover un lote de novillos descarriados antes de que el cielo colapsara, dejándome con las ganas de repetir lo de anoche. Un clásico de la implacable Calloway.

Salgo al porche con el primer café ardiendo entre las manos, doy un sorbo y levanto la vista para casi atragantarme.

Una mezcla casi apocalíptica de tonos violáceos y amarillentos cubre el firmamento. Sé exactamente lo que esto significa, que la ionización ha alcanzado niveles absurdos. Las partículas cargadas están interactuando con la luz solar distorsionando el espectro visible; el tono amarillento es polvo en suspensión mezclado con óxidos excitados por la radiación, y el violeta... el violeta es energía acumulada buscando una toma de tierra.

Una bomba de relojería que puede explotar en cualquier momento.

—Joder... —murmuro, con la taza casi pegada a los labios—. Esto no estaba en el folleto turístico de Birdsong Hills.

—Pues haber pedido un reembolso, listilla —responde una voz de lo más sexi.

Apoyo la taza en la barandilla con deliberada lentitud. Darana está ahí, apuntalada contra el pilar de madera, con las piernas cruzadas, los brazos sobre el pecho y esa sonrisita que me saca de quicio. Aunque la realidad es que me enciende a niveles

insospechados. Lleva unos pantalones ajustados que deberían estar prohibidos por la ley y el sombrero inclinado. El viento juega con sus mechones rubios y sus ojos miel me devoran sin pudor a pesar del infierno que tiene encima de su cabeza.

—Buenos días para ti también, vaquera —le espeto, recorriéndola con la mirada de arriba abajo—. Menudo desplante que me has dado. Y yo que quería darte los buenos días...

Darana suelta una carcajada, se separa del pilar y camina hacia mí con un delicioso contoneo de caderas. Después, se detiene a un milímetro de mi rostro.

—El deber llama, Bennet —me susurra. Roza mi barbilla con la yema del dedo, y me provoca un escalofrío que deja bajo mínimos en comparación a la tormenta que se está formando—. Había que terminar de asegurar el ganado y los cobertizos. Pero no te preocupes, que tengo muy buena memoria para las tareas pendientes. ¿Es peor de lo que pensábamos? —pregunta, cambiando de marcha mientras mira al cielo.

—Mucho peor —respondo, y trago saliva para recuperar la compostura—. La inestabilidad atmosférica está aumentando a un ritmo exponencial. Horas, quizá menos, antes de que los rayos conviertan este lugar en un tablero de pirotecnia.

Darana exhala con fuerza y niega con la cabeza.

—Me encantas cuando te pones en plan empollona científica, de verdad, pero ahora me toca ser la jefa. ¡Ricky! —grita hacia los corrales—. ¡Mueve ese trasero!

Ricky aparece unos segundos después corriendo, cargando el walkie-talkie y con su habitual sonrisa.

—La camioneta está lista, chicas —anuncia.

—Entonces vamos —sentencia Darana, guiñándome un ojo—. Cuanto antes terminemos la batida en el pueblo, antes podré atender mis... compromisos.

El trayecto en el todoterreno es un festival de tensión. Darana conduce con una mano en el volante, firme, esquivando los baches de la pista de tierra roja mientras el viento levanta remolinos de polvo contra el parabrisas. Yo voy de copiloto, pero tengo los ojos clavados en sus muslos. Para romper el ambiente, agarro el walkie-talkie.

—¿Cómo va todo por ahí, Ethan?

Un segundo de estática y salta su voz:

—Bien. El resto de la evacuación preventiva de las zonas bajas del río ya está lista. La gente se está reuniendo y dándolo todo. Lily, Joyce y Christian ayudan a Kira con las provisiones.

—Perfecto. Mantenedlos tranquilos —respondo.

—Y, por si os interesa —añade Ethan con tono burlón—, el pueblo entero habla de «la Calloway y su científica». Dicen que hacéis muy buen equipo. En todos los sentidos.

Miro de reajo a Darana. Ella mantiene la vista fija en la carretera, pero un hoyuelo delicioso aparece en su mejilla. Suelto el walkie-talkie y estiro la mano, rozando su muslo. Ella, lejos de apartarse, cubre mi mano con la suya, apretándola contra su piel ardiente.

—Vaya, vaya. Parece que tenemos buena prensa —le digo en voz baja, con un matiz juguetón.

—No te acostumbres —responde ella, mirándome un segundo de reajo con intensidad—. En cuanto esto termine, volverán a quejarse del precio de la carne y de que Angus, les muerde las botas.

—Oye, yo también me quejaría si tuviera que lidiar con su genio —le devuelvo el dardo, subiendo los dedos un par de centímetros por su pierna.

Ricky suelta una carcajada desde el asiento trasero, asomándose entre nosotras.

—Por favor, os lo suplico, dejaos los cariñitos mientras el cielo se cae a pedazos. Bastante tengo con vigilar el paisaje.

Darana frena en seco al entrar al pueblo, haciéndonos reír a todos. El ambiente en la calle principal es un hervidero de actividad. Los vecinos aseguran las chapas de los tejados y refuerzan las ventanas y puertas rápido, nos bajamos de la camioneta de un salto. El señor Henderson está junto a su almacén, apoyado en su bastón.

—¿Todo en orden? —pregunta Darana con esa autoridad natural que me vuelve loca.

—Asegurando las cosas, señorita Calloway. Este cielo no me gusta un pelo —gruñe el viejo.

—Haces bien —intervengo yo, cruzándome de brazos—. Si la actividad eléctrica es severa, cualquier estructura deficiente puede actuar como un conductor involuntario. He visto vallas de metal enteras quedar reducidas a escoria fundida en un segundo.

Henderson me mira, se quita el sombrero y me dedica una inclinación de cabeza.

—Confío en ti, muchacha. Tú y Darana nos habéis ayudado un montón. Hacéis buena pareja, sí señor.

—¡Más le vale confiar! —grita Ricky cargando unos sacos de arena—, ¡porque yo no pienso morir por culpa de un rayo!

Avanzamos por la calle y la señora Gable nos saluda efusivamente desde la puerta de su panadería, con las manos llenas de harina.

—¡Chicas! —grita—. He llevado varias bandejas con pasteles de carne al club social. ¡Cuidaos mucho las dos! Lo estáis haciendo de maravilla.

Darana se queda parada en mitad de la calle, me agarra de la cintura por sorpresa y me pega a su cuerpo delante de todo el mundo. El corazón me da un vuelco.

—La tengo bien vigilada, señora Gable, no se preocupe —responde Darana con una sonrisa de suficiencia, guiñándole un ojo a

la panadera. Luego me mira a mí y me susurra al oído—: Vámonos antes de que te bese aquí mismo.

Madre mía con la vaquera.

El mundo cayéndose a pedazos, y ella con estas insinuaciones.

. . .

Cuando volvemos a la camioneta, el panorama empeora. Las nubes ya no solo se mueven: se retuercen como masas vivas, densas y colosales, devorando la luz. Veo con claridad las torres convectivas ascendiendo con una violencia silenciosa.

—Tenemos que volver ya —digo con urgencia.

Darana arranca el motor, mete primera y salimos disparadas de vuelta por la pista. El regreso es una carrera contra el tiempo. El viento golpea el lateral del vehículo y la luz se vuelve gris, extraña. En cuanto frenamos frente a la casa principal, saltamos de la camioneta.

El espectáculo es hipnótico. Las nubes giran en un torbellino colosal. En su interior, pulsos eléctricos atrapados iluminan el cielo desde dentro, como bombillas gigantes a punto de estallar.

—Deberíamos hacer una última ronda por los cobertizos —digo, ajustándome la cazadora mientras el viento me vuela el pelo—. Los animales perciben la caída de presión antes que nadie. Hay que asegurarse de que no haya ningún desastre.

—Pero media hora —responde Darana, agarrándome del brazo para que la mire de frente. Sus ojos brillan por primera vez con algo de miedo—. No te separes de mí. Si te pasa algo, quemo este maldito continente. ¿Entendido?

Sonrío, dando un paso al frente para pegar mi pecho al suyo. La tensión ambiental no es nada comparada con los voltios que saltan entre nosotras.

—No te preocupes. Vamos a poner a Angus a salvo.

Corremos hacia los corrales. Los caballos relinchan y patean las maderas de los boxes, pero las estructuras resisten. En el corral pequeño, Angus, nos observa sentado sobre sus cuartos traseros, masticando un trozo de corteza de eucalipto con absoluta indiferencia, como si el fin del mundo no fuera con él.

—Vaya, mantiene su carácter inmaculado. Igual que el de su dueña —me burlo, dándole un empujón cariñoso con el hombro a Darana mientras vemos al burro rebuznar enfurruñado.

—Ya te gustaría a ti que yo fuera tan dócil —me responde con una mirada felina—. ¡Venga, muévete! Ayúdame a llevar a este tozudo a la zona de la casa principal antes de que empiece esta maldita pesadilla.

Entre las dos, tirando de la cabezada y metiéndole prisa, logramos guiar a Angus hasta el porche trasero de la casa principal. Angus entra pegando un par de coces al aire, quejándose del traslado, pero se acomoda junto a los perros bajo el techado. Darana cierra la tranca a conciencia, asegurando el perímetro, y se gira hacia mí. El viento ya ruge con fuerza, levantando su pelo rubio y pegando la camisa a su cuerpo.

Me agarra por los brazos, atrayéndome hacia ella en un movimiento rápido que me deja sin respiración. Sus ojos miel chispean.

—Escúchame bien, científica —me dice a voz en grito para hacerse oír por encima del vendaval—. Yo me tengo que quedar aquí fuera para dar una última ronda con Bert y asegurar los generadores. Tú vete directa a la cabaña. No quiero que te muevas de allí, ¿entendido?

—¿Y dejar que te lleves tú toda la diversión? Ni hablar, Calloway —replico, plantándole cara y agarrándola por las solapas de la chaqueta—. Ten cuidado. No presumas tanto de valentía, que te conozco.

Darana suelta una sonrisa descarada y me roba un beso rápido, ardiente y de los que te dejan temblando las piernas.

—Tengo un incentivo muy grande para volver entera. Y me espera en tu cama —me susurra al oído antes de darme un azote cariñoso—. ¡Venga, corre a la cabaña!

Le dedico una última mirada de reproche —y de pura lujuria— antes de salir pitando hacia la cabaña con Ethan y Kira. Corro protegiéndome el sombrero con la mano mientras las primeras ráfagas serias barren el patio de la estación.

Entro de golpe en la cabaña de los chicos, cerrando la puerta con el cerrojo. Allí dentro, el ambiente está caldeado. Ethan y Kira están pegados a los monitores, rodeados de mapas de relieve y gráficos tridimensionales de la red de protección. Me quito los guantes de un tirón y me planto a su lado. Aparto a Ethan de un empujón y me pongo a teclear como una loca los datos de la última sonda. La red de zanjas de cobre brilla en la pantalla, serpenteando bajo el terreno del rancho como un mapa del tesoro.

—Está funcionando —murmura Ethan, pasándose un dedo por el cuello de la camisa, agobiado—. Está conectando la carga estática de la superficie con el acuífero profundo. Estamos creando la toma de tierra más grande del sector.

Kira niega con la cabeza, señalando una gráfica con picos que suben verticalmente en rojo.

—Sí, pero mirad esto. La intensidad del campo eléctrico está subiendo de forma exponencial, no gradual. La anomalía térmica del suelo está retroalimentando la tormenta. No me gusta un pelo.

Siento un nudo en el estómago. Miro hacia la ventana, pensando en Darana ahí fuera, desafiando al temporal, y el corazón me da un vuelco.

—La intensidad del campo es más fuerte de lo que calculamos —confieso, con la voz tensa mientras sigo analizando las líneas de potencial—. Mucho más. El subsuelo está completamente saturado.

Si el rayo principal golpea la red ahora mismo, la descarga de retorno va a ser brutal.

Kira se pasa una mano por el pelo, soltando un bufido de agotamiento.

—Madre mía... Esto va a ser un infierno.

No tengo tiempo de responderle. En ese mismo instante, el cielo decide que la cortesía y las advertencias se han terminado.

Un estruendo brutal, ensordecedor, sacude la cabaña de los chicos con una violencia salvaje. No es un trueno cualquiera; es un rugido desgarrador que parece rajar el Outback en dos. Las paredes de madera vibran, los monitores parpadean y las luces del techo se apagan de golpe, dejándonos a oscuras durante un segundo agónico antes de que se encienda la luz de emergencia de color rojo, tiñéndolo todo de una atmósfera irreal.

El mundo se queda en un silencio sepulcral, roto solo por el silbido del viento. Ethan y Kira se miran con los ojos como platos y yo me agarro al borde de la mesa, conteniendo el aliento.

El universo acaba de dar el pistoletazo de salida, y lo peor... está a punto de empezar.

Darana

El mundo se rompe con un destello que no recuerdo haber visto nunca.

No es un relámpago cualquiera, qué va. Es una cuchillada de luz blanca y cegadora que rasga el cielo de lado a lado. Durante una fracción de segundo, todo Birdsong Hills queda suspendido en un negativo perfecto. Veo cada detalle: las vallas de madera, los eucaliptos doblándose como juncos bajo el diluvio —porque sí, ahora llueve con furia— y el perfil de cada edificación. Incluso las gotas de agua quedan congeladas en el aire como agujas de cristal.

Pero luego llega lo peor.

El trueno estalla con una violencia tan brutal que me comprime las costillas y me atraviesa el pecho. Siento la vibración en los dientes, y me agarro al marco de la puerta de la casa principal casi perdiendo el equilibrio, mientras un segundo chispazo ilumina las colinas del norte.

—Mierda...

La maldita estructura metálica, plantada en lo alto de la cresta como un centinela de hierro, brilla bajo esa luz infernal y explota en un festival de chispas moradas. Pero el rayo no se conforma con desintegrar el repetidor. La brutal onda expansiva y la descarga a tierra golpean directamente la cresta de la colina, fracturando la roca superior. Ese impacto es el detonante fatal para una ladera ya colmada por los días de tormenta: al segundo, miles de toneladas de fango rojo, rocas y raíces de eucalipto se desplazan colina abajo en una avalancha colosal que avanza tragándose todo.

Mi corazón se para en seco, dando un vuelco que me deja sin aire en los pulmones al calcular la trayectoria.

Uno de los establos está justo en su camino.

—No, no, no... ¡Por favor, no! —susurro, sintiendo que el pánico.

Detrás de mí, unos pasos acelerados resuenan sobre la madera. Mi tía Elizabeth aparece a mi espalda y me agarra de la chaqueta vaquera.

—Darana, por Dios, ¡qué ha sido eso! ¡Estás empapada!

Me giro hacia ella con el agua chorreando por el sombrero y el pulso desbocado martilleándome las sienes.

—El repetidor ha volado por los aires y la ladera se ha venido abajo —le suelto a toda prisa, quitándome las cortinas de agua de los ojos—. ¡Tengo que ir a poner a salvo a los animales!

A Elizabeth se le muda el color del rostro y se le arruga la frente por el horror. Me aprieta los brazos, intentando retenerme físicamente.

—¿Y Bert y Ricky? Dime que no estaban allí con los potros nuevos.

—Creo que... sí —respondo, y se me hace un nudo en el estómago—. Los vi antes de que rompiera a llover. No puedo dejarlos tirados.

—¡Estás loca! ¡Eso es una trampa! —grita ella, con una angustia que rara vez deja ver—. ¡Te puede costar la vida, Darana! Las comunicaciones están muertas y la ladera sigue cediendo. ¡No seas imprudente!

La miro fijamente, bajo el ala del sombrero empapado. En este momento no soy la mujer que aprendió a capear los temporales con los dientes apretados. Soy la hermana que hizo una promesa sagrada junto al lecho de muerte de Elijah. El auténtico legado de este rancho.

—Me importa una mierda el riesgo, tía —espeto con tanta rabia, que hasta me tiembla la voz—. Le juré a Elijah que protegería

este lugar a toda costa. Estos animales son lo único que nos queda de él. Y eso es lo que voy a hacer, cueste lo que cueste.

El nombre de mi hermano se queda flotando en el aire. Mi tía cierra los ojos, se traga las lágrimas y, con una resignación tremenda, me da un apretón en la mano.

—Entonces vuelve —me suplica—. Vuelve, Darana. No me dejes sola en este maldito desierto.

No le prometo nada. Porque no sé si puedo.

Me ajusto el sombrero hasta las cejas, me abrocho la chaqueta y salgo corriendo al porche.

. . .

Al pisar el exterior, la bofetada de viento y agua me corta la respiración. El aire está vivo, chisporroteando con la saturación estática que Camila describió.

Saco el walkie-talkie del cinturón y aprieto el botón con los dedos entumecidos por la lluvia.

—¿Bert?! ¿Ricky?! ¿Me recibís? ¡Responded, maldita sea!

Solo obtengo estática, un pitido agudo que el viento se traga con desprecio. El aparato está muerto. Las malditas comunicaciones nunca fallan cuando quieres pedir una cerveza, pero te dejan tirada en mitad del fin del mundo.

Corro hacia el establo principal y ya escucho que Byron está desatado, pegando coces contra los tablones y resoplando con los ojos inyectados en sangre.

—Eh, chico... quieto ahí. Que soy yo —me anuncio, entrando al box sin miramientos y agarrándolo de la cabecada con fuerza para obligarlo a mirarme—. Nos toca ayudar a los chicos, pero estaremos juntos ¿vale?

Me las veo y me las deseo para ensillarlo. El caballo está rígido, con las orejas pegadas a la nuca, pero mis manos se mueven de memoria, cinchando a toda leche mientras el viento hace restallar las chapas del tejado. Le pego un tirón a las riendas, me apoyo en el estribo y salto sobre la montura de un brinco.

—Hay que salvar a esos potros, Byron. ¡Arre!

Salimos de los establos rompiendo la marcha, buscando las zonas de piedra firme mientras los cascos levantan pedazos de fango. El terreno es un auténtico cenagal. El barro se ha convertido en una masa viscosa que intenta succionar sus patas, obligándolo a un galope corto y pesado. Pero Byron es puro músculo de Birdsong Hills, y a nosotros nunca nos ha vencido un poco de lodo. Enseguida salta zanjas inundadas y sortea los regueros de agua sin reducir la velocidad ni un ápice, con los ollares abiertos de par en par y una respiración ronca que compite con el trueno.

La lluvia me azota la cara como perdigonazos, cegándome, pero no me permito aflojar. En mi cabeza solo se repite una cosa: los potros atrapados, mis hombres en peligro y el recuerdo de Elijah.

Al coronar la cresta, el desastre me estalla en la cara. Byron clava los cascos, resoplando y temblando por el esfuerzo. La ladera es una herida abierta. El barro ya ha arrastrado troncos enteros, rocas afiladas y los restos retorcidos del repetidor.

El establo sigue en pie, pero da pena verlo. Una parte del techo de zinc ha colapsado bajo el peso del lodo y la pared trasera está combada, cediendo por segundos.

—¡Bert! ¡Ricky! —bramo con todas mis fuerzas.

—¡Aquí! ¡Estamos dentro! —responde la voz de Ricky, rota por el pánico.

Me tiro del caballo antes de que se detenga del todo, hundiéndome en el fango hasta las rodillas, y cuando ato las riendas al poste y me aseguro de que Byron va a estar bien a pesar de la lluvia, entro corriendo a la estructura.

Lo que veo es la casa de los horrores.

Los potros están descontrolados, amontonándose, relinchando por culpa del pánico y dándose golpes contra la mader. Bert, empapado hasta los huesos y con la cara desencajada, intenta frenar la estampida con una sog a mientras Ricky se deja la espalda apuntalando la puerta lateral contra las embestidas del viento.

—¡Darana! —exclama Ricky al verme entrar como un torbellino—. ¡Menos mal! ¡Esta porquería va a venirse abajo! ¡Las vigas están crujiendo que da gusto!

Nada más decirlo, un sonido espantoso de la madera vieja le da la razón, seguido de un trueno que hace temblar los cimientos. No debimos pensar que estarían a salvo en esta zona.

—¡Hay que abrir las compuertas traseras! —les grito, abriéndome paso entre los animales a empujones—. ¡Hay que sacarlos ya antes de que el techo los sepulte! ¡Moveos!

—¿Estás loca, Darana?! —me grita Bert, tratando de esquivar un manotazo de un potro—. ¡Fuera hay un lodazal y se van a dispersar por las colinas!

—¡Prefiero buscar caballos vivos por el desierto que desenterrar cadáveres de los escombros! —le corto con mi peor genio, clavándole una mirada que no admite réplicas—. ¡Ricky, ve con Bert y ayudaos con Byron! ¡Yo voy a por la tranca trasera!

Sorteando las coces y los cuerpos sudorosos de los animales que se mueven enloquecidos, llego a la compuerta de escape. Está completamente encajada. La madera se ha hinchado por la humedad y el lodo del exterior hace de tope.

—Vamos, pedazo de chatarra... ¡ábrete! —gruño, apretando los dientes hasta que me cruje la mandíbula.

Me pego contra la madera, cargo todo mi peso sobre el hombro derecho y pego un empujón con un grito de desesperación. La madera gime, cede un par de centímetros y vuelco a cargar, con el alma completamente en juego.

¡PAM!

La compuerta estalla hacia fuera, abriéndose de golpe. Una ráfaga de agua me sacude con la fuerza de un camión, casi tirándome de espaldas al barro.

—¡Ahora! —aúllo con los pulmones destrozados—. ¡Arreadlos hacia fuera! ¡Sacadlos de aquí!

El caos es total. Los potros, al ver la luz de la libertad, no se lo piensan dos veces y salen zumbando hacia el temporal, asustados, pero a salvo. Atraviesan la salida en tromba, desapareciendo en la cortina de agua. Bert y Ricky se desgañitan pegando berridos para guiarlos en fila y evitar que se aplasten.

—¡Quedan dos, Darana! —berrea Ricky, señalando al fondo con los ojos desorbitados—. ¡Están paralizados por el miedo!

Me giro de golpe. Los dos potrillos más jóvenes están arrinconados contra la viga central, temblando como flanes y con las pupilas dilatadas. Me acerco a ellos despacio, tragándome el pánico, intentando mantener la voz firme.

—Vamos, pequeñines... venid con mamá —les hablo con tranquilidad, estirando las manos—. Fuera, venga. Tenemos que irnos.

Uno de los potros da un paso atrás, asustado, y golpea la estructura con las patas traseras.

Y en ese preciso instante, el puto universo decide apagar las luces.

Un relámpago cae a escasos metros. El impacto genera un estallido ensordecedor, que sacude la tierra como un terremoto. La viga maestra sobre nuestras cabezas se raja longitudinalmente con un chasquido que suena como un disparo de escopeta.

Levanto la vista. La madera se astilla sobre mí y lo veo venir en cámara lenta.

—¡FUERA! —bramo, pegándole un empujón tremendo al último potrillo hacia la compuerta de salida. El animal sale disparado

como un cohete, salvando el pellejo.

Pero yo no tengo tanta suerte.

La viga principal cede por completo con un estruendo colosal. Intento tirarme hacia un lado, pero el impacto de un madero enorme me caza de lleno en el hombro y la espalda, lanzándome contra el suelo embarrado.

Un dolor agudo, ardiente y brutal me recorre el cuerpo.

Y luego... llega el fundido a negro. El mundo se apaga entre el humo, el barro y una oscuridad absoluta.

Camila

—¿Cómo que Darana no está aquí?!

La tormenta ruge al otro lado de las ventanas con una ferocidad que ya hasta me parece personal, como si el cielo hubiera decidido cobrarse una cuenta pendiente conmigo de la peor manera posible. Un auténtico monstruo meteorológico, y justo ahora, a la mujer más exasperante le da por desaparecer en mitad de su furia.

Elizabeth, empapada de preocupación de la cabeza a los pies, me mira desde el centro de la cocina. Sus manos retuercen un trapo de cuadros.

—Ha ido a salvar a los potros —responde con la voz temblorosa—. No he podido detenerla, Camila. Se ha subido a Byron y ha salido disparada. Ya sabes cómo es cuando se le mete algo entre ceja y ceja. No atiende a razones.

Durante un segundo eterno me quedo completamente inmóvil en mitad de la estancia. Simplemente la miro mientras el pánico me sube como una ola. Luego cierro los ojos, apretando los puños, intentando contener la avalancha de recuerdos que amenaza con ahogarme aquí mismo.

—Madre mía...

Por supuesto que la mujer más testaruda, valiente y desesperadamente imprudente que he conocido en mi vida ha decidido salir sola a enfrentarse al mismísimo infierno. Le planto las manos en los hombros a Elizabeth, dándole un apretón.

—Ni se te ocurra moverte de aquí. Quédate en la casa con los perros y con Angus. Yo voy a buscarla.

—Camila, por favor... tienes que ir con cuidado... —intenta protestar la mujer, con los ojos empañados en lágrimas.

—La traeré de vuelta. Te lo juro por mi vida.

No sé si lo digo para tranquilizarla a ella o para convencerme a mí misma, porque la verdad pura y dura es que estoy aterrada. Aterrada de una forma salvaje que no sentía desde hace años. Desde aquella maldita noche. Desde un incendio que estuvo a punto de acabar con la vida de los hermanos Calloway.

Salgo de la casa principal y la bofetada de viento me golpea de lleno, obligándome a hincar la bota en el barro para no caerme de espaldas. La lluvia cae totalmente inclinada, azotándome el rostro. Los relámpagos convierten la zona en una fotografía estroboscópica y delirante de barro rojo, agua desatada y caos absoluto. Apenas logro distinguir la figura de Ethan que se acerca corriendo entre la cortina densa de agua, empapado hasta los huesos y con el gesto completamente contraído por la preocupación.

—¡Tenemos que ir al establo de los potros ahora mismo! —le grito, escupiendo agua y sin darme tiempo a pensar ni un segundo.

—¡Camila, la pista norte está intransitable! ¡Ir hacia allí es una puta locura! —me responde él, alzando la voz por encima del rugido ensordecedor del temporal—. Los desprendimientos de la colina son inminentes...

—¡He dicho que vamos! —Mi grito queda devorado por un trueno brutal.

Ethan se queda inmóvil apenas un instante, mirándome fijamente bajo la lluvia. Después asiente lentamente, tragando saliva.

—Está bien. Vamos. Pero sabes perfectamente que esto es una temeridad de tres pares de narices, ¿verdad? —murmura mientras se da la vuelta para echar a correr a mi lado hacia los vehículos.

Porque me conoce y sabe de sobra que ya no está razonando como la meteoróloga fría y calculadora que analiza gráficos. Está razonando como una mujer desesperada, como alguien que no puede permitirse el lujo de perder a la persona que ha vuelto a iluminar su mundo después de años de absoluta oscuridad.

Corro hacia Viento, resbalando en el lodo. Me subo, acciono el cierre y compruebo que llevamos todo. Jamás en la vida pensé que tendría que llegar a este extremo en este trozo de desierto. Mucho menos para salvarle el pellejo a Darana Calloway.

Cuando llegamos hasta el borde del derrumbe en la ladera norte, el panorama que se despliega ante mis ojos me deja sin respiración.

—Dios mío...

El establo emerge al fondo entre nubes, barro acumulado y estructuras destrozadas. Los relámpagos siguen cayendo alrededor, y la energía acumulada en el subsuelo continúa liberándose en descargas erráticas y arcos voltaicos que iluminan el horror de la escena.

—Ayúdame con esto, irápido! —le pido a Ethan, yendo hacia el maletero de Viento.

Él deja de contemplar la destrucción, espabila de golpe y asiente con la mandíbula tensa. Mis dedos tiemblan por la adrenalina mientras sacamos la maleta negra e introduzco el código de desbloqueo en el teclado numérico. La tapa sellada se abre, revelando el equipo perfectamente encajado en el interior acolchado; con el disparador de carga pasiva, tengo el arsenal necesario para engañar a la tormenta eléctrica durante unos minutos. Solo unos míseros minutos. Pero tienen que ser suficientes para llegar hasta ella.

—¿Crees que va a funcionar?! —pregunta Ethan.

—¡Tiene que hacerlo! —le respondo, clavándole los ojos—. No hay otra opción, Ethan. Si fallamos, no solo la perderé a ella... ¡Saca la sonda!

Extraigo la pieza principal de aleación oscura. El metal parece absorber la luz cegadora de los relámpagos, brillando con un fulgor ominoso y cargado. Corremos bajo el diluvio hasta uno de los soportes metálicos de la valla perimetral que todavía permanece en pie, milagrosamente, junto a la estructura combada. Cada descarga a tierra hace vibrar el lodo bajo nuestras botas; tengo las manos tan sumamente empapadas que apenas consigo sujetar los bornes de anclaje.

—¡Más arriba! ¡Asegura bien el terminal de toma de tierra! —le grito a Ethan. Él se estira todo lo que puede sobre la base aislante, resbalando por culpa del agua y rezando para que el siguiente impacto no lo fulmine ahí mismo.

Le paso el cable conductor. El viento ruge con tanta fuerza que intenta arrancárnoslo de las manos una y otra vez. Durante unos segundos angustiosos y eternos creo de verdad que no vamos a conseguirlo, que la tormenta ganará esta batalla y nos enterrará aquí mismo.

—¡Lo tengo! ¡Está anclado! —exclama él al fin, soltando el metal de un salto.

La sonda queda fijada en lo alto, directamente conectada al entramado. Bajo de nuevo a toda prisa, con las piernas cubiertas de barro hasta las rodillas, y abro el panel principal de la maleta. Las luces de los condensadores permanecen en un rojo chillón y amenazante. El sistema detecta una cantidad absolutamente absurda de energía ambiental y estática acumulada en el suelo. Perfecto. Eso significa que el principio de inducción pasiva todavía puede redirigirla. A lo lejos, escucho el relinchar desesperado de Byron.

—¡En cuanto active el interruptor, aléjate todo lo que puedas! —le advierto a Ethan, sin apartar los ojos de los diales que suben hacia la zona crítica.

—¿Y tú qué?! ¿Piensas quedarte aquí en medio como un blanco perfecto para que te parta un rayo?! —protesta él,

plantándose a mi lado y agarrándome del brazo.

—¡No pienso moverme de este panel hasta que estabilice la carga! —respondo, aunque el miedo me atenaza la garganta—. ¡Vete con Byron y llévatelo de ahí! Es una orden. No me hagas perder el maldito tiempo discutiendo contigo.

Él abre la boca para replicar, indignado, pero la cierra de golpe al ver la expresión de mi cara. Sabe de sobra que discutir conmigo en este estado es completamente inútil. Da tres pasos hacia atrás, cubriéndose la cabeza. Levanto la mano derecha, agarro el pesado interruptor de seguridad y tiro de él hacia abajo con toda la determinación del mundo.

El universo entero parece contener la respiración durante una fracción de segundo. El aparato emite un zumbido grave, verdaderamente amenazador. Lo siento vibrar con fuerza a través de las suelas de mis botas, a través de los dientes, recorriéndome el estómago. Las luces rojas del panel comienzan a parpadear con violencia.

Una. Dos. Tres veces.

Y entonces cambian a verde. Un verde brillante, casi fluorescente. El zumbido se transforma en un rugido sordo. La tierra tiembla y los indicadores de flujo se disparan al máximo.

Y entonces sucede el milagro de la física. Un arco eléctrico brutal emerge de la punta de la sonda de grafeno, cegador, descomunal. Una auténtica lanza de luz azulada atraviesa la cortina de lluvia y asciende con una violencia salvaje directamente hacia las nubes, buscando el punto de menor resistencia que le hemos creado. El sistema arranca de golpe la energía estática acumulada alrededor de la estructura. Durante unos segundos imposibles, parece que una estrella brillante ha nacido en mitad de la hacienda. Y es... precioso.

El vello de los brazos se me eriza. Me tiemblan las manos. Pero funciona. ¡Maldita sea, funciona!

Los sensores de la maleta comienzan a estabilizarse de inmediato, y la zona deja de comportarse como una trampa mortal. No es seguro, ni mucho menos, pero ahora tengo una oportunidad de entrar sin quedarme frita. Y voy a aprovecharla, aunque sea lo último que haga.

—¡Voy a por ella! —grito con todas mis fuerzas, sin esperar a que Ethan me diga nada.

Simplemente echo a correr hacia la entrada destrozada. El interior parece el auténtico escenario de una maldita guerra reciente. Las vigas de madera han cedido. Hay tablones rotos esparcidos por todas partes, montones de tierra roja colándose por las grietas y nubes de humo gris que me irritan los ojos.

De repente, entre el crujido de la estructura, oigo unos gritos desgarradores al fondo.

—¡Fuerza, Bert! ¡No te me muevas, joder!

Reconozco a Ricky, que está arrodillado en el fango intentando desenterrar a Bert.

Voy corriendo para allá. A Bert le ha caído un puntal entero sobre la pierna izquierda y la tiene con una pinta horrible. Ricky suda tinta intentando hacer palanca, pero el lodo que empuja la pared trasera los está arrinconando.

—¿Dónde está Darana?! —le berreo a Ricky, agarrándolo por las solapas mojadas de la camisa vaquera.

—¡Al otro lado de la viga! —me responde con los ojos desorbitados por el pánico—. Intentó desviar el último potro, la estructura crujió y le cayó encima. ¡No he podido dejar solo a Bert! ¡Sácala de ahí, por Dios!

En ese momento, veo cómo mi compañero se une al caos.

—¡Ethan, quédate con Ricky y sacad a Bert de este lodazal pero ya! —ordeno, dándome la vuelta con el corazón en un puño.

Vuelvo a meterme entre la humareda.

—¡Darana! —Mi voz rebota con eco entre las maderas y las estructuras dañadas—. ¡Darana, responde, maldita sea! ! ¿Dónde estás?! ¡No me hagas esto, Calloway! ¡Aparece!

El corazón me golpea las costillas con una violencia que me duele físicamente. No. Esto no puede terminar de esta manera tan espantosa. No después de todo lo que hemos pasado nosotras dos. No después de volver a encontrarnos en este rincón del mundo, de cada mirada de reproche, de orgullo y de un deseo indomable, de cada promesa susurrada con la respiración entrecortada en la oscuridad. Avanzo con el alma en vilo entre los restos de madera, mientras los pulmones me queman por el humo y el polvo en suspensión.

—¡Darana! ¡Por lo que más quieras, dime algo!

Y entonces la veo. Una bota de cuero marrón, apenas visible bajo un amasijo infame. El mundo entero desaparece a mi alrededor en ese maldito instante. Ya no hay tormenta, ni rancho, ni ciencia; solo existe esa bota. Corro desesperada, caigo de rodillas sobre el barro que se cuele por el suelo y empiezo a apartar tablones con un frenesí absoluto.

—Vamos... muévete... —Las lágrimas por el miedo se me mezclan con la lluvia que se filtra por los boquetes del techo—. Vamos, Darana. No te atrevas a dejarme colgada ahora que te he encontrado. No te lo voy a perdonar en la vida, ¿me oyes, Calloway?

Tiro con todas mis fuerzas de una viga enorme que le cruza el cuerpo, pero no se mueve ni un milímetro. Gruño por el esfuerzo, apretando la mandíbula y empujando con todo el peso de mi cuerpo. Está encajada.

—¡Ethan! ¡Ricky! ¡Dejad a Bert a salvo y venid aquí! ¡Necesito vuestras malditas manos ahora mismo!

Segundos después, la figura de Ethan aparece a mi lado seguido por Ricky, ambos jadeando tras haber arrastrado a Bert hacia la entrada.

—Agarrad de ese extremo y tirad conmigo —les pido.

Entre los tres, coordinando el movimiento y soltando un grito de rabia, conseguimos desplazar la estructura de madera centímetro a centímetro. La levantamos lo justo y la lanzamos a un lado. Hasta que finalmente cede por completo.

Darana parpadea con fuerza, tosiendo por el polvo y soltando un gemido de dolor que me desgarrar el alma. Tiene un corte profundo y feo en la línea de la frente que sangra débilmente, tiñéndole el rostro de rojo, pero esos ojazos miel se clavan en los míos con una rabia indomable. Por suerte, un tablón ha logrado que la viga no la aplaste del todo.

—Vaya... —consigue decir, forzando una sonrisa descarada que me devuelve la vida de golpe—. Has tardado... un poco, ¿no, científica?

El alivio me pega un golpe tan certero en el pecho que casi me derrumbo a llorar sobre ella, pero le planto una mano en la mejilla, limpiándole el fango.

—¡Serás tonta! ¡Cállate y no gastes saliva! —Me muerdo el labio de la emoción—. ¿Puedes moverte?

—Me duele hasta el apellido... pero sigo entera —gruñe, haciendo un esfuerzo sobrehumano para incorporarse mientras aprieta los dientes.

Otra viga estructural cruje peligrosamente encima de nuestras cabezas, amenazando con aplastarnos. La masa de lodo que empuja la pared lateral está a punto de reventar el perímetro. Ricky ya está ayudando a Bert a salir por la puerta principal a pata coja.

—¡No tenemos tiempo, esto se viene abajo! —grita Ethan, agarrando a Darana por la cintura para ayudarla a ponerse en pie.

—¡Arriba, vaquera! —Le paso el brazo sano de Darana alrededor de mis hombros, cargando con su peso mientras ella suelta un taco entre dientes por el dolor—. Venga, solo un último esfuerzo.

La arrastramos con urgencia entre Ethan y yo. Un metro. Dos metros. Tres metros. El polvo se vuelve cada vez más espeso, casi asfixiante, dificultándonos la visión. Detrás de nosotros, la pared de madera cede por completo y otra viga cae a plomo donde Darana estaba atrapada hace un minuto.

Dos segundos después, el aire fresco y limpio del temporal nos golpea de lleno. La lluvia torrencial sigue cayendo, lavando instantáneamente parte del horror, de la sangre y del barro de nuestras ropas. Y apenas unos segundos después de pisar el terreno exterior, el edificio entero colapsa a nuestra espalda.

Un estruendo monstruoso, ensordecedor y definitivo rompe la noche del Outback. Justo en el hueco exacto donde Darana Calloway estaba atrapada hace apenas unos minutos.

Me desplomo en el barro rojo arrastrándola conmigo, completamente exhausta, pero manteniéndola bien sujeta contra mi pecho, protegiéndola bajo la tormenta. Ella apoya la cabeza en mi hombro, respirando agitada, mientras yo soy incapaz de apartar la mirada de las ruinas humeantes y hundidas del establo.

Darana

Dos días después, me doy cuenta que sigo odiando los hospitales con toda mi alma.

No importa cuántas veces intente convencerme de lo contrario. Me da exactamente igual que los médicos hayan sido unos profesionales de categoría, que las enfermeras me hayan tratado como a una auténtica reina o que medio pueblo se haya presentado en la habitación con flores, magdalenas caseras, tarjetas de recupérate pronto y recomendaciones de lo más absurdas sobre cómo curar una conmoción cerebral a base de ungüentos raros. Los hospitales apestan a desinfectante, a comida sosa y a ese miedo que se te mete en el cuerpo y no se te quita ni con tres duchas.

Por eso, en cuanto la camioneta devora el camino de tierra y diviso el cartel de entrada a Willow Creek, el pecho me da un vuelco. Miro por la ventanilla las calles de nuestro bendito y aislado pueblo del Outback bajo un cielo que empieza a despejarse, y siento que vuelvo a respirar. Estoy en casa. Viva. Dolorida como si me hubiera pasado por encima una estampida de toros enfurecidos, sí, pero vivita y coleando.

—No pongas esa sonrisa de delincuente —suelta Camila mientras conduce, sin apartar los ojos de la pista.

Giro la cabeza hacia ella despacio, cuidando de no mover el hombro inmovilizado, y le planto mi mejor cara de no haber roto un plato.

—¿Qué sonrisa? Yo no me estoy riendo.

—Ya, seguro que no estás tramando una estupidez para los próximos cinco minutos.

—Oye, científica, que estoy convaleciente. Un respeto.

Camila pone los ojos en blanco, resoplando, pero veo perfectamente cómo los labios se le curvan en una sonrisa de lo más sexi. Yo le sostengo la mirada, pícara.

Las secuelas del temporal están por todas partes. Los eucaliptos siguen amontonados en los márgenes de las pistas de tierra, como gigantes caídos en combate. Varias fachadas de chapa y madera muestran cicatrices recientes, hay tejados medio levantados y grietas que los vecinos ya están parcheando. Hay postes de luz completamente nuevos, y las zanjas de drenaje que cavó el equipo científico de Camila todavía cruzan los caminos. Pero Willow Creek está en pie.

Aparcamos frente a El Colibrí, y me fijo en que hay movimiento por todos lados. Agricultores transportando tablonés en los remolques, tractores retirando escombros del abrevadero común, voluntarios pintando las vallas y gente entrando y saliendo del almacén con herramientas. Aquí si algo se rompe, no esperas a que el gobierno mande ayuda desde la gran ciudad; te arremangas y te pones al lío con los vecinos.

Entramos en la cafetería y, en cuanto mis botas suenan en el suelo de madera, el local estalla en una ovación que me pone la piel de gallina.

—¡Mirad quién ha salido del nido! —grita un tipo desde la barra con una cerveza de media mañana en la mano.

—¡La tía más dura de Birdsong Hills! —añade otro, levantando el sombrero.

Las carcajadas inundan el local. Y bufo, notando cómo las mejillas me arden de la vergüenza, pero disfruto del baño de masas.

—¡Yo también os quiero, panda de borrachos! —les grito, saludando con el brazo sano en un gesto digno de una estrella de Hollywood.

—¡Mentira! —me chilla Ricky desde una mesa del fondo, levantando una taza de café—. ¡A mí me tienes explotado!

—Bueno, a casi todos —rectifico, guiñándole un ojo mientras la cafetería vuelve a tronar entre risas.

Christian y Lily están detrás de la barra y nos hacen señas como locos. En cuanto me arrastro hasta ellos a paso de tortuga, Lily clava los ojos en el vendaje que me asoma por debajo del sombrero y abre la boca tanto que temo que se le desencaje la mandíbula.

—Madre del amor hermoso. Pareces un mapa de carreteras con tanto remiendo.

—Exagerada. Si estoy como nueva —le digo, dejándome caer en un taburete con un quejido sordo que Camila intercepta al vuelo—. Las cicatrices tienen su punto morboso. Parezco la heroína de una peli de moteros, ¿a que sí? —le lanzo con un guiño descarado.

—Parezcas lo que parezcas, estás castigada —replica Camila, sentándose a mi lado.

Un escalofrío delicioso me recorre la espalda. Su calor me resulta tan jodidamente reconfortante que pego mi pierna a la suya aposta, desafiándola sin disimulo. Ella no se aparta. Al revés, presiona un poco más mientras los chicos nos plantan delante dos tazas de café negro hirviendo y unos trozos de pastel de carne que huelen a gloria.

Durante quince minutos el grupo habla de vallas perimetrales rotas, de las pérdidas del ganado y de los seguros. Temas que normalmente me harían bostezar, pero hoy me vienen de perlas para disimular que tengo los ojos clavados en el escote de la camisa de Camila.

—Tú no vas a levantar ni un solo dedo, Calloway —suelta de repente, cruzando los cubiertos sobre el plato y clavándome esa mirada de sabelotodo

La miro de arriba abajo, relamiéndome los labios.

—Intenta obligarme, preciosa. A ver cómo te las apañas.

Por debajo de la mesa, estiro mi mano buena y le pego un azote juguetón en el muslo.

Camila se me queda mirando con los ojos como platos, con una indignación tan fingida que me entran ganas de besarla aquí mismo.

—¿Te estás riendo de las órdenes del médico en mi cara?!

—De las del médico, de las tuyas y de las de cualquiera que intente encerrarme en una habitación.

—Darana ... —me advierte, pero noto perfectamente cómo el aire se le corta. Le va la marcha tanto como a mí.

—Que estoy perfectamente, de verdad. Solo ha sido un rasguño.

—Has tenido una conmoción cerebral y te saqué de milagro antes de que el establo se convirtiera en tu ataúd —suelta ella, y de pronto la comedia desaparece de sus ojos.

Le busco la mano por debajo de la mesa, entrelazando mis dedos con los suyos, frotando su piel con mi pulgar para calmarle el pulso.

—Y aquí estoy, Bennet —le susurro—. Enterita, dando la lata y loca por discutir contigo un poco más. ¿No te parece un trato de lo más apetecible?

Camila se muerde el labio inferior, atrapada entre las ganas de darme un bofetón por imprudente o de comerse mi boca. Lily se lleva las manos al pecho, suspirando como una adolescente.

—Por favor, os lo ruego, buscaos un hotel.

Nos reímos todos, quitándole hierro al asunto, y el calor del roce de Camila me acompaña durante todo el camino de vuelta a casa.

A media tarde, por mucho que ella se desgañite repitiéndome que solo puedo «supervisar», no hay quien me mantenga quieta en

una silla. Acabo en la zona del río, donde el desastre ha sido gordo. Las inundaciones han dejado un lodazal espeso, pero los hombres de Birdsong Hills están dándolo todo. Veo a Ricky manejando el tractor, a Bert caminando torpe con las muletas y apoyándose donde puede, pero gritándole instrucciones a tres chavales sobre cómo cuadrar una bisagra, e incluso a Joyce repartiendo vasos de té.

Este trozo de desierto es mi vida. No son solo las hectáreas ni las cabezas de ganado o los caballos; es esta gente. La que me sostuvo cuando perdí a mi familia y la que ahora levanta la cabeza con dos cojones frente al temporal.

—Camila, pásame esa caja de pernos de la camioneta, anda —le pido, sabiendo que me va a caer la del pulpo.

Ella se acerca a paso rápido, frunciendo ese ceño tan mono que se le pone cuando se enfada.

—Deberías estar sentada a la sombra, Darana.

—Si me quedo quieta voy a estar dándole vueltas a la cabeza, y no me apetece —confieso en un susurro, mirándola de frente mientras el sol del atardecer empieza a teñir el lodo de un color dorado precioso—. Y pensar en lo cerca que estuve de no volver a verte... me revuelve las tripas.

—Precisamente por eso quiero que te cuides —me contesta ella—. No creo que mi corazón aguante otro susto.

El corazón me pega un brinco salvaje. Esta mujer me tiene ganada la partida y ni se da cuenta.

Al caer la noche, regreso destrozada físicamente. Me duelen músculos que ni sabía que existían en la anatomía humana, la brecha de la frente me late al ritmo de un tambor y el hombro protesta a cada paso, pero me siento escandalosamente feliz. Me doy una ducha rápida como puedo y apunto mis botas hacia la cabaña de Camila.

La encuentro sentada en el pequeño porche de madera, con una taza entre las manos y la mirada perdida en ese cielo estrellado

que es un auténtico espectáculo. Me quedo unos segundos apoyada en el poste de la entrada, contemplándola en silencio. Está preciosa con el pelo algo revuelto y una de mis camisas vaqueras viejas que le quedan algo grandes y le sientan de muerte.

—¿Se puede pasar o la científica tiene el acceso restringido a los civiles heridos? —pregunto con una sonrisa de lado.

Camila gira la cabeza y sus ojos brillan en la penumbra. Sonríe con una dulzura que me derrite.

—Para ti siempre está abierto, Calloway.

Me acomodo a su lado en el sofá pequeño de la salita. Huele a café cargado, a madera limpia y a ese perfume suyo tan personal que se me ha quedado grabado en la memoria.

—Supongo que en cuanto termines los informes y recojas los cachivaches... te largarás de aquí, ¿verdad?

La sonrisa de Camila desaparece en un suspiro. Lo noto perfectamente porque se le tensa la línea de la mandíbula. Sé que lleva todo el día esquivando el tema: el maldito «después». Lo que pasa cuando el desierto se calma, el Instituto meteorológico la reclame de nuevo y decida volver a perseguir tormentas por Australia y el mundo.

Deja la taza en la mesita de centro.

—No me apetece hablar de eso ahora, Darana. Por favor.

Bajo la vista, apretando los dientes, pero no me pienso achantar. Soy una Calloway, qué narices.

—Ya, bueno. Pero sabes de sobra que tarde o temprano tendremos que poner las cartas sobre la mesa. No puedo hacer como si no pasara nada mientras cuento los días para ver cómo te subes a Viento y te vas.

Ella suelta un bufido.

—¡Es que ha sido una maldita locura! Verte en esa cama de hospital, pálida, con la cara rota y pensando que podrías morir... No

estoy preparada para procesar nada más. Mi cabeza está colapsada contigo.

Camila estira la mano, me agarra de la nuca y me obliga a mirarla a escasos centímetros de sus labios.

—¿Quieres saber en qué coño he pensado cada segundo desde que entraste en urgencias? —me suelta, temblando—. En que estás aquí. En que puedo acariciarte, en que estás viva y tocándome las narices como siempre.

—Camila... —consigo articular.

—Cállate y escúchame —me corta, y ver una lágrima rebelde rodar por su mejilla me rompe los esquemas por completo—. Cuando entré ahí y vi la estructura colapsar, sentí que la vida me arrancaba el alma otra vez. Pensé que llegaba tarde. Que te perdería para siempre sin haberte dicho lo que siento.

El aire se vuelve fuego entre nosotras.

—Pero no me has perdido —le respondo, acortando y pegando mi frente a la suya, sintiendo su respiración—. Estoy aquí. Y más fuerte que nunca.

—Lo sé, pero tengo el miedo metido en los huesos. Cierro los ojos y solo oigo el ruido de la madera cayendo sobre ti...

—Pues ábrelos y mírame —le exijo con un tono pícaro, rozando sus labios con los míos en un juego lento que la hace gemir—. Yo tampoco tenía ninguna intención de irme al otro barrio. Tengo demasiados planes contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles, listilla? —me provoca, arqueando una ceja.

—Como sacarte de quicio cada vez que vengas por aquí. El desayuno está incluido, claro.

Camila suelta una risa, preciosa, húmeda, que me devuelve la vida por completo.

—Eres insoportable, Darana Calloway. De verdad.

—Soy tu insoportable. Y no te voy a dejar marchar sin dar la batalla de mi vida —le susurro, acorralándola contra el respaldo del sofá—. ¿Y si te pido que te quedes? ¿Que elijas este desierto?

Camila se queda callada unos instantes, devorándose con la mirada, mordiéndose el labio inferior con una indecisión que me quema las entrañas.

—No es tan fácil, mi trabajo es mi vida... las tormentas son mi mundo —murmura, aunque sus manos me aprietan la cintura con fuerza—. Pero tú... Dios, Darana, tú haces que quiera mandar a la mierda todos los radares del planeta.

Me pego a su boca, sellando la distancia, y la beso. Ella me responde con una fuerza que me hace olvidar todos los dolores del cuerpo, gimiendo contra mis labios y aferrándose a mí como si fuera su único cable a tierra.

Darana

Camila está sentada en el borde de la cama, con las manos apoyadas en el colchón y la espalda totalmente recta. Lleva una camiseta de tirantes blanca y sus ojos, esos ojos de gata que analizan el mundo como si fuera un puñado de números, están fijos en mí. No parpadea. Y creo que hasta se le ha olvidado respirar.

Yo le sostengo la mirada con una sonrisa canalla plantada en los labios, una de esas sonrisas que sé perfectamente que le provocaron un millón de cosas nada más verme. Estoy casi desnuda de rodillas para arriba, porque llevo puestas mis botas, y el sombrero de ala ancha ladeado, ocultándome media cara bajo la penumbra que proyecta la luz de la habitación. La piel de mi pecho sube y baja al ritmo de mi respiración acelerada, marcada por la adrenalina y por el fuego que me lleva quemando desde que Camila Bennet llegó a este lugar en su querido Viento.

Doy un paso lento hacia delante, arrastrando la punta de la bota derecha. Y mientras lo hago, sé el efecto que provoco en ella. Sé que ver mi cuerpo desnudo, cruzado por la luz anaranjada, la vuelve loca.

—¿Qué pasa, científica? —le lanzo en un susurro ronco, ladeando la cabeza—. ¿Tus sensores no han previsto esta tormenta?

Camila traga saliva. Veo cómo se le tensa la línea de la mandíbula y cómo sus dedos se clavan con más fuerza en las sábanas.

—Darana...

En respuesta, alzo las manos y sujeto el ala de mi sombrero. Con un movimiento felino, pausado, me lo quito y lo lanzo sobre la silla del escritorio, dejando que mi pelo caiga desordenado sobre mis

hombros. Siento un pinchazo en los músculos, pero la verdad es que ahora mismo, llevar cuidado es lo que menos quiero. Lo que ha pasado nos ha enseñado que las cosas buenas se cocinan a fuego lento, sí, pero también... que puedo abrasarla viva antes de que termine la noche.

Me muevo al ritmo de una música invisible, balanceando las caderas como si estuviera en La Espuela de Plata. Doy una vuelta sobre mí misma, permitiéndole recorrer con la mirada la curva de mi espalda, mi culo, los músculos de mis piernas que terminan en las botas, y las cicatrices que me cruzan el costado izquierdo. Esa piel rugosa, el mapa del incendio que casi me cuesta la vida, brilla bajo la luz como un trofeo de guerra. No me avergüenzo de ellas; son el recordatorio de que soy de hierro, de que sobreviví al fuego una vez y de que estoy lista para quemarme otra vez si es en los brazos de esta mujer.

Cuando vuelvo a quedar frente a ella, me inclino despacio. Apoyo las manos en mis muslos, justo encima del borde del cuero de las botas, y bajo el torso manteniendo el contacto visual. Sus ojos bajan a mi pecho, fijos, devorándome, y noto cómo el aire entre las dos empieza a chisporrotear. La tensión es tan bestial que me cuesta respirar, pero el poder que me da verla así, completamente muda y a mi merced, me enciende la sangre.

—Dijiste que querías analizar la resistencia de los materiales... —le provoco, dando otro paso que me sitúa a escasos centímetros de sus rodillas—. Empieza por aquí.

Camila no aguanta más. Su autocontrol se va directo a la mierda en un segundo.

Suelta un gemido, estira las manos hacia delante y me agarra de las caderas con una fuerza brutal, tirando de mí hacia el colchón. Caigo sobre ella como una marea, atrapándola entre mis piernas mientras las botas golpean los laterales de la cama. El impacto nos deja a milímetros, con las respiraciones mezcladas y los corazones latiendo desbocados al mismo compás.

—Eres una provocadora insoportable, Calloway —me suelta contra los labios, con los ojos encendidos.

—Y tú una impaciente, Bennet —le devuelvo, justo antes de clavar mis labios contra los suyos.

Somos dos fuerzas de la naturaleza colisionando en mitad de la noche.

Muerdo su labio inferior con descaro, sacándole un gemido ronco que me vibra directamente en el pecho. Mis manos van directas a su camiseta, metiéndose por debajo de la tela, buscando el calor abrasador de su piel. Su espalda está jodidamente suave, pero responde a mis caricias arqueándose con urgencia, buscando más contacto.

Camila me agarra de la nuca con los dedos enredados en mi pelo, obligándome a profundizar el beso hasta que nos quedamos sin oxígeno.

Con un movimiento brusco, me deshago de su camiseta, tirándola a algún rincón del suelo. Su cuerpo queda al descubierto bajo mi peso, blanco, hermoso y vibrante. Me incorporo un poco, apoyando las rodillas a ambos lados de sus costillas, y la miro desde arriba.

—Dios, Darana... estás preciosa —murmura, estirando los brazos para acunar mis mejillas. Sus pulgares tiemblan mientras me recorren los pómulos, pero sus ojos brillan con una devoción que me quema las entrañas.

—Cállate y muérdeme —le exijo.

Camila me obedece. Se incorpora del colchón, rodeándome la cintura con las piernas, y clava sus dientes en la línea de mi cuello, justo donde late mi pulso. Un gemido salvaje se me escapa de la garganta cuando sus manos bajan por mi espalda, apretándome las nalgas, arrastrándome de nuevo hacia abajo hasta que quedamos tumbadas en mitad de la cama.

El encuentro se vuelve una batalla de poder donde ninguna de las dos piensa dar el brazo a torcer. Sus dedos me recorren las costillas, delineando con una lentitud tortuosa cada una de mis cicatrices. Lejos de doler, su tacto me cura por dentro, transformando el recuerdo del fuego viejo en un incendio nuevo, uno que elegimos nosotras y que nos consume desde los pies a la cabeza.

Me deslizo por su cuerpo, besándole el abdomen, saboreando la sal de su piel mientras ella echa la cabeza hacia atrás, clavando las uñas en las almohadas.

—Darana... por favor —pide por más en un jadeo desesperado, perdiendo por completo la compostura, buscando con sus manos mis caderas para guiarme.

No la hago esperar. Me hundo en ella con una intensidad que nos arranca el aire a las dos al mismo tiempo. Camila abre los ojos de golpe, fijos en los míos, aferrándose a mis hombros con una fuerza que me deja marcas en la piel. Es un dolor delicioso, un ancla en mitad de la tormenta que ha estado a punto de devorarnos.

Cada embestida es una reclamación, una forma de decirnos que, a pesar de los desastres y de las ruinas, seguimos vivas y nos pertenecemos.

Le atrapo las manos, entrelazando mis dedos con los suyos contra el colchón, obligándola a sostener mi mirada mientras el placer nos golpea como una ola. Camila gime mi nombre una y otra vez, con la voz rota, escondiendo la cara en mi hombro cuando la intensidad la desborda por completo. Siento sus espasmos perdiéndose contra mi cuerpo y eso termina de dinamitar el poco control que me quedaba.

Me dejo llevar por la corriente, apretando los dientes, embistiendo una última vez su coño con toda la fuerza de mis pulmones hasta que el mundo entero se tiñe de un color rojo brillante detrás de mis párpados cerrados.

—Eres... increíble.

Caigo sobre ella exhausta, con el pecho pegado al suyo, escuchando cómo nuestras respiraciones intentan recuperar la normalidad en mitad del silencio de la noche. Camila me rodea con los brazos, perezosa, pasándome la mano por el pelo empapado mientras yo hundo la cabeza en el hueco de su cuello, disfrutando del olor a victoria que se respira en el ambiente.

—Definitivamente —murmura después con una risa ahogada, besándome la coronilla y acariciando el hombro que todavía sigue herido—, tu resistencia es un caso de estudio digno de mención, Calloway.

—Te lo dije, científica —respondo, depositando un beso húmedo en su piel antes de acomodarme a su lado—. En este desierto, el fuego siempre lo gana yo.

Camila

El teléfono —con las líneas ya recuperadas— vibra justo cuando termino de revisar por tercera vez el informe de calibración de los PDCE. El silencio dentro de la cabaña es tan denso que el zumbido me pega un susto y casi me hace derramar el café. Frunzo el ceño, apartándome un mechón de pelo de la cara. A estas horas de la mañana solo pueden ser Lily, Kira informando de algún desperfecto más... o alguien del maldito Instituto de Meteorología.

—¿Sí? Bennet al habla.

Escucho al otro lado de la línea con los ojos clavados en la pantalla del portátil. Al principio no digo ni mu. Me limito a apoyar la espalda, cruzando las piernas mientras una sonrisa gigantesca, de esas que no puedes frenar aunque quieras, empieza a dibujarse en mi cara. Noto cómo el pecho se me desinfla poco a poco, como si alguien me hubiera quitado de encima un saco de cemento de cincuenta kilos que llevaba semanas aplastándome. El peso de la incertidumbre, de pasarme las noches en vela con el maldito runrún y calculando probabilidades de fracaso en este desierto, se disuelve con cada palabra que me llega desde el otro lado.

—Entiendo perfectamente —murmuro.

Sigo escuchando el monólogo, absorbiendo cada puñetero detalle y anotando un par de cifras en el primer papel que pillo. Mis ojos viajan por la ventana de la cocina hacia el exterior. Birdsong Hills continúa lamiéndose las heridas con orgullo. A lo lejos, Ethan maneja el tractor rojo, esquivando los charcos que ya se están convirtiendo en vapor, mientras el viejo Bert le hace indicaciones exageradas con un brazo enérgico. Ricky persigue por todo el corral a dos perros pastores que insisten en robarle los guantes de cuero a

base de tirones, y Maddie, subida a la caja de una camioneta con el sol pegándole en la espalda, organiza los postes nuevos con algunos chicos más.

Es imposible dejar de sonreír.

—Gracias por llamarme antes de enviarlo al boletín oficial.

Esta es la confirmación que llevaba deseando en secreto durante días.

—Sí... ya nos pondremos con el papeleo con más calma. Tendrán mi respuesta definitiva muy pronto —añado, y cuelgo, casi con cuidado, como si temiera que un movimiento brusco rompiera el hechizo de la llamada.

Durante varios segundos me quedo completamente quieta en mitad de la cocina. Simplemente respiro el aire espeso y caluroso, dejando que la noticia se asiente en mi cuerpo y me encienda la sangre. Después miro a mi alrededor, echo un vistazo al caos de la cabaña y suelto una carcajada limpia. Madre del amor hermoso. Si alguien entrara ahora mismo pensaría que por aquí ha pasado un tornado y que han reemplazado a la mujer que tienen delante.

Me pongo en marcha y empiezo a recogerlo todo con una energía que ni recordaba que tenía. Doblo las camisas, coloco las carpetas en su sitio, echo los cierres de las maletas de los sensores portátiles y dejo la cama decente, pegándole un par de puñetazos cariñosos a las almohadas para ahuecarlas. Mientras me muevo de un lado a otro, mi mente no deja de volar hacia ella. Hacia mi vaquera terca.

Cuando termino de empaquetar los cables e imprimir un par de documentos, abro el pequeño frigorífico, y veo que me quedan dos manzanas verdes. «Perfecto». Las cojo del cajón con una sonrisa de lo más pícaro. Conozco a un soltero de oro con orejas enormes que jamás en la vida rechazaría un buen soborno si es crujiente.

—Angus... —lo llamo con voz cantarina en cuanto cruzo el porche y salgo al aire libre. Sé que lleva un par de horas caminando

por aquí.

El burro echa una oreja hacia atrás antes incluso de que mis botas pisen la tierra del corral. Está mordisqueando tranquilamente unos matorrales junto al cercado principal, completamente ajeno a las reconstrucciones de los techos y a cualquier problema.

—Ven aquí, delincuente —comento, plantándome delante y agitando una de las manzanas frente a su hocico—. Quiero que me ayudes con una cosa.

Las dos orejas se le ponen tías al instante.

—Eso es... no seas vago... —lo animo, aguantándole la mirada con ternura.

El tío da dos pasos solemnes y se detiene en seco, plantando los cascos en el suelo como si estuviera negociando con el sindicato el precio exacto de su dignidad.

—No me mires con esa cara de póker. Los dos sabemos perfectamente que vas a acabar claudicando por la fruta.

Le enseño la segunda manzana que llevo en la otra mano y, efectivamente, el truco funciona. Avanza con toda la parsimonia del mundo hasta quedarse pegado a mi pecho, resoplando contra mi camisa.

—Sabía que eras un vendido —murmuro entre risas mientras le acaricio el pelaje suave del hocico y dejo que le hincue el diente a la primera pieza.

Angus mastica con deleite, moviendo la mandíbula de lado y observándome de reojo para controlar que no me guarde nada.

—A ver, amigo, necesito que me hagas un favor de los gordos... —le explico, poniéndome serio para darle misterio al asunto—. Y no me pongas esa cara de que la cosa no va contigo. No es nada del otro mundo, la verdad. Solo tienes que hacerme de escolta y acompañarme allí dentro.

El burro me clava sus ojazos oscuros durante unos segundos, traga el bocado y, de repente, empieza a caminar delante de mí

hacia la casa principal con una naturalidad pasmosa, como si el muy sinvergüenza hubiera entendido cada palabra de mi discurso.

—¿Ves? Si es que en el fondo hacemos una pareja de cine —comento, soltando una risa mientras lo sigo de cerca por el camino de tierra.

Los estragos que ha causado el temporal casi han desaparecido gracias a la paliza que se están pegando todos. Todavía se ven algunos tablones de madera apoyados contra la pared de las caballerizas y varias herramientas repartidas por el suelo, pero este lugar vuelve a respirar con una fuerza brutal.

Darana está al fondo del pasillo de los boxes. Calza sus botas de faena cubiertas de polvo rojo y lleva una camisa de cuadros remangada hasta los codos. El cabestrillo de urgencias ya ha desaparecido, aunque todavía debe llevar cuidado. Con una sola mano, intenta ajustar una bisagra nueva en la puerta de madera mientras sujeta el destornillador entre los dientes.

Niego con la cabeza. Es incorregible.

—Mira que eres terca, Calloway —le suelto, acortando la distancia a paso lento.

Ella gira el cuerpo despacio, cuidando el eje del hombro. Sus ojos miel, impactan directo contra los míos y ese hoyuelo canalla que tanto me vuelve loca aparece en su mejilla.

—Buenos días para ti también, Bennet —me responde, sacándose el destornillador de la boca.

Me cruzo de brazos, apoyando el peso en una pierna e intentando mantener cara de sargenta, aunque sé de sobra que con ella fracaso de manera estrepitosa.

—¿Se puede saber quién te ha dado permiso?

—Yo misma me firmé el alta, doctora —replica, haciendo girar el destornillador entre los dedos—. Te recuerdo que hace unas horas no decías lo mismo.

—Darana...

Las dos terminamos soltando un suspiro exactamente al mismo tiempo, rompiendo la distancia.

De repente, Angus carraspea a nuestras espaldas con uno de esos rebuznos graves. Darana parpadea, arquea una ceja, mira al burro y luego a mí con una curiosidad tremenda.

—¿Desde cuándo eres tan compinche de este sinvergüenza de cuatro patas?

Me encojo de hombros.

—Desde que he descubierto que el sector ganadero es sumamente fácil de sobornar.

—Pues no deberías malacostumbrarlo —responde ella, y de repente la luz de su sonrisa pierde un poco de intensidad—. Luego el bicho te va a echar de menos y se va a pasar el día rebuznando por las esquinas cuando te marches.

No le respondo al instante. Me limito a mirar a Angus, que se está terminando de tragar la segunda manzana mientras nos observa con esa cara de filósofo incomprendido.

—A ver, muévete —le digo a Darana con un deje misterioso, dándole un toqucito.

Ella frunce las cejas, totalmente descolocada.

—¿Qué pasa ahora?

Miro al burro, guiñándole un ojo.

—Venga, dáselo ya.

Darana parpadea un par de veces, mirando al animal como si estuviéramos locos de atar. Angus avanza dos pasos, hasta plantarse justo delante de Darana. Ladea la cabezota hacia un lado y, entre los pliegues del pañuelo rojo que tiene anudado al cuello, asoma la esquina de un sobre blanco, perfectamente doblado en tres partes.

—¿Y esto qué es? —pregunta Darana.

—Ábrelo, vaquera. Hoy me han dado la confirmación y he pensado que enseñarte mi camaradería con Angus daría pie a que

me dejes formar parte de este... mundo.

Ella desdobla el documento y empieza a devorar las líneas. La veo detenerse en seco justo en la primera frase, asimilando el membrete oficial. Después continúa leyendo, sin respirar. Sus ojos recorren el folio de arriba abajo una vez, y luego otra, como si no terminara de creerse lo que lee. Finalmente, levanta la cabeza hacia mí.

—Camila...

Respiro hondo, notando el pulso desbocado golpeándome en las sienes.

—Todavía no tengo nada firmado —le confieso—. Quería hablarlo contigo antes de que se haga oficial.

Ella vuelve a clavar los ojos en la carta.

—Quieren financiar... una base permanente de investigación y estudio climático aquí mismo, en el valle —dice en voz alta, saboreando cada palabra.

Asiento, acortando el último paso que nos separa hasta quedar a un palmo de sus labios.

—Sí, en la gran ciudad consideran que los datos que hemos recopilado durante la supertormenta pueden revolucionar la forma de predecir las anomalías geomagnéticas en todo el país. Es el proyecto de mi vida, Darana. Una oportunidad laboral gigantesca. Pero no puedo firmar ese contrato si tú no estás de acuerdo con lo que implica. Porque necesitaríamos instalar estaciones meteorológicas, sensores de frecuencia, antenas repetidoras por los cerros... Y como sé lo poco que te gusta que llenemos tus preciosos terrenos de cacharros tecnológicos...

No me da tiempo ni a terminar de pronunciar la última palabra. Darana tira la carta y acorta los pocos centímetros que nos separan en dos zancadas salvajes. Sus labios impactan contra los míos con una urgencia tan brutal, tan hambrienta y tan desesperada que durante un segundo eterno el puto mundo entero se apaga.

Le respondo al beso sin pensarlo un solo segundo, entregándome por completo a su boca.

Cuando por fin nos separamos un poco para buscar oxígeno, Darana no me suelta; apoya su frente contra la mía. Su risa llega primero. Una risa bajita, ahogada y cargada de una emoción que le quiebra la voz.

—¿A qué estás esperando para firmar?

—Quería tener la certeza absoluta de que tú también deseas que me quede aquí.

—Camila... —Niega con la cabeza despacio, agarrándome la nuca—. Llevo diez puñeteros años deseando con todas mis fuerzas que regreses.

Su mano sube lentamente por mi cuello hasta acunar mi mejilla. Cierro los ojos un instante, saboreando el tacto de sus dedos.

—Entonces... —Abro los ojos de golpe y levanto una ceja con picardía—. Supongo que a partir de ahora tendré que ponerme en plan serio y negociar las condiciones del terreno contigo, Calloway.

Su hoyuelo característico vuelve a hacer acto de presencia.

—Eso ha sonado de lo más profesional, científica. Me pone bastante, no te voy a mentir.

—Soy una mujer de ciencias.

—Supongo que podremos llegar a una especie de trato favorable para las dos partes... ¿no? —añade Darana.

—Dependerá de lo que digan las tormentas —comento, encogiéndome de hombros. Entonces, Darana me regala la sonrisa más bonita de todas.

—Admítelo Bennet, yo soy tu tormenta favorita.

De repente, el tierno momento se va a la mierda cuando Angus interrumpe el idilio con un rebuzno larguísimo, ruidoso e indignado que reverbera a nuestro alrededor.

Nos separamos apenas unos centímetros, soltando el aire y mirándonos. El burro nos está clavando una mirada de evidente desaprobación. O, conociendo al elemento, lo más probable es que tenga un hambre de tres pares de narices.

Es imposible contener la carcajada y termino soltando un bufido de risa.

—Me parece a mí que el intermediario está reclamando el cobro de la comisión por los servicios de mensajería prestados.

Darana rompe a reír, apoyando la frente en mi hombro para no perder el equilibrio y después, se aparta un poco para volver a mirarme a los ojos.

—Pues vamos a buscarle algo de comer.

—Mientras sea juntas podemos hacer lo que quieras.

Epílogo

Darana

Tres semanas pueden parecer un suspiro en cualquier otra parte del mundo, pero en el corazón de Birdsong Hills tres semanas son una eternidad. Son el tiempo exacto que le toma a la tierra roja del Outback tragarse las últimas cicatrices del lodo y vestirse con ese manto salvaje que te quita el sentido bajo el sol de la mañana.

Ajusto los guantes de cuero con fuerza y me apoyo en la barandilla del corral de vacunación. El hombro ya no protesta, apenas noto un pinchazo sordo cuando hago un movimiento demasiado brusco, y me estoy curando a pasos agigantados. A mi lado, Joanie, con el fonendoscopio colgado del cuello y una jeringa de dosificación en la mano, revisa la dentadura de una de las novillas. Joanie no solo es mi mejor amiga, es la mejor veterinaria de todo el distrito, y tenerla aquí controlando que el ganado esté limpio de parásitos tras las inundaciones otro motivo de alegría.

—También perfecta —dice Joanie, dándole una palmada cariñosa en el lomo al animal para que avance por el callejón de salida—. El ganado está fuerte. Temía que la humedad les pasara factura, pero son más duras que nosotras.

—Llevan la genética de la casa —le respondo con orgullo, anotando los datos.

—Madre mía, si ese señor de la camisa de flores sigue tirando de las riendas de esa manera, el caballo lo va a descabalgear en mitad de un matorral —suelta una voz bellísima a mi espalda.

Giro la cabeza y veo que Camila está apoyada contra la valla del corral, observándonos trabajar mientras controla de reojo el exterior. Fuera, en la pista de tierra, un grupo de diez turistas avanza a paso lento a caballo en una de las rutas guiadas que hemos

recuperado. Se les ve alucinados, apuntando con los teléfonos hacia el horizonte como si intentaran embotellar el desierto australiano.

Camila lleva una de mis camisas favoritas —que ya he asumido que nunca va a devolverme— y le queda tan sumamente bien, que me entran unas ganas locas de arrastrarla detrás de las balas de heno y olvidarme de las obligaciones de la mañana.

—Déjalo —le respondo en su lugar, guiñándole un ojo a mi chica mientras me acerco a la valla—. El orgullo herido es un excelente maestro por estos lares. Además, han pagado la tarifa completa de temporada alta. Si muerden el polvo rojo, que sea con estilo.

Camila suelta una risa, y se acerca a mí contoneando las caderas con una chulería que me enciende la sangre. Se detiene a un palmo, lo suficientemente cerca para que pueda oler su perfume.

—Eres implacable, Calloway —murmura, estirando la mano para colocarme bien el cuello de la camisa de cuadros. Sus dedos rozan mi piel y un escalofrío delicioso me recorre toda la espalda. Tres semanas de absoluta felicidad durmiendo juntas y sigo temblando como una cría cada vez que me toca.

—Los negocios son negocios, Bennet —le devuelvo con voz ronca, atrapándole la mano un segundo para besarle la palma con descaro, sin importarme que Joanie esté a tres metros de nosotras. Camila me sonríe con una dulzura que ahora me regala sin condiciones.

Joanie suelta una risa desde el final del callejón del ganado, limpiando una de las sondas veterinarias.

—Dejad eso ya, que los animales se me van a empachar con tanta azúcar flotando en el ambiente.

—Envidia cochina, doctora —le suelta Camila con guasa, guiñándole un ojo—. Por cierto, Ethan y Kira acaban de enviar un mensaje. Están en el pueblo instalando los últimos repetidores de frecuencia geomagnética. Han tenido que pedirle permiso al alcalde para tirar un cable de alta tensión cerca del depósito de agua, pero

parece que todo marcha sobre ruedas. El laboratorio permanente de meteorología ya casi es una realidad.

—Mientras tu equipo científico no me llene los establos de cables de colores, como si esto fuera una película de marcianos... — bromeo, rodeándole la cintura con el brazo izquierdo y pegándola a mi cuerpo.

—Prometo que seremos discretas, jefa —se mofa ella, rodeándome el cuello con los brazos y rozando mis labios con los suyos en un beso rápido.

Un silencio repentino por parte de Joanie interrumpe nuestro momento. Nos separamos un par de centímetros, lo justo para ver a nuestra veterinaria inmóvil, con la mirada totalmente perdida y clavada en un caballo en concreto.

Maddie lleva unos pantalones ajustados, el pelo recogido en una coleta desordenada y dirige a los turistas con la maestría de siempre.

El lenguaje del cuerpo de Joanie lo dice todo: está colgada hasta las trancas de esa mujer.

Otra vez cayendo de cabeza en el mismo pozo sin fondo. Doy un paso al frente, apartándome de Camila por un momento, y me cruzo de brazos, antes de fulminar a mi mejor amiga con la mirada.

—Joanie —le llamo la atención—. Hazme el puñetero favor de dejar de fijarte en Maddie si no quieres que otra vez te decepcione. Ya sabes cómo terminó la última historia entre vosotras y no tengo ninguna gana de tener que recogerte los pedazos por los rincones de la hacienda. Esa tía es veneno para ti.

—Solo estaba controlando cómo iba la gente.

—Sí, claro, y yo no soy experta en astrofísica y me encantan los tornados —ironiza Camila con una sonrisa, dándole una palmadita afectuosa en el hombro—. Hazle caso a Darana, Joanie. Esa chica es un frente de tormenta de lo más inestable. Lo sabemos por experiencia.

Joanie suelta un bufido.

—Está bien, lo capto. Mensaje recibido por partida doble, pesadas. Qué coordinación tenéis para dar por saco, se nota que dormís juntas —apunta sin temer a las consecuencias—. Cambiando de tema... ¿vamos a almorzar de una vez? Me muero de hambre y creo que hoy tenían el famoso estofado de Christian en El Colibrí.

—Eso es música para mis oídos —respondo, pasándole el brazo por encima de los hombros a Camila.

En cuanto llegamos, nos sentamos las tres en la misma mesa de siempre, devorando el estofado entre risas, anécdotas de los turistas más patosos del grupo y discutiendo sobre los próximos análisis de sangre que Joanie tiene que hacer la semana que viene. Es esta la rutina bendita, ruidosa y canalla que tanto echaba de menos; la certeza absoluta de que Birdsong Hills vuelve a funcionar porque las piezas correctas están, por fin, en su sitio.

Joanie se retira la primera en cuanto termina el café, inventando una excusa barata, aunque Camila y yo sabemos perfectamente que va a buscar cualquier rincón estratégico desde donde observar a Maddie sin que yo la pille. La veo alejarse a paso rápido y niego con la cabeza.

—Va a volver a tropezar exactamente con la misma piedra, ¿verdad? —murmura Camila, estirando la mano por encima de la mesa para entrelazar sus dedos con los míos.

—Las personas que nos criamos en esta tierra llevamos la terquedad metida en el tuétano, ya lo sabes. Hasta que no se estelle del todo y no pueda levantarse, no va a escarmentar —respondo, dándole la vuelta a su mano para acariciarle el dorso con el pulgar—. Pero bueno, ahora mismo, aunque me duela, solo tengo cuerpo para pensar en una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué es lo que pasa por esa cabecita tuya? —pregunta ella, arqueando una ceja con esa expresión pícara y descarada que me vuelve loca.

—En nosotras. Y en ese planazo que llevamos posponiendo hace días.

Camila sonrío, relamiéndose los labios, y se inclina hacia mí apoyando los codos en la mesa, acortando peligrosamente la distancia.

—¿Te refieres al plan de secuestrarte todo el fin de semana en la cabaña del norte, bloquear la puerta principal con tus botas de faena y demostrarte empíricamente que una mujer de ciencias tiene muchísima más resistencia y recursos que una vaquera del Outback?

—Ese mismo —admito con una sonrisa canalla, sintiendo que la sangre me corre a mil por hora por las venas—. Aunque creo recordar que la última cláusula que firmamos exigía que tú ponías el café por las mañanas y yo ponía toda la imaginación en la cama.

—Me parece un contrato de lo más favorable para las dos partes, Calloway —me susurra Camila al oído—. No te vas a librar de mí tan fácilmente. He venido para quedarme y pienso reescribir todos tus mapas —me promete, rozando su nariz con la mía.

Niego con la cabeza, sonriendo como una boba antes de atraparle los labios.

—Ni falta que hace. Porque... ¿sabes qué? —Camila me sonrío—. Las tormentas ya no me dan ningún miedo si las miro a través de tus ojos.

AGRADECIMIENTOS

Detrás de una novela autopublicada hay un esfuerzo inmenso que va mucho más allá de teclear en un ordenador. Por eso, quiero dar las gracias a quienes han hecho posible que '*Lo que dicen las tormentas*' cobrara vida de forma tan real. Porque sin vuestro constante apoyo, esto no sería posible.

A mi mujer y compañera de letras, por compartir la obsesión por los detalles, el pulido de las tramas y el amor por el romance. Gracias por caminar a mi lado en cada proyecto.

Y, por supuesto, a la gran familia de lectoras y lectores que me siguen cada día. Gracias por elegir la literatura independiente y por dar sentido a cada hora de desvelo. Esta novela es toda vuestra

Nos vemos en la segunda entrega de Birdsong Hills este agosto.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en [Amazon](#).